GILMER MESA

Los espantos de mamá



GILMER MESA

Los espantos de mamá



RANDOM HOUSE

Por supuesto a mi madre Luzmila Sepúlveda, que siempre logra espantar de mi alma la tristeza y el dolor con su cálida sonrisa, su amoroso abrazo, sus palabras o con solo existir.

A todas las madres de mis amigos y amigas, a «las Margaritas» Arteaga y Velázquez.

El primer día

«Por mí se va a la ciudad doliente;
por mí se entra en el dolor eterno;
por mí se llega a la perdida gente».
Dante Alighieri – *Infierno*, Canto III v. 1-3

¡¡¡Devuélvanme a mis hijos!!!, gritó como recibimiento en mi primer día de trabajo una mujer desgastada y flaca, apostada en la entrada del Cementerio General, mujer que luego se convertiría en mi compañía constante y en la razón de mi permanencia en ese puesto, al que llegué empujado por mi antigua amistad con Jorgito, un compañero de clases, sobrino de un político local, quien además era el dueño de la universidad en la que estudiamos. Hice caso omiso del reclamo pero me llamó la atención su mirada, honda y tenue y con un brillo interior que mezclaba intensa rabia con tristeza. Creí que se trataba de una loca más de las que pululaban en las calles de Medellín, solo que me pareció que su actitud calmada y su vestimenta limpia y en su punto no se correspondían con las de una enajenada, por lo que rápidamente abandoné ese pensamiento peregrino y me dirigí en busca de la oficina de quien sería mi jefe. Me recibió una mujer treintañera muy bonita que se presentó como su secretaria, verificó mi nombre en un listado y me hizo pasar; al franquear la puerta vi a un hombre de unos cincuenta años vestido

de bluyín y camisa blanca que me saludó de mano diciendo su nombre, con un gesto me indicó que me sentara y mirándome a los ojos me preguntó: ¿Y usted es cuota de quién? La duda me molestó porque no me la esperaba y cuando pasados un par de segundos pude procesarla me intimidó y me hizo sentir culpable, pues en efecto sí era cuota de alguien, lo que me convertía en lo que había criticado y despreciado toda la vida; un rosquero que aceptaba un puesto para el que no estaba calificado y del que desconocía casi todas sus funciones, amparado en el favor de un político bellaco al que desdeñaba, pero a quien acudí cuando me gasté hasta el último centavo de mis ahorros en una borrachera de veinte días que me dejó sin trabajo y en un hospital con una ulcera estallada y tuve que tragarme mi orgullo y dignidad como me tragué los cuarenta litros de ron y guaro que me hicieron ajustar mi parecer y arrastrarme como un perro a la oficina de Jorgito con la cara ardiendo de contrariada y las manos aún temblorosas que denotaban la grieta en mi sistema nervioso y, masticando las palabras mientras remolcaba la mirada desde el piso por vergüenza, culpa y rabia conmigo mismo, mintiéndole sobre mi situación, aduciéndola a unos ataques epilépticos que fueron reales aunque la causa había sido la abstinencia y no la condición que me inventé cuando inquirió por el motivo de mi ingreso a la clínica y la razón de mi renuncia y actual desempleo, él me escuchó con una expresión neutra —que me desconcertaba a medida que avanzaba porque sentí como una representación que él me permitía hacer para cumplir con nuestra amistad pero que en el fondo sabía la verdad, pues últimamente se habían repetido tanto mis episodios que se estaban convirtiendo en un secreto a voces y cada día más gente se enteraba de mi

problema con el alcohol por mis constantes ausencias y las posteriores renuncias a los trabajos— y cuando terminé dejó escapar una sonrisa cómplice que confirmó mis sospechas antes de decirme Qué vaina, güevón, pero fresco, que todos tenemos cosas malucas adentro, y mientras yo balbuceaba un hipócrita y amargo Gracias que me descompuso el estómago como si hubiera tragado una comida pasada, él volvió a su seriedad impostada de servidor público y rebuscando una carpeta de manila repasó en ella un listado de empleos disponibles para, sin mirarme, preguntarme ¿Cómo la vas vos con los muertos? No supe qué responder hasta que me interrogó con los ojos y yo le dije, haciéndome el divertido, Pues bien, hermano, no he tenido quejas al respecto hasta el momento, él volvió a mirar la lista y me respondió Entonces te voy a poner en el Cementerio General, eso te queda cerca de la casa y el sueldo es decente, ¿Y qué voy a hacer yo en el cementerio, hermano?, le pregunté y él con su cara de político que finge un apuro que no tiene para despacharme rápido me dijo Ah, yo no sé, allá hay mucho que hacer, eso está tirado, presentáte el lunes a las 8:00 a m y hablás con el coordinador, él te dirá qué tenés que hacer porque yo de eso sí no sé nada y ahora sí, hermanito, te dejo porque tengo una reunión, yo me levanté y tragándome de nuevo la rabia por mi falsedad le di la mano y le agradecí echándome a la espalda con esa despedida el fardo grande de la impostura de una vida que promulgamos recta y digna hasta que nos apremia y contemplamos con sorpresa degradada que somos capaces de hacer lo que juramos que no, y que lo que considerábamos indigno en los demás ahora lo justificamos en nosotros mismos porque en esta vida y en esta sociedad sí que somos hijueputamente flexibles para amoldarnos a

cualquier tipo de corrupción siempre y cuando nos favorezca, pero si beneficia a otros denunciamos, pataleamos y maldecimos a quienes participan de ella, qué ética tan plástica y amañada mantenemos, porque en realidad lo que nos molesta no es la corrupción sino que no nos toque. Ese peso se presentó de nuevo hundiéndome hasta el fondo de la silla cuando estuve frente al coordinador majadero que con su pregunta ponía las cosas en su lugar y me daba un baño de realidad como bienvenida. Entre dientes le respondí diciéndole el nombre del tío de Jorgito y noté cómo su cara se distendió, y simulando una sonrisa que se le caía de la boca me respondió con la sobradez moral que exhiben los torcidos cuando se dirigen a un cómplice de menor rango pero igual de corrupto: Ah, no, hermano, entonces aquí vamos a trabajar muy bien y sin problemas, usted viene para el puesto de coordinador de campo, por lo tanto va a tener un equipo a su cargo, ellos deben llegar entre esta semana y la otra, porque apenas estamos en contratación, usted bien sabe que con el cambio de administración mientras se acoplan pueden pasar años, pero aprovechemos para que conozca el lugar y se vaya enterando de sus funciones y de cómo se mueven las vainas aquí, y sin más preámbulo se paró de su escritorio y tomando su chaqueta para sacar un paquete de cigarrillos me convidó, Camine le muestro el patio de juegos de los muertos pobres. Al salir encendió un cigarrillo, yo hice lo mismo y empezamos a caminar desde el fondo del cementerio, donde quedaba su oficina al lado del horno crematorio recién remodelado, por la calle central en dirección a la entrada; el camino, de unos quinientos metros, atravesaba el camposanto y lo recorrimos despacio deteniéndonos cada tanto en los lugares significativos mientras me contaba su historia: la

necrópolis había sido diseñada por el maestro Pedro Nel Gómez en 1933 como parque cementerio, pero como todo en este país el impulso duró apenas lo que duró la administración que lo contrató, pues las siguientes perdieron el interés y ejecutaron apenas el veinte por ciento del diseño original, por lo que estábamos paseando por un cadáver arquitectónico desfigurado, mutilado, olvidado, alterado e irreconocible como la mayoría de los muertos que ha albergado desde su origen, porque al quedar incompleto su objetivo primordial, que era alojar cadáveres de todos los credos y condiciones, como lo indica su nombre, también quedó menoscabado y la gente prejuiciosa y recelosa de la ciudad lo desdeñó por feo, inconcluso y decadente con lo que quedó reducido a ser el cementerio de los pobres, los desahuciados, los desamparados y los sin nombre ni familia desde el principio, que era lo mismo que yo había escuchado sobre el sitio toda la vida, me contó que había algunos mausoleos pertenecientes a gremios y organizaciones, como el de los linotipistas, el de los bomberos —que alguna vez tuvo un bajorrelieve del maestro Octavio Montoya—, el de los policías y el de las fuerzas militares —que no quisieron usarlo porque cuando lo instalaron ya el cementerio cargaba su nefanda fama—, el de los ferroviarios, el de los funerarios y el de los pensionados y jubilados, y yo escuchaba sus ilustraciones con curiosidad creciente porque era un buen narrador y porque el sitio se prestaba; era una ruina decadente, nada en él brillaba y hasta lo nuevo parecía gastado, como el mausoleo que acababan de inaugurar en honor a las víctimas del conflicto armado o como las hileras de bóvedas pintadas de colores que simulaban barras estadísticas nomencladas con los años en que habían muerto quienes las ocupaban. Dichas bóvedas

recibieron los restos de un antiguo cementerio de la ciudad llamado San Lorenzo, cuando la administración de turno decidió transformarlo en un parque porque se había convertido en plaza de vicio y de consumo de los drogadictos del barrio Niquitao, en donde estaba ubicado, y que era uno de los más sórdidos e inseguros de la ciudad, famoso por su vida narcótica, nochiega y delincuencial, como si todo lo que intentara pelechar en ese suelo naciera extinto, agonizante, mortecino, como si cada cosa, cada emplazamiento, árbol y manga estuvieran patinados por el tufo de la muerte. Aunque me atraía poderosamente el aire tumefacto que se respiraba y el contexto que mi interlocutor nombraba, empecé a sentir lo que se convertiría en una constante durante mi estadía en ese lugar; una desazón sin nombre, una congoja genuina sin motivo aparente, un envejecimiento del alma y los sentidos, un cansancio que oprime y ahoga y que luego entendería como las emociones que experimenta el que custodia la muerte de otros mientras tempera la propia que vigila a lo lejos discreta pero segura; con esa sensación en el estómago arribamos a la entrada y, mientras el coordinador me contaba sobre la fuente que diseñó y construyó el genio de Anorí, volví a contemplar a la mujer marchita parada donde la había dejado hacía rato; al vernos nos gritó con una voz rotunda que no parecía salir de su cuerpo enjuto: ¡¡¡Devuélvanme a mis hijos!!! El clamor nos convocó a ambos, pero mi compañero hizo un gesto de desagrado y entró a la caseta del celador dejando atrás el grito y a quien lo prorrumpía, yo, en cambio, me quedé mirando a su autora ensimismado en esos ojos hondos e increpadores hasta que la voz de mi jefe me convocó de nuevo a seguirlo ¿Qué hubo pues, se va a quedar ahí mirando a esa loca? Caminé hacia él para preguntarle

quién era la mujer y él repitiendo el mohín desganado me contestó No le pare bolas, que está loca, Es difícil no pararle bolas a esa mirada, pero ¿quién es? Y ¿por qué grita eso?, le dije y él, observándola de soslayo mientras me empujaba adentro de la caseta, me dijo Una loca que viene todos los días a reclamarnos los cuerpos de sus hijos porque jura y rejura que están aquí, pero no tiene ninguna prueba que la avale, solo la intuición de madre y seguramente las ganas de encontrarlos porque están desaparecidos, así que hermano acostúmbrese a verla porque lleva viniendo desde hace mucho tiempo, todos los días a gritarnos lo mismo… Ya hace parte del inventario, dijo sonriendo y continuó: Y no es solo ella, que es la más incisiva, sí, pero casos así nos toca atender todo el tiempo, gente que reclama cuerpos porque sospechan, o alguien les dijo, que están aquí; en este país hay más desaparecidos que cementerios, y se calló de golpe. Yo pensé para mí, sin decírselo porque desconocía por completo al tipo y lo que había visto de él no me producía confianza, que el país entero era un amplio cementerio de muertos sin nombre y sin historia que alguien o álguienes decidieron utilizar como fosa para tapar sus crímenes y que no aparecieran en los listados y estadísticas; esa es la historia de los desaparecidos, no es que nos matemos menos o que hayamos dejado de matarnos, es que ahora escondemos mejor a los muertos: ¿Y sí están aquí?, pregunté, y él, mirándome extrañado, me dijo: ¿Quiénes? Sus hijos, respondí yo, el coordinador agachando la cabeza mientras me invitaba a sentarme en dos sillas plásticas y le pedía dos tintos al celador me dijo soltando un suspiro de decepción Ay, mijo, lo dudo, pero no lo descarto, esto aquí está lleno de muertos anónimos, sin procedencia ni relación, sin memoria ni

familia porque de verdad no tienen o porque quienes los pusieron aquí se las quitaron para que nadie los encontrara. Ya que este es su primer día y lo veo más perdido que Adán el Día de la Madre le voy a contar un poco a donde está entrando y con quiénes está tratando; los cadáveres que hay aquí no son como los de otros cementerios y este sitio tampoco es común como otros camposantos, es más ni camposanto es, porque la idea de su construcción fue acoger a los muertos de cualquier credo, ni siquiera le construyeron una capilla, es un cementerio laico en sentido estricto, vea, mijo, esto aquí se pensó como un cementerio para muertos de todo tipo, ateos, masones, protestantes, ricos, pobres, blancos y negros y así cubrir un hueco que tenían los cementerios de la ciudad que eran elitistas y estaban llenos, como el San Pedro, que es católico, privado y construido por los ricos de la ciudad, o el San Lorenzo, que luego trajeron para acá como te mostré, pero en su momento era considerado también como el de los pobres y denostado por eso, de manera que en 1933 pusieron la primera piedra de esto y casi que la última, porque en cuanto la élite, que fue la que diseñó esta ciudad y con ella este sitio, se enteró de que tenían que compartir tierra con los pobres, los negros y los descreídos, abandonaron el proyecto y lo dejaron en ruinas, aunque funcionando como fosa, de ahí en adelante se volvió tierra de nadie, aquí están los muertos olvidados por generaciones, los que no reclaman, los que no tienen con qué pagar un entierro, los que botan, los que nadie encuentra y los que nadie quiere que encuentren: esto ha sido utilizado por todos los criminales que ha tenido este país para enterrar sus crímenes y borrar sus huellas, para callar las voces de las pistas y confundir indicios, porque aquí

hay por lo menos siete capas de muertos imbricados, apilados unos encima de otros en las distintas fases de la guerra y la violencia de este país, mezclados como una piñata de huesos, como un rompecabezas de despojos imposible de aparejar; aquí están los muertos de la violencia bipartidista, los de las guerrillas y los paras, los del narco, los de los desastres naturales como el de Armero en el 85 y el de Villatina en el 87, los de Orión en el 2002 y los que cualquier hijueputa asesino haya querido poner para desembalarse porque durante su existencia este lugar ha sido el botadero de todo y de todos, con decirte que por más de cuarenta años no tuvo más que un empleado que tenía el cargo de celador pero hacía las veces de enterrador, archivista, director, y hasta de curador y contrabandista porque en una época se volvió costumbre que los estudiantes de Medicina y Odontología vinieran a comprar esqueletos y dentaduras para sus prácticas, que el celador les armaba lo que querían con restos que se encontraba o que desenterraba al azar, así que esto es un galimatías imposible de eslabonar, mucho menos de organizar y muchísimo menos de registrar, porque cuando finalmente intentaron ponerle orden y nombraron una coordinadora y algunos empleados y empezaron a llevar registro de los occisos se encontraron con que el sepulturero-celador apenas había anotado algunos nombres y las fechas de los entierros en unos cuadernos viejos que no decían la ubicación ni tenían otra información que permitiera identificarlos, por lo cual decidieron empezar de cero desde esa fecha pero al poco tiempo la coordinadora se dio cuenta de que esto no le importaba a nadie y de que estaba en los confines de la marginalidad donde todo lo que pedía se lo negaban y que no había manera de hacerlo funcionar,

entonces se llenó de molicie y lo que es peor de resentimiento y al cabo de un par de años la echaron mal echada y se fue inundada de rencor y desprecio quemando los registros que había acumulado en ese tiempo a manera de despedida, agravando más el asunto porque quedamos a la vera, en la chanda, mejor dicho, sin saber de quiénes son los huesos que abonan esta tierra y ni siquiera si están completos o si lo que vamos sacando es de una misma persona, por más que desenterremos, por mucho que nos esforcemos, encontrar e identificar los restos de un desaparecido aquí es más difícil que hallar una aguja en un pajar, en serio, porque la aguja al menos es una sola y cuando se halla sigue chuzando y cosiendo, en cambio esto de los cuerpos en este tremedal es como buscar doscientas seis agujas en una cija de mierda espesa, en la que cualquier hallazgo implica salir untado, por eso, mijo, sea cuidadoso, mujeres como esa de afuera va a encontrar todos los días, reclamantes de familiares desaparecidos o muertos vienen a diario con historias enternecedoras, violentas o sórdidas buscando ayuda para encontrarlos, sospechando que están aquí, porque ha venido extendiéndose el rumor de que en este cementerio se bota todo lo que no sirve, entonces con toda la vergüenza del mundo y con tacto les contamos la dificultad y nuestras limitaciones, averiguamos de dónde les llegó la información sobre el paradero de su deudo y si tienen alguna prueba o tan siquiera una pista que nos permita iniciar la pesquisa, pero nadie tiene nada porque se basan en chismes y especulaciones; esa es la vida del que busca fantasmas: perseguir incertidumbres, escarbar indicios de sombras, transitar mapas imprecisos que conducen a la nada, porque si algo han hecho bien en este país es esconder —las guacas, los secretos, los dineros

públicos, los pecados de los políticos, los crímenes, los pasados y sobre todo los cuerpos de los muertos— y a muchos de los solicitantes les basta con esa explicación para dimitir de su búsqueda en este sitio y dirigen su atención a donde la brújula apócrifa de su esperanza les dicte creer, otros se empecinan un poco más y patalean, gritan, putean hasta que al final entienden que no se puede hacer mucho, a lo sumo lo que viene haciendo Medicina Legal y es que a todos los que se presenten con algún reclamo o la sospecha de que un familiar desaparecido se encuentra aquí les hacen una toma de muestras de ADN para cotejarla con los restos innominados que vamos exhumando, pero lo de esta mujer es extraño, hace tiempo se hizo las pruebas, le hemos contado de mil maneras los procedimientos y nuestra imposibilidad y aun así viene todos los días a reclamarlos, por lo que consideramos que perdió la razón y venir aquí es la manera que encontró de mantener vigentes a sus hijos en su mente o al menos tranquilizarse pensando que está haciendo algo por hallarlos, no es desprecio lo que me produce sino pesar, pena por verla consumir sus días en un reclamo incesante que no hay manera de acallar y por eso no le paro bolas y también porque si ella encontró en ese grito la manera de tranquilizar su afiebrada y desolada mente, ¿quién soy yo para impedírselo? Entre más escuchaba hablar al coordinador más incómodo me sentía, por sus historias, por el lugar, por la mujer afligida y magra, pero sobre todo por lo inadecuado de mi presencia en ese sitio y ese puesto; de todas las personas que este sistema corrupto nombra por rosca, por compadrazgo, por prebendas, yo era el menos idóneo y el peor calificado para ese cargo, cuyas funciones desconocía por completo y todo lo que escuchaba sobre el tema se me hacía lejano y esotérico

como un libro en braille para alguien que ve pero no tiene manos. Por salir del mal paso e intentar dejar de sentirme un farsante le pregunté Jefe, ¿y yo exactamente de qué me voy a encargar o cuáles van a ser mis funciones en este empleo?, a lo que él levantándose de golpe y con cara de lástima me dijo Nada de jefe, hombre, dígame Alberto o si prefiere coordinador pero jefe no, eso es muy gordo para uno tan flaco en poder, y sus funciones, pues, mijo, ahí vamos viendo, usted como yo llegamos a estos puestos porque conocemos a quienes los reparten, pero uno ahí va aprendiendo, tampoco es que se necesite ser un genio para enterrar y desenterrar muertos y hacer lo que se pueda por sus familias, que tampoco es mucho, no se angustie que algo se nos irá ocurriendo, por el momento venga le muestro su oficina y revisemos las hojas de vida de los otros empleados que va a tener a su cargo, ah, bueno y la primera función es impedir que me güevonéen a mí, cualquier reclamo, queja o solicitud de cualquiera de su equipo deben hacérsela a usted y usted me la transfiere a mí si no la puede solucionar, pero usted es autónomo y cuenta con mi apoyo, con el único de ese equipo con quien voy a tener línea directa es con usted, así que avíspese y no se deje mangonear de sus funcionarios ni de los familiares ni de nada, que usted es independiente, no se le olvide, camine pues. Yo lo seguí, aturdido por lo que me acababa de contestar, porque seguía sin entender de qué me iba a encargar, solo supe que iba a tener un equipo a mi cargo, pero desconocía qué los iba a poner a hacer, yo que a duras penas había obedecido toda mi vida ahora iba a tener que mandar. Mientras que algunos vienen signados para regir, como si de entrada tuvieran un don de mando; las órdenes les salen tan naturales que ni órdenes parecen, otros

nacemos temblorosos, en desgobierno, imposibilitados para dirigir, complacidos con complacer, las órdenes nos salen tan trémulas y blandengues que ni órdenes parecen, los primeros, siendo el uno por ciento, dirigen el mundo, el otro noventa y nueve somos dirigidos, unos y otros ocupamos un rol fijo en la sociedad que está dado por la tradición, la herencia y la historia, e intentar trocar esas posiciones ha desembocado en grandes revoluciones y en enormes tragedias, así que ¿a quién podría dirigir yo, que a duras penas me mantenía en pie y era un cúmulo de contradicciones, un desobediente de mi propia voluntad, a la que no lograba acatar ni para mantenerme sobrio? Con el ánimo en el piso perseguí al coordinador de vuelta a lo largo del callejón, hasta llegar a mi oficina, que resultó el salón contiguo de la suya, divididos apenas por un *drywall* que no había notado antes por los nervios del primer encuentro, un cuadrado minúsculo pintado de un crema mustio con un escritorio y una silla genéricos por todo mobiliario; era la oficina más triste que había visto en mi vida, como si el lugar acabara de pasar por una larga enfermedad y aún conservara algunos síntomas. Mientras me la enseñaba me dijo que iba a mandar instalar un computador, pero me advirtió que era de los viejos y que mientras tanto, si necesitaba hacer algo urgente, podía usar el suyo, miramos el cubículo desamparado desde la puerta sin querer entrar —parecía una pieza de interrogatorio de serie de los setenta— y al minuto de ver esa desolación nos devolvimos a su oficina y de nuevo quedamos viéndonos de frente, él sentado en su escritorio y yo en la silla auxiliar, revisamos las hojas de vida, gente de todo tipo y condición, un abogado de cuarenta y un años que había trabajado en una aseguradora, una mujer de veintisiete, criminalista con maestría en

derechos humanos sin experiencia, un psicólogo de treinta y tres años terapeuta en un colegio de la ciudad que iba a trabajar medio tiempo, una trabajadora social de veintidós años recién egresada de una universidad privada, hija del exalcalde de un pueblo, una bibliotecóloga de cuarenta años que había trabajado en todas las administraciones anteriores dirigiendo programas de lectura en los barrios y un filólogo de cuarenta y cinco años, viudo, que no registraba ningún cargo hacía seis años: cuando terminé de leer sus descripciones miré al coordinador, que me indagaba con los ojos y levantando las cejas me dijo ¿Cómo los ves? Yo reaccioné sin pensar y le dije Parecen el equipo de Torrente, desconcertado porque no entendió la referencia, me miró con fastidio y dijo ¿Cómo así? No quise entrar en explicaciones y le dije Nada, es una película española ahí, pero no me pare bolas, la verdad, hombre, es que no puedo opinar nada con esta información, me imagino que si ustedes los escogieron es porque son los mejores, mencioné bajando los ojos con algo de ironía, y continué Y por mí está bien, apenas los vaya conociendo me podré hacer una mejor imagen de ellos, concluí desganado, entonces él con un gesto entre indiferente y molesto me dijo Hermano, yo conozco bien esa sensación de superioridad moral que usted siente y que refleja en su actitud confiada que esconde toda la desconfianza del mundo, debe estar pensando: yo qué hijueputas hago aquí entre este montón de burócratas de escritorio y, lo más primordial, debe estar creyendo que esto es temporal, aguantando frente a mí porque apenas logre nivelarse un poquito de plata abandona este puesto y vuelve a buscar trabajo en algo que le guste, pero, hombre, relaje el bollo que si no se va a cagar; aquí todos estamos por lo mismo, al igual que usted y yo, estas personas

son cuotas de alguien que le aportó unos voticos o platica a la campaña de algún concejal y con estos puesticos de ocasión les pagan, porque no son gran cosa, unas migajas para tenerlos contenticos con contratos de tres mesecitos y que sientan que participan de la mermelada del poder y crean que están en la pomada, pero apenas pase el periodo de gobierno cada uno para su casa y si te vi no me acuerdo, y eso si somos de buenas y no necesitan estos puestos antes, porque con los contratos que nos hacen en cualquier momento nos despachan y cuando uno va a preguntar ya el cargo se lo han dado a otro, por eso, hombre, antes agradezcamos que nos tiraron a este muladar al que nadie quiere venir, esto es un chicharrón indigerible y por eso ni se acuerdan de nosotros, lo que nos permite mantenernos sin mucha alharaca, no nos dan plata para nada pero tampoco nos paran bolas y eso nos resguarda, al menos mientras el político esté en el puesto, por eso relájese, aquí el trabajo es suave y sin importancia, lo hacemos por cumplir y para que nos vean todos los días, pero el paguito llega a fin de mes, que en el fondo es lo único que debe importarnos; todo eso yo lo escuché con rabia, amargo e indignado porque aunque sabía que tenía razón, me molestaba su forma frentera de enunciarlo, estos hijueputas ya no se cuidaban de disimular, antes parecían orgullosos o cuando menos cómodos en su postura, pero no dije nada recordando que era mi primer día y que debía cuidar lo que decía y a quién, además pensé que aunque este tipo no me gustara, ni lo que decía ni cómo, yo sí era una cuota política como él y al parecer como todo el que entraba a trabajar allí o en cualquier puesto público de esta enchufista ciudad, así que agaché la cabeza en silencio maldiciéndome por haberme puesto en esta situación;

cómo me había dejado echar de mi puesto de profesor, en el que nadie me jodía y podía decir lo que quisiera, y además ganaba bien y me dije a mí mismo, con rabia, Malparido alcohol y malparido yo, a dónde has venido a caer, haciendo parte de las prebendas rosqueras y el clientelismo que siempre criticaste en clase, indigno. El coordinador me vio la contrariedad en el gesto y suavizando el suyo me dijo Hombre, de todas maneras, eso se le va pasando a uno con el tiempo y se adapta y si quiere sentirse un poquito mejor, haga bien lo que hay que hacer, aunque sea poco y sin relevancia, pero cumpla bien con sus funciones y no piense tanto, que finalmente todos terminamos pegados del culo de un político. Yo me tragué el descontento cavilando que tenía que inventarme un ánimo distinto o no iba a aguantar y que maldiciéndome tampoco conseguiría cambiar mi situación y que, como dijo mi interlocutor, lo mejor era hacer bien lo que me tocaba, así fuera un pensamiento de consolación, bien parecido al conformismo, porque sentía que de ahí a volverme un funcionario parásito como los que tanto había despreciado había muy poca distancia, pero espanté ese pensamiento y me repetí mentalmente un enunciado que utilizaban en doble A como una especie de mantra cotidiano y que escuché todas las sesiones durante el par de meses que asistí a un grupo de apoyo, una de las múltiples veces que he intentado domar mi adicción sin éxito, y que en ese sitio frío y lleno de derrotas me sonaba paliativa, insuficiente y placébica, pero ahora en este otro sitio frío y también lleno de derrotas, aunada a la frase del coordinador, me daba una gota de optimismo en el mar de desesperanza que eran este trabajo y mi vida y me ayudaba a concluir la jornada: Un día a la vez, repitiéndomela sin cesar sonreí a

mi jefe, que me convidaba a almorzar como gesto de bienvenida. Almorzamos y le ayudé a transcribir unos informes el resto del día, y solo nos hablamos para dictarnos, al final del último informe me dijo Bueno, hermano, espero que haya disfrutado el turno, lo espero mañana temprano, entonces me levanté y di media vuelta para salir, cuando de nuevo habló Y de verdad, hombre, no piense tanto, que pensar no cambia la realidad, solo vívala y si puede disfrútela, le sonreí y desobedeciendo a mi jefe me fui pensando en lo miserable que me hacía haber recibido este puesto, en lo hipócrita que era y en cómo el coordinador tenía razón, yo no creía que fuera capaz de aguantar mucho en este trabajo y solo quería que se acabara el año rápido a ver si podía conseguir cátedras en cualquier universidad, todavía me quedaban unas cuantas en las que no había trabajado y por lo tanto desconocían mis constantes ausencias y mis problemas con el alcohol, pensamiento que me condujo de nuevo al coordinador, pues luego de pasar el día a su lado tenía sensaciones encontradas; parecía un tipo majadero y no me gustaba la suficiencia con que asumía su situación, pero la verdad tal vez solo era centrado y conocía bien cómo se movía el padrinazgo político, no parecía del todo mala persona aunque era pronto para saber si era confiable u otro de esos jefes que en cuanto el aceite se calienta lo echan a uno al sartén. La tarde caía y el camino a la salida era tenebroso, solitario y se me antojaba más largo que cuando lo recorrí en la mañana, de pronto empecé a sentir más frío que en todo el día y un viento helado me sacudió; al recuperarme vi a lo lejos unas luces lacónicas destellando intermitentes, me froté los ojos y volví a verlas como cocuyos, me llené de frío adentro del estómago, eran solo unos fulgores mínimos que se agachaban

cuando más me acercaba y se escondían de mi vista en cuanto los enfocaba, pero que yo sentía encima de mí como ojos acechantes. Pese al miedo, me atraían poderosamente, entonces caí en la cuenta de que estaba en un cementerio casi abandonado, lleno de misterios y de muerte y esa sensación renovó mis terrores de niño cuando en una vieja casa del barrio Aranjuez sentía pasos en la noche y al rescatar mi visión de debajo de las cobijas por el espanto de las pisadas vi un par de ojos brillantes encaramados en una silueta humana deformada y oscura, que me contemplaban en la oscuridad, quedé mudo y tieso y tuve que pasar la noche en vela vigilado por esa mirada anhelante que siempre he creído venía desde el infierno a torturar mi vigilia solidificada por el pánico, así que aceleré el paso casi hasta correr y llegué acezante al portón de entrada en donde me encontré de frente con la mujer delgada que seguía en el mismo sitio de la última vez, contemplándome en silencio cruel, con una mirada lacerante, rabiosa y triste como la de mi recuerdo y que, mezclada a la visión de las luces que yo sentí como ojos increpantes, me inundó de mayor terror y tuve que correr huyendo del miedo que tenía adentro con la cabeza baja y el cuello entiesado hasta la esquina contraria en donde tomé el primer taxi que pasó sin volver la vista atrás. El chofer me saludó y preguntó ¿A dónde lo llevó?, y yo sin dudarlo le di la dirección de mi madre, ese algo en mi inconsciente que renovó mis pavores infantiles se encargó de remozar también su remedio: guarecerme en las enaguas de ella, que siempre fueron mi refugio y la cura contra el miedo. Sentado en el asiento del copiloto de ese taxi anónimo pude respirar tranquilo porque sabía que iba a un lugar seguro al lado de la única persona en el mundo que lograba conjurar mis más sórdidos y primarios

horrores con tan solo existir, entonces sonreí aliviado los quince minutos que duró el viaje y cuando traspasé la puerta de la casa de mamá y la vi salirme al encuentro, con su paso lerdo por los años y dos fracturas de cadera, me inundó una alegría mezclada con paz tan grande que me olvidé por un momento del trabajo de mierda que había conseguido, de la mujer de mirada filípica y facciones polígonas, de las malditas luces y de un día forzoso y la abracé con fuerza mientras escuchaba su reconvención cariñosa que se había vuelto nuestro saludo de los últimos días en que descuidé las visitas cotidianas que le hacía por andar primero bebiendo y luego ocupado saliendo de la abstinencia y buscando trabajo Eh, ave maría, por dios, se dignó a venir el ingrato, yo solo le dije Qué hubo, má, y alargué el abrazo que apaciguaba cualquier turbión que yo tuviera —desde siempre fue así, desde cuando tenía siete meses de nacido y ella tuvo que salir dejándome al cuidado de mi abuela, que intentó por todos los medios posibles hacer que me durmiera y yo empecinado en ser un pedazo de carne molesta y llorona le hice la vida imposible hasta que llegó mi mamá y con tan solo cargarme logró que dejara de llorar y contaba con orgullo que después de ponerme en la cama volteé mi cuerpo mínimo y sacando un bracito diminuto esbocé un abrazo sobre su pecho que me hizo dormir de inmediato hasta el día siguiente, es que siempre hemos tenido un amor infinito el uno por el otro, pero a más de eso mi madre tiene el poder de obrar sosiegos en mí y en el universo; en donde ella está amanece, mi madre es un rincón de primavera en medio del temporal que es la vida cotidiana— y como me conoce tanto, al sentir prolongado el arrumaco, me dijo A vos te pasa algo, este abrazo no es de culpa por ingrato, entonces yo, despegándomele

suavemente, le contesté Nada, má, es ese trabajo que me conseguí, que está medio raro, y le conté todo lo que había visto y sentido, ella me escuchó con atención mientras me calentaba la comida que siempre mantenía medio lista, al terminar mi relato y poniéndome el plato de sopa de guineo al frente, me dijo, sobándome la cabeza «Ay, mijo, esas malditas luces otra vez, pobrecito, me acuerdo de cómo te ponías cuando niño y las fiebres que te daban cuando veías esos ojos, yo sabía que eran de verdad pero siempre te dije que era la fiebre que te hacía ver cosas para que te tranquilizaras y no crecieras con miedos, pero a esos no los ataja nadie, ya quisiéramos las mamás evitarles miedos y dolores a ustedes pero eso es imposible, tendríamos que evitarles vivir porque la vida cada tanto se nos vuelve un espantajo que atemoriza, pero por suerte también es afecto y queridura alegre, así se compensa porque, si no, no se la aguanta nadie, pero, mijito, esas berracas luces nos han perseguido toda la vida. Ahora sí te puedo contar que cuando yo era chiquitica en edad, no como ahora que estoy achiquitándome de vieja, tendría unos siete u ocho años, estando en la escuelita de La Granja, la profesora nos llevó al cementerio para recoger arena que servía para terminar de construir los salones con los que pretendían ampliar la escuela, desde la mañana hasta la tarde arriábamos arena en ollitas chiquiticas como nosotras, en un ir y venir interminable del cementerio al patio de la escuela y eso lo tomábamos como educación física, llegando al fin de la jornada yo estaba cansada y me retrasé del grupo de compañeritas y me senté a descansar sobre una piedra al frente de una tumba vacía, cuando sentí que me miraban desde ese hueco en la pared; era una atracción poderosa como cuando la miran a una queriendo quedarse para siempre,

miradas de esas que jalan, que obligan correspondencia, y me va entrando un frío hondo en el vientre que me levantó los pelos del cuello pero como he sido tan curiosa en vez de huir de allí me acerqué para ver mejor adentro de la fosa y ahí los vi, patenticos, brillantes como estrellas en noche de solsticio, un par de ojos hermosos que me miraban fijamente como queriéndome atrapar, mirándome hacia adentro como intentando meterse ahí, yo me pasmé, mirá que todavía después de tantos años me acuerdo y me vuelve a dar frío y miedo, mirame los brazos —y me enseñó los pelos de punta—, quedé clavada ahí no sé cuánto tiempo hasta que algo adentro mío más fuerte que esa mirada me jaló desde atrás y pude despegármele y arranqué a correr dejando la olla tirada y no paré hasta llegar a mi casa a la que llegué con fiebre, como las que te daban a vos, a contarle todo a tu abuela, que no me creyó, pero me cuidó y me hizo creer que yo me había inventado eso y eso pensé toda la vida hasta que te pasó a vos y supe que no solo había sido verdad, sino que esas luces nos iban a perseguir siempre y que algo nos querían decir, pero no hemos sabido qué es, tal vez es que todavía no tenemos los ojos entrenados para contemplarlas, pero, como sea, no me gusta que se te aparezcan, no sé por qué siento que esos fulgores no son buenos». El relato terminó con un silencio largo, pensando o recordando algo muy lejano y triste, que afligió la escena hasta hacerla incómoda, entonces yo para rescatar el ánimo y acordándome a medias de una historia que contaban con mi papá cuando estaba vivo y sano le dije Má, y ¿las luces de por aquí serán las mismas? ¿Lo que contabas de mi papá? Ella volviendo de donde estaba y sonriendo tenuemente me dijo ya en su habitual tono Ah, no, pero eso fue otra cosa, o quién sabe, podían hasta ser las

mismas porque la maldad de este mundo es más mala que la del otro y las luces de los cementerios son guiños que nos hacen los muertos para atraernos el espanto a los vivos, pero las de aquí las apagaron los vivos para atraer a la muerte. Mientras me llevaba una cucharada de sopa a la boca le pedí que me contara la historia.

Las luces

> «La angustia por las gentes que se encuentran aquí pintan mi rostro de una piedad que tú crees ser miedo.
> Pero vayamos, que el largo camino nos incita a seguir».
> Dante Alighieri – *Infierno*, Canto IV, v. 19-24

«Nosotros llegamos a este barrio y trajimos los espantos porque según me dijeron las amigas antes de nosotros no se había oído hablar de eso por aquí, bien sea porque no existían o porque la gente por andar pendiente de espantar al espanto del hambre no los notaban. Cuando arribamos esto ya estaba muy construido, no como ahora, pero tampoco era un peladero, sin embargo, sí había muchos pedazos despoblados y enmalezados como esas mangas horrendas de detrás del colegio en donde el siglo pasado había funcionado el manicomio y que dejaron abandonadas cuando lo trasladaron para Bello, transformándose en un malezal miedoso que rodeó la edificación de lo que había sido el reclusorio, un sitio de por sí terrible por las historias que se contaban, en donde maltrataban a los locos, dirigido por un loquero, un tal doctor Uribe, que era más desquiciado que los mismos locos, y el lugar también era infame por su arquitectura, una construcción antigua, desolada, triste de presencia y fría, uno veía esa casa y sentía angustia, tanto que sin proponérnoslo, entre todos y de repente, alguien bautizó la calle

contigua como la calle de la soledad, porque todos sentíamos eso cuando pasábamos por ahí, y siempre le tuvimos recelo y miedo, lo que nos llevó a crear un mundo de cuentos de espantos a su alrededor»; yo la interrumpí y le dije Sí, má, las personas hacemos mitos para protegernos del temor y así creamos una realidad alterna en la que lo aterrador no aterre porque sigue otras lógicas distintas a las nuestras y así podemos transar diciéndonos que lo que da miedo no es lo horrendo sino lo ilógico, una manera apurada pero efectiva de sobrellevar el espanto, despreciando su temeridad por ilógica, para en nuestro propio orden aceptar su desorden y no aterrarnos demasiado sintiéndolo cercano aunque raro, y pues eso cuando se trata de espantos es posible: lo grave es que idéntico mecanismo analítico aplicamos para el crimen y el delito, lo aceptamos en nuestra cotidianidad solo como anomalía y no como espantoso, lo que nos convierte en alcahuetas que normalizan cualquier atrocidad domesticándola, tomándola como ilógica y no como antinatural, es lo que nos pasa siempre con el miedo: para protegernos de él levantamos cuentos, nos montamos entonces un pequeño infierno a medida, repletándolo de horripilanteces. «Pues sí, mijo, dijo mi madre, aunque vos lo pongás en tus palabras mejor organizadas, eso fue lo que hicimos: primero agarramos los miedos que teníamos más a mano: que había ratas y bichos de todo tipo, luego escalamos a víboras y culebras que nadie vio nunca y mucho menos fue atacado por ellas, lo que nos obligó casi naturalmente a aterrizar en los espantos, que contienen el grado exacto de rareza para asustar y no requieren corporeidad alguna, antes bien la falta de ella es lo que más asusta, entonces eran perfectos para nuestro interés de volver ese sitio un terreno prohibido para ustedes y el sitio físico propicio

para nuestro infierno a medida, como decís vos, con el que pretendíamos mantenerlos a raya y extorsionar sus conciencias, obligándolos a la obediencia. También hay que decir que tuvimos suerte o tal vez fue la misma dinámica de una época en la que la gente empezaba a experimentar con cosas exóticas y raras y aparecieron los primeros muchachos sin oficio fijo que pronto devinieron en mariguaneros, que era la droga dura del momento, el coco con que nos asustaron a nosotros por sinónimo de perdición, pero, si hubiéramos sabido lo que se vendría después, ni bulla habríamos hecho y habríamos guardado la alharaca para mejores propósitos, pero en esos momentos la mariguana era lo más atroz del mundo, la droga que destruía familias enteras y una plaga de la sociedad, cuando ahora que lo pienso a lo sumo llega a ser un pasatiempo tranquilizante, casi inofensivo», Pues, má, le dije, mucho más dañinos para la sociedad y las personas son el alcohol y el tabaco, que tenemos legalizados hace tanto, y mirá que lo digo yo, que soy un borracho, pero es lo que pasa siempre: que las cosas son ilegales cuando le funcionan al pueblo y legales cuando le funcionan al Gobierno y cuando algo deja de ser rentable se vuelve éticamente cuestionable, antes no, como la esclavitud, que si no nos hubiéramos industrializado a nadie se le habría ocurrido decir que era inhumano mantener a un hombre en cadenas por el color de su piel o por haber nacido en un sitio peor ubicado que otro, ella con una interjección continuó «Ajá, pero bueno, en aquel momento nos hicieron creer que la mariguana era el infierno, y quienes la consumieran, los propios diablos y tal vez por eso, por creerse superiores en maldad o por destacar así fuera en malicia, fue que muchos muchachos empezaron a fumar mariguana, pero como era

tan mal visto, buscaron sitios recónditos y ahí encontraron las mangas como el lugar idóneo para entregarse a su molicie y nos hicieron el camino más fácil a nosotros sumándose a los espantos como objetos del mal. Las mangas se volvieron entonces el sitio en que de día espantaban los mariguaneros y de noche los espantos, lo que no sabíamos era que unos y otros iban a terminar fundidos para nuestro beneficio y para su mal. Pues todos nosotros teníamos que pasar por su vera para ir a trabajar o para comprar en la plaza y sobre todo los niños, que tenían que cruzarlas si venían del lado sur o intuirlas si eran de este lado porque quedaban lindando con el colegio y cercanas a la escuela, mejor dicho, paso obligatorio para todo el mundo. Se decía de todo: que en esas mangas habitaba el loco del saco, que era quien se robaba a los niños desobedientes; que algunos locos del manicomio se habían quedado a vivir ahí; que si pasabas cerquita se oían gritos de dolor o músicas recónditas que embobaban a la gente, y hasta que adentro de esas mangas estaba la entrada al infierno. Que eso lo inventaran y propagaran los niños de escuela era normal y hasta lógico y esperable, pero cuando escaló a los mismos trabajadores, hombres hechos y derechos que cuando retornaban de sus labores llegaban a la esquina pálidos de miedo, se nos hizo preocupante; llegaban diciendo que habían escuchado voces, que habían tenido que aligerar el paso porque sentían fríos extraños y miradas amenazantes desde la espesura, que la calle de la soledad tenía su propio clima que se extremaba cuando alguien pasaba y supimos de muchos que preferían dar la vuelta por la iglesia de San Cayetano para no atravesar la enramada, a la que le adicionaron la visión de luces intermitentes durante la noche que alumbraban en diferentes puntos o se movían de un lado

a otro apagándose en cuanto las miraban para relumbrar más allá, lo que llamó la atención de tu papá y Wence, que en todo veían la oportunidad de salir de pobres, algo muy antioqueño; esas ganas de torcerle el pescuezo a la suerte de un tirón como si fuera una gallina, y encontrar la manera de atraer su favor rápidamente… un entierro, la lotería, un maletín lleno de plata, cualquier cosa con poco esfuerzo que les entregara resultados inmediatos y les quitara de encima el peso de la sobrevivencia para ahí sí poderse dedicar a vivir. Yo siempre me he preguntado: ¿qué harán donde les pase? ¿A qué se dedicarán? Si descansar es lo que más cansa, nada peor que andar sin nada que hacer, yo por ejemplo cuando trabajo no me canso, se me va el tiempo en un dos por tres, en cambio, cuando paro, ahí sí aparece el cansancio, yo me canso es cuando descanso, porque además la vida es acción, la quietud envejece y mata, así que yo creo que lo que quieren todos estos buscadores de fortuna y reposo es atraer la muerte lo más pronto posible, porque imaginate uno sin afanes y sin bregas no le queda sino morirse y además plata así de un momento a otro para qué si nunca supimos lo que es tenerla, termina uno gastándosela en pendejadas o, lo que es peor, humillando con ella a los que no la tienen, valiente bobada esas aspiraciones, pero bueno, son las que han tenido desde siempre estos hombres de por aquí. Por eso con las luces empezaron a decir que eso era una guaca, que las luces siempre aparecían para indicar el lugar del entierro y muchos se sumaron a sus habladurías, argumentando que fijo allí estaban enterrados los tesoros que muchos ricos le habían pagado al viejo Uribe Calad, el monstruo ese, para que recibiera a sus hijos díscolos y a sus hijas encaprichadas en el manicomio y verdad es que muchas familias de la alta sociedad

encontraron en el reclusorio la solución a las contrariedades con sus hijos problemáticos: que el muchacho se quería pasar de listo con los padres o andaba en malos pasos, que la muchacha se enamoró de un mugre o de un hombre casado, pues pal manicomio y santo remedio… Esa parte fue cierta, pero se equivocaban creyendo que les habían dejado la plata con ellos si justamente los recluían para que no se la gastaran, para alejarlos del dinero, que ha sido el gran motivo de disputa entre los humanos desde que existe, y también en que era la fortuna del viejo director que seguramente sí recibió mucho por hacer sus triquiñuelas y maldades, pero no la iba a mantener ahí y menos enterrada, es que, mijo, somos capaces de imaginar cualquier tipo de insensateces para tener algo en que apoyarnos y confiar en un futuro más afortunado, uno de los que creyó fue tu papá, que azuzado por el viejo Wence le dio por buscar la bendita guaca, aunque en el caso de ellos dos la verdad es que su motivación como todo en la vida no era tanto la plata, que también, pero eso lo usaban para disimular que sus verdaderos intereses eran entretener la desocupación y buscar aventuras, pues un buen día después de una borrachera, en la desgana del guayabo que los pone en quietud durante el día pero los inquieta en la noche decidieron buscar la mentada guaca. Se proveyeron de linternas, palas y picos y salieron a la búsqueda, seguros como estuvieron siempre de que, si no encontraban un tesoro, al menos sí se iban a divertir mucho y sí que lo hicieron. Los vecinos los veían tirarse a lo desconocido que ocultaban esas mangas, mientras yo aparentaba estar molesta, pero en el fondo estaba muerta de risa como siempre que a ese par les daba por sus inguandias, es que de verdad eran muy inquietos y muy locos y creo que eso entre tantas cosas era algo que le

admiraba a tu papá y hasta al viejo Wence, esa capacidad de inventarse una aventura en cualquier bobada que los tuviera ocupados y contentos y creo yo que por eso nunca intentaron ni les pasó siquiera por la cabeza hacerle daño a nadie, porque eran industriosos en su vagancia y se empecinaban en que valiera la pena, para que nunca nadie se la quitara ocupándolos en algo productivo, entonces entregaban toda su fuerza, su capacidad y su inventiva a las empresas más desastrosas que se encontraban, era hasta hermoso verlos tan entregados a cualquier pendejada destinada a la ruina aun antes de empezar. Había cierta poesía en su fracaso, y la tal guaca no fue la excepción; llegaron al borde del mangote y me contó tu papá después que siempre les dio miedito porque vos sabés que una cosa es llamar al diablo y otra verlo venir y se santiguaron entre dos guaros que se mandaron de una antes de meterse dizque a perseguir las tales luces y cuando habían avanzado unos diez pasos el Wence le dijo Hombre, Rey, esto siempre está como maluco, por qué no las pistiamos mejor desde afuera y cuando las veamos ahí sí entramos a buscarlas, pero tu papá, que cuando empezaba una cosa tenía que acabarla, le dijo Dejate de güevonadas y apagá mejor esa linterna, que con esa luz no vamos a notar los brillos, y además dejate de moverla, que nosotros somos los que vamos a parecer las luces, a lo que Wence apagó la linterna y adelantaron otro poquito a oscuras hasta que se toparon de frente con la construcción derruida del antiguo manicomio y, si esa armazón desatendida asustaba de día, imaginate lo que era de noche, me decía tu papá que las ventanas parecían fosas y la puerta caída era como un boquete a la nada, que daba miedo en serio. Los dos se pararon y respirando a gatas se cogieron de la mano sin

darse cuenta, como dándose valor el uno al otro, y querían seguir pero estaban como clavados al piso, había algo poderoso que los obligaba a detenerse; la construcción desconchada que había perdido poco a poco la piel, que antes era blanca, contrastaba con la penumbra de la noche, y se incrementaba su terrorífica apariencia, cuando de pronto vieron una silueta que se insinuaba en una de las ventanas, una aparición fugaz que sirvió para desentumecerlos, porque en cuanto la vieron fue como si los picara una avispa y dieron media vuelta y paticas pa qué las quiero: salieron como alma que lleva al diablo —que tal vez eso fue lo que vieron— de regreso a la cuadra, dándose con los talones en las nalgas de lo rápido que corrían; llegaron afligidos de terror y con la cara encalada a narrar lo que habían visto, convirtiendo con su relato esas mangas y ese caserón en sinónimos del infierno, taponando con miedo el interés de extraños y la curiosidad nuestra por descubrir el origen de las luces y los espantos que nos figurábamos habitaban esas mangas. Con el tiempo nos acostumbramos a vivir con miedo, pegado a la espalda pero sin conmovernos, más allá de una simple molestia y un escalofrío cada que teníamos que atravesar las mangas; es lo que pasa con el terror: que si convivimos mucho tiempo con él deja de conmover aunque siga asustando, porque podemos vivir atemorizados, es molesto pero llevadero, distinto a vivir intranquilos, que se nos hace imposible porque inhabilita, detiene y enferma», y yo pensé que mi mamá tenía razón: el día en que el terror nos quite el sosiego y nos impida crecer y desarrollarnos como debería ser lo natural y deje de ser una simple molestia, ese día vamos a dejar de permitir lo impermisible, de tolerar lo intolerable y de soportar lo insoportable y seremos una sociedad resuelta que lucha contra el

acostumbramiento al terror y la domesticación del mal. Ella continuó, sacándome de mi divagación: «Y coma», dijo, señalándome el plato con sus labios, «las luces siguieron apareciendo de noche entre el follaje, pero ya nadie se atrevía a ir en su procura, incluso nos acostumbramos a verlas como luciérnagas infernales entre lo oscuro y hasta decoraban la penumbra en esa época de poca luz en el barrio, en la que cualquier brillito nos entusiasmaba así viniera del mismísimo averno, que fue lo que pasó después con la plata de los pillos… Hasta que nos fuimos olvidando de los espantos y el respeto que les teníamos se transformó en flojera, ya no pasábamos por ahí y punto y contemplábamos las luces desde lejos hasta habituarnos a ellas, y no sé si fue la costumbre, el miedo, la oportunidad o todas juntas lo que llevó a que esas mangas terroríficas se volvieran el sitio predilecto para que los viciosos escondieran sus vicios de las miradas inquisidoras del barrio en un tiempo en que meter cualquier cosa era muy mal visto y el sinónimo de la máxima perdición que la sociedad pudiera imaginar, como te dije, empezó con los tímidos mariguaneros bisoños que empezaban a probar esa yerba con cantidades iguales de gusto y temor y, sabiendo que cualquier atrapada *infraganti* en la casa o cualquier alusión al consumo en la calle era la manera inmediata de conseguir la exclusión social, buscaron sitios recónditos para entregarse al consumo sin ser percibidos, lo que obligaba a que en verdad fueran parajes bien guarecidos porque este vicio y la bazuca que lo siguió inmediatamente tienen un olor fuertísimo y una humareda delatora por lo que la llegada a las mangas fue casi un mandato. Llegaron con disimulo y de día porque el día y su luz vacían de maldad cualquier paraje y aunque todos, incluidos ellos, les temíamos a esas

malezas, en el día era más un paraje montaraz con altos matorrales que daba más pereza que miedo atravesar, pereza que vencieron agenciándose machetes que disimulaban en maletas para cortar barbecho y bajar rastrojo, creando así una entrada y salida de lo tupido porque, si bien escogieron el borde del manicomio como sitio de traba porque quedaban escondidos de las miradas por el pelaje, cuando además de los mariguaneros llegaron los bazuqueros, esos sí se internaron buscando los ladrillos que quedaban en pie de la construcción para volverlos la fuente casi inagotable de material con que cortar la pasta base de coca, lo que atrajo a cuanto bazuquero se fue insinuando por estos lados y por otros más alejados: unos y otros, mariguaneros y sopladores, en cuanto empezaba a aperezar el sol, salían raudos de ese sitio porque por más ganas que tuvieran de seguir consumiendo hay un apremio superior que es el del miedo, pero a medida que fueron ingresando en el vicio, siendo atrapados por él, rebajaron su temor: primero se quedó uno que no pudo de la traba y, al ver que no le había pasado nada, al otro día amanecieron dos y así se fue llenando el sitio de consumidores que suplantaron las luces infernales por las intermitencias de sus baretos, a esto le siguió que primero uno, quizás el mismo que había amanecido, ingresó a la casa en su traba para guarecerse del frío o de sí mismo y a este le siguió otro hasta que se tomaron el recinto y se instalaron de lleno allí, desplazando a los fantasmas, que tuvieron que irse a espantar por las calles del barrio a gente en sano juicio porque los alucinados al verlos se los figuraban creaciones de sus mentes aturdidas y no lograban inspirarles miedo ni temor porque, frente al infierno que vivían cotidianamente con el vicio y la abstinencia, una aparición era apenas un divertimento, una esquirla del terror real

que sentían de quedarse sin su siguiente dosis, de manera que empezamos a ver las luces de su vicio y las estampas fantasmales que trasegaban por los ventanales derruidos del manicomio, pero como ya conocíamos a quienes las fabricaban, estas apariciones dejaron de espantar o al menos de la forma tradicional aunque empezaron a espantar de otras maneras más cotidianas pero igual de repulsivas y aterradoras, porque a medida que pasaban los días los veíamos más descoloridos y cadavéricos, muchachos aviejados pero a la mala, no como yo, que estaba metida a vieja desde niña, pero por lo de poder ver y adelantar cosas que los demás no veían ni preveían, que es lo que dan los años, cierta malicia que amalicia la mirada de las cosas y las gentes, pero estos tomaron el lado malo de la vejez, lo achacoso del cuerpo y la pereza de la mente y no solo se avejentaron sino que se infernaron, fueron infernando su cuerpo, que aparte de desgastado lucía deslucido, estos pobres muchachos aprendieron a vivir como fantasmas, engarzados al vicio se fueron internando cada vez más en esas mangas, que además les brindaban dos cosas importantísimas para su quehacer: una pared de hierba que los resguardaba de la mirada del barrio y un sitio en donde espantarse a su gusto, encaletados y de alguna manera serenos, dañados ellos por dentro de sí mismos y adentro de esas matas sin dañar para afuera, viciosos a más no poder e inofensivos para el resto, pero como siempre, mijo, no faltó el que dijera que eso era intolerable, que daba mala imagen al barrio, que eran un mal ejemplo, porque la verdad es que siempre preferimos echarles la culpa a otros de lo que adolecemos, sobre todo los padres más descuidados en la crianza de los hijos son los que viven hurgando malos ejemplos en los demás para justificar sus poquedades de

interés en levantar a los suyos, para poder tener justificación cuando los hijos se les vuelvan un reflejo de ellos y de su desinterés, así que ellos avinagraron el genio de otros igual de desinteresados o, lo que es peor, de aquellos que buscaban imponer en otros claridades que ellos no tenían, endilgándoles a los demás las oscuridades y podredumbres que llevaban adentro; esos son los peores porque husmean todo buscando un hedor que portan ellos mismos: son los hipócritas de siempre, los que no se contentan con pudrir todo con su pudrición sino que, después de haber contagiado a los demás, denuncian la putridez de los otros para intentar desviar la atención de su propia podre, malditos», ¡Madre mía!, la interrumpí, ya sonás como yo cuando me dejo llevar por la rabia, «Ay, mijo, es que da rabia, porque la verdad esos muchachos que se escondían en las mangas eran viciositos, pero no le hacían daño sino a ellos mismos, y estos granujas policías de la moral pública se juntaron y le pudrieron el seso a todo el que empezó a reclamar una solución a un problema que no era tal, a nadie jodían esos pelaos con sus trabas, pero hay gente que odia solo por odiar y les molestaba mucho que esos muchachos se metieran allá a hacer lo suyo, que era nada, vivían tranquilos en sus nadas y eso incomoda al que también se la pasa haciendo nada pero cree que lo hace todo, porque considera que meterse en la vida de los demás es una ocupación y la ejerce con pasión. Esos pelaos reflejaban una libertad que se ganaron a costa de su salud seguramente y de su familia, pero que no tenía por qué intranquilizarnos como lo hizo y ahí fue cuando alguien los enlistó en una lista oscura como la noche en que los empezaron a matar». Nada más demencial en este país, pensé, que esa ligereza con que dictaminamos muertes ajenas. Uno no lo sabe y hasta ha

participado en ello cada que abrimos la maldita jeta para condenar a otro por imprudencia o atolondramiento, por chisme o descuido: siempre hay una oreja atenta que recibe eso como una orden o al menos como una encomienda o como una venia para hacer efectivo un daño que tenía presto en su corazón, pero que no se atrevía porque resguardaba un mínimo de decencia y moral que usted con su comentario invalidó dándole licencia al daño. Somos horribles seres humanos porque nunca consideramos el poder que ejercemos en la maldad general disfrazando nuestra malignidad de chismes, habladurías y chanzas pueriles o indiferentes, pero nada en esto es infantil, inocente ni desprolijo porque nuestras aseveraciones y chistes de pasillo están haciendo mella en alguna mente hirviente de odio que los toma como aseveración y confirmación de su destino y se atribuye el derecho a hacer de su odio un instrumento de venganza, mostrándolo como ecualizador de justicia, cuando es tan solo su manera de trasferir la inquina que siente por todo lo que esté en desacuerdo con su visión viciada y mezquina de la realidad. Entonces mamá siguió: «Gracias a esa dinámica y a nuestra ligereza, la molestia por el quehacer de esos muchachitos viciosos llegó a oídos de algún tirano de clóset que aprovechando la ocasión se valió del resguardo de la noche y acompañado de otros odios idénticos en ponzoña y encierro al suyo se avinieron a incursionar en el barrio y de esa lista nefanda salió el nombre de esos pelaos: la primera noche pasaron en un carro grandote —es particular cómo los carros de la gente más estrecha y oscura de nuestra sociedad, en los que hacen sus desmanes tenebrosos, suelen ser blancos y amplios, otra contradicción rampante, una abominación tan sutil como portar un puñal en una vaina de terciopelo— y de ese esperpento blanco se

bajaron ellos sí vestidos de negro y encapuchados, al menos en eso mantuvieron su intención, y descargaron varias ráfagas de metralleta, que por aquí no conocíamos en ese entonces, fumigaron las mangas intercalando las luces que despedían sus armas por sus bocas de fuego con las tímidas lucecitas intermitentes de los baretos que se fueron apagando parejo con el aliento de las bocas que las incentivaban. Esa noche fueron cuatro muertos, cuatro muchachos que, salvo sus familiares, nadie lloró, porque habían cometido el pecado atroz de esconderse de sus vidas perseguidas por el desengaño y la falta de oportunidades en la mariguana, y lo peor es que al siguiente día hubo quien dijo que siquiera había pasado, que nada bueno tenían que estar haciendo en esas mangas, que seguro no estaban cultivando café, y cosas por el estilo porque no crea, mijo, lo que vino después nos lo teníamos merecido y a más de merecido era la cosecha de lo que estábamos sembrando con ese temprano riego vuelto ruego y arenga de los buenos muertos que habían sido esos muchachos como si pudiera haber en esta sociedad de mierda algún muerto bueno, alguien que merezca morir por sus mierdas internas», y se quedó pensativa, atristada para luego seguir «Si de eso se tratara no deberíamos ni haber nacido, le digo, pero esas proclamas que escuchamos al otro día abrieron el camino por donde se metió la muerte a reinar por estos predios; con el consentimiento disimulado de unos y frentiado de otros, a mí me parece que la muerte se ha impuesto porque, no crea, la verdad es que mucha gente comulga aún hoy con esa doctrina, porque es muy fácil repartir y desearles la muerte a los demás, pues somos tan soberbios que creemos que el mundo gira en nuestro derredor y lo que no esté alineado debe dejar de existir; esa proclama es fácil y

hasta práctica, pero se nos olvida que eso mismo debe estar pensando un mierda igual a nosotros para quien nosotros somos el desnivel», y se silenció mirando a la nada, y yo, que apenas había probado la comida, atrapado por la voz de mi madre me quedé mirándola, cavilando que todos somos distintos pero deberíamos tener las mismas opciones, y que el mundo nos acoge así, diferentes, pero nosotros mismos no, que encontramos más fácil remarcar la diferencia, siendo mínima, que equiparar la igualdad, que es tan notoria, porque todos queremos resaltar, como si con eso consiguiéramos algo más que los otros o, mejor, como si para que yo consiga algo más fuera necesario restárselo al vecino. La verdad nunca hemos querido tener los mismos derechos sino tener los que el otro no tenga, sin importar cuáles sean, entonces ella volviendo de donde estaba con un chasquido siguió hablando: «A esos muchachos les siguieron otros dos al mes exacto, porque incluso sintiendo la muerte encima, creyeron que no era con ellos, que había sido una mala noche de los primeros cuatro muchachos y por eso a los quince días volvieron a aparecer las luces entrecortadas en las mangas y al mes las apagaron definitivamente y las mangas se despoblaron de luceros hasta mucho tiempo después cuando los pillos obligaron a sus bazuqueros a internarse de nuevo allá porque no querían que sus vicios se vieran en la calle: es que son paradójicas las cosas de este barrio: los primeros mariguaneros que escogieron voluntariamente esconder su vicio para no ser juzgados fueron perseguidos y asesinados por no querer hacerse notorios, buscando la invisibilidad incomodaron a todo el mundo, que vio con buenos ojos su exterminio, y, cuando los bandidos poblaron con su hacer este barrio de vicio, que harto bien les hacía a sus bolsillos y

harto mal a los pelaos que los tomaron como un ejemplo a seguir y una reputación a imitar, no se incomodaron con lo vistoso, que eran los mariguaneros porque eran los chachas del barrio, pero sí llenaron de desprestigio a los viciosos adictos al bazuco, que ellos también producían pero designaban para los parias, los que no alcanzaban a clasificar como mariguaneros, es decir como viciosos aceptados, sino como chirretes, sopladores o desechables porque consumían algo que ellos no y los condenaron al exilio de las mangas donde ahora sí no incomodaban a nadie, qué caraduras e hipócritas, ya cuando esa miseria les producía dividendos pero no les gustaba su apariencia sí estaba bien conducir nuestras miserias a esas mangas: ahí de nuevo se pobló ese sitio de luces bazuqueriles y así fue como lo conociste vos, porque de esa primera matanza se habló mucho, se dijo de todo, que habían sido policías encubiertos o gente del DOC, otros hablaban de un grupo de riquitos que salían de noche a matar viciosos y desechables como diversión, incluso algunos hablaron de vecinos que participaban furtivos detrás de la cortina, anunciándoles o enlistando a esos muchachos para que otros los asesinaran y bien pudo ser cualquiera por separado o todos juntos, nada raro en esta ciudad y este barrio que entre los de abajo nos combatamos, denunciemos, odiemos y matemos para divertir a los de arriba, sea como haya sido, la realidad fue que hubo una mano negra que aquí es larga, peluda y mala, más aterradora que cualquier espanto porque comparte con estos su don vaporoso y aparece cuando menos se la espera para poner un orden que responde a una realidad paralela, la que ellos mismos consideran que es y en la que nosotros no cabemos sea por bazuqueros, por viciosos, por enfermos, por leprosos, por dementes, por distintos o simplemente

por la cualidad que reúne a todas las anteriores y otras más y que nos asusta más que la peste y la muerte: por pobres». Uy, madre, qué nivel, yo siempre he pensado eso, pero nunca lo habría podido decir tan bien, le dije, y ella sonriendo con ese gesto encantador tan suyo cuando recibe un halago en el que mezcla el orgullo con la indiferencia dijo «Para que vea, mijo, que una también se las trae».

Huesos

> «Todo el oro que hay bajo la luna y el que hubo ni a una de estas almas fatigadas podría dar reposo».
> Dante Alighieri – *Infierno*, Canto VII v. 64-66

¡¡¡Devuélvanme a mis hijos!!!, repitió la mujer de la entrada, lo que se había convertido en su habitual saludo cada uno de los quince días que llevaba yo trabajando en el Cementerio General, días en los que me había enterado a medias de lo que era este sitio y reafirmado a cabalidad mi inutilidad para el oficio además de comprobar el menosprecio que suscitábamos frente al gobierno municipal, días en que no había hecho más que revisar informes forenses de personas no identificadas —PNI— que llevaban en la morgue de la ciudad, ubicada al lado del cementerio, más de tres meses, después de los cuales evaluábamos su situación y, agotando los recursos de identificación o contacto con familiares que nunca existían, teníamos que recibirlos y enterrarlos. Esa tarea la realizaba en las dos primeras horas de la mañana y remitía las órdenes de admisión para que los recogieran y sepultaran en la tarde y el resto del día me la pasaba hablando con el coordinador —que me seguía pareciendo indescifrable—, con el celador, los dos sepultureros o las señoras de oficios varios, porque mi supuesto equipo seguía sin ser contratado, también me dedicaba a recorrer el cementerio una y otra

vez, de un lado para otro, hasta lograr conocerlo bien; mi trabajo, amén de inútil, era monótono como una gotera y fatigoso por lo inane, lo que me mantenía con el ánimo agachado y sombrío, y así, arrastrando el arresto, llegué a mi trabajo una mañana imposible en la que me repetí todo el tiempo que debía renunciar y morirme de hambre pero con dignidad, sin esa opresión de flaqueza en el pecho, cuando escuché de nuevo su intimidante e impertinente saludo y yo, que siempre condescendía bajando la cabeza en silencio y siguiendo de largo, ese día, no sé por qué, decidí responderle y deteniendo mi marcha le dije Señora, yo no tengo los cuerpos de sus hijos y, si por alguna razón cree que están aquí, le ruego que siga el procedimiento, ¿ya se hizo las pruebas de ADN? Sí, señor, aunque no son necesarias porque yo sé que los dos están aquí, me contestó y me pareció que su voz dejaba de ser fantasmal y amenazadora y se volvía humana. ¿Y cómo lo sabe, mi señora?, dije, Lo siento aquí, me respondió, tocándose el pecho con su mano esquelética y temblorosa, y siguiendo un impulso desconocido y recóndito me atreví a proponerle Señora, recuérdeme el nombre de sus hijos, a lo que el semblante le cambió, esbozando una mueca que podría interpretarse como una sonrisa derrengada que contrastaba con un brillo angélico proveniente de adentro de su mirada, como si en el interior de sus ojos germinara la chispa original que diera inicio al universo, entonces contestó Juan Jairo el mayor y José Luis el menor, ambos García Moreno, y sin pedir permiso se anudó a mi lado emprendiendo el desplazamiento hasta mi sepulcral oficina, que parecía más cripta que las tumbas del entorno. La hice pasar, le indiqué dónde sentarse y cuando estuvimos frente a frente en mi escritorio le dije Bueno, señora, ahora sí tiene toda mi atención,

cuénteme en qué puedo ayudarle; había algo que me empujaba a hacerlo aunque en el fondo los dos nos sentíamos actuando inútilmente un papel, el mío de funcionario diligente, el de ella de reclamante acogida, y aun sabiéndonos parte de un formalismo continuamos cada uno en su rol, ella dijo A mis dos hijos los mataron las mismas personas y creo que el mismo día y los vinieron a botar aquí, los sacaron de la casa con engaños, porque ellos ni en la calle estaban, se habían quedado encerrados como casi todo el mundo desde que empezaron a aparecer uniformados en el barrio y por la noche se escuchaban esas balaceras horribles por los lados del morro, ellos eran miedosos y no andaban en cosas malas, pero les dijeron que dizque necesitaban comprobar sus nombres y sus cédulas porque traían unas listas, pero mentiras, lo que hicieron en cuanto salieron fue quitarles las cédulas y montarlos en una jaula en la que se los llevaron quién sabe para dónde a matarlos, ¿Y quiénes se los llevaron?, pregunté por seguir el hilo, Pues los mismos que los mataron, el ejército o los que estaban con ellos que también vestían de camuflado ese día, pero con capuchas, que después han dicho bajito las vecinas que fueron las mismas que me contaron que eran paramilitares y uno de esos encapuchados iba conduciendo, yo llegué tarde, cuando ya había arrancado el camión con mis muchachos porque estaba en el colegio dando clase, que a eso me dedico, o bueno, me dedicaba antes de sus muertes y encontré solo el chisme de que los habían sacado de la casa y los habían montado a la brava a esa jaula, porque lo de las tales listas nos lo dijo un general que todavía estaba patrullando en el barrio cuando otras señoras igual de confundidas a mí y yo le preguntamos los porqués de las capturas de nuestros hijos, nos contestó que eso no había

sido una captura, sino que ellos voluntariamente se habían ido a verificar que no aparecieran en un registro que tenían de gente con cuentas pendientes y que seguro aparecían más tarde, pero qué va, esperamos esa noche y hasta el otro día pero nunca aparecieron, como tampoco volvió a aparecer el general ese ni nadie y cuando fuimos a preguntar por ellos en la cuarta brigada, que fue lo primero que se nos ocurrió, nos dijeron que ellos no sabían nada de operativos en esa zona de la ciudad, ni de generales ni de detenidos y mucho menos de desaparecidos y empezó nuestro calvario o, bueno, el mío porque las otras madres se han ido resignando o, si no, al menos mantienen su martirio encerrado y callado… Después me fui a la Fiscalía en donde me negaron la entrada que porque los fichos del día ya los habían repartido y que tenía que madrugar más al siguiente día y así lo hice; me fui desde las tres de la mañana y me dejaron entrar como a las diez para nada, para decirme que lo único que podían hacer era recibirme la denuncia de la desaparición después de que pasaran setenta y dos horas y supe que mis hijos no le dolían a nadie distinto a mí y que este país y su sistema burocrático es tan inepto y corrompido que las víctimas parecemos los victimarios, porque nos tratan peor que a los criminales y, lo que es peor, nos hacen creer que lo que nos pasó y pasa es culpa nuestra y de alguna manera se las ingenian para hacernos sentir culpables de algo que nos pasó sin buscarlo y sin pedirlo y termina una no solo rogando sino casi pidiendo perdón por que lo ayuden, país desalmado, lleno de burócratas de mierda como usted y su jefe, oficinistas de oficinas muertas como esta en las que van a morir los reclamos y los dolores de la gente que no tenemos un apellido importante en un país de abolengos rancios, donde lo único que

corre a borbollones es la sangre de los pobres y la lambonería de estos a los ricos, de manera que de nuevo estoy insistiendo a ver si alguien presta atención y ese alguien hoy le tocó ser a usted, me quedé en silencio después de recibir su retahíla rabiosa en la que me metía en el mismo saco con todos los funcionarios de la administración y que me jodió porque me hizo razonar que ahora estaba en ese lado mañoso de la historia en la que se enfilaban los canallas, los alcahuetas, los corruptos, los solapados y los solapadores, los abúlicos, los cínicos, los charlatanes, los sapos, en una palabra: los hijueputas, y tragándome un salivazo espeso como la brea de un volcán de mierda le dije Mi señora, no sé por qué cree que yo la puedo ayudar, si estoy recién llegado a este puesto y apenas me estoy enterando de cómo funciona todo, además creo que está sobrevalorando mi alcance, no considero que pueda ayudarle en su búsqueda, pero dígame ¿por qué cree que sus hijos están aquí? Vea, señor, me dijo exasperada, primero, yo sé que mis hijos están muertos, lo sé por este —se señaló el pecho— que no me falla, lo supe desde que se los llevaron, pues esa tarde sentí un ahogo, una opresión invertida en el pecho como si una fuerza en vez de empujarse hacia adentro de mí quisiera salirse, y la cabeza se me iba para donde mis hijos, no ve que el barrio había estado muy caliente esos días y las personas andábamos muy asustadas, acobardadas con la presencia de esos militares, porque aquí las cosas funcionan al revés, la presencia militar no representa seguridad sino incertidumbre, peligro y pánico, y cuando me fui a trabajar los dejé encerrados como a todos los muchachos que no tenían trabajo fijo en esos días, porque había algo en su vagancia que molestaba y los hacía sospechosos, entonces desde que

empezaron a aparecer uniformados a mirarlos mal, mis hijos y otros muchachos desocupados se encerraron para que no los notaran mucho por ahí deambulando, y eso que los hijos míos eran de los menos vagos, uno era pintor como el difunto papá y trabajaba cuando salía algo para hacer y el otro ayudaba a descargar camiones de escombros y se movía mucho, hacía mandados y todo tipo de vueltas, mire yo sé que ellos tenían sus mañas y que a ninguno de los dos le gustó el estudio, pero eran buenos muchachos, de pronto el mayor fumaba mariguana y el menor bebía con los amigos de vez en cuando, pero no andaban en vainas raras ni eran milicianos, entonces para qué los iban a buscar dizque con una lista, eso fue que los querían matar, pero yo le digo que, además de este —dijo de nuevo señalándose el pecho—, después de mucho insistir en la jedionda Fiscalía esa, a los dos meses de ir a reclamar todos los días por su paradero, me llegó a la casa un reporte en el que decía una locura, que mis hijos habían sido detenidos dizque porque les habían incautado una granada y una metralleta que tenían escondidas debajo de la poceta el día en que se los llevaron, y ahí fue cuando yo con ese papel en la mano me fui para la miserable Fiscalía esa y les dije a los gritos que eran unos bellacos, que primero dizque no sabían nada, después que los habían arrestado y ahora ya me los habían vuelto delincuentes, pero que, si eran eso y los habían detenido hacía tanto tiempo, quién los tenía retenidos y en dónde estaban. ¿Por qué no me habían llamado o contactado de alguna manera? Que yo necesitaba verlos y hablar con ellos, que era un derecho de cualquier preso, y sobre todo que por qué me había dicho ese general o coronel o lo que fuera que ellos se habían presentado voluntariamente y ahora aparecía en ese papel que

habían sido detenidos como delincuentes, pero ahí sí nadie supo contestarme nada, que no sabían de generales y que mis hijos no les aparecían registrados ni como detenidos ni como nada, yo sospecho que fue un error grave, de esos que cuestan vidas o por lo menos puestos, el que a mí me llegara ese reporte que se les debió colar o desviar cuando iba quién sabe para quién y se traspapeló y me lo terminaron enviando a mí y se embalaron, como no supieron qué contestar me hicieron sacar por un vigilante de ese edificio grande recién estrenado, pero me les instalé afuera día y noche el resto de la semana; allá vivía, porque como ha visto soy porfiada, con el papel en la mano reclamando por lo mismo, hasta que el domingo que cerraron me devolvía para la casa caminando, porque desde que se los llevaron no volví a trabajar y andaba sin un peso viviendo y comiendo de lo que me daban las vecinas que me visitaban allá, cuando un muchachito se bajó de una moto y con un arma en la mano me dijo que le entregara todo lo que tenía y yo le dije que ni para el pasaje tenía, que se dejara de bobadas y él me arrebató el papel y el bolso y se fue volando, y ahí entendí que esta vaina tenía otros ribetes, porque al lunes me atendieron distinto en la Fiscalía, me dejaron entrar y me llevaron a una oficina en la que un señor un poquito más viejo que usted, vestido de cachaco y muy serio, me dijo sin mirarme mientras escribía en un computador que él me recibía la denuncia de la desaparición de mis hijos, que le pasara el papel en el que decía que los habían capturado y ahí entendí todo y me maldije por no haber sacado una bendita fotocopia, pero es que en ese tiempo yo andaba sin malicia y cuando le informé que me lo habían robado el día anterior se sonrió y con mirada aguzada me dijo Ah, no, señora, sin eso no hay nada porque

igual sus hijos pueden estar por ahí de parranda y usted me está haciendo abrir un proceso de algo que no sabemos siquiera si es cierto, no me quedó de otra que agachar la cabeza vencida, porque supe que todo lo que había pasado estaba orquestado por ustedes y que eso no era más que una burla, pero me sirvió para despertarme algo adentro, y supe que lo único que tenía para combatir su maldad era la terquedad, empecinarme en buscarlos, por eso no me dejé intimidar y le dije Devuélvame a mis hijos, y se lo volví a repetir cada que él me entregaba otro argumento o me reviraba con algún improperio, me decía que no lo hiciera perder el tiempo y yo volvía a decirle Devuélvame a mis hijos, entonces él decía que yo estaba loca: Devuélvame a mis hijos, que me iba a hacer detener y yo de nuevo: Devuélvame a mis hijos, y así estuvimos un rato hasta que hastiado me mandó sacar con un par de vigilantes a quienes les repetía lo mismo cada que me hablaban porque entendí que el reclamo era a todo el que tuviera que ver con este sistema despreciable que me quitó a mis muchachos, y por eso a usted se lo vengo repitiendo desde que lo vi, y a su jefe, y lo seguiré haciendo con cuanto funcionario, obrero, lameculos o persona que me interpele en esta búsqueda porque es lo único que requiero, que me los devuelvan y porque lo volví una oración que, aunque sé que no sirve para mi cometido, sí veo y siento que a cada persona que le entrego mi reclamo se molesta, se confunde o al menos se incomoda y ya que, al parecer, nadie sabe de ellos y nadie se confundió, se molestó o al menos se incomodó con su pérdida, que lo hagan con mi reclamo, vamos a ver hasta cuándo aguantan ustedes escucharme porque yo toda la fuerza que me quede en esta vida la voy a gastar en reclamarlos, aunque sospecho que mi

demanda no ha llegado a los oídos indicados porque esos no aguantan ningún reclamo y prefieren acallar al reclamante que responder por lo perdido, vamos a ver… Yo la escuchaba atento y de pronto me surgió una pregunta: Y, mi señora, ¿por qué dejó de reclamarme a mí y me está contando estas cosas? Porque usted ha sido el único que me respondió solicitándome el nombre de mis hijos, entonces sentí un frío que me nació en el estómago y se me fue instalando por todo el cuerpo cuando le pregunté aun sabiendo la respuesta y lo inútil de la pregunta: ¿Y cómo cree que le puedo ayudar? Ella se demoró un par de segundos en contestar con toda la soledad del mundo puesta en esa frase: Diciéndome que me va a entregar los cuerpos de mis hijos. Yo me quedé en silencio, pero no por grosería o soberbia sino porque las palabras para nombrar lo que ambos sabíamos se demoraron en salir: que eso era imposible y ella con ojos de sílice y una fatiga reseca y vieja en la mirada me retornó el silencio como un pacto secreto entre ambos, dos mundos distintos orbitando la nada que eran sus reclamos, ambos sabiendo que nunca llegaríamos a ningún lado, pero necesitando persistir en el movimiento circular alrededor del vacío para no ser tragados por este, al final sin ganas ni convencimiento le dije que haría todo lo posible, que al siguiente día iniciaría una búsqueda de sus hijos entre todos los registros de los inhumados de los últimos años, desde que habíamos empezado a llevar registro, pero que necesitaba toda la información que tuviera sobre ellos y además para que se fuera con algo le conté lo que sabía del cementerio para que ella supiera y fuera consciente de la dificultad a la que nos enfrentábamos; creí que se iba a desanimar después de escucharme la historia, pero en vez de eso me miró con ojos sonreídos y me dijo

Yo eso ya lo sabía, el coordinador me lo repitió como mil veces, pero ya llegó usted a cambiar las cosas y por algo se empieza, si mis hijos lo motivan, tal vez encontrarlos nos tarde un buen rato, pero si en el camino logramos averiguar algo de otros hijos de otras madres igual de ignoradas que yo, vamos a ir formando el cuerpo de mis muchachos, así sea de retazos de otros diferentes pero semejantes a ellos y como lo hizo la tierra, que también es madre, en este cementerio con ese montón de partes al garete que ha ido recibiendo, nosotros podamos en los huesos de otros ir encontrando a los míos. Me conmovió su determinación y le dije que contara conmigo, aunque veía en su esperanza las ansias del que muere de mar en un océano de sed; quise ayudarla y de verdad apenas salió de mi oficina me puse en labor de encontrarle una salida a tamaña algarabía y confusión, mirando en el computador los registros que había de los PNI, pero solo aportaban alguna descripción particular, como un tatuaje o algún lunar, además apenas habían tomado seis muestras dentales y trece de ADN de los más de seiscientos cuerpos que habían inhumado sin conocer su origen y la mayoría eran habitantes de calle. Cuando iba a revisar las pruebas de ADN de la señora para nada, solo para hacer tiempo y sentir que estaba buscando, porque no entendía muy bien lo que arrojaban, sentí el carraspeo con que el coordinador se anunciaba en la puerta, levanté la mirada y lo saludé, haciéndolo pasar con un gesto que él ignoró y desde la puerta me preguntó ¿Qué hacía la loca aquí?, le contesté Hombre, lo de siempre, preguntar por sus hijos, ¿Y usted qué le dijo?, me preguntó, yo le retorné Pues que iba a hacer lo que pudiera por ayudarla y aquí estaba mirando registros de los PNI e iba a revisar sus muestras de ADN, el director agarrándose del marco de

la puerta me dijo con cara adusta No se ponga a prometer güevonadas que no va a poder cumplir, ¿cómo la va a ayudar?, ¿consultando unas muestras que ni entiende o qué más?, ¿va a desenterrar a todos los muertos de este cementerio y luego qué?, ¿los va a clasificar y los va a cotejar? Hasta que se dé cuenta de que no están o, si están, que no se pueden encontrar, ¿con qué le va a salir entonces? No sea güevón, que uno se deja llevar por el pesar de ellos, pero ellos no se van a compadecer de usted y van a decir que usted les prometió cosas y lo van a hacer quedar como un culo, y esas vainas son las que cuestan el puesto, la bulla nos deja sin trabajo y, si a usted no le interesa mantener el puesto, a mí sí y un escándalo lo saca a usted pitando, pero enseguida voy yo, así que no les dé esperanza que antes lo que necesitamos es que pierdan toda esperanza para que no nos jodan y nos dejen trabajar o al menos fingir que lo hacemos. Yo escuché con molestia creciente su discurso, pero luego recordé mi posición y rango, le dije pasito, mostrándome dócil y dispuesto, Yo no soy capaz de no hacer nada, de no intentar ayudarle y algo debe poder hacerse para que esa mujer esté más tranquila, el coordinador dando media vuelta me dijo Sí, no le pare bolas, eso es lo mejor que puede hacer por ella, no abra puertas que después no va a saber cómo cerrar, y se dirigió a su escritorio dejándome en ascuas y sintiéndome regañado, sin embargo, y pese al sermón, apenas terminé de mirar en vano los números y letras de sus pruebas, que no me decían nada, consulté con el equipo de excavación que estaba intentando darles un orden a las búsquedas, a ver si alguno de ellos podía interpretar esas pruebas, pero ninguno sabía; ellos eran obreros contratados para echar pala y sacar muertos, indagué entonces por la manera en que

estaban clasificando los restos que iban extrayendo y me dijeron que después de sacar los cuerpos, la mayoría incompletos, mandaban a Medicina Legal las piezas, donde hacían unas pruebas para definir las fechas aproximadas de muerte pero que era muy jodido porque en una misma fosa aparecían huesos mezclados de diferentes épocas, un cráneo de 1970 y una mano de 2003 con un fémur de 2008 y así, porque se habían dado cuenta de que todo el suelo había sido no solo reutilizado muchas veces, sino que, como era una tierra removida por aguaceros y lluvias, los huesos se fueron mezclando sin orden y al garete. Me di cuenta de que lo que estaba intentando hacer era un imposible, y me mordí de rabia al pensar cómo en este país hasta el acto más simple de compasión, incluso de misericordia, como era devolverle los cuerpos de sus hijos a una pobre vieja a quien le habían quitado todo lo que tenía, se hacía una tarea imposible o cuando menos improbable mientras que dejarla vaciada de todo fue tan simple como un descuido y volví a percibir lo irrealizable de mi tarea y lo incumplible de mi promesa y, vaciado yo mismo, me llené de impotencia y entendí la colosal búsqueda que tenía por delante y la inutilidad de su realización porque, si buscarlos era una tarea absurda, encontrarlos era imposible. Me pasé la tarde rumiando rabia y volví a mi casa con la imagen de esa mujer ocupando mis pensamientos sorprendido de que, por primera vez en mucho tiempo, no había pensado en mi alcoholismo ni en mi exmujer ni en todo lo que perdí, y por un día no había estado sofocado de mis culpas por el daño que le hice a toda la gente que me quería en mis episodios desaforados y sentí que estaba más preocupado por esa mujer que por mis mierdas, y eché de ver lo egoísta que era; llevaba más de dos semanas sintiéndome miserable

por un trabajo que, si bien no me agradaba, tampoco me molestaba porque no había hecho nada aparte de tomar dictados y revisar expedientes y entendí que lo que llamamos sufrimiento a veces no es más que incomodidad con una realidad que no está de acuerdo con la elevadísima idea que tenemos de nuestra valía y que dicha disparidad ha sido provocada la mayor parte de las veces por nosotros mismos y nuestra suprema autoestima mientras afuera hay gente sufriente de verdad, como esta mujer a quien la vida se le iba en reclamos inútiles con los que entretenía su vacío y embolataba su atroz realidad llena de pérdidas; me sentí pequeño y mezquino y supe que tenía que ayudarla a como diera lugar aunque también ayudarla fuera una manera más sofisticada de alimentar mi vanidad, sintiéndome útil a un propósito que yo consideraba superior, pero no porque lo sintiera en realidad como tal, sino porque darle esa importancia me encumbraba a mí como ayudador superlativo de causas altas y nobles que, si bien lo eran, lo eran por sí mismas y no porque yo las ayudara y mucho menos al ser altas y nobles lograban contagiarme a mí —ser mezquino y minúsculo— con su grandeza y nobleza, que es lo que buscamos los que nos empecinamos en ayudar causas que consideramos más potentes que nuestras miserables vidas: arañar un poco de su grandeza para balancear nuestra idea de que somos buenas personas. Qué gran farsante es el ser humano, y más que nadie los filántropos de imposibles, los socorredores de causas perdidas, porque en el fondo su ética está más perdida que las causas a las que les entregan la vida, sin embargo y pese a hacerme cada vez más consciente de esto, empecé a sentir como propio un trozo de su dolor, tal vez porque su agonía me removía cosas del pasado, la muerte de mi hermano y el

vacío que me dejó, esa falta de horizonte en la mirada que deja la pérdida de alguien querido, ese punto fijo en que se instala el alma después de agotar las esperas de su retorno que nunca se cumplen y si a mí, que sabía que estaba muerto y había visto su cuerpo, esa fantasía de imaginarme que de un momento a otro atravesaba la puerta sonriendo me mantuvo en vilo tanto tiempo, aferrado a las nadas de esa ficción, no me imaginaba lo que era para esa mujer que no había podido cerrar sus pérdidas, ni despedir su esperanza, ni matar su espera y seguía aferrada a encontrar sus huesos para trancar la puerta de incertidumbre que mantenía abierta en el alma, porque en ella esa incertidumbre era una manera extraña y esotérica de esperanza. Me quedé dormido pensando en esto y tuve otra vez un sueño intranquilo que me levantó de la cama a las cinco de la mañana con la necesidad de revisar yo mismo lo que los forenses estaban registrando de los hallazgos, me bañé y vestí mecánicamente sin poder dejar de pensar en la mujer y, cuando llegué a mi trabajo, como si mi pensamiento la hubiera convocado la encontré convidándole un tinto que llevaba en un termo al vigilante desde afuera de la reja, y al verme sonrió con una sonrisa franca y me dijo por saludo Aguarde le sirvo un tinto, y mientras se lo toma le digo por dónde vamos a empezar, le recibí el tinto también sonriente y mientras soplaba el vaso desechable que hervía en mis manos pensé que esa mujer era algo simbólico que era capaz de reponerse al menos transitoria y anímicamente de cualquier tragedia y de cientos de atrocidades con un mínimo de esperanza o, mejor, que encontraba la esperanza necesaria para reponerse de cualquier hundimiento en un ínfimo trazo de luz que alguien le brindaba y con él era capaz de alumbrar el universo inundado de oscuridad en que

habitaba, y caí en la cuenta de que aquella mujer me recordaba a mi madre; de alguna forma íntima se asemejaban, una sutil fortaleza las vinculaba, a veces las personas se parecen más allá de lo físico, se evocan en una determinación y una fuerza vital, en unos gestos que develan su fortaleza interior, en una actitud, que fue lo que vi en ella que me trajo a mi madre a la cabeza y entendí mi interés extraño en ella: atendiéndola, de alguna manera me ponía a disposición de los reclamos de atención constante de mi madre, que me fustigaban con culpas que sentía hondamente porque, aunque descuidado, siempre he sido un buen hijo y con mi mamá hemos tenido una magnífica relación, que se ha ido afianzando en cariño y confianza a medida que pasan los años, sin embargo, esa sonrisa sincera que no le conocía a la mujer tendió el puente que había ignorado entre ella y mi madre. Mirándome a los ojos aluzmiladamente me repitió Yo sé por dónde empezar la búsqueda, yo conozco a una periodista, Lucía, se llama y ha recogido mucha información sobre los desaparecidos de esta ciudad, al menos desde hace algún tiempo, ella no le habla a casi nadie de lo que sabe y menos si trabajan para el Gobierno como usted, porque la han amenazado mucho, pero si la sabe tratar de pronto lo atiende y le cuenta cosas que nos pueden servir, Ah, sí, mi señora, ¿y yo para qué esa información si usted me dice que ya la sabe y no le ha servido?, ¿cómo me sirve a mí?, y ella, con una mezcla de ternura y condescendencia, me dijo Ay, mijo, hay tantas cosas que usted desconoce del manejo paralelo de esta ciudad, usted trabaja aquí y tiene acceso a cosas que nosotras no, pero más importante es saber si usted tiene la voluntad de ayudarnos a encontrar lo que tantos buscamos. La pregunta me desacomodó porque una cosa era la

simpatía que me despertaba su presencia y que tenía que ver con un parecido actitudinal con mi madre que seguramente solo percibía yo o con que sintiera pena por su caso, incluso con que me identificara con ella y los desatendidos desde lo humano, y con que fingiera buscar con ella imposibles desde mi precaria condición de servidor público inepto, pero otra cosa muy distinta era lo que ella me estaba preguntando directamente. ¿Tenía yo la voluntad de ayudarla a encontrar los cuerpos de sus hijos y, si era así, cómo iba a hacerlo?, sin mirarla le contesté sinceramente No lo sé, mi señora, ella mantuvo su mirada sobre la mía, que se escondía de pena, y pude ver cómo el brillo que antes me había deslumbrado se enturbió como si adentro hubieran corrido una cortina ocre y volvieron a morírsele los ojos y con ellos difuntos me dijo a la vez que me entregaba un papel que sacó del bolsillo: Vea, mijo, el teléfono de ella por si le da para llamarla, si lo hace, me cuenta a ver qué le dijo y, si no, tranquilo, que yo estoy acostumbrada. Le recibí el teléfono sintiendo que el ambiente se llenaba de un aire espeso como cemento mezclado que se iba endureciendo a medida que pasaban los segundos, creando un muro de silencio entre nosotros dos, hasta que, de tanta incomodidad y para tratar de recuperar el camino del diálogo, le dije Venga mejor y tomémonos otro tinto en mi oficina y me cuenta más cosas sobre la vida de sus hijos, ella viendo y sobre todo sintiendo mi contrariedad me contestó fatigada Camine, pues. Al sentarnos pedí dos tintos y para esquivar nuestros temas urgentes le pedí que me ayudara a revisar unos papeles en los que tenía los apuntes de los forenses sobre los inhumados y exhumados de los últimos meses. En eso se nos fue la mañana y no volvimos a hablar de la periodista ni de sus hijos, salimos a almorzar en silencio frente

a la mirada inquisidora de mi jefe, que desde que me vio entrar con ella a la oficina me miró feo y bajó la cabeza negando con decepción, porque para él y los trabajadores del cementerio la mujer era una loca de remate a la que habían apodado la Llorona, que era como yo también la conocía antes de hablar con ella, fuimos hasta un restaurante en la esquina y pedí un corrientazo más por costumbre que por hambre, pues desde que la mujer me había sorprendido con la pregunta imperativa no estaba bien habitando mi cuerpo de ordinario, y la incomodidad se extendía a mis pensamientos y las acciones cotidianas. Enfrenté el plato sin hambre, comí la sopa y medio probé el seco; ella, en cambio, no quiso ni siquiera ordenar, apenas pidió un tinto disculpándose: Desde que me mataron a mis muchachos se me quitó el hambre, ya casi no como, lo poco que como es por costumbre, pero me sabe mal la comida, me sabe a culpa y a soledad porque una sola no come, solo se alimenta, la comida es comunión y cariño, es familia y hogar, es lo mismo que la cocina: uno hace comida para los suyos pero sin ellos ya no tiene gracia, eso que dicen que la sazón de mamá y esas cosas son ciertas, en el fondo están la intención y el cariño que se le pone a la comida; según mis hijos yo era buena cocinera, pero ahora ya no cocino, no tengo para quién, así fue como estas palabras acabaron de agriarme el poco apetito que tenía. Salimos del restaurante y nos despedimos, aunque yo lo hice más que nada porque no tenía nada que decirle ni qué hacer con ella distinto a repasar unas cifras y unos nombres sin orden y sin sentido y sobre todo porque su presencia lograba llenarme de culpa y me incomodaba, además, que era tentar demasiado la suerte con mi jefe volver del almuerzo con ella, sabiendo que a él su presencia le

repelía y la manera de tolerarla era ignorarla, que es como las personas simples enfrentamos la culpa que compartimos como sociedad, desdeñando al que nos la recuerda, la misma culpa que venía sintiendo yo desde su pregunta, culpa por no poder hacer nada por ella y además por mi desfachatez y por mi impudicia de ir cada día a un trabajo que encubría una infamia llamada clientelismo, todos los que trabajábamos como contratistas del Gobierno lo hacíamos porque conocíamos a alguien o éramos impulsados por alguien o alguien nos debía un favor o nosotros se lo debíamos a alguien: un carrusel denigrante en el que esos álguienes eran politiqueros de turno que tenían secuestrado el poder desde que este país se había hecho, pero que en los últimos años lo habían llevado a un extremo tal que ese rapto más parecía una convivencia consensuada y llegábamos a estos puestos sin méritos y desconociendo sus operaciones y responsabilidades, improvisando o cuando más aprendiendo sobre la marcha, sin vocación y sin conocimiento, por eso andábamos al garete y sin objetivos claros, y eso quienes habíamos decidido trabajar e intentar estar a la altura de un puesto y unas funciones que intuíamos, mientras que la mayoría ni siquiera se preocupaba por eso, les bastaba con asistir a sus lugares de trabajo y pasear su incompetencia con un tinto en la mano todo el día hasta el final de la jornada, o antes, porque como éramos contratistas no teníamos que cumplir un horario, pero para lo que sí éramos superpuntuales era para cobrar el sueldo el día que tocaba y fuera que se retrasaran un día siquiera para que nos vieran exigiendo el acatamiento y respeto de nuestros contratos argumentando que uno matándose aquí todos los días para que no le pagaran y frases de similar calado, qué desvergüenza, la política

transformada en favoritismo, nepotismo o mejor sería decir hijueputismo, porque eso éramos: una parranda de zánganos, vividores aferrados a la gran teta de una reputísima, que volvíamos tal con nuestras prácticas, llamada Estado. Amargado por eso y por la mañana con la mujer decidí irme temprano a visitar a mi madre. ¿Qué hubo, má? ¿Qué hubo, mijo?, nos saludamos y después de un breve silencio mi madre buscándome la mirada me dijo ¿Qué te pasa? Te noto rarito, entonces le contesté Raro no, má, más bien aburrido. ¿Con el trabajo?, preguntó ella, No, má, respondí, con el trabajo no, o bueno sí, pero no por el trabajo en sí mismo, sino que conocí a una señora con un problema muy verraco y me tiene cabezón, ¿Una señora?, preguntó mi madre, le contesté Sí, una señora o bueno eso era antes de su tragedia, ahora parece más un espanto. Es más, má, le dicen la Llorona… Ja, como a Leticia, me respondió, Ay, mijo, tantas Lloronas que hay, espere y me cuenta de la suya mientras yo le cuento de la mía. Hacele, má, contame.

La Llorona

> «Otro distinto rumbo te conviene si huir quieres de sitio tan salvaje —me respondió al ver cómo lloraba—».
> Dante Alighieri – *Infierno*, Canto IV, v. 100-102

«Si de historias tristes se trata, la de Leticia es la más oscura por como se dio y por como termina: yo la conocí antes de que todo el barrio le dijera la Llorona, mucho antes de que la desgracia la tomara para sí y se convirtiera en esa loca que no hace más que llorar y reclamar a sus hijos, pero después de lo que vivió no es raro que haya escogido el llanto como manera de comunicación y reclamo y aun me parece poco, puesto que llorar es una actividad humana y su tragedia es la más inhumana de todas las desgracias de la especie. A Leticia la conocí jovencitica, recién llegada a Medellín, antes de que tuviera a sus hijos y se los mataran, porque esos muchachos no están desaparecidos, están muertos, eso es seguro, triste que la desgracia invite más a la risa que al espanto en este país horrendo. Siendo jóvenes las dos llegamos al barrio por la misma época y ambas en embarazo, claro que yo tenía siete meses y ella apenas tres, vivíamos una frente a la otra, y ustedes y sus hijos se criaron juntos, solo que yo los tuve a ustedes tres y ella en cambio tuvo cuatro, aunque los tuvo antes que yo, uno cada año, mientras que ustedes nacieron con tres años de diferencia cada uno,

pero Alquívar y el Guasca sí eran de la misma edad y se levantaron a la par, después le seguía El Mono y después Socorro, que fue la primera de las bobas, y finalmente Dita, la menos boba de las dos, aunque también tenía su bobada y además le daban esos ataques de epilepsia como a vos; mirá que ustedes dos comparten enfermedad y año de nacimiento. Su marido Genaro había sido joyero en su pueblo, transformaba los chicharrones y las pepas de oro, que la gente sacaba mazamorriando en el río, en cadenas y aretas, pero como en todo pueblo minero un día llegó la guerra y con ella la ruina de todos los que tuvieran vecindad con ese metal: se instalaron las vacunas y las obligaciones de servirles a los guerreros, y como Genaro había sido amigo de unos señores del pueblo que ahora eran enemigos de los que llegaron, se vio obligado a elegir entre el destierro o la muerte y optó por el primero, entonces tomó a su mujer embarazada —con quien llevaba menos de un año de casado— y cuatro trapos y se vinieron para la ciudad, que era a donde venían a templar todos los desterrados del campo; llegaron al barrio atraídos por el nombre, pues uno de sus paisanos emigrado con anterioridad se lo había mencionado diciéndole que era un lugar de arriendos baratos y que quedaba cerca del centro, a donde pensaba dirigirse para buscar trabajo apenas se instalara, de manera que al bajarse del bus en la terminal del norte tomaron un taxi con dirección al barrio sin saber siquiera dónde quedaba y el taxista al percibirlos biches como citadinos les dio un montón de vueltas para cobrarles más y finalmente los bajó en el parque de Aranjuez. Sin tener rumbo fijo, se sentaron en la cafetería de la esquina y pidieron dos cafés y un par de almojábanas como desayuno a las cuatro de la tarde y le preguntaron al mesero si sabía

de alguna casa en arriendo por ahí cerca, y el muchacho, que resultó ser Rodrigo, el hijo de don José, les dijo que en su cuadra había una y que no estaba cara pero que siempre quedaba lejos, como ellos desconocían su ubicación y no sabían de distancias, le pidieron que les indicara cómo llegar y así fue que aterrizaron en la cuadra. La casa era del mismo don José y quedaba justo al frente de donde tu papá y yo habíamos llegado hacía apenas un año. Los vimos venir con una mano adelante y otra atrás, sin nada, pero sin nada de verdad, ni una cama siquiera, como en la cuadra cualquier novedad era alboroto en un dos por tres supimos todos su historia y en menos de lo que canta un gallo les armamos su juego de alcoba, aunque eso de juego de alcoba es un decir porque realmente lo que armamos fue una cama vieja entre todos, como todas las cosas de acá, que tienen el espíritu comunitario pero también la pobreza de cada uno: doña Luz, mi tocaya y la mamá de esos muchachos que cantan, les dio las barandas y los largueros pero sin tablas, entonces yo propuse que todos les sacáramos de a una tabla a nuestras camas y tu papá recortó las que eran más largas y ahí les hicimos un entablado y don Omar les regaló un colchón que le quedaba corto a la cama, pero nosotras lo ajustamos por los bordes con almohadas, luego, no recuerdo quién les dio un par de sábanas y otra más alguna cobija gastadita pero arropadora y listo, tuvieron dónde pasar su primera noche en el barrio, y nosotras nos hicimos amigas casi de inmediato porque yo madrugué al otro día a ver si tenían con qué desayunar porque los vimos todos achiladitos y me dio pesar: la encontré sola, el marido se había ido a comprar un fogón y algo de comer y ahí me contó bien de dónde eran y por qué se habían tenido que venir, y como me vio embarrigada me dijo que ella

también estaba esperando y eso nos hizo más amigas, pues las dos éramos primerizas y teníamos historias parecidas, casi ahí mismo ese día, o al siguiente, me empezó a hablar de los espantos que había en su pueblo y en especial de la Llorona, y a mí como me han gustado tanto esas historias de espantos que también me persiguieron desde niña, me volví toda oídos: esa primera vez me contó que ella no era del pueblo sino de una vereda que quedaba como a media hora y que había sido muy amañadora, pero que de un momento a otro empezaron a matar gente, puros vecinos, que porque eran liberales y un montón de cosas que ella no entendía, pero que sí le daban mucho susto porque uno estando niña no tiene mucha cabeza para entender eso pero sí entiende mucho el miedo porque ese se siente en todo el cuerpo, es como un vacío hacia adentro, como una fuga de uno mismo, como un hervor al otro lado de la piel, pero un ardor frío que le sale al encuentro como si fuera una persona que apenas aparece la hiela a uno, una de esas personas que dan frío, porque hay gente que da más frío que el clima y así es, el miedo es un cambio de clima interior, como pasar de un verano duro con sol que quema a un invierno con tempestades en un segundo, y ella empezó a sentir ese helado todo el tiempo, como un presagio de cosa mala, porque en cualquier curva del camino aparecía un muerto y sus papás empezaron a hablar bajito, que es el tono que toman las voces cuando acecha el ruido de la catástrofe, hasta que todos en sus familias se callaron y con el silencio vino la prisa por dejar su casa, pero antes de dejarla, a los pocos días, que bajó por agua al pozo, vio a la Llorona por primera vez; según ella era una señora flaca con el pelo enmarañado y los ojos ahuecados que miraba sin ver; pasó a su lado casi

rozándola y no la vio aunque sí iba llorando bajito y diciendo entre dientes Ay, mis hijos, ¿dónde estarán? Me los quitaron y no los he vuelto a ver, y le preguntaba a cada mata por sus críos como si fueran gente y también a los árboles y levantaba las piedras con la misma cantinela, que si habían visto a sus hijos. Leticia la contempló perpleja pasando del espanto a la curiosidad porque la mujer parecía no enterarse de las cosas de este mundo, imbuida en su búsqueda, y a ella el espectro le recordó a una vecina que habían hecho huir de una casa contigua a la suya después de que le mataran a sus hijos, pero como si le hubieran caído encima mil años, pero cuando le dije que seguro era la vecina, me dijo que imposible porque nadie puede envejecer tanto y demacrarse de esa manera así de golpe, pero si se hubiera visto como después la vimos nosotros seguro pensaría distinto. A los pocos días se fueron a vivir de arrimados donde un primo en el pueblo y por algunos años no volvió a ver ni a sentir ningún espanto, pero la imagen de la mujer en el bosque la perseguía en sueños y se levantaba asustada, intentado darle forma a la deformación de la mujer, pero luego se diluía entre las ocupaciones diarias y los juegos de niña, en tanto en el pueblo su padre se volvió minero como casi todo el mundo y barequeando consiguió el sustento y la vida se volvió más ajetreada y aburrida, pero era lo que había, de manera que ella se fue adaptando y así creció y solo pensaba en la Llorona cuando soñaba con ella, hasta que estando muchacha fue hasta el río a buscar unas hierbas que le había encargado su madre y de entre la maleza la vio aparecer de nuevo aunque vestida distinto: tenía un pantalón en vez de falda y parecía más joven y menos desaliñada que la última vez, pero Leticia creyó que era la misma porque mantenía idéntico su reclamo:

¿Dónde están mis hijos?, se los llevaron y no volvieron nunca, inquiría al río y al sol con el mismo requiero y, también esta vez, su figura se le hizo cercana a la de una madre del pueblo a quien la guerrilla le había rapado sus hijos para reclutarlos, pero no lo creyó posible porque la mujer fue obligada a dejar su casa y no regresar —de eso hacía más de tres años—, entonces le volví a decir que seguramente era esa otra señora y Leticia me contestó que nadie podía vivir en el monte tanto tiempo y con tanto dolor y que yo era una incrédula, pero cuando le iba a preguntar por el resto de su historia llegó su marido y cada una volvió a sus quehaceres. Me pareció simpática porque era habladora como yo y nos volvimos tan amigas que nos asistimos en los partos: primero ella en el mío; me cuidó la dieta y luego yo, que ya tenía un poquito de experiencia, la ayudé en el de ella, que le dio duro porque el Guasca le dio brega desde antes de nacer, es que ese niño fue rebelde hasta para venir a la vida, como quien dice, entró a la inversa, llevando la contraria desde el vientre, pues venía de nalgas y casi mata a la mama en el parto: hay quienes nacen a la enemiga, que vienen contrariados, a destiempo, como si se adelantaran o se atrasaran de algo y sin importar qué hagan nunca logran sintonizar, y ese muchacho fue así, yo lo supe desde que le vi la mirada el día en que nació, no tenía la contemplación normal de un bebé como la de ustedes, sino una mirada torva como de acecho, sabedora callada de cosas, una mirada que aleja a los amigos y atrae enemigos, una mirada de niño pobre que ve con ojos de rico, que se posaba en las cosas como arrebatándolas, y así fue toda la vida: un muchacho que arrancaba y encantaba, habladorcito como la mama, bonito pero raro y con esos ojos brujos, bravos y brutos que saqueaban lo que miraban, ojos a

los que las órdenes les llegaban desobedecidas de antemano, ojos como picos de cuervo que al mirarlos se siente que te pueden arrancar los tuyos. Yo desde que lo vi de niñito sabía lo que iba a ser, porque alguien con esa mirada muere rápido, deseándolo todo, o vive lo suficiente para conseguirlo. Fue mucha la alegría de esa mujer con su hijo, eh Ave María; no sabía dónde ponerlo ni qué hacer con él, y yo creía que era lo mismo que me pasó a mí con tu hermano porque el primer hijo es mucha la felicidad: ahí está depositado todo lo mejor de uno, los cariños que una no sabía que tenía, que quién sabe dónde los teníamos escondidos, pero que emergen apenas uno lo ve, es como usted sentir que le sacaron un pedacito del alma de adentro, que viene pintado del cielo, y acurrucarlo es lo más grande que una pueda sentir en la vida, es una volverse vida, fundirse con esa vida que usted ayudó a crear y que también es vida, es como una luz que ilumina todo de vida, por eso creo que le dicen dar a luz o alumbrar porque es exactamente eso, irradiar luz en todas las direcciones para vencer lo opaco que hay en la vida con vida, es más, cualquier mujer que tenga un hijo al que quiera no vuelve a sentir oscuro nunca, así le pase lo que sea de ahí en adelante incluso así se los maten como nos pasó a Leticia y a mí, usted se turba, se perturba, se enloquece, se le mueren las ganas, pero su vida, así ya no estén, es un rayito de luz que no deja que lo oscuro se la tome a una del todo; tal vez eso explique un poco su locura, pues ella persiguió esas lucecitas en su oscuridad, pero en vez de darle un horizonte fueron como luciérnagas intermitentes que jugaron con su búsqueda y su razón, y tal vez eso sea la esperanza, unos cocuyos discontinuos que nos hacen creer que alumbran en un sitio y cuando vamos por su luz se apagan para

relumbrar en otra parte y mantenernos expectantes, vacíos. Genaro intentó conseguir trabajo como joyero, que era lo que sabía hacer, pero al verlo con facha de montañero, las joyerías del centro que visitó lo despreciaron sin evaluarle el talento, de manera que probó hacerlo por su cuenta y montar negocio en su casa con unos chicharrones de oro que había traído, pero pronto se dio cuenta de que las joyas entre nosotros eran un lujo que nadie se podía permitir y que las pocas que teníamos eran una tabla de náufrago en los mares de pobreza en que vivíamos y terminaban invariablemente en la casa de empeño, a donde iban a parar cada tanto buscando paliar, con el monto que terminábamos pagando dobleteado, a plazos infames, las afugias cotidianas, hasta que nos rebasaban y los prenderos las revendían por el triple de lo prestado en otros barrios donde la gente no viviera holgada en estrecheces como nosotros. Vea, mijo, que esta vida es como una prendería, siempre tentándonos con menudencias a cambio de lo poquito de valor que tenemos, ofreciéndonos migajitas por lo precioso: la dignidad, el amor propio, el carácter, eso que no tiene precio, pero le da a uno todo el valor, para después cobrarnos con altísimos intereses sus minucias al hacerlas impagables, quedándose al final con la prenda que no supimos tasar, así Genaro exhibió sin éxito sus creaciones, seis aretas y tres anillos que refulgían de bellos y a todos nos encantaban, pero no podíamos pagarlos, entonces rebajó el precio de sus alhajas hasta lo que valía el peso del oro con que las había creado, perdiéndoles el trabajo, pero ni así consiguió quién se las comprara y terminó empeñándolas como todo el mundo», y mientras mi mamá contaba de las afugias de Genaro me quedé pensando con esta historia cómo en esta vida los únicos que ganan

siempre son los dueños de los montes de piedad, que triunfan escurriendo necesidades que ellos nunca tendrán porque no conocen el valor de nada, pero saben el precio de todo y lo pagan sonriendo, conocedores de que se les triplicará sin hacer ningún esfuerzo, pero ella seguía contando: «Con la escasez empezó el desespero y él, que solo sabía tallar metales, tuvo que aprender a hacer cualquier cosa que le proveyera el sostén, arrió bultos en la plaza, sacó arena del río, lavó carros y ayudantió a un albañil, hasta que de casualidad encontró empleo un día en que la esposa del maestro de obra con que trabajaba fue al lugar de trabajo a llevarles la coca con el almuerzo y mientras lo consumían se puso a jugar con una cadenita que mantenía al cuello y la reventó, a lo que Genaro se ofreció a componerla y notó que era una joya de bisutería, lo que llamaban oro *golfy*, y después de arreglarla le preguntó dónde la había conseguido y cuánto le había costado, y en su cabeza germinó la idea que abrió su porvenir: hizo cuentas de lo que costaban los materiales y la ganancia que podría conseguir con su destreza y al otro día consiguió con qué hacer la primera tanda de gargantillas aparentes y delicadas que fueron la sensación de la cuadra primero y del barrio después, cuando su fama de buen joyero de artificio se extendió». Sí ve, mamá, la interrumpí, en este país somos felices con las imitaciones, al no tener acceso al original nos ajustamos a lo postizo siempre y cuando dé la idea del genuino, así sea distante, un modelo borroso pero que lo evoque, por eso esta es la tierra prometida de los malos remedos, de los calcos hechizos, de lo triple y doble A, desde los dientes, pasando por los tenis y las alhajas, hasta los políticos y los amores, todos réplicas mal hechas de los auténticos, además, como todo lo falsificamos, cuando aparece algo

verdadero no sabemos discernirlo de sus copias a las que en el fondo despreciamos, aunque nadie lo reconozca, por eso somos doblemente banales, pero siga, que la interrumpí, entonces ella siguió: «Su reencuentro con la vocación, si bien deformada, trajo alguna estabilidad económica, eso sí, precaria como la de todos nosotros, pero al menos les dio la comodidad que requerían para mantener a la familia que ahora se incrementaba con el segundo embarazo de Leticia, el del Mono y casi seguidas las dos bobitas, en un ya, cuando yo apenas estaba en embarazo tuyo, ellos tenían una familia con cuatro hijos y esa mujer empezó a cambiar: ya no era tan habladora y para decir lo cierto también se acabó mucho, estaba muy delgada, ojerosa y con una palidez de neblina, es que levantar familia tan seguida y con poca plata es muy verraco, pero no era solo la apariencia, por dentro también se desgastó, las cosas que hablaba empezaron a tomar un tinte raro, como de secreto, solo conversaba bajando la voz y de temas de su pueblo y de su vida pasada, llenas de referencias oscuras que solo ella conocía, para contarle a una de la enfermedad de las hijas le decía que habían salido iguales al hijo de tal o cual persona que yo no conocía y que ni siquiera eran del barrio sino algún vecino de su pueblo o cualquier compañero de infancia, lo que transformó el diálogo fluido que manteníamos en un monólogo acaparador. Yo se lo atribuía al cansancio y a que era muy montañera como yo, aunque a mí sí me ha gustado mucho leer para instruirme, por eso vos me saliste así, bueno, a veces también me pierdo en oraciones que nadie entiende, pero es que la nostalgia por la vida ida es muy fregada y cuando ya no le quedan a una interlocutores, porque todos se perdieron en otros discursos o se murieron, aprende una a conversar sola y a

hacerse compañía una misma, pero lo de ella era de otra condición porque así uno estuviera enfrente cuando se iba lo hacía en serio: una vez la dejé hablando sola en la cocina y ni cuenta se dio de que me había ido; cuando le pasé por el lado siguió mirando a la nada de sus adentros y ni volteó a mirarme, lo que nos apartó bastante porque aunque seguíamos siendo vecinas ya me daba pereza ir a hablarle cuando estaba así, que era la mayoría del tiempo, aunque a veces volvía a ser formal y atenta, entonces cuando yo notaba que estaba de buenas me le arrimaba y volvíamos a ser buenas vecinas y amigas. En esos días volvíamos a hablar de todo, en especial de los espantos, que era un tema que se tomaba en serio pero que fui notando cómo se le estaba saliendo de las manos; decía que los presentía, que aunque no los veía sabía que la perseguían y que ella hablaba con ellos; ahí entendí que cuando se iba era que estaba hablando con los espantos y hasta miedo me dio, pero no hablaba de eso como una loca sino como se habla de cualquier tema cotidiano, como estamos hablando vos y yo, con la mayor naturalidad, por eso yo le seguía la corriente y hasta le creía porque, mijo, como dicen: no hay que creer en brujas pero que las hay, las hay, yo me dejaba llevar por sus historias porque sabía contarlas, me hablaba de los cuscús, que son unos muñecos que toman atributos humanos y que hay que alimentar con carne de gente y son pura maldad y protegen al que los complace, también del diablo que se aparece como una mula o un perro negro y un sartal de cosas; ella parecía experta en esos temas y yo la dejaba ser, porque me entretenía y hablábamos bueno, pero después se volvía arisca y dejábamos de conversar por periodos largos. Su marido mientras tanto creció el negocio metiéndole aretas de porcelana, manillas de

achiras y todo tipo de baratijas que hacía con lo que se encontraba: semillas, alambres y piedras que eran una preciosidad, manteniéndolos a flote económica y familiarmente, pero a medida que las niñas fueron creciendo y se les empezó a notar más la bobada, la mamá las fue apartando hasta que prácticamente las abandonó, pero no solo a ellas, también al Monito y al marido y ahí sí nos separamos casi del todo porque a mí una mamá que maltrate a sus hijos sí me revienta y Leticia no solo los desatendía sino que efectivamente los desechó; ella solo tenía ojos para el Guasca, y ese muchacho para ella, se querían con fuerza y por eso yo creo que él salió así también, porque a las mamás a veces de tanto querer se nos olvida que también nos toca criar a los hijos y que hay que poner límites y castigos y por el contrario terminamos alcahueteando unas vainas por no corregir a los hijos, pero es que quién le enseña a uno a ser mamá,uno aprende es con el error y con los hijos los errores son irremediables y además educan cuando ya no sirve para nada porque una ya se tiró al muchachito como en el caso de ella o ya se lo han matado como en el caso mío. La vaina es que ese niño fue una plaga desde chiquito, en la escuela no había día en que no reventara a algún compañerito y en la cuadra todos le tenían temor porque cualquier cosa que otro tuviera él se la arrebataba y, si le reviraban, los callaba a golpes, porque además para colmo desde siempre fue el más grande y fornido de todos, raro eso porque la mamá y el taita eran chirringos y los hermanitos unos esmirriaditos de nada, pero es que la vida se da sus mañas y al que nace para malo le pone todas las condiciones a su favor, o por como se dieron las cosas, después supimos que tal vez fue que la mamá al único que alimentaba era a él, porque los otros hijos pasaban hambre

limpia, lo sé porque al Monito, que se mantenía en la casa y lo alimentaba yo parejo con ustedes, acordate, porque siempre que llegaba me decía que estaba transido de hambre porque la mamá no había hecho nada, y con eso fue que se me empezó a salir del todo Leticia, porque una le veía los hijos tirados, el Mono hecho una mugre y las bobitas cochinas y dejaditas del todo, mientras que el Guasca siempre estaba bien vestido y limpiecito y eso lo hizo sentirse el más de la cuadra y del barrio y empezó a juntarse con los de la esquina y ahí sí se saló el caldo, porque él, que caminaba como por entre nubes, una vez que se volvió pillo es que ya sí no había palo con que tocarlo, acordate que a vos te tocó», y yo lo recordé con su porte imponente y su mirada de diablo y aunque yo estaba muy pequeño sí rememoré las historias que corrían sobre él: que había acabado con todos los policías de un CAI él solo y que fue el único capaz de metérseles a la guarida a los enemigos, otro combo de otro barrio llamado La Arboleda, a pleno día y armado con dos pistolas como los héroes de las películas y mató a cinco de un envión y con ese acto temerario acabó con el impulso de ese combo de atacar al parche del Guasca, quien desde eso se convirtió en jefe y en figura casi mítica del barrio, mi madre continuó su relato: «En un dos por tres se volvió el mandón de los suyos con apenas quince o dieciséis años, en cambio, los otros cada vez estaban más jodidos y a ella parecía no importarle porque no tenía mimos y ojos sino para el mayor. Por esa época empezaron los problemas en serio con el marido, y en serio es eso, porque cuando éramos amigas yo sabía que tenían sus peleas como todos los esposos, como tu papá y yo, pero como Genaro se las apañaba como podía para atender el negocio y a los otros hijos, al Mono lo puso a trabajar con él; apenas

salía del colegio lo arrastraba al taller que había montado en el solar de su casa y le enseñó a trabajar con sus alambres y sus cosas —recordá que él fue el que me dio todas esas pulseras y aretas que tengo descuadradas o impares por ahí tiradas, porque aunque bonitas eran baratijas que se despegaban o ennegrecían con nada— y, aprovechando que el muchacho cogió rápido el oficio, Genaro se encargaba de cocinar y atender a las niñas lo mejor que podía, pero si los hombres son torpes para tratar a los hijos sanos, pobre Genaro con ese par de muchachitas que ni razonaban bien; todo era lo que se pudiera adivinar porque ni hablaban de corrido sino con palabras a media lengua, pero el hombre bregó sin mucho éxito por mantenerlas bien y al Monito también, y hasta buscó ayuda con el curita del barrio, y ahí fue cuando se le metió a la casa y conoció a las bobas para su mal y el de ellas, sobre todo el de Dita, aunque esa es otra historia para otro día, pero cuando el Guasca se tiró a la calle de verdad, el taita no aguantó eso y las peleas se volvieron públicas y peligrosas; un día el papá, que se había cansado de aconsejarlo y hasta lo había encerrado en su casa, de donde se volaba siempre ayudado por la mamá, intentó entrarlo a la fuerza después de verlo fumando mariguana en la esquina y el Guasca, que desde la adolescencia era más grande y fuerte que él, le respondió a los puños, vos estabas en la escuela y por eso no lo viste pero fue feo, eso se volvió una riña de mil diablos que convocó a toda la cuadra: nos allegamos impávidos a donde se estaban repartiendo golpes de un lado y otro sin saber qué hacer, porque era una cosa tan de ellos, una gresca familiar en la que nadie sabía cómo actuar, limitándonos apenas a mirar con estupor una contienda que más parecía una pelea entre dos enemigos que el enfrentamiento entre

un padre y su hijo, hasta que llegó Leticia y sin mediar palabra le zampó un palazo al marido que lo dejó tendido en el suelo, mientras se abrazaba al Guasca, que le respondió el abrazo con otro idéntico secándose la sangre en el pelo de ella, y se fueron fundidos en dirección a su casa y dejaron a Genaro inconsciente en el piso. Ahí sí nos arrimamos para ver si estaba muerto y comprobamos con alegría que no, cuando abrió los ojos azorado mirando a los lados mientras preguntaba ¿Dónde está mi hijo? ¿Y quién me tiró por la espalda? El silencio cayó como un aguacero sobre todos los presentes, que no supimos qué contestar, lo recuperamos y lo condujimos hasta la acera en donde doña Luz le sacó un vaso de agua que consumió mirando al piso y sobándose la cabeza con la mano, que se devolvía roja de sangre; en un momento pareció comprender el silencio y preguntó en voz baja con un tono que más parecía una afirmación y que todos escuchamos: ¿Me golpeó la mamá, cierto? De nuevo el silencio se impuso y él se acabó de tomar el agua antes de levantarse e irse arrastrando su ruina y su derrota como una sombra que lo secundaba en dirección a su casa. El hombre daba grima en esa procesión de capitulación que fue su huida. Lo que pasó adentro lo supe por el Monito, que me lo contó apenas su papá se fue: el hombre entró y los vio en la cocina, la mamá poniéndole paños de aguasal al hijo en los moretones, el Guasca se levantó presto a continuar la pelea apenas vio ingresar al padre, pero Genaro se limitó a mirarlos con desprecio, domado como el derrotado que entiende que una nueva acometida solo traerá mayor daño para sí y prefiere el desdén a distancia que, si bien no alivia, mantiene algo de dignidad, y en silencio entró a su habitación, metió tres trapos y un par de zapatos en una bolsa y abandonó esa

casa y a su familia para siempre, pero antes de irse se le arrimó al Mono y le sobó la cabeza y luego hizo lo mismo con las niñas como último gesto de cariño en su vida conjunta. De ahí en adelante las cosas se desbordaron en todos los sentidos, el Guasca se transformó en poco tiempo en uno de los duros del combo gracias al impulso y la ferocidad que desplegaba en sus obrares, y a que después de la pelea con el taita la gente además de temerle lo respetaba, sobre todo los muchachos de su edad, porque muchos de ellos agazapaban en el fondo de su deseo hacer lo mismo con sus padres, hombres zafios y violentos más cercanos al Guasca que a Genaro, pero, como todo, la historia registra apenas las formas, escondiendo los fondos; lo que quedó en el inconsciente colectivo fue un hijo cascando al padre a vistas de todo el mundo y eso, en un pueblo de autoridad retorcida en donde los hijos por definición son sometidos por un padre brutal, transformó el gesto en algo épico y a su autor en casi un héroe; de ladrón de carros pasó rápidamente a asesino por encargo en la época en que este ejercicio se volvió altamente lucrativo gracias a la contienda del cartel contra el Estado, que volvió objetivo militar a todos los agentes de policía y sus allegados; en el barrio hubo una razia contra todos los que tuvieran vecindad con esta institución y el Guasca en todo su apogeo amasó una pequeña fortuna en dinero y sangre que encumbró su fama y mantuvo a su familia, que cada vez aparecía más deslucida y opaca; los tres hermanos parecían sombras en esa casa triste que sin la presencia de Genaro fue cediendo al abandono, el Monito, que era casi un niño, siguió trabajando en el taller e hizo de esa labor su oficio, pero era lento y puntilloso, y como tenía que velar por la limpieza y alimentación de sus hermanitas, a quienes la madre había

desdeñado por completo, el tiempo no le alcanzaba y vivía apurado con los pedidos y sus obligaciones domésticas. Un pelao que tenía que estar estudiando y jugando con ustedes en la calle tuvo que abandonar el colegio, vos mismo me dijiste cuando dejó de venir a la casa que tampoco había vuelto al colegio y mientras su hermano y la mamá reinaban en ese hogar sin orden. Por esos días Leticia y yo hablamos por última vez cuando vino a la casa —yo no la había vuelto a buscar porque me partía el alma ver al Monito en esa situación—, y por no decirle cuántos pares son tres moscas preferí alejarme y además ustedes estaban creciendo muy rápido y yo tenía demasiado en qué ocuparme con tu hermano en la calle y vos bien plaga, porque el niño al menos en esa época todavía no daba tanto que hacer, entonces ella investida de intocable por la posición del Guasca creo que ni se dio cuenta de mi lejanía o no le importó, por eso se me hizo raro que llegara a visitarme; yo la hice pasar y después de contarnos trivialidades del barrio y de las familias, como siempre, se me arrimó y casi al oído me dijo Mija, volví a ver a la Llorona, yo le seguí la corriente sin mucho entusiasmo porque ya me iba como cayendo mal con ese aire de superioridad que desplegaba mientras uno sabía cómo mantenía a sus hijos y por eso le dije Pues al menos el espanto busca a sus hijos porque le preocupan, pero ella no percibió o no quiso ver el sarcasmo y continuó: La vi ayer por las mangas del Alzate, estaba igual de flaca y vieja pero mona, parecida a esa vieja Raquel, esta vez sí me miró y me preguntó dónde estaba su hijo, que yo sabía, que se lo devolviera, me hablaba con rabia y con tanto dolor que a mí me dio miedo y salí despavorida, la verdad no quiero volvérmela a encontrar porque cada vez está más enojada. Apenas detuvo el relato yo me quedé estupefacta,

observándola, intentando comprender si me estaba jodiendo o de verdad creía lo que me estaba contando porque doña Raquel era la mamá de Julián, un muchacho al que todo el barrio sabía que el Guasca había matado la semana anterior, un pobre pelado que estaba prestando el servicio obligatorio como policía bachiller en el centro con un bolillo, apenas llevaba un par de días en ese oficio, cuando el sinvergüenza del Guasca lo asesinó por cobrar esa maldita recompensa que les habían puesto a los policías muertos, cosa que a todos nos pareció una injusticia impúdica y una infamia que lo transformó en el ser más odiado secretamente por todos, aunque nadie se lo demostrara, por esa mezcla de asombro y terror que acompaña a lo colosal, como era su maldad para ese momento, porque una cosa era ser pillo y dedicarse a las pillerías que todos conocíamos, soportábamos y hasta avalábamos aunque fuera haciéndonos las pendejas, pero otra muy distinta era matar inocentes como ese pobre muchacho al que todo el barrio distinguía como una buena persona a la que le tocó ser policía pero de mentiras como todos los adolescentes que reclutaba esa institución obscena, porque no hay otra palabra para calificar ese secuestro de niños que es el servicio militar obligatorio y que por suerte a ninguno de ustedes les tocó —a su hermano mayor no lo dejaron llegar a la edad y a tu hermanito y a vos los descartaron con la excusa de que no iban a entrenar bandidos para que después los mataran a ellos mismos; al menos para eso sirvió la mala fama del barrio—. No sé si fue por la huida de Genaro o por el sometimiento a la voluntad del hijo, pero pensé que se estaba haciendo la boba con la bobada fingida de las madres que alcahueteamos las mayores fechorías de los hijos restando importancia a lo que hacen, así todo

nos indique que están haciendo el mal, pero una es tan tozuda que prefiere mirar para otro lado antes que aceptar que engendró un monstruo, solo que la malignidad del Guasca era tan tremendamente notoria que no bastaba con la bobada y tuvo que entregarse a la locura, rotunda y cerrada; lo supe cuando comprobé que su relato no era una manera parabólica de disimular la situación, sino su forma de esquivar de plano la realidad: se había vuelto loca, porque la bobada le permitía crear ese cuento, pero solo la demencia le permitía creérselo, y yo, cuando comprobé que no inventaba, que estaba convencida de lo que había dicho y visto, empecé a entender todo, sus relatos anteriores, sus maneras idas, su alcahuetería con el hijo y hasta su desidia por el resto de la familia: solo era una pobre mujer sometida a una violencia y un terror tales desde niña que no pudo soportarlos y tuvo que crear un mundo en el que esos males se personificaran en algo temido pero conocido y con lo que pudiera bregar: una estrafalaria manera de lidiar con las culpas y los daños volviéndolos fantasmas, físicos, feos, malignos, infernales, diabólicos y hasta populares pero familiares, así que solo atiné a decirle Ay, mija, sí, ojalá no te la volvás a encontrar, luego nos despedimos y yo me quedé viéndola retirarse como quien desde un puerto observa zarpar un barco que sabe que va a naufragar. La verdad me dio mucha pena, sabía que ya había sido tomada por la locura y de alguna manera que solo hasta ahora veo con claridad ya se notaban las trazas de lo que se iba a volver. De ahí en adelante su hijo mayor se volvió maldad pura, empezó a matar a diestra y siniestra, no solo a policías reales o en ciernes sino al que lo contrariara, al que según él lo miraba feo o, para mejor decir, al que le daba la gana, bastaba con encontrárselo en un mal día como le ocurrió a esa puercada de

Mario, el expolicía, que un día se tropezó con Leticia en la revueltería de don Lucio y como era tan grosero no le pidió disculpas y los amigos del Guasca lo vieron y lo acorralaron braveándolo, diciéndole Tombo hijueputa y un montón de insultos y como el hombre era escaldado les salió al paso y empujó a uno para zafárseles, pero no alcanzó a llegar a su casa porque tocando a su puerta lo alcanzó el Guasca y le descargó todos los tiros de una metralleta que por la destreza del sujeto apenas le dieron en la pierna antes de encerrarse y responder también a tiros con un arma que tenía adentro, pero las heridas fueron tales que tuvieron que amputarle la extremidad y desde eso fue Patasola; algunos dicen que era que estaba rezado y un montón de cosas porque el Guasca, que tenía puntería de gamín, no le atinó sino a la pierna y lo dejó vivo creando entre ambos una enemistad histórica que separó al barrio y que dio como resultado un sinnúmero de muertos y, estoy segura, la desaparición de esos muchachos, al menos la del Monito, que vos sabés que nunca supimos más de él, pobre muchacho pero eso te lo cuento ahorita, el caso es que después de ese día todo se volvió más peligroso y más violento porque de un lado se hicieron los amigos del Guasca y de otro Patasola, y un montón de gente venida de lejos, dizque eran expolicías como él, y luego se les juntaron los que quedaron de La Arboleda, que tampoco se tragaban las prácticas del Guasca y sus secuaces y de un momento a otro esto se volvió un campo de batalla tenaz, que nos encerró temprano a todos, no sé si recordás que hasta toque de queda impusieron esos bellacos, como si las guerras de ellos fueran también nuestras y les dieran derecho de manipularnos a su antojo, pero sí eran nuestras, como cualquier guerra que empieza siendo entre dos enemigos y termina siendo

entre todos porque si algo tiene poder y fuerza de contagio es la enemistad y el odio, y una deja de ser persona para transformarse en objetivo y se vuelve temerosa y hasta odiadora y todo se vuelve trizas porque todo escasea, desde la tranquilidad hasta la plata, lo que aprovechan los contendores para lucrarse ofreciendo seguridad y confianza, esa fue la época en que el Guasca empezó a cobrar por todo: dizque por la vigilancia, por prestar la calle para jugar los partidos o parquear los carros, como si la calle fuera de él, pero bueno, se la apropió como hacen todos los sátrapas que aprovechan el terror que ellos mismos crearon para edificar sus fortunas sobre las ruinas del temor ajeno, y se enriqueció a costa de nosotros, claro que una riqueza de pobres que parece mucha pero no es tanta, solo un poquito más que las estrecheces nuestras, y le compró la casa donde vivían a don José —que se la entregó barata por el miedo que le tenía— y se la regaló a la mamá, que ya casi ni salía y estaba perdiendo las amistades que tenía porque la gente estaba molesta con el hijo y, como les daba pánico enfrentarlo, la cogieron contra la mamá, de la que empezaron a decir sin que ella o su hijo supieran que era una alcahueta y una loca y la verdad es que las dos cosas estaban relacionadas porque tenemos que estar locas para alcahuetear las cosas que hemos alcahueteado, porque no era ella sola, todas las mamás de este barrio que tuvimos hijos pillos nos hicimos las desentendidas con las cosas que ellos hacían, con una ceguera selectiva, por temor, por amor, por vanidad, por necesidad o por todas juntas o porque cuando empezaron a hacer sus cosas los sentimos tan lejos de nosotras que quisimos atraerlos de nuevo a nuestro lado permitiendo sus desmanes sin saber que al hacerlo solo estábamos propiciando la separación definitiva y la ruina de todos, o

porque cuando ya se ha desbordado el río es más fácil dejarse arrastrar suavemente por la corriente que hacerse dique y ser derribado en la embestida, vaya una a saber, hubo de todo, yo todavía me pregunto por qué fuimos tan débiles, por qué nos dejamos llevar, por qué no paramos su obrar, por qué los dejamos ser como fueron, somos tan culpables del desmadre como ellos, ay, mijo, qué palabra, desmadre, eso hicieron, actuar sin madre o, lo que es peor, aupados por nosotras, pero como a todos nos gusta ver nuestros defectos es en los demás, así todas hiciéramos lo mismo, los desafectos se posaron fue en Leticia y en su hijo y por eso creo que mucha gente tuvo que ver con su desaparición, dicen que algunos vecinos mamados del Guasca le sapearon a Patasola dónde estaba escondido y que allá le cayeron y no lo mataron ahí mismo porque querían torturarlo y por eso se lo llevaron y no volvimos a saber de él, otros dicen que se escapó con un montón de plata que se había robado para no repartirla con sus compinches y que se fue con una novia que tampoco se volvió a saber de ella, pero yo estoy segura de que no, de que eso fue lo primero porque ese Guasca es de los que preferían ser alguien entre nadies que ser nadie entre álguienes y eso solo se lo daba este barrio, en otra parte tendría que vivir escondido y agazapado y un tipo con esa mirada necesita destacar, no soporta no ser notado y sobre todo porque el amor por la mamá sí era verdadero, quizás, además de su maldad, fuera lo único que tenía de verdadero ese muchacho; lo sé con la certeza de madre que tiene hijos que la adoran como ustedes, eso se nota, por eso a él lo mataron porque, si no, hubiera vuelto por la mamá, eso sí es seguro. Como vivíamos al frente de ellos, desde el primer día que Leticia salió a buscarlo yo supe porque se me secó ese frío en el

estómago que tiene gusto a esperanza con las preguntas hirvientes que salieron de su boca ¿Dónde está mi hijo? ¿quién se lo llevó? ¿por qué no aparece? rematadas con el desorden de sus ojos que dejaban ver las trazas de la demencia que se hacía palpable en cada gesto desorbitado de sus manos y su cuerpo enjuto; no esperó mi respuesta ni yo tenía una para darle, pero al Monito que salió detrás de ella sí le dije que se tranquilizaran, que el hermano seguro estaba por ahí de farra, pero él me dijo que no, que las farras se las estaba pegando en su escondite y que él ya había estado allá y lo había encontrado todo desordenado y sin rastro del Guasca y salió a perseguir a su mamá, pasó una semana en que esa mujer se volvió un alma en pena buscando a su hijo, inquiría al que se encontrara por su paradero, recorrió la Fiscalía, la morgue y los hospitales preguntando por él, que es el periplo obligatorio de todas las madres que no quisimos ver lo que estaban haciendo los hijos cuando estaban y ahora nos tocaba mirar finito para encontrarlos donde no quisiéramos que estén, pero en ninguna parte lo halló, cuando el barrio ya lo daba por muerto o al menos por seguro desaparecido y algunos festejaban en secreto mientras otros temían por una suerte similar, desapareció el Monito, que se había apechado de la situación intentando mantener en pie esa casa que, con la huida del esposo, la desaparición del Guasca y la caída rotunda de la mamá en la locura, estaba patasarriba, tanto que ustedes le empezaron a decir el manicomio aunque creían que yo no sabía y un manicomio era con esas dos muchachas que no entendían lo que pasaba y necesitaban constante atención, que entre el cura y yo les brindábamos aunque de maneras distintas e insuficientes. El pobre muchacho se tuvo que multiplicar y ser todo lo que les faltaba:

papá, mamá y hermano, pobrecito, eso salía por la mañanitica dizque a averiguar por su hermano entre los amigos y luego de nuevo en los puntos ciegos de esta ciudad: la Fiscalía, la morgue y los hospitales y nada, se venía a mediodía a atender a medias a sus hermanas y a su mamá, que casi nunca estaba porque desde ahí empezó a vagar preguntando por su hijo a las calles, a las cosas y a las personas sin esperar respuesta como si solo la pregunta bastara para imponer su dolor, y la gente, que es tan asquerosa a veces, en vez de compadecerse se burlaba y empezaron a decirle la Llorona; él también vagaba en su búsqueda y cuando la encontraba se la traía para su casa a tratar de calmarla y medio alimentarla. Fue una etapa dura de ver, parecían una familia de buscones, todos en pesquisas constantes intentando encontrarse, sin poderse hallar, empecinados en su búsqueda, pero tan lejos unos de los otros, apenas sostenidos por un hilito casi invisible de apego o de sangre o de dolor, vaya uno a saber qué mantenía junta a esa gente en esos momentos tan jodidos porque no parecían ni siquiera quererse, sino más bien como añorarse, como cuando uno pierde algo que no necesita pero necesita encontrarlo y en eso se le va la vida y la tranquilidad, y después, por la tarde, el Mono y su madre repetían la búsqueda del hermano por el barrio, pero ella ya desencajada y sin habitar ese cuerpo que se había vuelto un huraco, sin razón y casi sin carne, siendo solo una interpelación constante al aire, a la nada, y así todos los días, monótonos como un rosario, repetidos como sus cuentas. En una de esas andanzas periódicas se perdió el Monito, salió por la mañana y no volvió ni al mediodía, ni por la noche, ni nunca; al principio creímos que se había enredado vendiendo sus aretas y cositas que era con lo que sostenía a su familia, pero cuando

amaneció y no lo vimos ahí sí se nos hizo raro, mi tocaya y yo nos hablamos por teléfono esa mañana y comentamos el asunto pero cuando se llegó la noche y el Mono seguía perdido decidimos ir hasta la casa porque esas muchachas debían estar muertitas de hambre y confirmamos el suceso, preguntamos desde afuera a los gritos por Leticia pero nadie nos contestó, entonces ayudadas con un gancho de ropa abrimos esa puerta contando con que ni la habían asegurado y entramos, volvimos a gritar el nombre de la mamá y nada, apenas vimos a esas niñas todas desorientadas y pálidas del hambre y la casa caída y oliendo a porquería; mi tocaya casi se desmaya por el hedor y se devolvió, yo sí seguí avanzando e intenté comunicarme con las muchachitas, pero era como hablar con la noche, de manera que como pude les indiqué que se metieran al baño y ahí entre bregas las medio bañé, mientras que doña Luz les arrimó de su casa un bocado de comida, y luego las dormimos con una aguapanela caliente con leche que les hicimos con tostadas migadas a manera de colada, y nos salimos a empezar a preguntarle a todo el mundo por el Monito o al menos por Leticia, que en el colmo del optimismo creíamos que estaban juntos, aunque yo ya tenía instalada la maluquera de la tragedia en el estómago, esa que nunca me ha fallado, y sabía que a ese muchacho algo le había pasado y que no era bueno, así nos dio la medianoche cuando vimos aparecer por la esquina de abajo a Leticia, pero solo era su cuerpo porque su mente no llegó con ella, estaba ida pero no como antes sino ida del todo, repitiendo la cantinela de averiguadora perpetua, aunque había pasado del singular al plural como si en la interrogación se escondiera su intención y ella supiera muy adentro que los desaparecidos eran ya dos y no solo uno; decía al aire

porque ya su lamento nos trascendía, nos pasaba de largo así nos tuviera al frente, como si hablara con algo más atrás o más arriba de nosotras, ¡Ay! ¿Dónde están mis hijos? Y lo repetía incesante con igual tono y modulación, como decía que les había escuchado a las Lloronas de sus cuentos y ahí entendí que ella misma se había vuelto una Llorona de carne y hueso, que venía a sumarse a las muchas que presuntamente había visto y sentido a lo largo de su vida; su realidad se había impuesto sobre sus fábulas y me pareció desquiciado pero hasta hermoso, horrorosamente hermoso. Yo le hablé, traté de contarle la desaparición de su otro hijo, pero no me escuchó, como tampoco oyó cuando mi tocaya la regañó por las niñas y le dijo que se las iba a hacer quitar, ella siguió como levitando con un paso tenue pero estable sin norte, entró a su casa sin cerrar la puerta, dejándonos con la palabra en la boca y con el sonido de su letanía insidiosa y repulsiva, porque dejaba un regusto a reclamo como si de verdad nos inquiriera o, mejor, nos culpara a nosotras por su pérdida y algo de culpa teníamos como toda la ciudad y todo el mundo pero preferimos ofendernos que asumir nuestra porción de la culpabilidad general que debería implantarnos cada desaparición y atribuimos su reclamo a la locura, y loca estaba, pero no menos que nosotras y que todo el mundo en este país que es una locura, donde las cosas que le pasan a la gente son de locos y los que hacen las cosas están locos y los que las dejamos hacer también. Debió ser mi tocaya la que llamó, cumpliendo su promesa, porque al otro día llegaron unos señores con uniforme en un carro y se llevaron a las bobitas, que además andaban más embobadas que de costumbre hablando a media lengua sobre un hombre sin cabeza que después supe de qué se trataba, anunciaron que eran de

Bienestar Familiar y que las niñas iban a estar mejor atendidas con ellos que ahí solas, nos lo dijeron a nosotras que fuimos las que nos apersonamos de la situación, porque la mamá había salido desde temprano a hacer las rondas lamentosas por el barrio y ni se enteró aunque hasta mejor porque si la encuentran y la ven como estaba hasta se la llevan a ella también, nosotras les hicimos caso y dejamos que se las llevaran porque la verdad, aunque queríamos, ninguna de nosotras tenía con qué hacerse cargo de esas muchachas, ni tiempo, ni dinero, ni ganas, seamos sinceras, a unas niñas con esa condición solo las brega la mamá, y eso cuando es buena y las quiere, pero Leticia ni cuando estaba cuerda fue buena madre ni las quiso, mucho menos ahora que ya ni se bregaba ella misma, pobrecitas, esas sí que nacieron a la contra, malditas, como maldito estuvo el Monito condenado desde siempre por ser hijo de una madre así y hermano de un maligno, tuvo que cargar con esos pesos desde el nacimiento y por eso algunos decían que él se había volado, que seguro no aguantó esa carga y decidió largarse, dejando toda la locura de su familia atrás, la verdad es que ojalá hubiera sido eso y ese muchacho hubiera empezado de nuevo, lejos y con mejor suerte otra vida, pero yo sé y lo supe desde que se perdió que a él lo perdieron y algo me dice que fue esa porquería de Patasola, que no le bastó con asesinar al Guasca y se siguió cobrando las ofensas de este en el hermanito que no tenía nada que ver con esa vida ni con nada, pero que servía para sentar un precedente en el barrio, que las ofensas individuales se cobran en extenso a todos los familiares y allegados del ofensor, principio que se haría ley durante mucho tiempo y que cobraría un rimero de víctimas inocentes y de la que nos salvamos nosotros porque su papá y yo supimos frenar las

ofensas de tu hermano a tiempo y desvincularlos a ustedes y porque me lo mataron antes de que ofendiera más y sus ofendidos se contentaron con su sola muerte como cobranza y represalia por sus fechorías. El caso es que el Monito se perdió para siempre; yo al principio lo busqué hasta donde pude, pero pronto abandoné la búsqueda, por un lado porque sentía que era infructuosa y por otro lado porque tuve que asumir mis propias demandas con tu hermano, que cada vez estaba más metido en ese fangal de estropicios que se volvió la esquina después de la desaparición del Guasca, y la pobre Leticia se volvió un fantasma: yo creo que ni cuenta se dio de que le habían quitado las niñas o no le importó o ya estaba tan raptada su mente que se murió en vida al menos para las cosas de este mundo y empezó a vivir en otro mundo que por lo que sé debe ser más horroroso que este porque vive para buscar eternamente a sus hijos, sin encontrar sosiego para sus culpas, que deben ser tan grandes como el mundo que habita; qué muerte más horrible esa de vivir muerto en vida y tanto tiempo hasta convertirse en esa loca que veíamos por ahí a toda hora y que yo ayudé a mantener porque todos los días le dejé una coca de comida en su casa, que se la debía de comer porque siempre la encontré vacía al otro día, cuando se la reemplazaba, aunque cada vez estaba más hundida y lánguida como si ella misma se estuviera devorando hasta desaparecerse, hasta que una noche se esfumó del todo y no volvió a su casa ni a ninguna parte, como si se la hubiera tragado la noche, por ahí algunas desocupadas dicen que la han visto vagando hecha un espanto, ojalá que no, ojalá se haya muerto en paz y de una vez para que se encuentre con los suyos, al menos con el Guasca, y deje de ser esa leyenda tenue de la que casi nadie recuerda su historia,

que es como esta ciudad tramita su pasado, camuflándolo entre nuevos apuros hasta hacerlo un mito divertido, risible, quitándole lo espeluznante o dejando solo aquello que impresiona sin aterrar». Y yo después de escuchar a mi madre recordé vagamente a Leticia y a sus hijos y los imaginé enterrados en el Cementerio General, junto a los hijos de mi Llorona, confundidos sus huesos, mezcladas sus demandas en un lodazal de gritos mudos cuyos ecos son el olvido y la indiferencia, también la imaginé todavía llorando con ese reclamo que ya ni reclamo es porque de tanto repetirlo se le atrofió en la boca, como si les hubiera puesto una soga a sus palabras y salieran ahorcadas, siendo apenas chillidos, rebuznos, gorgojeos que nos molestan porque nos recuerdan nuestra negligencia con la muerte ajena y nuestro contubernio con el olvido; ahí está hecha espanto para recordarnos con su grito callado que las palabras no alcanzan para definir el dolor de nuestro tiempo, son nuestros desaparecidos y muertos hablando a través de su voz deformada, sus plañidos son los de tantas madres que han perdido a sus hijos y por eso creo que mi madre la respetó más en su locura que en su cordura, porque el dolor es sagrado y nosotros, infames, lo ensuciamos con nuestras cochinas risas que no saben distinguir el sufrimiento genuino que habitaba en su demencia y preferimos la burla al espanto que debía producirnos porque en sus aullidos estuvo y está nuestra historia y, lo que tal vez sea peor, el adelanto de nuestros propios aullidos futuros.

Sin música

«Y su tronco gritó: ¿"Por qué me hieres"?».
Dante Alighieri, *Infierno*, Canto XIII, v. 37

Quien principia la búsqueda de un desaparecido en este país no concluye jamás, así encuentre lo que busca, porque la desaparición de alguien querido arrebata cosas tan hondas de uno que ni encontrando lo buscado se recuperan; todo el que haya perdido a alguien no vuelve a estar completo ni tranquilo, por eso la mayoría prefiere claudicar antes de empezar, pero hay empecinados que encontraron en la búsqueda el único y verdadero motivo de su existencia, ya no solo la búsqueda de sus seres queridos, sino la búsqueda genérica en sí, pues inquirir por sus allegados les avecinó nuevas búsquedas: por los demás, por la verdad, por los motivos, por las razones y por todo cuanto se pueda buscar para entender los porqués de tanto daño gratuito. La Llorona del cementerio era una de ellas y Leticia, la Llorona del barrio, otra: obstinadas desde orillas contrarias de la razón, compartían un mismo designio: reclamar al mundo, al cielo, a dios o a quien se encontraran en su camino. Mientras tanto yo, después de hablar con mi madre, me sentía más intrascendente, incapaz de acometer empresas significativas por temor al desacomodo y porque pensaba y sentía que el mundo empezaba y terminaba en mi ombligo y aun así, y quizás por eso

mismo, me mantenía aferrado en un puesto que por decencia me obligaba a mirar de frente el rostro de los desaparecidos, y ya no de manera nominal y numérica sino de carne y hueso, más hueso que carne en el caso de la mujer, que de nuevo me esperaba afuera de mi trabajo con un tinto en la mano para saludarme diciéndome con un tono de regaño cordial ¿Sí llamó a Lucía? Todavía no, mi señora, le contesté, Pues hágalo, dijo ella, porque de esa mujer depende que encontremos más rápido lo que buscamos, ¿Y qué es exactamente lo que buscamos?, le pregunté retador, Pues, me contestó, primero a mis hijos y por ahí derecho a cuanto desaparecido nos encontremos de los miles que hay en este botadero tan particular de cementerio. Qué manera de empezar el día: atendiendo su dictamen, como si fuera tarea fácil, puesto que todo el mundo sabe que este lugar está lleno de cuerpos, pero al parecer nadie sabe a quiénes pertenecieron —ni el coordinador, ni los sepultureros, ni los registros ni nadie— y entre más días pasaba en este sitio, más confirmaba que es como el gran desaparecedero de los desaparecidos, que todo el mundo sabe desaparecidos, pero nadie sabe de qué desaparecidos se trata, lo que los hace doblemente desaparecidos, por lo que habría que encontrarlos también dos veces, primero a ellos y luego a quienes sepan que están desaparecidos, es decir a quienes los buscan, labor ya no solo imposible sino doblemente imposible, así que le dije Mi señora, ya le dije que es una tarea difícil y que por mucho que quiera ayudarla es poco lo que puedo hacer, ahí voy bregando, pero tiene que tener paciencia, ella replicó ¡Paciencia!, no sea verriondo e insensible, usted no parece así, por eso le digo que es urgente llamar a Lucía porque ella tiene un listado grande de gente que busca a sus

familiares, le sonreí con ternura mientras le decía, para que me dejara pasar, Ahora la llamo entonces, ella me miró condescendiente y ofuscada para decirme Ay, mijo, yo no dudo de su buena voluntad, pero también veo su incredulidad; yo sé que está pensando que estoy loca, y no es el primero ni el único ni será el último, pero déjeme decirle una cosa: no sea como todo el mundo, que para esquivar a quienes preguntamos nos descalifican como locas o locos, no haga eso, que eso es quitarnos la voz y despreciar el reclamo. Entre más hablaba, más mal me sentía, en verdad el diagnóstico ligero de locura es una mordaza peor que el silencio o la indiferencia, y ella continuó: Yo creo que usted es buena persona, al menos es bien intencionado, pero sigue siendo parte de la sociedad y de este Gobierno y entiendo que debo parecerle una loca simpática, pero no por eso menos loca y por eso no me hace caso de llamar a esa mujer, porque es darme mucha importancia, pero llámela por favor, no solo por mí, sino también por usted para que vea que puede hacer algo real y concreto, además, si no le aporta nada tampoco se lo va a quitar, es un acto de fe en que usted no arriesga ni pierde nada, pero mientras se decide le voy a presentar a otra amiga de las muchas que he conocido en esta buscadera, otra buscona que no encuentra, a la que también han desatendido: es una cantante de Urabá a la que le desaparecieron al marido luego de una masacre y ella está convencida de que está aquí, así que la cité a mediodía para que se conozcan. Yo vi que la mujer se estaba tomando atribuciones con mi tiempo y espacio que no le correspondían, pero no le dije nada, sin embargo, sí me preocupó que mi jefe me volviera a ver con ella en mi oficina y además en compañía de otra mujer que, si era su amiga, seguramente sería

igual de excéntrica a ella, por lo que le dije Mi doña, no creo que pueda atenderlas esta tarde, tengo programada una reunión y no sé cuánto me tarde, ella previendo mi aprensión me dijo Tranquilo, mijo, que va a poder, con reunión o sin ella va a poder, porque la cité para almorzar en el restaurante de la esquina para evitarle molestias con todos aquí, que yo sé lo que piensan de mí, como no supe qué decirle y su determinación ejercía en mí una reverencia casi obligatoria le contesté Bueno, señora, nos vemos a mediodía y seguí camino a mi oficina, dejándola en la entrada, persiguiéndome con su mirada imperiosa, y cuando había dado unos pasos me dijo Y por las luces no se preocupe, que a medida que vamos encontrando, ellas se van apagando, no le dije nada, levanté la mano en señal de despedida y continué avanzando preguntándome quién estaría más loco, si ella por buscar sin sentido a sus hijos o yo por pararle bolas, y con su referencia volví a sentir escalofrío, porque yo seguí viendo las luces cada día al caer la tarde cuando iba de salida, pero había decidido no hacerles caso; aligeraba el paso y me decía que eran luciérnagas, pero cada vez que las veía o pensaba en ellas, me sobrecogía. Era algo extraño porque desde mi adolescencia había decidido no creer en nada extrasensorial ni metafísico, no porque tuviera una razón de peso, ni siquiera por soberbia o por exceso de confianza racional, sino porque había conocido muy temprano a la muerte y me había expuesto tanto al miedo real que esta producía que me parecía demasiado acunar temores infundados a cosas que no podía explicar, de manera que desterré cualquier posibilidad de inquietud asociada a fantasmas, espantos, apariciones, espectros y demás entelequias no por considerarlas irreales sino por todo lo contrario, por no otorgarles una profusión de certeza que

sobrepasara mi ya de por sí desbordada realidad, sin embargo, y pese a mi reciedumbre, el cementerio y las historias que conocía de él me turbaban y conseguían derribar los diques de razón que me había impuesto toda la vida, logrando instalar la desconfianza y el temor, y más ahora que veía y sentía las historias en carne viva, pero de nuevo me sacudí esos pensamientos con un ademán de cabeza y continué; pasé la mañana escarbando en los mismos expedientes que no entendía, tratando de dilucidar algo que me permitiera crear una ruta para buscar el cuerpo de esos muchachos o al menos hacer algo, lo que fuera que me diera un motivo para justificar mi permanencia en el puesto: hacía más de dos semanas que iba todos los días al mismo sitio y seguía como al principio, sin saber qué estaba haciendo ahí ni en qué consistía mi trabajo; había conocido a todos los funcionarios del cementerio, me había paseado por todo el sitio pero seguía siendo un visitante igual de despistado que cualquier transeúnte de los que eventualmente entraban al camposanto para curiosear las tumbas. Al cabo de tres horas de repasar cifras y datos en las planillas de Excel, me levanté de mi silla y fui a saludar a mi jefe, que estaba jugando solitario en su computador —al verme aparecer en la puerta se hizo el bobo y minimizó la pestaña de su PC—: ¿Cómo va la cosa?, me preguntó, Dándole, jefe, dándole, le contesté en uno de esos diálogos vacíos y de memoria que usamos a manera de saludo cuando no tenemos nada que decirle a nuestro interlocutor y la incomodidad obliga a rellenar con palabras la pesada interacción; nos quedamos mirándonos embarazados de silencio hasta que me dijo Camine, fumémonos un cigarrillo afuera y se levantó para salir; yo lo seguí hasta la portería en donde pidió dos tintos al celador, me convidó

con un cigarrillo y mientras lo encendimos me dijo Y ¿cómo se va sintiendo aquí?, ¿está bien?, ¿cómodo en la oficina? Sí, jefe, todo bien y la oficina es cómoda, le respondí y volvimos al silencio pesado que yo rompí preguntándole sin saber bien por qué: Jefe, ¿a usted lo han espantado aquí? El hombre mirándome por encima de la nube de humo que expelía después de una calada, con ojos animosos, me respondió Muchas veces o ninguna, eso depende de lo que usted llame espantar, ¿por qué?, ¿qué le pasó ya? Me arrepentí al instante de la pregunta y apenado bajando la cabeza le dije Pues nada, jefe, o no sé, he visto unas luces intermitentes por este camino todos los días cuando voy de salida, pero más que eso es la sensación que me producen como de azore, como si me vigilaran desde las sombras, y es pesada y talla en la espalda esa especie de mirada ciega… El coordinador, dando una nueva fumada, sonrió y me dijo Fresco, que a todos nos ha pasado, este cementerio tiene muchas historias guardadas y eso ronda y pesa más que la culpa, pero uno se acostumbra a vivir vigilado, porque yo creo que, al vigilar a los muertos todo el tiempo todos los días, ellos de alguna manera también nos vigilan, lo mejor es no pararle bolas a eso porque de lo contrario la permanencia se hace insoportable y se confunden las cosas y los planos y termina uno absorbido por ellos y su lado de la realidad, vea, yo con este sitio he decidido seguir el consejo de mi difunta madre: dejar quieto lo que está quieto, eso no quiere decir que lo esté negando, solo que como con las brujas no hay que creer en ellas pero que las hay las hay, de manera que mejor haga caso omiso de las luces y de lo demás que va a ir contemplando: aquí se sienten pasos, se ven bultos y sombras y se escuchan cosas, pero usted dedíquese a lo suyo y no les dé chico de que lo alteren porque

han estado, están y seguirán estando aquí antes y después de nosotros, en cambio usted y yo solo somos turistas de este sitio y de su mundo y mientras nos mantengamos así vamos bien, haga como los miquitos esos que están de moda, no hable, no oiga y no vea y vive más tranquilo. Al terminar, bajando la cabeza, boté el humo y mientras pisaba la colilla de mi cigarrillo le dije Sí, señor, es lo más sensato, también le dije que tenía un almuerzo con una amiga y él haciendo un gesto de despedida con la cabeza se devolvió a la oficina, llegué con media hora de antelación a la cita con las dos mujeres y quise pedir una cerveza para entretener la espera, pero me arrepentí pensando que así empezaba siempre mi debacle, unas cervezas inofensivas entre comidas que después se volvían media de guaro hasta que terminaba enganchado treinta días de tortura y sin razón, de manera que me decanté por un tinto y salí a la acera a fumar, cuando vi la figura escurrida de mi Llorona que venía a mi encuentro, ¿Qué hubo? Llegó temprano, le respondí y la invité a un tinto, que era lo único que la había visto consumir desde que la conocía, fumamos y bebimos en silencio y entramos a la cafetería, nos sentamos en la mesa contraria a la puerta en la que devolvimos al mesero que vino a tomarnos la orden, argumentando que faltaba alguien y retornamos al mutismo más apremiante durante cinco largos minutos, y cuando ya se estaba haciendo asfixiante y gravoso percibimos la silueta de una mujer imponente que avanzaba a contraluz, Buenos días o tardes ya, los dos seguimos el sonido de la voz nimbado por la luz, mi acompañante pareció reconocerla y se levantó de un golpe de la mesa con una sonrisa amplia en la cara, Euge querida, siempre viniste, le dijo y la mujer, que tomó forma con la cercanía, la abrazó sonriendo a su vez, era alta, negra y hermosa,

de unos cincuenta años y, con una sonrisa opaca que le dibujaba una estela desolada en la cara, me saludó extendiéndome la mano mientras decía Así que usted es el hombre que quiere ayudar a mi amiga, soy Eugenia Palacios, yo le dije mi nombre y nos sentamos de nuevo, la Llorona tomó la palabra y me dijo Ella es de Apartadó y es una viuda a la que le mataron al marido que trabajaba en las bananeras en una masacre en su pueblo y que según lo que sabemos es otro de los muchos desaparecidos que están aquí, ah, y es cantante, pero Eugenia la interrumpió para decir No, yo era cantante, ya no, porque eso es lo que pasa con los que buscamos, que perdemos la identidad y el oficio y nos volvemos únicamente buscones, así que soy una buscona del cuerpo de mi esposo que además canta a veces, yo escuché a las mujeres y se me fue instalando un frío nuevo en el estómago, ¿qué era eso?, ¿Urabá?, ¿una matazón añeja y lejana?, ¿cómo había llegado hasta este cementerio el cuerpo del esposo de esta pobre mujer?, y sin preámbulo ni escrúpulo les pregunté ¿Y cómo sabe que está aquí?, la mujer, triste, me contestó sin turbarse Porque él me lo dijo, primero en sueños y luego en vivo y en directo tomándonos unos tragos, la respuesta me cayó como un ladrillazo en la cara y mi gesto debió de delatar mi asombro, consternación y molestia porque las dos mujeres se miraron cómplices antes de que Eugenia me interpelara diciendo Yo sé lo que está pensando, que estoy loca y que esto es una pérdida de tiempo, y tal vez las dos cosas sean ciertas, pero antes de que deduzca eso escúcheme la historia de su muerte y ahí sí me juzga, yo hice un ademán para convocar al mesero pensando que si iba a perder el rato en estas mejor era hacerlo mientras comía, ordené un almuerzo sencillo y mis dos

acompañantes adujeron no tener hambre y que solo querían un trago la una y un tinto la otra, y mientras llegaba el almuerzo me dijo No sé qué le ha contado mi amiga, pero la verdad es que sí debo de estar loca para hacer lo que hago, suspirando impaciente le pregunté ¿Y qué es exactamente lo que hace?, y respondió Buscar a un desaparecido en este país… Se quedó callada y yo me dije para mis adentros que, en efecto, loca estaba por hablar con los muertos pero más loca por buscar a alguien en este país de ausentes y perdidos, en donde medio mundo mata al otro medio y para colmo lo esconde para que la mitad del que queda viva se mate el resto de la vida buscando a los desaparecidos y a su vez desaparezca como persona… Entonces ella retomó: Nuestra vida era una vida sencilla pero buena; mi marido y yo nos conocimos en el colegio y casi que desde el primer día nos quisimos, nos casamos apenas salimos cuando él consiguió trabajo en una bananera y nos fuimos a vivir a una casita alquilada cerca de la empacadora; el tiempo era bueno, él trabajaba y su sueldo nos alcanzaba para ir viviendo sin holguras pero sin aprietos y yo que vengo de una familia de cantantes, cantaoras y artesanos me quedaba en la casa ensayando mi canto y tejiendo mochilas para vender en los conciertos que dábamos con el grupo de mis primos los fines de semana en el parque de El Limonar allá en Apartadó, ese barrio donde vivían ellos que es famoso por los mercados los sábados en los que se vende comida y artesanías y se arman unas parrandas buenísimas con fandangos, chalupas y sentaos que entretienen a la gente y son la fuente de ingreso principal de los que vivimos del oficio, mi esposo iba sin falta a verme cantar y tomarse unos tragos con los amigos, cuando acababa yo me les unía, pasábamos bueno y nos queríamos bien y

bonito, solo nos separábamos cuando él se iba a trabajar, nuestra vida era buena y feliz, pero como siempre cuando la armonía parece regir y las cosas se van dando, no falta la mugre en la prenda blanca y esa cayó cuando los dueños de la empresa contrataron dizque una compañía de seguridad privada para vigilar las instalaciones, lo que nunca ocurrió o bueno sí, pero no como ellos habían dicho porque la tal agencia resultó ser un comando armado hasta los dientes de los mismos paramilitares que todos conocíamos de siempre y que impuso un régimen de terror como el que también ya conocíamos, pero adentro de la empresa: prohibieron asociaciones de más de tres personas, decían que un grupo más nutrido solo traía problemas y era el germen de los sindicatos, obligaban a los trabajadores a hacer horas extra y no se las reconocían, les recortaron el sueldo y los días de vacaciones, cosas infames para una empresa que engordaba de riqueza día con día. A todos les disgustaban las nuevas directrices, pero como la necesidad tiene cara de perro hambriento y el sustento de la mayoría de la gente de esos barrios pobres donde vivíamos dependía de la compañía, nos aguantamos las patadas de los amos porque al fin del día aporreados, humillados y mugrientos todos comíamos, aunque cada vez la ración fuera más escasa, pero el colmo llegó cuando sacaron a los trabajadores de las plantaciones y las empacadoras para ponerlos a echar pico y pala en una carretera con salida al mar que estaban construyendo para sacar por ahí el banano y otras cuantas cosas que camuflaban entre el plátano, sí me entiende lo que le quiero decir, y entre ellos estaba mi negro retostándose al sol, con dolores de cabeza a todas horas y enfermo por la deshidratación, porque una cosa era trabajar empacando plátano a la sombra y con sus descansos para comer y

otra era socarrarse a la intemperie de Urabá con cuarenta grados, así que ahí fue que principiaron a resentirse en serio contra la compañía y empezaron a hablar entre los trabajadores de renunciarles en grupo, pero la gente tenía miedo de quedarse sin el jornal y sobre todo les tenían pánico a los uniformados que les habían advertido que cualquier desacato a los capataces o cualquier sedición iba a ser castigada y ninguno quiso averiguar en persona en qué consistía el castigo, entonces se aguantaban esas jornadas vejatorias y los tratos denigrantes que se volvieron constantes hasta que a los vigilantes les dio por meterse con la vida privada de los obreros, y ahí sí fue la tapa del cóngolo —lo acostumbrado por los tiranos, pensaba yo mientras ella relataba cómo se les iban metiendo en el rancho, que empiezan imponiendo un supuesto orden y acaban desordenándolo todo, porque el orden que traen no es tal, es tan solo una escala de valores nuevos en la que ellos son la cumbre y aquello que no se enfile por esos escalafones es defenestrado—: empezaron cuidando en qué se gastaban el sueldo los jornaleros, quiénes bebían y jugaban, quiénes visitaban prostitutas o consumían drogas y a esos les llamaban la atención, sin importar que fueran ellos mismos los que controlaban las casas de citas, los casinos y los bares en una muestra rampante de doble moral, luego prohibieron las fiestas y celebraciones bulliciosas, que fue cuando nos cerraron el parque de El Limonar y nos acallaron el ruido, tapándonos las orejas a punta de miedo, hasta que finalmente se llevaron la música porque nos quitaron los instrumentos con los que nos ganábamos el sustento tocando en parrandas íntimas y en fiestas de casa, que fue a lo que acudimos después de la clausura de las pachangas populares, y ese fue el fin… En la casa de la comadre Marucha

habíamos llegado a festejar el aniversario de casados de ella y su esposo y estábamos cantando y pasando bueno, amenizando el jolgorio con unos vichecitos, tranquilos, cuando llegó un comando a maltratarnos, atarbaneando a todo el mundo por el simple hecho de que podían y nos dañaron los tambores nuevos que habíamos construido de un culatazo y reventaron los micrófonos que habíamos comprado en un empeño tirándolos del cable contra las paredes y ahí sí me emberraqué yo y les dije malparidos, que respetaran que eso nos había costado mucho y uno de ellos con mirada bizca me reviró diciéndome que me callara o me reventaba a mí y como no he sido buena aguantando insultos ni obedeciendo y ya estaba caliente y prendida de viche le reviré a su vez que no fuera tan maldito y que esa no era forma de tratar a una mujer, que si era que no tenía mamá y que fuera más hombre y ese tipo volteó más los ojos ya volteados y con ellos trocados y envueltos en sangre se me enfletó, me cogió del pelo y me tiró al piso a darme patadas, lo único que alcancé a ver fue a mi negro que se le dejó ir encima como una mapaná y se le guindó del cuello con los brazos y los dientes y el hombre ese pega un chillido de borrego herido y veo que le brota la sangre de la nuca y que a mi negro lo despegan a culatazos y golpes los amigos del canalla ese mientras mi negrito con la jeta colorada, escupiendo los pedazos de cuero que le había arrancado al maldito que en ese momento se revolcaba de dolor en un charco de sangre que no le estancaba y cogiéndose del cuello gritaba que mataran a ese malparido y los compañeros no sabían qué hacer, si dispararle a mi negro o auxiliar al herido y al final hicieron las dos cosas en vano y mal porque el hijueputa ese al momentico no aguantó el desangre y se fue doblando pálido como una hojita de papel y sabe qué es lo

más raro que recuerdo de esa muerte, que se fue empequeñeciendo, volviéndose chiquitico y flaquito casi hasta desaparecerse, como si hubiera sido un muñequito y no la bestia esa que me cogió a patadas, y pensé que los malos no son fuertes sino en la maldad acompañada, cuando están haciendo sus porquerías impunemente y en grupo porque cuando los ataca la muerte, que nos llega de a uno, se achiquitan, malparidos, y en cuanto se murió esa porquería, y sus compinches vieron que estaba bien muerto, agarraron a mi negrura a patadas y se lo llevaron arrastrado para la calle y le pegaron no sé cuántos tiros porque apenas sonaron los tres primeros dejé de contar y me volví loca de dolor, empecé a gritar, a patalear y a intentar levantarme pero uno de ellos me tenía sometida apretándome contra el suelo con su rodilla en mi espalda, yo les gritaba que me dejaran salir, que eran unos cobardes y que me mataran a mí también, pero no escuchaban o se hacían los bobos como todos los malvados que tienen las orejas reventadas para escuchar las súplicas y quejas pero despejadas para los alaridos que ellos provocan y disfrutan, porque todos parecían complacidos riéndose de nosotros y nuestro espanto; se carcajeaban mientras nos robaban el alma y la calma, gozaban matándonos a nosotros y a nuestros amores, solazándose con su muerte y con nuestro dolor, no parecían hombres sino demonios, engendros voraces con miles de fauces sonrientes y ofensivas, yo no aguanté más la opresión de su rodilla en mi espalda y la de mi negro muriendo en el alma y le hice repulsa con todas mis fuerzas hasta que conseguí zafarme y me paré para verle la cara a mi aplastante y vi que era casi un niño; su cara infantil chocaba con sus ojos de bestia que ultrajaban en vez de mirar, me agarró del cuello y volvió a someterme diciéndome Qué

hubo, negra hijueputa, pa dónde vas, mientras me asestaba un rodillazo en el vientre, me doblé de dolor y él me empujó al piso en el que me puso la bota asquerosa con fuerza en la cara y yo no sabía qué hacer, ocupada en poder respirar, porque sentía que el aire se me escapaba y yo intentaba agarrarlo con las uñas, hasta que el aire se fugó del todo y yo me fui con él, sin aliento, como si cayera en un pozo largo y oscuro desde donde escuché con el último soplo que dejó el aire fugado en mis oídos despeñados Esta negra hijueputa se murió, y tenía razón la bestia niña esa, porque ahí me morí, pero por desgracia para resucitar más tardecito, cuando ya se había impuesto la muerte y sus autores habían huido dejando su cola de destrucción por todas partes; si hubiera podido escoger morirme me quedo en la muerte con mi negrito y no resucito y menos para ver lo que vi: la gente corriendo y gritando, dando alaridos de dolor porque con mi negro se llevaron a otros trece hombres y dos mujeres para afuera y los mataron, pero no nos dejaron sus cuerpos, se los llevaron con ellos, unos decían que a las mujeres no las habían matado, sino raptado pero que a los hombres sí y que los habían montado en dos camperos; vi mucha gente ensangrentada, otros llorando a mares, otros como idos, pero todos tenían en común el rostro de la pérdida de algo o de algo acompañado de alguien como yo, que me demoré un par de segundos en volver a mi horrible realidad de recordar a mi negro y que ellos se lo habían llevado y le pedí a cualquiera que me encontré que me indicara por dónde habían cogido los carros y, cuando me señalaron el camino que salía del barrio, me fui corriendo como una loca persiguiendo su rastro. No supe cuánto corrí porque el tiempo se detuvo, enfocada como estaba en los últimos gritos de mi negrito

con los que me llamaba por mi nombre antes de que sonaran los tiros que me lo arrebataron, cuando menos pensé estaba en la entrada del barrio y ahí los vi a todos aunque no me fijé sino en mi negro, clavado en una pica o, bueno, no él completo, solo su cabeza junto a otras cuatro de amigos de la fiesta, empaladas como la suya, como llegué sola y previendo lo que seguía si venía más gente a observar eso tan macabro o a reclamar a los suyos, me apuré a desclavar la cabeza de mi negrito y me vine con ella envuelta en el vestido para la casa y la metí a la nevera mientras pensaba qué hacer y ahí se me ocurrió o recordé, no sé bien, porque a veces las ocurrencias de uno son solo recuerdos que tenía guardados disimulados entre tantas cosas que tiene uno para pensar y recordar y emergen frente a alguna situación que los convoca, el caso es que pensé o recordé de algún programa de televisión, o cualquier bobada de esas que lee uno, que los hermanos lasallistas conservaban animales muertos en frascos con licor para que no se pudrieran y arranqué para donde mis primos a los que les pedí un frasco grande de esos que usaban en su alambique lleno de viche, ellos me lo dieron sin preguntar mucho porque sabían lo que nos había pasado, pensando seguro que me iba a emborrachar hasta morirme, entonces me vine con ese frascao de trago y después de sacar la cabeza y limpiarla porque siempre me lo aporrearon y revolcaron, la metí en el frasco y lo que se rebosó me lo tome con él, esa fue la primera vez que nos emborrachamos juntos después de su muerte y ocurrió lo inaudito, después de unos tragos y de mirar mucho su cabeza sumergida en licor vi que abrió los ojos y me devolvió la mirada; yo me quedé medio pasmada, dudando de si era cierto o era producto de mi tristeza o mi borrachera o de ambas,

pero cuando me habló ahí sí supe que era verdad que estaba pasando y me levanté de un tirón de la silla, asustada hasta el pelo, que se me erizó, y me fui a la cocina pero hasta allá me persiguió su rumor, delgadito pero potente como si su voz viniera desde muy lejos y me dijo Tranquila, negrita, entonces yo me juagué la cara y volví al comedor donde estaba su cabeza enfrascada mirándome fijo y le dije Ay, no, negrura, no me hagás esto, que vos sabés lo mucho que me asustan estas cosas y él me repitió Tranquila, negrita, pero con la boca cerrada, lo que se me hizo más raro, y dije para aplacarme que su voz estaba dentro de mi cabeza hasta que continuó diciéndome Quedate tranquila, que yo no te voy a espantar, es que esto de estar muerto es muy nuevo para mí y me siento muy solo, y le juro por mi madre y mi negro que le vi mover los labios como en un bostezo y supe que su voz venía de adentro de su cabeza y no de la mía… Yo debí de hacer un gesto de incredulidad o desprecio mientras masticaba porque la mujer detuvo su relato y me preguntó ¿Cierto que no me está creyendo? Yo sé que es difícil creerme, pero le digo la verdad, aunque usted debe pensar como todo al que le he contado que estoy loca y mirando a la otra mujer le dijo Sí ves, yo te dije que era bobada, estas cosas no las cree sino el que las haya vivido; yo para mediar y porque quería terminar de escuchar la historia aunque a medida que relataba estaba cada vez más seguro de que en efecto estaba escuchando a una loca o a una borracha o a una loca borracha, les dije, para que continuara, ¿Cuáles cosas?, ella contestó Las cosas de los muertos que hablan con uno, yo tampoco las creía hasta que me pasó y eso que vengo de una familia medio bantú, y mi abuela era animista y muy supersticiosa, pero le juro que le digo la verdad, mi negro me habla

y me pone a cantar, pero solo a mí y cuando estamos borrachos, antes le dije que ya no cantaba y es cierto: en público no volví a cantar, no soy capaz, no me sale la voz desde ese día, porque la música se me murió por dentro, me la mataron junto a mi negro, sin embargo cuando bebo soy capaz de cantar pero solo para él, le canto a su cabeza y siento que él me escucha, me alienta y me habla y entre más cosas me dice, más canciones me salen, músicas nuevas que voy inventando, tristes todas pero muy bellas como lo que siento por su muerte, pero cuando me duermo arrullada por su voz y mi canto borracho, duermo con él y soy feliz por esos pedacitos porque cuando despierto vuelvo a una realidad de dolor y tristeza muda, en la que no puedo cantar y él está muerto así tenga su cabeza en un frasco y me muero de dolor y silencio y tengo que aprender a vivir sin él y sin música, las dos cosas que ocupaban mi alma y mi corazón, sin ellos estoy incompleta y más que eso vacía y hueca, ¿y cómo hace una para vivir sin alma y sin corazón? Porque el alma se me despintó, me quedó en obra negra con su partida y mi silencio, que son lo mismo, y empecé a caminar con mi corazón sin brillo, pelado en carne viva por una trocha destapada y rústica en su procura, buscándolo en cada cosa, en cada fosa en que me decían que estaba su cuerpo, en las caras de nuestros familiares que me reprochaban su búsqueda, en la mirada de los funcionarios como usted que delataban su importaculismo, en las oficinas de cuanto burócrata nos pone el Estado para desganarnos el reclamo, hasta que encontré los ojos de esta mujer que también buscaban a los suyos y supe que me entendía y por eso estoy aquí relatándole a usted, que no me cree, mi historia para que haga con ella lo que se le dé la gana, amenizándole un almuerzo que yo no puedo tragar,

pero la verdad es que no lo hago por usted sino por ella, dijo señalando con el gesto a la Llorona, y por mi negro, que en mis sueños dormidos y en mis vigilias ebrias me dijo que su cuerpo estaba en este cementerio y aquí estoy sin esperanza pero firme, buscando su cuerpo para completarlo en la muerte y que su recuerdo me quede entero y no ser más la loca que para no enloquecer del todo de dolor habla con la cabeza de su marido muerto y desaparecido, bebiéndose el licor que la contiene y que voy renovando a medida que se agota, y le habla y le canta para acompañarse y a su vez ennoblecer y aceptar su absurda muerte, que no podré concluir hasta que encuentre su cuerpo y pueda al fin admitir lo que no quiero, porque esto de extrañar y vivir y beber en zozobra perpetua cansa y yo ya estoy agotada… Detuvo su relato con la cara de desesperanza más triste del mundo, con los ojos lastrados de un dolor tan rotundo y hondo que parecía estar más allá del dolor, en otro mundo compuesto solo de dolor y que nosotros, los de este, no entendíamos, yo tragué aparatosamente un bocado que se negaba a pasar de la garganta y la miré sin saber qué decir, y como siempre que me pasa eso hablé por hablar y casi a la par que salían mis palabras destempladas me iba sintiendo el hombre más tonto y frívolo del mundo con su contenido, ¿Y dónde tiene actualmente la cabeza de su esposo?, se me ocurrió preguntarle, ¿Pues dónde más?, en su casa, que es la misma mía, no ve que es lo único que me queda de él: su cabeza y sus apariciones, que a veces —concuerdo con usted y mi familia— deben ser producto de mi imaginación o la manera de resistirme a su muerte y de paliar la mía, esto de estar muerta en vida, y yo en el colmo de la impertinencia y la estupidez dije Pero al menos usted

está viva, y ella mirándome con rencor puro dijo dirigiéndose a la Llorona Este es otro pendejo, y mirándome odiadora y triste continuó: Me quitaron a mi esposo y con él la música, los impulsos que tenía para vivir, usted está como mi familia y como tanta gente en este país que le restriega a uno en la cara que debe estar agradecida con esos malnacidos porque no me mataron como si eso fuera para agradecer, a la gente no solo hay que dejarla viva, también hay que dejarle los motivos que tiene para vivir y a nosotros nos los quitaron, nos dieron otro motivo, que es la búsqueda incesante, pero ese no es motivo porque quien vive buscando no vive. Yo, tomando aire de su tristeza rabiosa y recordando retazos de los cuentos de mi madre, pensé que en este país de muertos por doquier y desaparecidos a granel los espantos no son fantasmas, sino la forma en que los muertos imponen su estatuto contra quienes los mataron, su rebelión vaporosa y silente contra todo lo que los obligó a esfumarse, a borrarse, a anularse y sus apariciones contrarrestan desde la impotencia cimera de su muerte sus desapariciones, entonces ella destemplada, tremolando la voz, me dijo Le pido con el alma que nos crea y nos ayude a encontrar sus cuerpos, para que al menos les ganemos esta a quienes los convirtieron en desaparecidos y en fantasmas y nos dé sosiego a los buscones. Yo percibí cómo sus ojos dejaron el dolor y adoptaron de nuevo la rabia y sus párpados se hicieron severos y sólidos como un espejo al que me dio temor asomarme y no tuve palabras para contestar, tan solo agaché la cabeza y ella notó mi contrariedad y con la voz cargada de una impotencia antigua siguió: Pero ayúdele primero a ella, que yo con mis borracheras, mi canto y su espanto la voy llevando, pero esta mujer no tiene ni siquiera eso, yo mirando a

la Llorona y por zafarme del peso de la conversa y terminar ese almuerzo interminable que me remordía dije sin convencimiento finalmente Voy a hacer todo lo posible por ayudarlas, señoras, a lo que ellas se miraron y en sus gestos supe descifrar cómo en un segundo de ojos encontrados se comunicaron años de imposibilidades, rabias mudas y esperas desesperadas, después del cual una le dijo a la otra Vámonos, mija, y dejemos a este hombre que haga sus cosas, que ya le quitamos mucho tiempo, o al menos que descanse de nosotras, y levantándose se fueron sin despedirse, me quedé abotagado con la historia que se unía a la de mi Llorona y me preguntaba qué más me depararía este trabajo; ¿qué podía hacer yo?, ¿por dónde empezar?, ¿había siquiera un inicio? De nuevo me sentí absolutamente incompetente y molesto; era obvio que sus historias convalidaban su reclamo, pero qué podía hacer yo para ayudarlas si había aterrizado en este cargo porque un conocido me puso ahí y no tenía idea de nada, qué desacierto el mío al aceptar este trabajo, y el de ellas al creer que yo les podía ayudar, entonces pensé que lo correcto era renunciar de inmediato y con ese ánimo me levanté de la mesa y pagué la cuenta, caminé a la oficina descompuesto por la historia de Eugenia y esa descompostura se manifestó en mi estómago con retortijones y náuseas que no me dejaron llegar a mi cubículo y desde la puerta le informé a mi jefe que me iba porque me había caído mal el almuerzo, él desde su silla me preguntó mordaz ¿Le cayó mal el almuerzo o las historias de las acompañantes? Ya le dije que no les pare bolas a esas viejas, que lo enloquecen, vea, ya lo enfermaron… Yo, tocándome la panza, le dije sin contestarle la pregunta De verdad, jefe, que me siento muy mal, y él haciendo un gesto con la cabeza me indicó que me fuera, salí

apurado del cementerio, desordenado física y mentalmente y mientras esperaba un taxi pensé para aplacar la culpa que me punzaba más que el cólico Qué hago yo creyendo en espantos, home, y para ahuyentarlos y calmar mi dolor me dirigí a donde mi madre, que sí cree en eso y que es la única que me ayuda con su voz meliflua y mansa a ordenar mis adentros. Apenas nos saludamos mi cara y mi voz delataron mi estado y mi madre después de enterarse de mis dolencias me llevó hasta su cama y me preparó una agüita de caléndula y manzanilla, que según ella son benditas; después de tomármela y mientras me sobaba la panza con sus manos artríticas y viejas, pero suaves y hermosas, me dijo A vos te sigue pasando algo, ¿qué es? Yo apaciguando el dolor con la bebida le conté como pude y por encima la historia de la mujer del almuerzo, que ella recibió en silencio y al final me dijo Pobre mujer vivir tanto tiempo en silencio con los gritos detenidos adentro por falta de voz, siquiera tiene a su espanto y al trago para que deje salir esas penas porque, si no encuentran un cauce, lo ahogan a uno y no debe haber muerte peor que morir ahogado en uno mismo, y mudando su tono en reproche continuó: No como vos, que bebés por gusto o por hacerme sufrir a mí, y yo le dije Ay, má, no me echés cantaleta que estoy muy maluco, entonces ella contestó Pues sí, además para qué si vos nunca hacés caso, en fin me hiciste acordar de dos casos de espantos de este barrio, uno muy conocido y otro disimulado, pero jodidos ambos, y como le vi la ansiedad en la cara le dije Contámelos, má, que la que está que se ahoga con esas historias sos vos.

La Silbona

> «Dieron luego comienzo tristes notas que se hacían oír, y fui llegando a un lugar cuyos llantos me angustiaban».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto v, v. 26-29

«Vos sabés que hay vidas que son canciones, incluso géneros musicales, como la de Wence que tu papá decía que era un tango… Pues la de Consuelo sin duda fue un bolero, uno tristísimo y despechado, de esos que escuchás con culpa por sentirte bien entristeciéndote porque se necesita de un amor intenso, profundo, delicado y amorosísimo para que cuando se interrumpa se mantenga el afecto intacto cuando la mitad que lo completaba a uno se haya ido, como me pasa a mí con tu papá, que no hay un día en que no lo ame con locura, solo que ahora es peor porque además de amarlo lo extraño hondamente. Así le pasó a Consuelo con don Marcos, con el agravante de que ellos no tuvieron hijos, que son el cariño con que una embolata la falta que le hace el amor del hombre de su vida, transfiriéndolo a ustedes, y aunque muy diferente mantiene ocupado el corazón para no morirse de tristeza y falta. Consuelo y don Marcos ya estaban mayores cuando nosotros vinimos al barrio y fueron muy formales con nosotros y con todo el mundo; tenían una tienda mixta, la forma medio elegante de decirle a una cantina en la que también vendían mecato y helados, por eso se acostumbraba a

llamarlas heladerías. Tu papá y yo íbamos allá cuando podíamos y la plata alcanzaba para que él se tomara sus guaros escuchando tangos y yo una gaseosa y cuando más un helado que casi siempre terminaban comiéndoselo ustedes, porque la ventaja de las heladerías es que dejaban entrar a los niños, entonces era más un plan familiar que un bebedero de machos como las cantinas y, aunque también se emborrachaban los hombres como ha sucedido siempre, no eran esas borracheras inmundas con insultos, grescas y heridos en que terminan todas las reuniones de borrachos solos, sino que al menos en esos sitios se controlaban por la presencia de las mujeres y los hijos y porque cerraban temprano, eso a las doce todo el mundo para su casa, a tu papá le gustaba porque le ponían las canciones que pedía y porque don Marcos era un tipo amable y democrático en las complacencias musicales, ponía las canciones en orden de pedido y tenía mucha música, el depósito detrás de la barra y las paredes del mostrador estaban tapizados con discos de vinilo de donde extraía con pericia de conocedor el *long play* en el que estaba la canción solicitada. Además él y su esposa eran buenos conversadores y apacibles bebedores, nunca en la vida los vi ebrios, cuando más prendiditos o a media caña, como decíamos entonces, porque los dos bebían y resistían igual —hasta en eso eran parejos —; ambos se paseaban por todas las mesas atendiendo los pedidos alcohólicos y musicales mientras sonreían y proponían conversa, así que una nunca se aburría allá porque, si el marido de una estaba muy callado o concentrado en las canciones, los dueños se le acercaban y le proponían temas largos en los que terminaban involucrados, además del esposo de una recuperado para la charla como buen chismoso, un par de vecinos de mesas contiguas que

atraídos por la historia terminaban haciéndose amigos y compartiendo chismes, chistes, risas y tragos, porque, pese a lo que dicta la tradición, los hombres son más chismosos que nosotras. Era un buen lugar, pero, como todo, con el tiempo fue cayendo en desgracia; primero, nosotros los clientes de siempre fuimos espaciando las visitas porque ustedes empezaron a crecer y con eso la plata disminuyó considerablemente y nos tocaba escoger prioridades y ustedes siempre fueron la nuestra, entonces en vez de una salida cada quince días ya era una cada tres meses porque había que comprarle los útiles a tu hermano y luego ya ninguna porque se te habían roto los zapatos a vos y al niño ya no le servían los suyos o estaba muy acabada la ropita que ustedes dejaban entonces había que vestirlo y además fue la época de la nueva quiebra de tu papá con el carro por un choque y su abandono definitivo del trago, así que nunca volvimos al Consuelo, como se llamaba la heladería —el viejo decía que tanto el bar como su mujer cumplían a cabalidad con lo que la palabra designaba, aliviaban de las cargas de la vida y disminuían las penas, por eso había decidido bautizarlo con el mismo nombre de su esposa—, seguimos siendo amigos de ellos y nos tocó ver su decadencia, que fue irrefutable como el paso del tiempo y la vejez, y que como todo en sus vidas fue tranquila, sutil y siempre en pareja; eran tan parejos que no solo se parecían mucho físicamente sino que a veces parecían uno solo, con esa completitud que solo otorga el amor radical y la convivencia larga, entonces las cosas que uno pensaba el otro las decía y a veces sin hablarse se entendían mejor que dialogando porque pensaban en conjunto, parecían fundidos con soldadura. Desde jovencitos, apenas recién casados, supieron que no podían tener

hijos; me contó Consuelo, alguna tarde de esas quietas en que no pasaba nada ni en la casa ni en su negocio y nos sentábamos afuera a escuchar boleros de Daniel Santos y a tomar tinto envenenado, que eso les molestó un poquito al principio y que ella creía con esas creencias viejas y bobas que el marido la iba a dejar por eso y se marchitó por dentro, en serio, se desganó porque me decía, y los ojos se le hacían una ilusión con el brillo clarífico de los enamorados, que solo pensar en el abandono de Marcos la menguaba porque ella desde que lo vio supo que era el hombre de su vida y que lo iba a amar todos los días de su existencia, y como había crecido escuchando que la felicidad en el matrimonio no era completa hasta que llegaban los hijos y que los hombres sin hijos se malograban y se echaban a perder, ella, sintiéndose la culpable de la imposibilidad multiplicativa, se restó pensando en la división, pero el hombre, que siempre la quiso en suma, apenas la notó rara le dijo que eso era lo de menos, que con ella le bastaba y de sobra y que hasta mejor porque sin hijos no iban a tener que propagar su cariño, ahorrándoselo solo para los dos, y lo decía en serio y ella así lo entendió y se floreció de nuevo lo mismo que sus quereres, antes con más vigor; ahí sí se volvieron unos amantes excepcionales y ella entendió que todo lo que creía saber del amor lo había aprendido de gente desquerida que no sabía lo que era eso: esa cosa dulcecita y arropada que se siente siempre, solo por existir con alguien al lado así esté lejos, y empezaron a ser ese ser bicorporal que conocimos nosotros… ¿Vos no has notado que hay gente que solo es cuando está con otro, que son como apenas la mitad de algo partido que adquiere forma completa con su apéndice?, pues así eran ellos; uno nunca los veía solos porque incluso cuando el otro no estaba

producía como una sombra que cubría al solitario, dejando un regusto que también habitaba, porque en cada uno estaba el olor, la silueta y la presencia del otro, una cosa rarísima que apenas ahora que tu papá no está estoy comprendiendo pero que en esa época se me hacía extraña, porque era como si ellos fueran un solo ser, pero no a la manera de los boleros que tanto les gustaban ni de nada de eso romántico sino de veritas físico, como si hubiera una presencia en la ausencia del otro, muy raro, en fin, la cosa fue que la heladería empezó a verse más despoblada de clientes y surtido, pero no de la simpatía de los dueños, que siempre estaban detrás de la barra o en la acera sonrientes y animados, conversando entre ellos y escuchando música; al parecer siempre tenían tema y se gustaban tanto en la conversa como en el silencio, que llenaban con la escucha atenta de los boleros de Felipe Pirela, que era el favorito de ella, y de Orlando Contreras, que era el preferido de él, claro que allá toda la música era buena —boleros, tangos y algunas rancheras que eran, son y serán el repertorio absoluto de la nostalgia, ese sentimiento de extrañamiento y pérdida de algo adorado y dulce que conmueve y entristece tan dulcemente que hasta se desea su tristura: música altiva, fina, hermosa y pura, antes de que se le juntaran esos chillidos horrendos de los corridos mexicanos y las copias baratas de los narcocorridos locales en lo que terminó llamándose música de despecho, como si eso fuera un género y no una calamidad y el desbroce total del ánimo que desbarata todo lo que la nostalgia cimenta, lo que ustedes los más jóvenes y los desconocedores generalizaron como música de cantina para animar sus tomaderas fingiendo malquerencias y rencores que duran menos que el guayabo, cuando en realidad es la banda sonora de los

sentimientos potentes, los que fundamentan la vida y justifican la muerte—, otras veces, cuando estaban más animados o prendidos, cantaban en dúo esas canciones maravillosas de Benny Moré, de Los Tres Reyes, Miltinho y Alci Acosta con Julio Jaramillo, sin embargo, su alegría y amor por la música, que los mantenía tejidos en una misma tela en la que los hilos eran las canciones y su afecto las puntadas, por más admirables, no se traducían en la clientela, que disminuía aceleradamente, a lo sumo un par de nostálgicos que se sentaban dos o tres horas a consumirse media de guaro cuando tenían plata, aunque por lo regular eran un par de tintos que alargaban durante medio día para disfrutar de la compañía humana y musical que el sitio brindaba, porque sabido es de todos que la nostalgia es gemela de la pobreza y eso es lo que en este barrio abunda: pobres y apenados, porque el rico, en vez de extrañar, renueva, dejando para el pobre la añoranza de las cosas que perdió y que al no poderlas sustituir por otras nuevas se empecina en defenderlas como inestimablemente valiosas, volviéndose un extrañador dobletiado porque añora lo que tuvo y lo que nunca tendrá, y ahí se les iba la vida vendiendo tintos y consumiéndose, de a poco pero inexorablemente. El surtido lo renovaban a medias gracias a la venta de helados, que era el único producto que mantenía vigencia y demanda por ser los expendedores exclusivos del mismo en el barrio, consumido por colegiales y muchachitos desinteresados de la música y el ambiente cantinero, que entraban, compraban y salían ajenos al sitio. Ante la inminente quiebra muchos amigos y algunos pelaos de los más jóvenes les decían que cambiaran de música, que pusieran salsa, que era lo que estaba de moda, e incluso los más insólitos y excéntricos hablaban de rock,

que era extraño hasta para los contemporáneos, pero ellos eran gente de otra época y con gustos que valían más que la plata y entre sonrisas respondían a los consejeros que imposible, que una cantina sin la música que les gustaba era como trabajar en una fábrica con un patrón déspota y que si para algo había servido tener el negocio todo este tiempo era justamente para no tener nunca un jefe de ese tipo, de manera que se empecinaron en quererse y querer su música y su vida como la sabían llevar y disfrutar. Las mermas incrementaron con prisa, pero, como además eran gente sola y de seguro supieron ahorrar en las épocas de bonanza, pronto abandonaron la idea de restaurar el negocio y se dedicaron a liquidarlo a su manera, liquidándose ellos mismos por ahí derecho. Pero eran otros tiempos y como además sus necesidades eran pocas, solo trago y música, y ambos los tenían en su heladería, con o sin gente, se dedicaron a quererse y emborracharse suave y con sus canciones y supieron tasar los pocos pesos que les quedaban para que les alcanzaran para el resto de sus días, pero vea cómo es la vida: paradójicamente, fue la época en que más amigas nos hicimos Consuelo y yo porque fue el tiempo en que a falta de clientes para atender empezó a cultivar amistades, nos juntábamos por la tarde a tomarnos un tinto, como te había dicho, y conversábamos de todo mientras el viejo dormía una siesta que se alargaba hasta las 5:30 o 6:00, cuando cada una volvía a lo suyo: fue en una de esas tardes cuando la escuché silbar por primera vez y vi la tristeza honda en el gesto al hacerlo y supe sus razones; me extrañó la mueca con que afrontaba el silbo, porque distorsionaba su faz de ordinario, lo que no era lo raro, porque a todos la acción de silbar nos obliga a circunvalar los labios y contraerlos

desfigurándonos el rostro, sino que yo nunca la había visto ni escuchado chiflar, muchas veces y casi a todas horas del día la había oído cantar pero nunca silbar, lo que le hice notar y ella, poniendo cara de abatimiento como si retornara a una congoja profunda y olvidada, me dijo Ay, mija, es que el silbido lo guardo solo para las tristezas porque su sonido me trae memorias muy amargas y, como si hubiera estado esperando ese momento de nuestra amistad para desatar el dique de infidencias, se soltó a contarme su historia: Yo tendría unos once años cuando escuché por primera vez a mi papá silbar y ese silbido fue el origen de la tristeza más grande de mi vida: ese día, mi mamá me mandó a llevarle el fiambre a la huerta que estaba trabajando detrás de nuestra casa y a medida que me acercaba al sitio me llegaba una melodía suave y hermosa que se agrandaba en nitidez con cada paso mío y que me atraía poderosamente; queriendo encontrar el origen del sonido me apresuré y vi la silueta de mi padre de espaldas, erguido, con la cabeza ligeramente levantada al cielo; en cuanto sintió mis pasos y me observó, interrumpió el silbo y vi en sus ojos algo que no le había visto nunca, un abismo hacia adentro y su cara se congestionó en un gesto de sorpresa que lo blanqueó, yo me detuve sin saber qué hacer cuando vi que de debajo de él se levantaba su ayudante, que había estado arrodillado y por lo tanto no lo había percibido, con un gesto de sorpresa similar al de mi padre; los noté apurados y como atarugados sin saber qué decir ni cómo moverse, y el ayudante, al que le decían Mancho, le dijo mientras mi padre se acomodaba la bragueta Bueno, don Eleazar, yo cojo tajo de aquí para abajo mientras usted atiende a su hija, y mi papá en silencio y moviéndose en su sitio como si tuviera un calambre le hizo un gesto

de aprobación con la mano y se vino hacia mí y me preguntó qué había visto; le contesté que nada y lo noté distinto a como era de costumbre, que siempre estaba sonriendo y para todo lo mío tenía dulzura, en cambio, estaba tenso y agrio cuando me recibió el fiambre y apenas me dijo Váyase para la casa, que yo llevo la coca por la tarde, y me miró seco, yo me devolví sin modular palabra y reprimiendo las ganas inmensas de llorar. Cuando llegué a mi casa no me pude aguantar más y me solté como un bajante después de un aguacero, y mi madre, que era una mujer áspera, al verme anegada en llanto me preguntó el motivo y yo le conté lo que había sucedido y ella montó en cólera y claro que ella vivía colérica con nosotros, por lo que yo sentía o al menos sospechaba que no nos quería ni a mi papá ni a mí en esa época en que las cosas apenas se figuran porque no se pueden conversar, porque siempre estaba brava y, a pesar de que yo era una niña y muchas cosas no las comprendía a cabalidad, se me hacía muy extraño que ella no durmiera en la misma cama con mi papá, como veía que hacían todas las señoras del pueblo, y más raro aún me parecía que nos tratara con tanta sequedad, como si fuéramos extraños y no su familia; para servirnos la comida nos llamaba por el nombre, nunca con cariños ni con formas suaves como escuchaba en las otras casas y nunca comía con nosotros, la rabia de ese día sí fue distinta; apenas terminé mi relato, sin mirarme siquiera, se desamarró el delantal y con la furia en los ojos se dirigió a la huerta y yo, viendo su reacción que amainó mi tristeza por la actitud de mi padre, me le fui a la zaga y pude ver y escuchar lo que le dijo a él en cuanto lo vio: Maldito sinvergüenza, desviado hijueputa, cómo se te ocurre andar haciendo tus porquerías a la luz del día y donde todo el

mundo te ve, si hasta tu hija vio las cochinadas tuyas y ahí está que no puede de la vergüenza llorando y traumatizada, cuando escuché la última parte me dieron ganas de decirles que yo no tenía vergüenza sino tristeza y que estaba llorando por la sequedad de mi padre y que no iba a llorar más, pero me dio miedo que mi madre se diera cuenta de que la había seguido, así que me mantuve quieta, escondida entre las hojas de plátano, y pude ver cómo mi padre agachó la cabeza e intentó componer una frase que mi madre cortó con otra seguidilla de insultos e imprecaciones que mantuvieron a mi padre achicopalado y con la cabeza gacha, llorando en silencio, y a mí me dieron muchas más ganas de llorar y empecé a hacerlo pasitico para acompañarlo, porque me partía el corazón verlo empequeñeciéndose con su llanto ante la enormidad de la rabia y las injurias de mi mamá, que lo acabaron de menguar cuando le dijo antes de irse Marica, no llorés como mujer tu falta de hombría y mejor lárgate con tu mozo y déjanos tranquilas, maricón, desviado hijueputa, y se devolvió para la casa, ya no quise seguirla, en vez de eso me acuclillé sin perder de vista a mi padre, que en cuanto mi mamá se fue sacó un cigarrillo y se puso a llorar en silencio mientras se lo fumaba despacio, y al terminar volvió a trabajar como si nada hubiera pasado y de nuevo empezó a silbar, pero esta vez su melodía era de una tristeza y una profundidad que nunca más en mi vida volví a escuchar; después de un rato que se me figura en el recuerdo largo y apenado me fui para mi casa alargando los pasos porque no quería enfrentar la furia de mamá, sin imaginar que nunca en la vida la iba a volver a sufrir y que paradójicamente sería una de las cosas de ella que más iba a extrañar, porque al llegar, en medio de un aturdidor silencio, encontré a la mujer que me había

parido desgonzada en la cama, enmarcada por un charco de sangre después de cortarse las venas con el cuchillo con que trajinaba en la cocina; me paralicé el segundo en que me atropelló su muerte porque se me hizo una realidad, nunca antes había visto un muerto y por un momento sentí que no era ella, que quien goteaba sangre en frente mío no era mi madre, sino alguien o algo que no estaba en mi esfera cercana ni en mi capacidad de comprensión, hasta que poco a poco fui recuperando la movilidad del cuerpo y la conciencia de la mente y entendí que eso que estaba ahí tirado era mi madre y que a la vez ella ya no estaba ahí y luego, sin saber cómo ni por qué, como si siempre hubiera estado agazapado adentro, desde el centro del pecho me brotó un silbido, nítido, fino, potente, sabido desde antes porque yo nunca había aprendido a silbar, pero era como un silbido que se silbaba solo, como si su muerte hubiera activado un mecanismo secreto que yo tenía paralizado y que no conocía pero que lograba calmarme y de pronto todo fue arrullo y paz y la melodía que salía de mí me serenaba y mi madre en su muerte se me hacía más mía que en su vida, como si nos acopláramos con el silbido, ella desde la muerte y yo desde la vida y por un momento fuimos una madre y su hija fundidas y confundidas como no pudimos serlo antes, y así estuvimos, yo silbando y ella oyendo extinta, hasta que llegó mi padre y toda mi vida se fue al traste. El pobre hombre contempló la escena y enloqueció de dolor: gritaba, sollozaba y le pedía disculpas al cadáver, hasta que su escándalo atrajo a los vecinos que entraron en tropel y mientras unos intentaban calmarlo otros me sacaron de la alcoba donde permanecía silbándole a mi madre y me condujeron a la casa de una vecina en la que no recuerdo muy bien qué pasó, solo sé que al

siguiente día me llevaron al cementerio vestida de colegiala y en medio del barullo nadie se dio cuenta de que yo no hablaba; seguramente creyeron que mi mudez respondía a la tristeza o que guardaba el respetuoso silencio que se le tiene a la muerte y ni yo misma había notado mi ausencia de habla porque solo era capaz de silbar y nadie me había hablado, se limitaban a mirarme con compasión como se mira a un animalito indefenso que ha sido herido y todos se compadecen de él pero nadie se atreve a llevárselo para la casa, hasta que pasado el entierro, al que mi padre no asistió porque había desaparecido —cuando sacaron a mi madre de la casa, se fue detrás del coche fúnebre y, al no alcanzarlo, se internó en el bosque y no volvió a salir y por más que lo buscaron y gritaron su nombre no lograron hallarlo—, una tía, hermana de él, con quien después terminaría viviendo, me llevó a la casa y me sirvió una sopa de arroz, que era el plato que más odiaba y odio en el mundo, cuando intenté retrucar lo único que salió de mi boca fue un silbido; me sorprendí y lo intenté de nuevo consiguiendo igual resultado y supe que, al igual que mis padres, las palabras me habían abandonado. Mi tía se dio cuenta y quiso ayudarme, pero por más que trataba yo solo podía silbar, aunque me llevó a vivir con ella y mis primos, pronto se olvidaron de mí porque creían que estaba loca como mi padre y me trataban como a una, confinándome a una pieza inmunda en un rincón del solar de su casa en donde convivía con toda clase de bichos y con el rebujo de la casa como única compañía, porque ninguno de esa familia volvió a hablarme y me llamaban la muda o la loca; cuando se hacía inevitable nuestro encuentro para entregarme un bocado de comida o para pedirme algo lo hacían con gestos mínimos de la cabeza o las manos y yo

respondía de igual manera, así, el silencio se hizo mi mundo en ese confín, hasta que descubrí la música gracias al radio de un vecino que, cuando sonaban sus canciones favoritas en la emisora que mantenía encendida a toda hora, subía el volumen de su aparato y las melodías escalaban las paredes de su casa y llegaban nítidas hasta mis oídos salvándome del silencio; las canciones fueron un bálsamo y la música una hermosa compañía que hablaba conmigo: a veces me contaba cosas y otras decía lo que yo no podía, y a la que conseguía responderle silbando. Ahí escuché a Alfredo Sadel, a Olga Guillot, a Agustín Lara, a Los Tres Reyes y al más grande de todos Felipe Pirela, gracias a la música no volví a sentirme sola, porque la soledad es la ausencia de respuesta, la falta de conversación, por eso hay tanta gente sola aunque viva acompañada. Yo desde ese momento no volví a sentirme solitaria o, bueno, no de la misma manera, era algo así como una soledad custodiada por voces de otras personas de otras épocas y otras vidas que me hablaban a mí, de mis cosas o que interpretaban por mí lo que yo solo podía silbar; por eso me encantan los boleros y algunos tangos, porque mantienen hablando lo que yo sentía y siento, además, gracias a sus letras fui encontrando de nuevo el habla, escudriñándome adentro su decir que la tristeza me había robado y poco a poco fui recomponiendo palabras olvidadas que significaban cosas nuevas en las canciones, distintas a los millones de sinónimos de la palabra abandono en que se había trasformado mi léxico antiguo, así viví mucho tiempo hablándome quedito y de a poquito a mí misma, repitiéndome torpemente las palabras de las canciones hasta que me las aprendía de nuevo y cicateándome la conversa con los de la casa, que me seguían tratando escasamente, y no quería que mi

hablar truncado fuera otro nuevo motivo de burla o de desprecio, durante esa época me aprendí todas las canciones del mundo, yo creo, pero no se las cantaba a nadie, ni siquiera las decía en voz alta para que no se me fuera a espantar el habla, hasta que pasados seis años de formas calladas y mucho desprecio, de vivir agazapada adentro y afuera de mí, conocí a Marcos y mi vida por fin encontró algo a lo que aferrarse, distinto al silencio e igual de hermoso a la música. En ese tiempo él estaba trabajando de mensajero en el almacén de un familiar y fue a la casa a entregar unas telas que mi tía había pedido a domicilio y ahí nos vimos, mientras él esperaba la plata del encargo yo lo escuché cantando el bolero «Nosotros», que yo había escuchado en la radio por Sarita Montiel —después de que nos casamos, Marcos me contó que lo compuso Pedro Junco Jr. para su novia prohibida cuando él tenía veintidós años y padecía tuberculosis y esa fue su manera de despedirse y se convirtió en nuestro himno, así no nos salga porque nosotros sí pudimos querernos y hemos sido muy felices y yo no puedo escucharlo en ninguna de sus versiones sin ponerme a llorar como una niña chiquita, por eso casi no lo pone, porque no le gusta verme llorar, aunque él no sabe que ese bolero me produce llanto pero de alegría porque me acuerda de la vida que él me dio—; ese día no fue sino escucharlo para caer rendida aun sin verlo, pero cuando lo vi, eso sí fue mucha la traga, como dicen los muchachos hoy, eh ave maría, qué hombre, qué apostura, qué galanura, un tipo serio con una mirada limpia y una cara hermosa, enmarcada por un bigote fino y bien afeitado, y una voz claritica y entonada; yo me derretí al verlo, me temblaban las piernas, me sudaban las manos y se me chupó el estómago, al punto que creí que me iba a desmayar, y a él le pasó lo

mismo, como me contó al poco tiempo, porque ahí mismo interrumpió el canto y se quedó pasmado mirándome y no me despegó los ojos ni siquiera para recibir la plata del mandado; tan atarantados quedamos que yo ese día no quise hacer nada y por la noche no pude dormir pensando en él y al otro día temprano él fue hasta la casa a pedir permiso dizque para visitarme y mi tía le dijo que cómo se le ocurría, que yo era especial, que era la manera disimulada que tenían en esa época de llamar a las bobas como ellos me creían a mí, y Marcos, que siempre ha podido ver más allá y pensando que él me quitaba la bobada, como en efecto sucedió, le contestó que no importaba mi condición siempre y cuando me pudiera ver. Mi tía, algo reacia al principio porque creía que era algún aprovechado o un lunático, fue cediendo de a poco por lo encarnizado del pedido y porque en el fondo vio la oportunidad de deshacerse de mí, entonces después de un rato de ruego le concedió el permiso y apenas nos vimos sentimos que nos habíamos completado y sin importarle lo que mis familiares le habían dicho de mi mudez me habló claro y fuerte: ¿Cómo estás? Y yo dejé salir unas palabras desentumidas después de seis años de ahogos, nuevecitas, brillosas, para contestar estrenando lenguaje Bien, ¿y usted?, a lo que mi tía y mis primos, que nunca me habían escuchado hablar, se vinieron corriendo a la puerta donde le atendí la visita, para comprobar con sus oídos que era yo la portadora de esa voz; me miraban entre incrédulos y fascinados mientras yo componía la siguiente frase: No crea que estoy loca o muda, solo que no tenía con quién hablar ni de qué, él se sonrió con esa risa llena y hermosa que tiene y me contestó Pues ya encontró con quién y de qué hablar, y sonreído se sentó a mi lado dándoles la espalda a mis

parientes que respiraban rabia detrás de nosotros hasta que se cansaron de chuzarnos las espaldas con los ojos y se retiraron. Ese día hablamos mucho rato y de muchas cosas, como si nos conociéramos de toda la vida y nos hubiéramos dejado de ver la noche anterior, hasta que mi tía me gritó con furia y sarcasmo desde la cocina Ataje esa lengua que no sabe sino hablar con desconocidos y éntrese a ver, que ya está muy tarde; nos despedimos sintiéndonos novios y sabiendo ambos que habíamos encontrado la mitad que nos faltaba. Nuestro noviazgo fue rápido y bonito; nos casamos cuatro meses después en la iglesia de San Judas y al otro día nos vinimos acá para alejarnos de nuestras familias, alquilamos una casa que estaba barata y a la semana montamos el negocio cuando entendimos que ambos queríamos vivir escuchando música e historias de la gente, que son la misma vaina, y que podíamos vivir de eso teniendo una heladería. Al principio fue bueno; estábamos contentos y todo salía bien hasta que pasó lo de los hijos y tuvimos un breve bache que, gracias a él y su cariño, no duró mucho y retomamos nuestra felicidad, que sigue intacta hasta el día de hoy, entonces, se calló de golpe mirando hacia la nada y yo no supe qué decirle después de escuchar todo su relato, además, ya se estaba haciendo tarde y ustedes debían estar hambreados, de manera que me levanté y le dije Ay, mija, qué historia la tuya, aprestándome a partir. Ella me miró desde abajo y por despedida me dio una sonrisa tenue y bonita, y mientras caminaba a la casa sentí su silbido de nuevo pero esta vez melancólico y sutil. A los quince días exactos de nuestra charla, una mañana después de una noche de tragos gordos con su marido en que ambos se emborracharon con holgura, cosa que se hacía más frecuente con el tiempo, se despertó abotagada

por los remanentes de alcohol en su cuerpo y con la cabeza a punto de explotar fue en busca de una pastilla a la cocina sin percatarse de la rigidez mortal de su esposo, solo pudo notarla cuando al devolverse con una aspirina y un vaso de agua, idénticos a los que acababa de tomar, pensando que Marcos estaría igual de enguayabado que ella, se encontró con el cuerpo tieso del hombre que más había querido en su vida y que había dejado de existir en medio de la noche y la borrachera sin despedirse ni avisar; dejó en el nochero el vaso y masticó con rabia la pastilla que era para él antes de soltar unos lagrimones gruesos que rodaron como rocas cuesta abajo de su rostro, después se acostó a su lado y lo abrazó contagiándose del frío de su muerte y tiritando su tristeza se arropó con la mano que tenía libre y empezó a silbarle melodías tiernas y boleros conocidos al oído, hasta que la luz del día comenzó a menguar, entonces detuvo el silbo, le dio un beso en la frente pétrea y se levantó, vino a la casa y no fue sino abrirle para saber que esa mujer cargaba la desgracia encima, me indicó con la mirada que la siguiera y yo obedecí, entré a su casa y vi a su difunto esposo tendido en la cama. En un dos por tres arreglamos con los vecinos el velorio, al otro día lo cantamos en San Isidro y lo enterramos en el San Pedro». En ese momento en que mi madre terminó su relato recordé ese entierro al que mi mamá me llevó y vi cómo doña Consuelo permaneció en silencio durante los actos fúnebres, cobijada por la tristeza más grande que le haya visto cargar a ningún ser humano; apenas movía exiguamente la cara para contestar el pésame de la gente, que se alejaba intimidada por el peso de su dolor colosal, repelida por tanto abatimiento como si contagiara, creando a su lado un aura de soledad que la blindaba y la alejaba,

así estuviera rodeada de personas. Así la vi arribar al cementerio y despedir a su marido en absoluto silencio y cerrada de gesto, con el semblante sáxeo que imitaba sin proponérselo a la máscara sin vida del rictus final de su esposo; a duras penas se movía con parsimonia, pero era como si el cuerpo fuera un ente autónomo que reproducía acciones aprendidas de memoria durante una vida de repetirlas pero disociado de la mente o del alma, un continente sin contenido, huero como una polichinela colgada en la pared durante un temblor de tierra. La gente obvió su mudez mientras transcurrió la ceremonia, pero, cuando arribamos a su casa y por respuesta a nuestra despedida nos dio un silbido, mi mamá y los vecinos se miraron desconcertados sin saber qué decir. Abotagados por el cansancio y el desvelo de la muerte como estábamos, olvidamos el incidente y cada uno cogió para su casa levantando la mano como gesto de partida. Le mencioné a mi madre que yo me acordaba del entierro y ella me dijo: «Yo después de la despedida de ese día no pude olvidar su silbido y recordando su historia supe que a esa pobre mujer la tristeza y la muerte le habían secuestrado de nuevo las palabras y sentí tanta pena que solo pude llorar bajito y no dormí nada pensando en ella y su esposo, tampoco pude hablar en toda la noche, como si su silencio se me hubiera pegado, pero es que hay momentos en la vida que son tan pero tan tristes que las palabras estorban; no hay manera de convocarlas para expresar el sentimiento que se apodera de uno y al tratar de nombrarlo solo consigue mayor confusión, y eso lo terminé de entender cuando perdimos a Alquívar. Al otro día temprano fui hasta su casa para ver cómo había amanecido y para acompañarla un rato, cuando una vecina madrugadora me dijo que se había metido a la heladería

desde la madrugada y que allá estaba encerrada, entonces fui hasta el negocio y le toqué la puerta; adentro solo se escuchaba una música lejana acompañada de su silbido, además del trajinar de trastes y el tintinear de botellas y copas que denotaba que adentro alguien bebía y silbaba, por lo que ni yo ni nadie quisimos insistir, respetando la soledad del triste que necesita aislarse para desplegar a fondo su tristeza y que todos sentíamos era lo que estaba atravesando Consuelo en ese momento de extenso dolor, tampoco se nos hizo raro que no abriera el negocio ni ese día ni el siguiente ni el de más allá, aunque yo todos los días pasaba por la cantina con la oreja pegada a la puerta buscando los sonidos que confirmaran que seguía viva y enfarrada, hasta que después del cuarto día cuando paré oídos en la entrada y solo escuché un silbido sutil a lo lejos y el siseo agónico de la aguja sobre el tocadiscos después de que se acaba el *long play* y persiste mecánicamente, me preocupé, aunque creí que se había quedado dormida ebria después de casi cinco días de sufrimiento solitario y bebeta, pero cuando al siguiente día cesó el sonido del tocadiscos y se difuminó aún más el silbido lejano pensé que algo había pasado y corrí a la casa por tu papá, que a su vez llamó a Wence, y entre ambos abrieron la puerta de un porrazo. Nunca voy a olvidar el olor: una mezcla de tufo de borracho con tabaco trasnochado y loción de hombre, a eso huele la tristeza; la vimos sentada de espaldas a la puerta, frente a la barra como si fuera una clienta, con la cabeza apoyada entre sus brazos, a su lado una botella de ron a medio camino y un frasco de loción vacío, y como no se inmutó con el estruendo de la puerta pensé que estaba fundida de la rasca, pero al acercárnosle el olor aumentó, anunciándonos que a eso no olía la tristeza sino la muerte; estaba

rígida y sólida, compacta como una pena, con un vaso en la mano que hedía igual que ella a licor perfumado. Intentamos moverla pero su rigidez era inobjetable como su muerte, salimos entristecidos y cobijados por un silencio abrumador en medio del cual resaltaba por contraste un pitido sutil que supe identificar como el silbido desoladísimo de Consuelo y del que nadie lograba descifrar su origen. A ella la sepultamos al otro día al lado de su esposo y como no tenían familia nosotros fungimos de parientes y decretamos una ceremonia sin mucha algarabía y un entierro simple y de afán, porque la verdad, mijo, le habíamos cogido miedo, y nadie quería recordar su vida y mucho menos su muerte, sin embargo, después del entierro todos nos mirábamos con deuda en los ojos y curiosidad en los oídos por el silbo impenitente que nos apuraba por aclaración, hasta que tu papá y otros señores de la cuadra volvieron a ingresar a la cantina atraídos por el silbido y rebujaron de arriba abajo buscando la procedencia del sonido que todos escuchábamos claritico, como el lamento del que se va, pero por más que buscaron no lograron hallarlo, hasta que desengañados y abatidos decidieron dar por sentado que la resonancia no existía o que era fruto de la imaginación colectiva. Así tratamos de explicar siempre lo que se sale de la lógica, negándolo, aunque la evidencia nos contradiga, entonces anulamos la evidencia cancelándola, denigrando al que la señale y aceptando agrupadamente una ficción que encubra la verdad incriminatoria; por eso todos sostenemos que en la esquina de la cantina espantan y nos negamos a pasar por ahí, por miedo a que la razón contradiga el mito cuando escuchemos el silbido que pervive en ese sitio, remontando los años que han pasado desde la extinción de ese par y demostrando con su enfático sonido que el

amor es más potente que la muerte y que la música es capaz de trascender el tiempo y el espacio para servir de testimonio de los afectos que salvan, así mate de espanto a los incapaces de sentir. A esta mujer la muerte no pudo arrancarle la música como sí se la arrancó a la que me contaste, y espere le cuento la de otro hombre sin cabeza», Bueno, má, dale, dije yo.

El cura sin cabeza

> «Amor, que el corazón gentil tan presto domina, hizo que este se prendase de la hermosa figura que he perdido; como fue todo aquello aún me duele».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto v, v. 108-111
>
> «¿De qué modo y en qué el amor se impuso?
> ¿Cómo se os reveló el turbio deseo?».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto v, v. 129

Este barrio, como todos los barrios populares de la ciudad, ha vivido una doble realidad espiritual que se contradice en teoría, aunque se armoniza operativamente; por un lado, somos supersticiosos a ultranza, crédulos de teúrgias, cábalas y sortilegios de todo tipo y por eso han prosperado y conseguido renombre personajes claroscuros como el Duende y la Patasola, y por otro lado somos fervorosos creyentes de la religión católica, rezanderos, pacatos y temerosos de Dios; por lo tanto un cura se vuelve el personaje angular del desarrollo cotidiano de la comunidad. Por eso la historia que me contó mi mamá ese día empieza con una pregunta sobre quien ostentaba ese cargo en el barrio: «¿Vos te acordás del curita José Luis? Ese que era dulce como su nombre, y que llegó a dirigir la parroquia de San Isidro en una época en que el barrio estaba tranquilo, pero con esa tranquilidad inquieta como de viento frío que

precede a la tempestad porque, si bien hacía rato mataban gente, no habíamos llegado a las matanzas que se desataron después; en el ambiente cundía el peligro, los muchachos habían empezado con los vicios duros, a pasar demasiado tiempo en la esquina y todos sabemos, mijo, que el desocupe atrae malos pensamientos y en un sitio tan arisco como este eso no tiene otro destino que la perdición del desocupado y con ellos la de todo el barrio. El curita, como nos enseñamos a decirle por su carita de bondad, estaba recién desempacado del seminario, con los bríos y el entusiasmo propios de la edad, llegó a la parroquia ante la muerte de su antecesor, un cura viejo y áspero que se había muerto en su cama abrazado a una camándula cargante como él, quien había liderado la cacería de la barbacoa del muerto de tu papá y Wence y que, aparte de dar misa con desgano y sermones pesados, no hizo nada por la comunidad ni el barrio, en cambio, este José Luis traía, además de su energía, un montón de lecturas encima; llegó hablando de ayudar a los pobres con acciones además de la oración, de que los olvidados y los marginales éramos poderosos si nos uníamos y de que el Estado era negligente por nuestra dejadez funcional, que teníamos que aprender a votar y un montón de cosas que después supimos hacían parte de esa vaina llamada teología de la liberación. El sermón caló entre la gente que nunca había escuchado a alguien prestante reconocer el valor de las personas solo por serlo, pero más pegaron sus acciones, que aumentaron en valía sus palabras bonitas y portentosas: en cuanto llegó organizó bingos y loterías con las vecinas para recaudar fondos que destinó a la compra de mercados, que repartía cada ocho días entre la gente más pobre del vecindario, a quienes pedía en contraprestación que regalaran su tiempo de los

fines de semana para hacer bazares en los que se vendían empanadas, vino de maracuyá, hojuelas, churros y rollos que él mismo ayudaba a preparar y con esto recolectar más plata para obras de mayor envergadura en el barrio, como techar una casa que se estuviera cayendo, arreglar los mataculines y columpios de un parquecito olvidado contiguo a la parroquia y cosas por el estilo; también aprovechó su recién adquirida influencia y autoridad para enderezar torcidos, encarrilar descarriados y enfilar disidentes repartiendo sacramentos a diestra y siniestra; realizaba bautizos los domingos, montó grupos de catequesis para preparar a los niños y niñas para la primera comunión y la confirmación, impulsó matrimonios indecisos, oficializó juntanzas añejas, ungió santos óleos a los moribundos y, como además era respetuoso y amable con quienes no profesaban su fe y nunca se le escuchó una mala palabra para descalificar a nadie por su credo o su descreimiento, pronto se convirtió en un engranaje vigoroso que dinamizaba el barrio: la gente le creía y lo quería, por eso, ante cualquier suceso de relevancia que ocurriera era el primero en ser consultado y su consejo era tenido en cuenta u obedecido de inmediato. Fue la época en que Leticia arreció en su desprecio por el marido y los hijos que devino en su locura feraz y el pobre Genaro, en su desorientación y desespero, viendo que su familia se enfilaba sin freno al desbarrancadero que terminó tragándoselos, lo visitó en busca de ayuda para su esposa; el curita lo escuchó atento y le prometió visitar su casa, a la que llegó con la Biblia bajo el brazo y ataviado con la vestimenta oficial que solo utilizaba para dar misa, porque cuando se involucraba en los asuntos cotidianos de la comunidad lo hacía de civil, confundiéndose entre la gente porque

decía que fuera del altar era una persona común y corriente; sin embargo, la locura de Leticia y la maldad del Guasca le parecían casos dignos de intervención, por lo que consideró la visita un compromiso profesional, por eso acudió apertrechado también con agua bendita, camándula y un arsenal de rezos que no habíamos escuchado nunca; a todos nos pareció extraño verlo llegar a la casa de Genaro en esas condiciones y acudimos en tropel para presenciar el encuentro entre la loca y su posible sanador, sin embargo, lo que atrajo la atención del cura apenas traspasada la entrada fue la presencia de las dos bobitas que deambulaban por la casa mirando todo con asombro nuevo en cada visión repasada; observaban cada cosa como si la estuvieran inventando y de esa manera también miraron a José Luis, que se fijó en ellas con ojos idénticos a los que lo contemplaban, con la curiosidad del conquistador que ha arrasado aldeas y tomado tesoros gracias a su valentía pero a quien la tierra virgen precave y teme; les preguntó sus nombres sin obtener respuesta y sin lograr quebrar el puente de miradas que ninguna de las partes se atrevía a cruzar y tuvo que intervenir Genaro para anunciar que se llamaban Dita y Socorro y que no hablaban mucho, que eran niñas especiales; luego se corrigió cuando el cura puso atención en la menor y le dijo que su nombre realmente era Bernarda, pero que por Bernardita le decían Dita. El cura llamándola por su apelativo la auscultó con curia y la niña hizo lo mismo, parecían jugando al espejo, tocándose con los ojos sin pronunciar palabra; la escena empezaba a ser incómoda cuando por suerte apareció Leticia, que venía de la calle, y la atención de todos viró en su dirección; la mamá, que ya empezaba a revelar la locura en sus gestos y sus modos, miró con rabia al cura y le preguntó qué estaba

haciendo en su casa y vestido así, entonces el párroco le contestó que había venido a visitarla a ella y Leticia alzando la voz le dijo A mí no me venga a visitar, que yo hace mucho tiempo dejé de creer en su Dios y en ustedes y no tengo tiempo de atender sus inguandias, de manera que le pido por favor que se retire y nos deje en paz a mí y a mi familia, y volteando hacia donde estábamos todos los chismosos, nos gritó con los ojos desorbitados y rojos de ira Y ustedes cojan oficio y dejen de estar metiéndose en lo que no les importa, parranda de metiches y habladores. Genaro, viendo la reacción de su mujer, intervino tratando de apaciguarla; procuró abrazarla pero esta lo rechazó y corrió a encerrarse en la alcoba azotando la puerta con rabia y nos dejó a todos en suspenso, especialmente al curita, que no sabía dónde meterse; el esposo le ofreció disculpas y le dijo que cuando ella se ponía así era mejor dejarla tranquila porque lo que seguía era una ristra de insultos, que mejor intentaran otro día, mientras tanto nosotros, que habíamos hecho caso omiso a las palabras de Leticia y permanecíamos en el sitio apenas respirando bajito para enterarnos bien del desenlace, escuchamos que el curita le dijo Hombre, Genaro, comprendo pero déjeme hacer unos rezos y asperjarle la casa con agua bendita para sacarle las malas energías y ayudar de alguna manera a que el mal se vaya o cuando menos que sepa que yo estuve por aquí, Genaro hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el sacerdote comenzó su labor, que seguimos punto por punto, en silencio, pero sin perder detalle, al cabo de media hora, en que hisopó los enseres y a los habitantes de la casa con el líquido bendecido, repitiendo en voz baja oraciones que no habíamos escuchado ni en misa ni nunca antes en ninguna parte, se aprestó a salir, pero antes se detuvo en

la puerta para echarle una bendición a la vivienda y, contemplando a las bobitas con una mirada rara de encanto que dejaba entrever muy al fondo un regusto de fruición para el que supiera ver pero que en ese momento todos entendimos como condescendencia por su estado, le dijo a su padre Si me permite voy a seguir visitándolo a usted y a las niñas, que creo necesitan mucho la ayuda de Dios, Genaro más atribulado que al principio y chorreando goteras de agua bendita por el rostro —que algunos despistados confundieron con lágrimas— le dijo casi suplicando Por supuesto, padre, si esta es y siempre será su casa y cualquier ayuda es más que bienvenida, Dios lo bendiga y lo guarde, padrecito, a lo que el otro respondió ceremonioso, investido de su vocación y tirando al aire una nueva bendición, Lo mismo para ti y los tuyos, buen hombre. Las cosas en la cuadra y el barrio siguieron su curso anodino de siempre y en poco tiempo se nos volvió costumbre ver aparecer al curita por la casa de Leticia, siempre de gala y solemne como si fuera a un servicio, lo que contradecía su estado de ánimo y vestimenta de andar por la calle; entraba y permanecía encerrado en esa casa alrededor de una hora y volvía a su parroquia y a su traje de ordinario para ayudar a quien lo necesitara; acarreaba bultos de mercado de donaciones de los tenderos, organizaba torneos de fútbol y boxeo para recaudar fondos y levantaba casas de la nada para los pobres, consiguiendo simpatías varias y nueva feligresía para su iglesia. Una noche, el Monito vino a la casa ya tardecito a decirme que no sabía qué hacer porque su hermanita estaba chorreando sangre por la entrepierna y sus papás no estaban, yo lo tranquilicé y fui con él hasta su casa para encontrarme con que el curita ya estaba allá, enterado del asunto sin que nadie se lo contara

y apersonado de la situación, hablándole suavidades a Dita y sobándole las piernas con un trapo mojado para corregir las manchas de sangre que las cubrían, tal como haría un enamorado con su novia primeriza; el espectáculo era sórdido por el color de la sangre que embermejaba el ambiente y por la situación en sí, un hombre joven sobando a una adolescente en la entrepierna cubierta de sangre, se me antojó grotesco y repulsivo, sin embargo, el curita se encargó de cortar mi extrañeza y romper el silencio que arropaba la escena, ordenándome con total naturalidad, después de saludarme, que trajera una trapeadora para limpiar el piso y pusiera agua a calentar para bañar a la niña. Yo me sacudí con la orden y obedecí sin chistar; limpié y trasegué con el desastre dejado por la intempestiva menarquia de la niña, pero muy adentro de mí había una voz insistente que me indicaba que algo no estaba bien, no obstante terminé de limpiar y ayudé al curita a desvestir a la niña. Cuando solo quedaba ataviada con la ropa interior manchada pensé que el cura se retiraría como habría hecho cualquier hombre decente, pero en vez de eso se quedó alelado contemplándola con ese halo nefando al fondo de los ojos, idéntico al que creí percibirle el día en que la conoció, hasta que se encontró con mis ojos como cuchillas y cambió el gesto en un segundo, embermejándose él mismo con el rubor propio de los apasionados retraídos que son descubiertos espiando al objeto de su deseo; con ese solo gestó confirmó mis sospechas, que hasta a mí tan advertida en malicias y tan incrédula en beatos y bendecidos me daba miedo sentirlas, pero indudablemente ese hombre estaba enamorado. Como me vio aplomada de espanto y con la cara de asombro, dio media vuelta y salió de la pieza haciéndose el bobo, ordenándole al Mono que

trajera ropa limpia para la niña; cuando terminé de asearla y vestirla, salí dejándola encerrada y encontré al cura de siempre con su cara de santo y la labia congestionada, aconsejando con gagueos al Monito sobre los cuidados que debía tener con sus hermanas y, al percibirme, se despidió rapidito y se fue, pero yo ya le conocía su secreto y él supo que yo lo sabía, que lo había descubierto en flagrante pecado, pero yo no sabía cuál de las partes me parecía peor, si que él fuera un cura y se hubiera enamorado de casi una niña o que esa mujer fuera Dita, que no solo carecía de edad, sino sobre todo de criterio para responder a los embates de un intempestivo amor, y por eso durante un tiempo nuestro trato fue escaso y matrero y, como yo abrí más los ojos, a él le tocó aplicarse en ingenio para conseguir sus propósitos y ahora que te lo cuento tal vez esto precipitó su accionar, aunque paradójicamente prolongó el desenlace. Sabedores todos de la locura de esa familia, el curita inexperto en amores y astucias intentó utilizarla para su beneficio, pero se estrelló de frente con su profundidad». Interrumpí a mi madre para decirle que me había gustado mucho su frase y le dije Es lo que suele pasar con la locura, que es como el océano, visto a lo lejos cautiva, atrae y hasta divierte pero, si nos acercamos mucho a contemplarlo, nos absorbe su vértigo. Ella me dijo Pues lo que acabas de decir también me gusta a mí, y los dos nos sonreímos condescendientes, y ella me convidó diciendo Eso amerita un chocolatico con parva, entonces yo le dije Camine la acompaño a la cocina, pero yo prefiero un tintico, má, y me quedé pensando en el cura, pues nunca he entendido el porqué de sus prohibiciones; por qué un hombre no puede querer a Dios y a una mujer, como si este último se tratara de un ser celoso y mezquino, como los hombres

que preferimos el privilegio al afecto y solo consentimos el amor en exclusiva, aunque la realidad contradiga constantemente esta premisa y nos demuestre que el cariño es una franquicia con muchas sedes y por eso siempre he dudado de ese Dios y de sus seguidores y de sus leguleyos, que imponen reglamentos de rábulas y absurdos que más parece una legislación para amebas sin sentimientos que para humanos, pues nosotros somos múltiples y contradictorios, especialmente en los amores, en los que nada está dicho y, por eso, intentaba entender al curita, ya que nada detiene la fuerza de ciclón, no hay con qué apagar el fuego amoroso cuando nos enciende por dentro y nos va quemando hacia afuera; es como una fiebre intestina y brutal que solo se calma poseyendo al objeto amado, y se lo dije a mi mamá, a lo que ella contestó poniendo una olleta en el fogón «Pero ahí estaba el problema, mijo, en su caso ese objeto era Dita, una niña especial pero de verdad especial, que ni siquiera entendía el mundo que la rodeaba, mucho menos iba a comprender los entresijos del amor, y este, que es cruel como una disputa aun cuando es compartido, lo es mucho más cuando se da en una sola vía y más si esa vía es una calle sin salida, como era el caminito que personificaba esa niña, entonces por más cabeza que se pudiera meter al asunto no había explicación plausible; que un hombre —y el curita lo fue antes de entregarse a su vocación, lo era ahora y lo sería siempre— se enamorara de una mujer pues era un inconveniente que se podía tratar, pero que lo hiciera de una niña ya era un problema mayúsculo y que además esa niña fuera una deficiente mental desbordaba cualquier posibilidad», escuchando a mamá, yo me imaginaba los infiernos por los que debió atravesar ese hombre, los devaneos morales, cuán dúctil sería su ética, en qué

meandros anduvo buscando la flexibilización que hiciera aceptable su estrecha pasión, porque aparte de su malsano entusiasmo con Dita, y esto sí que lo recuerdo con nitidez, sus actos denunciaban nobleza y esta, al igual que la inteligencia, no se puede fingir por mucho tiempo. Y como si me leyera la mente, mi mamá continuó: «El cura era consecuente en sus actos con sus prédicas generosas y caritativas; era la suma de la contradicción y lo peor que puede ser alguien: una buena persona con un impulso secreto y maligno, entonces, llevada por mi desasosiego y sospechando lo inadecuada que debía resultarle la soledad a José Luis, como a cualquier persona que tenga un amor imposible y prohibido y el tiempo y las ganas suficientes para pensar en hacerlo posible y permitido, intenté acercármele: empecé a visitar la parroquia en horas muertas, pero el curita cada que me veía me esquivaba pretextando alguna ocupación urgente y yo le insistía, buscaba ayudarle en sus repartijas de mercados, recogiendo la limosna en misa y hasta me ofrecí para lavarle la ropa un día que la señora que le ayudaba tuvo que viajar pero él siempre declinaba mis favores y aunque era formal y su trato era suave conmigo, ambos nos sabíamos distanciados por el secreto que nos unía, y ambos éramos recelosos: yo intrigándolo y él rehuyéndome, le tiraba anzuelos que nunca picaba, le hablaba cosas sobre el amor que él contestaba de soslayo y con generalidades y así nos pasamos esos días como dos perdidos que se persiguen creyendo que el otro conoce el destino que ambos desconocen, yo intentando que se sincerara conmigo para poderle ayudar con sus cuitas, así solo fuera como depositaria de su pesadumbre y confidente de su secreto, pero nadie quiere ser espiado y mucho menos hurgado en su intimidad y menos si esta

encandila de oscura, por lo que él no se sentía seguro en mi presencia y nunca pudimos tener la charla que yo deseaba y él necesitaba, manteniendo las cosas en un sitio difuso y peligroso, bordeando el sumidero de incertidumbre y fatalidad por donde al menor estímulo podría precipitarse. Ay, mijo, pero las cosas cuando están para darse no hay cómo detenerlas y, en vez de tropiezos, el destino propicia planicies para que la desgracia obre: fue la época en que la bobita empezó a tener esos ataques de epilepsia tan fuertes que la dejaban agotada y tendida en la cama por horas y a veces por días; fue un periodo duro para esa familia, sobre todo para el Mono, que tuvo que lidiar prácticamente solo con todo porque también fue cuando Genaro peleó con el Guasca y huyó de la casa y el hermano arreció en su duelo con Patasola manteniéndose escondido a toda hora y la mamá, pues si antes los desatendía porque solo tenía ojos para el mayor, imagínese en ese momento que ese muchacho estaba en peligro constante, librando una guerra a muerte, así que pobre Mono, él solito para todo y encima la niña con esos ataques que parecía que se iba a morir. Yo lo acompañé cuanto pude, pero ya estaba yo muy distanciada de Leticia por sus formas de ser mamá de uno solo teniendo cuatro y además mi Alquívar estaba empezando a asomarse a esos bordes y yo triplicando los ojos para vigilarlo y multiplicando los brazos para tratar de cogerlo sin encontrar cómo, porque cada vez se me hacía más liso, apenas si pude ir un par de veces en las que vi a esa pobre creatura pálida y tiritando, con los ojos más extraviados que de costumbre, hablando incoherencias sobre un hombre sin cabeza que la visitaba. Pensé que se debían a su padecimiento y además como no hablaba bien y era esquiva a dar explicaciones, porque se le

enredaba la lengua y su cabeza divagaba, terminábamos envueltas en un zurullo de insensateces, ella hablando de espantos sin cabeza y yo tratando de calmarla, porque, aunque lo que decía era un disparate, el miedo que manifestaba era real, le temblaban las manos y cerraba con fuerza los ojos cada que mencionaba al tal hombre sin cabeza, yo la sobaba y le cantaba arrullitos, que iba inventando para que se tranquilizara, mientras le hacía preparar al Mono una agüita con hojas que el Duende me había regalado y la dejaba dormida encomendándole a su hermano su cuidado, pero el pobre muchacho estaba que se reventaba, hasta que pasados dos o tres días volvía por mí porque a su hermana le había dado otro ataque y teníamos que repetir la escena; la pobre niña muerta de miedo y convulsionando y el Monito abotagado porque, para acabar de ajustar, la otra bobita, Socorro, cada que le daban los ataques a la hermanita se ponía a llorar y a caminar de un lado para otro tocándose la cabeza y repitiendo que se las iba a llevar el diablo, que después supe por boca del Mono era lo que la mamá les decía constantemente, que eran un castigo, que las había enviado el diablo y que él mismo iba a venir por ellas. Maldita vieja Leticia, cómo les mete esas ideas a unas mentes frágiles como las de sus hijas, es que los padres definitivamente nos tiramos a los hijos por A o por B, es que de verdad que ser madre no es para todo el mundo, que a ninguna nos enseñan a serlo, es una labor que una va aprendiendo sobre la marcha, con el error, pero lo peor es que esos errores no suman pericia que conduce al mejoramiento, sino que hunden la empresa, porque la tan cacareada experiencia no es sino la repetición de un yerro de diferentes maneras y en distintos escenarios hasta que deja de serlo por previsión o costumbre, pero

hay corporaciones tan frágiles como esa familia que no aguantan ni el mínimo traspié antes de colapsar y, en algunos casos, como el de Leticia, es peor porque no solo le faltaba capacitación como a todas, sino también capacidad y sobre todo voluntad de aprender, que es con lo que una suple su incompetencia, porque ella no quería el trabajo y una cosa es ser torpe en la crianza como lo fui yo y otra muy distinta es ser pérfida y baja como ella, que quiso cobrarse todas sus frustraciones en sus hijos, a quienes culpaba por existir una existencia que les había dado ella, qué incoherencia tan berraca, de no ser porque adoraba al Guasca, podría jurar que Leticia odiaba a su familia, porque todos sus gestos con ellos eran de un desprecio y malignidad más propios de un enemigo que de una madre y esposa, como lo demostró su actuación con Genaro en la pelea con el Guasca y luego en su total desinterés por el resto de sus hijos y, cuando desapareció el Guasca, ese desinterés la cobijó a ella misma y ahí sí se constriñó hasta perderse enteramente para el mundo mientras expandía su universo interior de búsqueda perpetua, entregándose a la locura llana y plena; sus horas se hicieron un deambular constante y su familia se embolató del todo y ya no hubo cómo recuperarla, y yo, entre tanto embrollo de su casa y de la mía con Alquívar, no volví a pensar en el cura y sus amores cariados e ilícitos hasta que un día en que venía de perseguir a tu hermano vi al Mono en la puerta de su casa con una cara de haber perdido el último bus en un terminal desconocido. Le pregunté qué pasaba y él, mirándome con los ojos pesados como una lápida, me contestó que a su hermana le había dado otro ataque y que el curita la estaba cuidando, de inmediato me interné en su casa, que cada vez se parecía más a una pocilga o a un manicomio, como le decían

ustedes, y encontré a José Luis en efecto atendiendo a Dita, aunque esta vez además del gesto odioso como de novio en visita le noté cierta preocupación como cuando uno sale de la casa y cree que dejó el fogón prendido y no puede concentrarse en nada; así lo veía sobándole el pelo a la niña con cariño pero distante y lelo, tanto que no se alteró cuando me vio parada en la puerta como lo hacía siempre que se sentía sorprendido, antes bajó la cabeza con resignación y me dijo con inflexión de perrito callejero Ay, doña Luz, ¿qué vamos a hacer con esta muchacha? Yo me quedé mirándolo con extrañeza a ver si notaba que esa pregunta era improcedente y no debía hacérmela él y menos en ese tono de conmiseración como si fuera el esposo o cuando menos el papá, pero él no percibió el cinismo y sin esperar respuesta continuó La verdad yo creo, mi señora, que lo de esta niña es del diablo, porque yo he conocido casos de epilepsia, pero no como los de esta muchacha y esa joda con lo del hombre sin cabeza a mí me empieza a parecer que tal vez sí es que ha visto cosas, entonces yo mantuve firme mi gesto y como no lo inquietaba le dije Pues del diablo sí parece, pero no del de cachos y cola, sino de uno más humano, y ya sin miedo a su reacción me le metí al rancho: Y ojalá que las cosas que haya visto no se las haya visto a usted; con eso el cura pareció regresar de su embelesamiento y afilando el gesto me contestó con la rabia que aflora cuando nos sentimos vencidos o atrapados No estará usted insinuando… Y se detuvo, yo más firme que una caña le riposté No insinúo nada distinto a lo que ambos sabemos, que usted está detrás de esta niña porque está enamorado de ella y yo no sé si compadecerlo u odiarlo, y él, fingiendo rabia para tapar el susto que develaban sus manos temblorosas y su mirada esquiva, me dijo con

postiza indignación y voz nerviosa, mientras se santiguaba, Por Dios bendito, doña Luz, cómo se le ocurre sugerir tal cosa, el solo pensarlo ya es pecado, No, mijo, pecado es lo que usted está sintiendo y yo sé que es incontrolable y no lo digo porque sienta amor por una mujer, sino porque esa mujer no puede corresponderle, como usted bien lo sabe, mire, José Luis, yo no sé qué va a hacer con eso que tiene adentro, pero tiene que acabarlo, no solo por absurdo sino y sobre todo por imposible o ¿cómo cree usted que sigue esto? ¿Qué va a hacer usted con esa niña? ¿La va a volver su novia, su esposa? ¿Le va a quitar la locura para que pueda decidir si lo quiere? No sea irracional, José Luis, que una cosa es lo que uno a fuerza de cariño e ilusión forja en la cabeza como posible y otra bien distinta es la realidad que en su caso es intratable e ilógica además de incomprensible para el mundo en general pero especialmente para el mundo en que vive Dita, que no es este mismo en que usted y yo hablamos, como bien lo sabemos ambos, de manera que mire a ver qué va a hacer porque esto se está volviendo inaceptable y como esta familia no tiene un norte quizás usted se siente protegido pero, si me di cuenta yo, pronto mucha gente también lo hará y créame que los demás no van a ser tan indulgentes como yo, además, usted es una buena persona y la gente lo quiere, no haga que eso cambie por seguir una pasión atroz, no deje que lo sobrepase porque esa carrera conduce al abismo y usted no tiene el alma para vivir en caída, aplómese bien aquí, no solo por usted sino porque su desplome desplomaría muchas cosas más grandes que usted, como la creencia y la confianza de gente descreída y desconfiada como somos los de aquí, que encontramos en usted un asiento mullido para nuestros propios

derrumbes. El cura no me contestó, puso la cabeza entre sus manos en silencio, pero noté que mis palabras le revolcaron más aún el pensamiento ya de por sí embrollado, estaba melancólico y afligido de verdad; cuando una persona finalmente consigue mirarse a sí misma sin piedad y sin blandura, lo menos que requiere es un testigo, de manera que supe que era momento de irme, así que nos despedimos con la mirada, sin decirnos una sola palabra, ya habían sido suficientes. Por unos cuantos días no supe nada de él, pero pensaba constantemente en su infierno, recordando que lo más fuerte y poderoso que tenemos los seres humanos son nuestras debilidades», yo volví a pensar en el cura y mientras me preguntaba cómo serían sus días fustigado por la culpa, que es de todos el peor de los látigos porque alcanza para volver azote cualquier sentimiento, incluso la autocompasión y la propia estima, cómo pasaría sus noches febriles alejado de la mujer adorada y sintiéndose un miserable por quererla —aunque también sabía que la cabeza del enamorado es un torrente de coartadas, un hervidero de desafueros y sofismas ridículos que buscan hundir la razón en el sumidero de la desvergüenza para justificar sus desmesuras—, mi madre prosiguió: «Yo intenté estar al tanto de sus movidas pero me fue imposible pues la vida se da sus mañas cuando le da por promover desdichas, porque a la semana exacta desapareció el Monito y ahí sí todo se fue para el carajo, su desaparición y el hundimiento definitivo de esa gente fueron una sola cosa, el papá fugado hacía tiempo, los hijos perdidos y las niñas y la mamá desvanecidas en sus locuras… Una tragedia familiar en serio, como si de un momento al otro todo se pusiera de acuerdo para venirse abajo, que es lo que ocurre siempre con las desdichas que

pensamos que se dan de repente, cuando todo insinúa su vecindad pero nos hacemos los bobos y disimulamos sus síntomas porque no queremos asumir nuestra responsabilidad en las mismas. La búsqueda del Mono nos descolocó a todos los que lo conocimos; un muchacho más bueno que el pan, perdido por los pecados de otros, pero eso pasa cuando los otros son tan ajenos y a la vez tan propios que sus desaciertos nos cobijan siempre pero sus aciertos nunca, qué cosa maligna es la vida a veces cuando se encapricha con nuestra perdición, así que perdido el Mono las pocas vigas que quedaban en pie de esa familia se derrumbaron; Leticia, que siempre había manifestado el más feroz desapego por su hijo menor, cuando lo supo desaparecido sintió todo el peso de su desidia y, hundida por este hasta lo más profundo, se entregó a reptar en su locura transformándose en el fantasma de carne y hueso que todos conocimos y perversamente volvimos objeto de burla para protegernos de la seriedad de su padecimiento, pues tomarla en serio habría sido reconocer nuestra tercería y el pedazo de culpa que teníamos en su desvarío, porque todos vimos impávidos y curiosos cómo fue abriendo poco a poco y con sus manos el boquete de sinrazón por el que terminó cayendo. La angustia por la supresión del muchacho, la necesidad imperiosa de encontrarlo y la molestia por la demencia de Leticia me hicieron olvidar del curita y de las bobitas, hasta que doña Luz me hizo caer en la cuenta de la dejadez de las niñas y fue cuando fuimos a su rescate y las encontramos sucias y muertas de hambre, después de limpiarlas y alimentarlas y de que mi tocaya llamara al Bienestar Familiar, advertí con sorpresa la ausencia del curita en el momento en que más presente y pendiente debía estar de esas niñas, entonces asumí que finalmente

había caído en la cuenta de lo improcedente de su sentimiento y había decidido retirarse». Yo pensé otra vez en el cura con pesadumbre, en cómo estaría su infierno interior con la inminente partida de las niñas, ardiéndole en todo; turbando sus misas, sus comidas, sus caminatas por el barrio y hasta sus ayudas, porque eso pasa con el fuego del desamor, que arde más que su contrario, el del amor, y quema todo a su paso; las casas y las cosas, las presencias y las ausencias, las palabras y los silencios, hasta que uno se vuelve hoguera total, carne soasada de uno mismo cociéndose eternamente en jugos malos, desablandándose con cada llamarada hasta endurecerse como cuero retostado sin extinguirse nunca y sin dejar de arder… Mamá siguió narrando: «Al cura decidí visitarlo y cuán grande fue mi sorpresa cuando encontré a medio barrio rodeando la iglesia igual de asombrados a mí, con el rumor de una noticia inesperada que se materializaba frente a nuestros ojos, el traslado inmediato del cura a otra parroquia de una ciudad lejana, mientras un par de coteros arriaban trebejos a un carro aparcado en la casa cural, vi emerger al curita José Luis entre el barullo de vecinos que exigían una explicación, pero le noté distinto el talante al del buen cura de siempre, su condición invariablemente afable y presta aparecía áspera y recelosa, esquivando las preguntas con monosílabos afanosos y gestos despectivos, dando manotazos al aire para abrirse paso hasta el camión, con actitud inversa a la de quien se va sumido en el pesar por abandonar algo querido. Antes de ingresar al coche se detuvo y me echó un último vistazo que me aclaró su plante: era la mirada del que estaba huyendo. Luego se acomodó la estola cubriéndose boca y nariz, adquiriendo un aspecto extraño y partió para siempre de nuestras vidas, dejando al barrio

sumido en terrible incertidumbre por su partida. Me devolví a la cuadra para encontrarme con doña Luz y mientras comentábamos los pormenores del traslado del cura vimos cómo la gente del Bienestar Familiar sacaba a las bobitas de su casa y no sé si mi tocaya lo notó, pero entre los pliegues del vestido institucional que le pusieron a Dita para su traslado vi sin ninguna duda, por haberlo vivido yo misma tres veces con ustedes, cómo se le insinuaba una barriga de embarazada y justo ahí recordé el gesto del cura hacía unos minutos y cómo, ataviado con su estola a manera de capucha, parecía un hombre sin cabeza, pero no quise comentarlo con nadie, ahorrándome la amargura, la tristeza y el desengaño que me produjo esa visión, que me guardé para mí sola hasta hoy que lo converso con vos». Yo dejé a mi mamá y me vine para mi casa pensando en los múltiples infiernos que padecemos por vivir atados a nuestras obsesiones: querer sin correspondencia, ser querido y no poder corresponder, atajar el querer por miedo, temer el amor recibido, amar con culpa, culpar al amor de nuestra culpa y tantas otras formas de infernar un sentimiento que debería completarnos porque en esencia es bello y noble pero es tan insondable nuestra vanidad que la nobleza y la belleza no bastan y necesitamos también sus contrarios para rellenar nuestros faltantes. Y el peor de todos los infiernos, el de la inmortalidad impuesta por la religión, pasando por encima de castigos físicos, llamas y cadenas: lo verdaderamente infernal debe ser vivir eternamente alejados de quienes amamos.

Dolor fantasma

> «Nuestro solo castigo consiste en vivir en el deseo sin esperanza».
> Dante Alighieri, *Infierno,* canto IV, v. 41-42

Pasé un fin de semana de mierda, con un dolor de estómago tenaz, que me mantuvo en un constante viaje de la cama al baño y que solo conseguí amainar el domingo después de tomar múltiples pastillas y bebidas que me recetaron distintas páginas de internet. El lunes, luego de haber dormido poco y mal, me levanté con la diligencia propia de un viernes para quien enfrenta un trabajo que no le gusta y casi al abrir los ojos pensé en la Llorona y su amiga; la sensación de vacío en el vientre y la impotencia reemplazaron el dolor abdominal, sin embargo me dije que tenía que poner buena cara y tener actitud enérgica y positiva, y con esa consigna me bañé, me vestí y salí a enfrentar otra jornada. Al arribar al cementerio la vi en la puerta y me removió algo por dentro, pero contrario a lo que esperaba después del almuerzo incómodo del viernes, en el que sentí que quedábamos desganados el uno del otro y que ella estaba resentida conmigo, cuando estuve al alcance de su vista, la vi esbozar una sonrisa desapacible y levantar una mano en señal de saludo amistoso; yo respondí con un gesto idéntico y pensé que tenía que hacer algo para ayudarla y, como si me hubiera escuchado

el pensamiento, me gritó a lo lejos Recuerde llamar a Lucía, le sonreí afirmativamente y seguí el camino hacia mi oficina pensando que debía llamar a esa mujer para chulear ese pendiente, aunque pensaba que sería otra pérdida de tiempo o, peor, que resultaría otra historia desencajada e imposible de resolver como la de Eugenia, aun así me dije Bueno, nada se pierde y con eso me la saco de encima un rato y miro a ver para dónde va la cosa o qué se desprende de esto. Llegué a mi escritorio y mientras reblujaba los cajones en busca del papel en el que había anotado el teléfono de Lucía escuché la voz de mi jefe, que llegaba a su escritorio saludando al aire Buenos días, y como su secretaria no había llegado, me sentí compelido a contestar Buenos días, Alberto; él asomó la cabeza en el lateral del marco de la puerta y con cara fresca me dijo ¿Cómo sigue del estómago? Un poco mejor, le contesté para no entrar en detalles, traspasó y sentándose frente a mí me dijo Hoy tengo una reunión por la tarde con la gente del SIRDEC para ver cómo va la identificación de los exhumados, así que después del almuerzo queda a cargo del barco, ¿El SIRDEC?, pregunté, Hombre, Sistema de Información Red de Desaparecidos y Cadáveres, me contestó con reparo y añadió Eso está en los papeles que le di para leer al principio y además está impreso en el membrete de todas las hojas que se pasa revisando, póngase trucha, mijo, pero bueno, es para que sepa que esta tarde atiende cualquier requerimiento solo, aunque aquí casi nunca pasa nada importante o grave, y se levantó de la silla, le dije al instante Listo, jefe, pero hablando de eso, ¿cuándo llegan los otros miembros del equipo? Él mirándome desde arriba me dijo Pues se suponía que desde la semana pasada debían contratarlos, pero usted sabe cómo

son las vainas del Gobierno, puede ser esta semana, la otra, en un mes o nunca, así que no piense en eso y vamos trabajando con lo que tenemos, es decir, usted y yo y bueno lo dejo, que tengo que organizar unos papeles para la reunión, salió y pensé que era bueno quedarme solo porque al menos podía disimular mejor mi desocupación y seguí rebuscando el papel hasta que di con él, pero me lo guardé en el bolsillo de la camisa posponiendo la llamada a la mujer para la tarde, aprovechando que no tendría encima los ojos vigilantes de mi jefe. La mañana se fue en balde entre caminatas a la portería a fumar y el registro de las dos inhumaciones programadas para el día. Salí a almorzar sintiendo una leve molestia de gastritis, pedí un almuerzo ligero y sin muchas grasas, que comí rápidamente y regresé a la oficina con tiempo de sobra para seguir haciendo nada, entonces cogí el papel que me había guardado en el bolsillo y marqué el número en mi celular; me atendió una voz firme que, sin saludarme, me preguntó quién me había dado ese número; le conté quién era, cómo había conseguido su teléfono y el motivo de mi llamada. Escuchó en silencio y después de un par de segundos me dijo, con la misma voz determinada: Mire, señor, no sé por qué insiste esa mujer con eso y no sé quién sea usted de verdad, pero a ella le dije antes y se lo digo a usted ahora que yo cancelé ese tema, ya no me dedico a investigar ese tipo de cosas y lo poco que sabía sobre los cuerpos de esos muchachos se lo dije a ella y les aseguro que no sé nada nuevo, y una cosa es que ella no quiera creerme, está en todo su derecho, pero otra es que me sigan importunando porque creen que les estoy ocultando algo, esto ya me ha costado mucho, por favor no me jodan más y colgó. Me quedé con el teléfono en la mano, sin saber qué pensar, lleno de preguntas: ¿qué

le había dicho a la Llorona que se negaba a creer?, ¿qué escondía ese tono de aprensión que remataba en ira?, y, sobre todo, ¿por qué me había cautivado esa voz? A falta de respuestas propias, resolví transmitirle esos interrogantes a la mujer que de seguro estaría parqueada en la puerta, pedirle que me aclarara cada cosa, además de quién era Lucía y por qué me había contestado así. Pero antes decidí escribirle un mensaje de texto a Lucía, a quien no sé bien por qué había guardado en mi teléfono, explicándole quién era yo y el papel casi nulo que jugaba en este embrollo, porque después de repasar sus palabras noté cómo el plural del remate de sus respuestas me vinculaba como un allegado a la búsqueda de esos muchachos, entonces consideré adecuada la aclaración, además, me disculpé por molestarla y aventuré finalmente en tono de súplica que me gustaría hablar personalmente con ella porque necesitaba entender muchas cosas que no sabía de mi trabajo, que necesitaba algo de luz, que estaba perdido y a punto de echar todo por la borda, que no era mi intención molestarla sino que estaba desesperado… Al enviarlo inmediatamente me arrepentí de haberle contado esas cosas a una mujer que no conocía, ¿qué pretendía con eso?, ¿suscitar lástima o interés? Tiré a un lado el teléfono sintiéndome un imbécil y me apresté para ir en busca de la Llorona cuando vi de reojo que la pantalla de mi teléfono se iluminó y al revisarla vi que Lucía me había respondido ¿Dónde? ¿A qué horas? Sonriendo me apresuré a contestarle que ese mismo día si quería, en el cementerio a la hora que deseara y ahí mismo me contestó un mensaje igual de lacónico al anterior: Allá estaré, 4:00 p. m. Consulté el reloj y vi que faltaban más de dos horas para el encuentro, entonces me fui a contarle a la Llorona; al verme le

brillaron los ojos fugazmente como la calada de un cigarrillo, para volver a su opacidad apenas estuvimos cerca; la saludé animado: Llamé a Lucía y va a venir esta tarde, pero en cuanto pronuncié esa frase su rostro pasó del desconsuelo habitual a una mueca de espanto ¿A qué va a venir esa mujer?, me preguntó angustiada y noté, en sus movimientos apresurados y en cómo se frotaba las manos cadavéricas, un nerviosismo inédito, Pues a hablar con nosotros, le contesté, y ella, dando vueltas sobre sí misma y mirando al piso intranquila, me siguió preguntando ¿Usted le dijo que yo estaba aquí? En ese momento caí en cuenta de que no le había dicho a Lucía de la presencia constante de ella en el cementerio y le contesté incómodo No, señora, pero no entiendo su actitud, ¿no era eso lo que usted quería?, ¿que llamara a esa mujer y hablara con ella?, Sí, me interrumpió, pero que hablara usted con ella y le pidiera información, no que la invitara aquí y menos a hablar conmigo, e incómodo por su actitud le dije Señora, yo de verdad no entiendo nada de nada, dígame la verdad, ¿qué pasa con esa mujer, quién es ella y por qué la pone así?, ella detuvo su frenético movimiento y me respondió Ya le dije que es una periodista y que tiene información que nos sirve para encontrar a nuestros muertos, pero no quiere decirnos nada, yo esperaba que usted, que es un hombre inteligente, pudiera convencerla de contarnos lo que sabe, por eso le insistí para que la llamara, Pero ella me dijo que ya le había contado a usted todo lo que sabía y usted no le cree, y ella respondió Yo sé que ella sabe muchas más cosas y no las quiere decir porque eso la metió en un problema el berraco con su familia y su trabajo, pero eso es mejor que se lo cuente ella, ya que se van a encontrar porque yo no quiero verla, además que ella me ve y se le amarga el

genio, entonces me voy ya para que atienda su visita y, diciendo eso, recogió su termo y unos vasos desechables, los metió en un morral y arrancó a caminar. Me quedé con la mente embotada de preguntas y pensando que de verdad era una loca y que más loco era yo por hacerle caso; repasando mis pisadas de vuelta a la oficina, sentí el rumor de un silbido tenue entre la maleza y recordé con pavor la historia de mi madre cuando de pronto vi a una mujer leve y grácil como la tonada que salía de su boca, menuda y pequeña, arrodillada frente a una tumba sin nombre a la vista, componiendo un manojo de flores simples y frágiles de las que se daban como maleza en el mismo cementerio y que depositó encima de la placa deslucida; me observó y asomó una sonrisa dulce que detuvo su silbo, yo me conturbé con el gesto porque no podía sino pensar en la Silbona de mi madre, me parecía que estaba viendo a Consuelo frente a la tumba de Marcos. Ella percibió mi extrañeza y agachando la cabeza volvió a su silbatina y su arreglo, y yo con el corazón en la boca apuré el paso y llegué casi corriendo a mi oficina, en donde la secretaria me recibió con ojos de pasmo diciéndome ¿Qué le pasó, por Dios? Parece que hubiera visto un espanto, y yo abotagado le contesté Creo que vi uno, y seguí derecho. Después de tomarme dos aromáticas y una Lyrica me sentí más calmado, pero pensé Jueputa, me estoy enloqueciendo: esta gente, este sitio y las historias de mi madre me están comiendo el coco, sonriendo me dije en voz baja Esto de estar sin oficio sí lo pone a uno a creer en güevonadas, prendí el computador y me entretuve mirando archivos y repasando expedientes de difuntos hasta que fueron casi las cuatro, al percatarme de la hora me apresuré para alcanzar a entrar al baño y fumar antes de que llegara Lucía, me eché agua en la

cabeza y encendí un cigarrillo que fumé de prisa detrás de mi oficina aprovechando la ausencia de mi jefe, entré a fingir frente al computador haciéndome el que leía para disimular la ansiedad que me producía su visita, desde que había escuchado su voz estaba inquieto imaginándomela: me la figuraba fuerte y seria, alta y decidida, morena y hermosa. Cuando escuché en la entrada Buenas tardes, me levanté de un brinco sobresaltado y me dirigí a la puerta persiguiendo su voz hasta toparme con una figura que contradecía la imagen que había creado en mi mente: era rubia y delgada, con mirada opaca y semblante sombrío, era hermosa pero con una belleza desprolija y distante como la de una joya fina puesta en una vitrina y su cara se me hacía familiar por alguna razón: ¿Lucía?, le dije a manera de saludo y ella me dijo Sí, señor, y sin esperar respuesta traspasó el umbral y, pasando a mi lado, se sentó en la silla frente a mi escritorio con la cabeza agachada, esperando a que yo hiciera lo mismo, me demoré un par de segundos hasta que caí en cuenta y me dirigí a mi asiento, le agradecí por el encuentro y ella, sin responderme, me preguntó ¿Qué necesitan de mí? A ver si me dejan en paz de una vez por todas, en vivo sonaba aún más imperativa, tenía una voz de la que, aunque hablaba lento, las palabras le salían de afán, una voz sabedora de insultos muchos y de ternuras pocas, abrasiva como ruido de fábrica, entonces yo contrastando su tono suavicé el mío para reiterarle que apenas llevaba menos de un mes en ese trabajo y que no hacía parte de ningún grupo ni organización, que no tenía otro interés distinto a ayudar a esa mujer que me había conmovido con su historia y su persistencia, pero más que nada que quería conocerla en persona para solicitarle ayuda, me contestó con gesto cansado No sé si es

mejor o peor, ¿Qué cosa?, repuse, ella mirando a los lados mientras reblujaba su bolso me preguntó ¿Aquí dónde puede uno fumar?, y siguió, que no pertenezca a nada y que desconozca todo, le indiqué que detrás de la oficina podíamos fumar, y encendiendo un cigarrillo, y sacando una whisquerita de acero inoxidable de la que tomó un trago, me dijo Vea, yo ya pasé por lo que usted está pasando: querer ayudar y no saber cómo hacerlo, usted al menos es un funcionario que pronto entenderá que no puede hacer nada porque el mismo sistema se lo impide: es un sistema podrido, diseñado para mantenerse así por los mismos a quienes les conviene su pudrición, en este país desgraciadamente la gente que tiene más cosas que esconder, los que viven de esconder cosas, historias, dineros y gente fueron los que diseñaron el sistema, por lo tanto, un averiguador de cualquier cosa es un ingenuo, un loco o un peligro, y a los primeros dos los tolera el sistema anulándolos, al tercero lo devora desapareciéndolo. ¿Y usted en cuál de las tres se ubica?, le pregunté siguiendo su símil, En las últimas dos, aunque por mi bien y por miedo me pasé del todo a la segunda: es mejor ser una loca de remate que una desaparecida, me dijo y siguió Y usted, que ni sabe dónde está parado, quédese así, no busque nada, no pida ayuda, no desentierre nada, ni casos, ni muertos, ni chismes, que la gente que los enterró es la misma que lo puso aquí, entonces no se busque problemas, haga lo mínimo y no moleste a nadie y, sobre todo, no ayude a nadie y verá que dura en el puesto y no lo molestan, porque a otros que tolera el sistema y que olvidé mencionar es a los bobos, dijo con el cigarrillo en la boca, hice caso omiso de su insulto y le dije Pero yo quiero ayudar así no sepa cómo, y apenas lo dije sentí lo tonta que sonaba esa frase y me sentí un imbécil, como me pasa

siempre que me intimida mi interlocutor; ella sonrió despectivamente y apretando fuerte el cigarrillo entre sus labios me dijo casi con rabia ¿Ayudar a quién?, ¿a esa maldita mujer o a cuántas más? No sea güevón y ayúdese usted manteniéndose al margen de una situación que es más grande que usted y que todo lo que pueda imaginar, los desaparecidos en este país son la clave de todo porque detrás de cada cuerpo desaparecido están sus autores, que lo escondieron para tapar sus secretos, sus dineros, sus vidas que parecen limpias y claras porque han sabido lavarlas y me disculpa por la comparación, pero es que vengo de lavar ropa, y como en toda lavadora por cada tanda de ropa se pierde una media en el proceso, los desparecidos son las medias de la ropa sucia que la clase dirigente lava todos los días en este país y, para seguir con la misma idea, usted no solo no tiene acceso a la lavadora, al jabón y al agua sino que ni siquiera conoce la ropa. ¿Y usted tiene acceso?, le pregunté, Tenía, me respondió, pero ya no: nací teniéndolo, pero lo utilicé para buscar gente y me lo quitaron, soy hija de una familia que tiene mucha ropa sucia y unas cuantas lavadoras y mientras hice los mandados que me pedían e hice caso a todo fui una hija y mujer ejemplar, me gradué del mejor colegio, que era trilingüe y que queda ahora en las afueras de esta ciudad, fui a una universidad sin mácula apreciable en su historial en la capital, en la que estudió medio salón del colegio, y hasta ahí iba todo bien: una niña hacendosa y bien portada, pero en esa universidad puedo decir que empecé a vivir o, bueno, que nací a la realidad porque toda mi vida había vivido, como dice el lugar común, en una burbuja, protegida por el dinero y la posición de mis padres, con decirle que no conocía ni siquiera Medellín más allá de lo que veía desde la ventanilla del carro, porque

solo bajaba al colegio en el transporte o de vez en cuando con mis padres, de resto me la pasaba en mi casa en el Llano, y nos la pasábamos en otras casas de amigas que también vivían allá y así como nosotras, que vivimos en Medellín sin vivir aquí, primero porque no lo conocíamos y segundo porque lo que conocíamos no era Medellín, más bien parecía un Miami en donde todo nos era dado, nos llenaban de comodidades y atenciones para que no supiéramos dónde vivíamos, entonces, cuando llegué a Bogotá, me di cuenta no solo de que vivía en Medellín sino en Colombia y que no conocía ni el país ni nada de lo que pasaba aquí, y la universidad era otra burbuja más parecida a un centro comercial que a una universidad y con ínfulas de *think tank* y más bien pocas ideas y debates, y ahora que miro atrás, me doy cuenta de quiénes eran mis compañeros, de qué familias venían —las más negras que posan de blancas en Colombia— y de que la idea de ese lugar era que aprendiéramos a blanquearnos, y sin importar la facultad, si era Administración o Derecho, profesores y alumnos parecíamos clonados en apariencia y pensamiento, todos defendiendo, consciente o inconscientemente, un ideal de blancura y abolengo basado en la riqueza heredada, apuntalados en que los tatarabuelos de unos habían fundado el país y, ahora que viví todo lo que viví, creo que lo fundaron con negocios sospechosos y que la historia que nosotros mismos nos hemos encargado de establecer ha servido para limpiarlos y más bien se retrata a estos antepasados como recios comerciantes y decididos colonos de territorios e industrias agrestes, pero ahora los herederos que no hemos sabido mantener la heredad, trasmutados en guardianes de una tradición patrañera sostenida con babas, nos hemos empecinado en un discurso

inflamado contra todo lo que desmienta la grandeza de oropel... Esa sí que era una burbuja, una metaburbuja, un globo metido en una bomba, dentro de una burbuja contenida en una pompa de jabón, para mi suerte o mi desgracia, ya no sé... Porque allá también conocí a Miranda, quien me despertó a la realidad; era dos años mayor que yo y terminó estudiando Periodismo después de circular por cuatro universidades, dos nacionales y dos extranjeras, igual de gomelas a la mía, persiguiendo una vocación que realmente nunca encontró y terminó aterrizando en esa carrera por descarte y por la presión de los padres, que ya no sabían qué ponerla a hacer y no querían tenerla de balde en la casa. Yo la vi en una clase de crónica y quedé impactada: era bella y parecía no tener idea de nada, pero cuando hablaba parecía saberlo todo, ah, no le he dicho que soy periodista pero demás que ya le habían contado o bueno era porque ya no soy nada. Con Miranda descubrí todo, para no cansarlo basta decirle que todo es todo, el amor, el odio, la calle y este país, pero tal vez lo más grave o lo mejor, tampoco lo sé, ya hoy en día no sé nada, fue descubrir que nosotras dos también hacíamos parte de esa sucesión globulosa, créame que fue duro enterarme de las verdades, de quiénes eran mis papás y sus familias, hacendados y ganaderos, hijos y nietos de otros hacendados y ganaderos quienes a su vez descendían de otros con el mismo oficio, así hasta el principio de los tiempos, la «clase privilegiada» o al menos así nos lo habían hecho creer porque lo que nunca nos dijeron fue a quiénes les quitaron esas tierras y a costa de quiénes mantenían el ganado. Miranda no solo me lo explicó sino que me lo mostró y como si faltara algo me lo demostró, y ahí fue mi verdadero quiebre: me peleé con todo, primero con mi familia, después con los profesores y compañeros

que defendían ese discurso blanqueado hegemónico y luego con la universidad completa, por lo que me echaron y aunque mi padre consiguió con un par de llamadas y la promesa de mi cambio de actitud que me reintegraran ya me había fugado de lo que era y les dije que no iba a estudiar más. Miranda que, como le dije, parecía saberlo todo, me había prevenido de lo que seguía, me había dicho que con esa decisión iba a conocer la verdadera cara de mis padres y de mi clase y así fue; apenas escucharon mi negativa a seguir sus disposiciones montaron en cólera como nunca los había visto y mi padre después de insultarme como un verdulero me quitó el apoyo económico diciendo que ya que me creía tan grande consiguiera trabajo y me mantuviera, que él no iba a mantener vagas y que ya me quería ver viviendo sin su apoyo, por lo que yo, que ya me lo esperaba, le dije que estaba bien y me inscribí en la Universidad de Antioquia, en la que casi que tuve que volver a empezar, pero no solo la carrera sino la vida, en serio empezar de cero, solo que, como me devolví de Bogotá con Miranda y estábamos bien enamoradas, no me costó tanto aunque me haya asustado al principio; ella era rica y a sus padres, a diferencia de los míos, les importaba muy poco lo que ella hiciera ni con quién ni dónde, siempre y cuando estuviera haciendo algo: resumiendo, vivimos una vida buena, muy alocada pero buena… Probé de todo, conocí a gente de todo tipo, pero lo más importante fue que conocí mi ciudad y me conocí a mí misma; en la de Antioquia aprendí periodismo pero del de verdad, el que se hace con la gente, no como el que enseñaban en Bogotá, que parecía más una academia de modelaje que una escuela de periodismo, y Miranda, que siempre odió la carrera, para pasar el tiempo se inscribió en Historia, pero vivíamos

pegadas y entrábamos juntas a las clases de ella y a las mías cuando no coincidían los horarios y salíamos a parrandear todos los días, vivíamos bien y bueno, pero con el paso del tiempo todo se desgasta y yo cada vez le cogía más amor al periodismo y empecé a hacer cosas sola o con mis compañeras, cosas propias de la carrera y eso empezó a distanciarnos de a poco pero contundentemente, aunque nos seguíamos amando empezamos a querernos distinto, como de lejos, dijo melancólicamente y se quedó mirando al vacío mientras encendía otro cigarrillo, y con falsa extrañeza dijo No sé por qué le cuento todo esto ni para qué, pero yo estaba embelesado con su historia y sobre todo con su manera de contar —a decir verdad, con todo lo suyo; con su mirada, con la forma en que ponía la boca cuando fumaba, con el gesto que hacía con las cejas al recordar, con su voz y sus ademanes—, en esa pausa supe que estaba maravillado con esa mujer y que llevaba no sé cuánto tiempo observándola y escuchándola detenidamente y eso me ponía vulnerable, me amilanaba y cohibía, pero quería seguir escuchándola, de manera que le dije que por favor no se detuviera, que me siguiera contando, además no tenía nada que hacer y mi jefe no estaba, ella esbozando un mohín perezoso con la boca continuó: Miranda notaba mi lejanía, pero no me decía nada, antes buscaba vincularse a mis cosas —al menos a las que yo le permitía— y por ahí se filtró el germen de nuestra desgracia, porque después de mucho pensarlo escogí para mi tesis de grado el tema de la muerte de los habitantes de calle por una crónica que había escrito un profesor mío sobre los cuerpos de muchos de ellos que permanecían en la morgue porque nadie los reclamaba y me intrigó esa soledad, ese desprendimiento de la sociedad que ni siquiera

después de muertos se aunaba y eso me trajo por primera vez a este sitio, porque esas personas después de seis meses en la morgue terminan aquí, pero más que nada me atrajo el tema por esa infantil y extraña tendencia que desarrollamos algunas personas cuando se nos despierta la conciencia de clase pero hemos sido privilegiadas toda la vida, la tendencia a creer que untándonos de pueblo seremos mejores personas, que vamos a limpiar el historial familiar y social que nos hizo nacer donde nacimos y que con actos benéficos y filantrópicos vamos a acortar la impúdica brecha de desigualdad, así que armamos brigadas para ayudar a los pobres y les llevamos costalados de ropa vieja y pan con aguapanela a los desahuciados y harapientos del mundo y creemos que eso nos hace entender el hambre o, lo que es peor, que eso ayuda a combatir el hambre, pero lo que hacemos en realidad es ir a pasear nuestras culpas falseadas por el asomo de conciencia en nuestros carros cómodos, vamos a impostar una solidaridad con el hambre que nunca hemos sentido ni sentiremos y a eso le llamamos empatía y lo pregonamos a todo pulmón, seguros de que eso nos redime. Miranda sabía que ese camino conducía al desastre y me lo hizo saber, pero yo no la escuché porque pensaba que su repudio obedecía al rechazo que sentía por el periodismo, a la envidia o a su natural pesimismo y no al instinto y la clarividencia que siempre le reconocí y admiré, pero yo me sentía muy irreverente después de rechazar a mi familia y estaba deslumbrada con un mundo que desconocía y más que deslumbrada estaba loca de ganas de descubrir cosas, y como ella estaba loca por mí, me propuso acompañarme a buscar información y fue por ella y sus contactos que conocimos a Jader, un muchacho que estudiaba Antropología y

tenía acceso al mundo de la calle; conocía a varios recicladores que estaban dispuestos a hablar con nosotras a cambio de un dinero y, como ese nunca fue el problema para Miranda, concretamos una cita con dos de ellos, se llamaban Óscar y Fabio, y por ellos llegué al tema que acabó con mi vida, por el que conocí a su amiga, me volví una loca y hoy nos tiene hablando a usted y yo: los desaparecidos. Y se calló abruptamente; yo entendí su silencio como el preludio de la parte más importante de su historia y dejé que pasara un rato sin interrumpirlo, solo contemplando cómo sus ojos daban la vuelta hacia el adentro de sus recuerdos y removían cosas encenagadas muy al fondo de sí misma, de donde volvieron cansados, casi arrastrándose, para decirme con ellos que lo que seguía de su historia venía de muy lejos, de un lugar que había sido difícil hallar, me invitó con un gesto y su voz: ¿Le parece si caminamos? Es que aquí las paredes tienen oídos y, sacando la petaca, se dio un trago y me la extendió en silencio; yo miré asustado para todos lados antes de recibírsela y mandarme un sorbo con culpa por haberle aceptado sin problema, por estar donde estaba y porque ese trago era la llave que abría una puerta que no quería cruzar, pero socavé esos pensamientos en un segundo de mi cabeza, con una máxima que aplico siempre que me superan las ansias y caigo en la trampa que me tiendo yo mismo: Ya qué hijueputas, me dije, además no sé qué influencia ejercía en mí la presencia de esta mujer, que obligaba a su acatamiento y mi debilidad y, asintiendo en silencio, me di otro sorbo apurado y se la devolví y encendimos dos cigarrillos antes de arrancar siguiendo el camino que conducía al horno crematorio, y mientras caminábamos despacio continuó: Como le decía, estos personajes me contaron que lo que más les preocupaba no eran los

muertos que se quedaban en la morgue, porque todo el que coge la calle sabe que más temprano que tarde ese será su fin, y eso que yo indagaba era solo el desenlace presupuestado porque no solo no tenían familiares que los reclamaran, sino que nadie sabía quiénes eran en realidad, ni sus nombres reales, ni información alguna que permitiera conocer su origen, pues todos llegaban a la calle limpios de pasado, o porque no querían recordarlo o porque justamente ese pasado los había conducido a la calle, entonces se inventaban una historia, un nombre, una edad, una profesión que repetían a quien preguntara por tener algo de qué hablar, pero todos sabían que era mentira y con esa nueva identidad era con la que llegaban a la muerte, que acaba con todo, incluido el pasado, sin importar qué tan glorioso o astroso haya sido. Lo que verdaderamente preocupaba eran los vivos, los que como ellos seguían en la calle día a día porque los estaban desapareciendo, de la noche a la mañana dejaban de estar, cosa que tampoco era rara por su misma condición, pues muchos decidían irse para otro sitio, otros morían o los mataban y unos muy pocos se rehabilitaban; eran los riesgos de la calle, pero un día alguno de ellos vio en un periódico de los que recolectaba en las basuras la foto de un compañero al que habían dejado de ver hacía días y leyó que supuestamente lo habían dado de baja en combate en una operación en una comuna de la ciudad y supo que era mentira porque aunque nadie conocía su historia todos sabían que era incapaz de pertenecer a ninguna banda u organización criminal por su marcado desgaste, su propensión a la droga y su inminente locura, entonces se corrió el rumor y, aunque esta es gente de calle sin interés para la mayoría de la sociedad, no son idiotas y a través de los chismes dedujeron que lo mismo había

ocurrido con otros compañeros, que se borraban abruptamente de la calle para aparecer después sindicados de crímenes contra el Estado; todos eran dizque guerrilleros o milicianos; esta información me caló hondo, cómo era posible que el Estado hiciera cosa semejante, y picada de indignación le comenté a Miranda mi intención de indagar esos hechos a profundidad y le solicité su ayuda para contactar a gente del susodicho periódico, pero ella me previno sobre lo improcedente que era investigar ese tema, recuerdo que me dijo con esa tranquilidad alarmante que manifestaba con ironías cuando algo le desagradaba No ves que si apareció en ese panfleto amarillista es porque nadie quiere ahondar en eso, ese periódico no sirve más que para ablandar aguacates y recoger la basura y quienes desaparecieron a esa gente lo toleran porque hace parte del mismo mecanismo de desaparición controlado por ellos, porque quien aparece ahí desaparece para siempre enredado entre reportes fugaces y espeluznantes diarios de los que nadie se acuerda la jornada siguiente, mejor no busqués lo que no se te ha perdido, mirá que, si a alguien de verdad le importaran esas personas, habrían aparecido en los titulares de los grandes medios que controlan los que imponen las noticias y son quienes dirigen las búsquedas de lo que les interesa mostrar y guían las pérdidas de lo que quieren ocultar, entonces dejate de bobadas, pero yo era empecinada, soberbia e ilusa y, como le dije antes, creía que estaba salvando el mundo cuando en realidad estaba intentando demostrar que el agua moja, entonces le hice una pataleta a Miranda y le dije que ella quería alejarme de mi vocación porque se sentía desplazada en importancia y una sarta de tonterías que ella recibió estoicamente hasta que abrumada me dijo que me iba a ayudar a contactar a la

gente del periódico, y gracias a los contactos de su padre nos abrieron las puertas de ese medio y nos dejaron ver cómo trabajaban, que tenían infiltrados en todas las dependencias del Gobierno, quienes chiviaban los muertos casi antes de que los mataran, conocían los legajos y expedientes secretos de la Fiscalía y la Policía y que cualquier información podía conseguirse pero tenía un precio, lo que para nosotras —o bueno para Miranda como ya dije — nunca fue un problema, y mientras yo estaba fascinada con el mundo de información que se abría ante mis pies, para ella en cambio fue como si todo su mundo, que era yo, se cerrara de golpe, porque al verme la cara supo que me había secuestrado la curiosidad, estaba obsesionada, quería saberlo todo sobre ese tema y de alguna manera lo hice. Conseguimos investigaciones que nadie se atrevía a publicar, reportes sepultados, denuncias traspapeladas y cientos de pruebas de lo que hacían con las personas de la calle, cómo los raptaban y los presentaban como bajas para, luego, desaparecerlos, quiénes lo hacían y por qué, y sobre todo cómo operaban y dónde... Así fue como me topé con los desaparecidos de la comuna donde habita su amiga y con su historia y la de sus hijos, pero apenas empezamos a develar los secretos más finamente disimulados, porque están escondidos a la vista de todo el mundo — en ladrilleras, en escombreras, en cementerios como este y algunos sitios públicos—, los mismos que nos vendieron la información cobraron a otros la información sobre nosotras y empezó la intimidación, el chantaje, las amenazas, hasta que llegó el ataque directo. Una mañana, cuando bajábamos de la comuna a nuestra casa en el sur, nos interceptaron dos hombres en una moto en pleno San Juan, el parrillero se bajó, nos miró de frente y como teníamos

los vidrios arriba y las puertas aseguradas después de dar dos vueltas en derredor del carro buscando cómo meter algo adentro puso lo que parecía un libro envuelto en papel de regalo sobre el capó, volvió a la moto y arrancaron, fue la primera vez que sentí el terror real y empecé a comprender en qué me estaba metiendo. Miranda estaba pálida, pero a ella el terror no la entumece como a mí, sino que le activa un mecanismo de respuesta rápida y violenta, porque apenas arrancaron salió del carro gritando y señalando a los de la moto y tomó el paquete y lo arrojó lejos creyendo que era una bomba, volvió al carro por mi lado y me sacó abrazándome y ahí sí se soltó a llorar temblando, la gente no sabía qué pasaba, yo escuchaba en medio del shock que decían que nos habían atracado y cosas similares hasta que llegó la policía y después de interrogarnos recuperaron el paquete que había caído al otro lado de la vía y destapándolo con sumo cuidado y con un traje especial nos mostraron que contenía un sufragio de esos baratos con una nota escrita en letras infantiles o como si la hubieran escrito con la mano inepta: Cacorras hijueputas, sigan buscando maricadas y van a encontrar es la muerte suya y la de sus familiares. Esa noche no dormimos por andar hilando conjeturas con las que pretendíamos velar la verdad que ambas sabíamos, que ese recado era una advertencia de los mismos a quienes les estábamos descubriendo sus secretos y la confirmación llegó en la mañana cuando vimos que en el mismo pasquín que nos había abierto las rutas informativas de esos secretos apareció la historia de nuestro sufragio con una foto del carro y nosotras llorando abrazadas en la vereda, con nombres propios y todo, no les faltó sino poner la dirección de donde vivíamos, yo estaba aturdida porque no recordaba a ningún

periodista o fotógrafo en la escena y no tuve la malicia que a Miranda le sobraba para deducir lo que ella sospechó al instante: que los mismos policías habían chiviado el chisme porque lo que nos había pasado no alcanzaba a ser una noticia y que era otra forma disimulada de amenazarnos; querían que supiéramos que nos tenían detectadas, y que era mejor que no siguiéramos buscando, pero yo empecinada me negué a escucharla y lo que empezó como una pesquisa alentada por la curiosidad, la altanería y la molestia contra mi clase se convirtió a partir de ese momento en una rabia atroz. Le dije que ni por el putas iba a dejar de investigar y que no creyera que me iban a intimidar, que una buena periodista no se amedrentaba tan fácil, pero qué estúpida fui y qué perdida estaba con esos cuentos que nos meten en la universidad: Que la verdad es más importante que todo y que con la voluntad y el valor basta para hacer lo que uno se proponga: pura demagogia académica que la realidad destruye en un instante y no hay día que no me maldiga por haber creído esas tonteras y por no haberle hecho caso a ella… Y al terminar de decir esto se calló y, mientras rebuscaba otro cigarrillo y vaciaba lo que quedaba de la botella, vimos a lo lejos que la secretaria salía de la oficina con el bolso en la mano, lo que nos sacó del ensimismamiento silencioso en que estábamos y le grité a lo lejos No cierre, que tengo mis cosas adentro, y dirigiéndome a Lucía le dije Nos cogió la noche, ya hay que cerrar la oficina, pero si quiere podemos seguir hablando afuera y nos tomamos algo, ella bajó la mirada de donde estaba y con desgano me contestó sacudiendo el frasco vacío Está bien, porque esto ya se acabó, entré a la oficina y recogí todo en un santiamén, salí, me le arrimé a Lucía y caminamos en silencio el tramo que conducía a la entrada, hasta

que las vi, titilantes a mi alrededor, las luces que me helaban por dentro y me erizaban por fuera. Lucía percibió mi terror y acercándose a mi oído me dijo No se deje paniquiar: a mí en la comuna, entre los escombros, me pasó lo mismo: las veía todas las noches, yo creo que son los ojos de los muertos que nos miran desde su muerte con furia —aunque recuerde que yo estoy loca—, pero son inofensivas y cuando uno se acostumbra son hasta bonitas, no les tenga miedo, el miedo guárdeselo para los vivos, que esos sí espantan de verdad, y continuamos caminando en silencio hasta dejarlas atrás. En el portón me dijo Bueno, ¿a dónde quiere que vayamos?, pero yo seguía asustado y medio aturdido y no supe discernir si lo que me había dicho era una insinuación o un formalismo de los que usamos para mostrar amabilidad y, como nunca he sido bueno interpretando sugestiones y para no caer en malos entendidos como me ocurre casi siempre que hablo con una mujer guapa e interesante como me parecía ella, quien además no dejaba de intimidarme, le dije Si quiere vamos a un bar que queda allí no más, yo nunca he entrado pero desde afuera se ve tranquilo, ella miró a los lados incómoda y me dijo No sé, esta zona no me da confianza y está muy cerca de este sitio y su gente, que no me gusta, como tampoco me gusta este barrio, y se calló un par de segundos para continuar: Pero tampoco me gusta la ciudad ni estar hablando con usted y sin embargo aquí estoy, deben ser el trago y las ganas que mantengo de vivir borracha las que me ponen a hacer cosas que no quiero, entonces está bien, vamos a su bar, si se puede hablar, me parece bien, yo rematé: Créame que sé de qué habla, allá al menos podemos beber calmados, y caminamos en silencio las dos cuadras y nos sentamos en las mesas de la acera

donde se podía fumar, pedí dos tragos y en cuanto los trajeron recordé mi alcoholismo, pero desterré ese pensamiento por considerarlo contrario al ambiente medio amistoso en que estábamos y porque ya estaba picado por las ganas de beber, entonces tomé mi trago en dos sorbos largos que me ayudaron a terminar de ahuyentar mi prevención y me dije mentalmente que no era momento de cargos de conciencia ni de demostraciones de voluntad y que además la historia de esa mujer bien valía un par de copas. Ella tomándose el suyo dijo Creí que íbamos a beber en serio, pero bueno le sigo contando así lo aburra, yo le repliqué De aburrido nada, continúe por favor, Después del sufragio, pasaron a amenazas directas por Facebook: nos escribían varias veces al día que dejáramos de buscar, porque nos iban a matar, a violar, a cortar en pedacitos. Yo me fui acostumbrando a encontrar estos mensajes y ya ni los leía de lo muchos que eran pero Miranda sí registraba cada uno en una libreta con el nombre de quien lo escribía, obvio sabíamos que eran cuentas falsas, pero ella consiguió a un muchacho que sabía rastrearlas y encontró que todas estaban ubicadas más o menos en el mismo sector, ella decía que era contraespionaje medio en charla pero yo la notaba rara; ella tan vivaz se notaba recelosa y enseriada, en la calle vivía azorada y no le gustaba permanecer mucho en ningún sitio y miraba a la gente con desconfianza, incluso un par de veces se negó a ir conmigo a la comuna, arguyendo que estaba indispuesta, pero yo sabía que tenía miedo. Entretanto, yo seguí investigando y descubrí muchas cosas horribles, y conocí a muchas personas que buscaban gente, como su amiga, cada una con historias similares —aterradoras y difíciles—, que tenían en común, además de sus pérdidas, la dificultad enorme

en sus búsquedas, pues en este país desaparecer es facilísimo y encontrar al desaparecido es casi imposible no porque los hayan escondido muy bien, ni porque todo el mundo ignore dónde están, sino porque son tantos y está tan burocratizada la búsqueda que encontrar a uno implicaría encontrar a muchos y remover y desacomodar a tanta gente implicada en la desaparición, desde funcionarios grises como usted, bobos útiles, que en sus oficinas igualmente grises solo esperan el día del pago sin hacer preguntas ni contrariar a quienes los pusieron ahí, hasta los grandes prestidigitadores que mueven todo en las sombras y que son los verdaderos responsables de que haya un país de muertos desaparecidos debajo del suelo que pisamos y que sostiene el país de los vivos, Pero ¿por qué me mete a mí en ese costal? Usted no me conoce y no sabe lo que pienso ni cómo me siento trabajando en esto, pero como no nací en cuna de oro, le dije con veneno, tengo que llegar a fin de mes y llenar la nevera, por eso tuve que aceptar este puesto y porque nadie más me da trabajo porque soy un alcohólico rotundo y mis borracheras duran más que estos contratos, pero aun así yo quiero hacer algo, y ayudar a esa mujer me parece que puede ser el inicio, entonces ella, repelida con mi reacción, llamó al mesero con la mano y pidió media de ron y respondió Yo sí lo conozco a usted, es igual a todos los funcionarios que trabajan aquí y en todas las dependencias del Gobierno, pobres diablos que recurren al político de turno para que les dé un puesto a cambio de su servilismo, su silencio y, en muchos casos, su defensa, cambian sueldo por simpatía con la causa, y eso de ayudar es como intenta quedar bien consigo mismo por ser uno más de ellos, y es ingenuidad y desconocimiento, pero eso se quita con el tiempo,

tranquilo, que si algo tiene la corrupción es la capacidad de hacer maleable cualquier personalidad… A mí me dio rabia su respuesta por su insolencia, pero también porque no tenía cómo refutarla y me tomé un trago largo de la media de ron que habían traído, intentando mostrar un gesto duro y ella, encendiendo otro cigarrillo, me dijo No se lo tome personal que no es el único y mejor déjeme seguir contándole, además está la desinformación de la que todos participamos, creándola, replicándola, sosteniéndola y, en algunos casos, publicándola; los muertos en este país están mejor escondidos en las oficinas que en la tierra y se empiezan a podrir primero entre las montañas de papeles que entre las de escombros, por eso casi nadie tiene el ánimo para emprender tamaña búsqueda y el que se anima pronto se desanima cuando se encuentra con que el aparato del que venimos hablando trata a las víctimas como victimarios y a estos últimos como estrellas de cine: todo el sistema lo maltrata, le pone trabas, le impide, lo condena a ser doble o triplemente víctima, del victimario primero, luego del mecanismo y finalmente de la sociedad indolente que no tolera al reclamante… Ahí la interrumpí ya más sereno y ganado otra vez por su narración: Me dijo que había encontrado cosas horribles, ¿qué cosas? Se tomó un trago doble y sin mirarme me contestó Usted no quiere saberlo y yo no soy tan hijueputa para contarle porque sería cargarle un peso que usted no tiene espalda para cargar y a la vez volverlo peligroso, y lo que pasa es que a los peligrosos los matan: es mejor que siga siendo un bobo, entonces no me pregunte cosas tan serias y mejor siga preguntando bobadas, esa respuesta reactivó mi molestia, sin embargo, me hice el bobo pensando que no había manera de cambiar la percepción que ella tenía de mí y que, si me creía tan

tonto, era mejor parecerlo del todo para ganarme su confianza o al menos su tranquilidad, pues era más fácil confidenciar con un bobo que con un avispado y ella era demasiado prevenida, prevención que escondía una necesidad feroz de indulgencia a la que me apliqué enseguida diciéndole mientras servía dos tragos Cuénteme algo que me sirva para ayudar a la gente, a esa mujer o a cualquiera en su situación, No hay nada, dijo ella, que le diga a esa mujer que la pueda ayudar, yo ya le dije todo lo que logré averiguar sobre sus hijos, pero ella se niega a creer, porque está empecinada en que sus hijos están en el cementerio y así es muy difícil, yo de usted dejaría de tratarla porque lo va a meter en un problema gigante o lo va a enloquecer, a mí, por ejemplo, me metió en un lío tremendo que creo que fue lo que adelantó nuestro desenlace, le dije haciendo acopio de toda mi extrañeza ¿Cómo así? ¿Y qué fue lo que le dijo? Le dije dónde están sus hijos, me contestó molesta y se tomó su copa: ¿Y dónde están?, le dije yo, Pues, continuó, donde están todos los muchachos que capturaron ese día, debajo de una pila de escombros en la comuna, pero no en la pila donde está buscando el Gobierno para disimular dizque siguiendo las instrucciones del tal móvil S, uno de los desaparecedores más eficaces de su tiempo, ahora favorecido por el sistema, y que es quien guía la búsqueda más impostada y amañada que haya habido desde que se empezó a buscar, sino en otra pila más grande y más imposible, porque los mismos que los enterraron allá se cuidaron de construir con presteza unas torres de edificios bien afincadas en los huesos de esas personas para que no pudieran encontrarlos nunca o, bueno, encontrados ya están, pero para que no pudieran sacarlos nunca, ¿Y quiénes hicieron eso? Usted sí no, dijo, pues el mismo mecanismo

que gobierna y dirige todo, el mismo sistema del que venimos hablando, usted sí es muy ingenuo o muy bobo y así dizque quiere ayudar a la gente, ¿cómo?, ¿con qué?, ¿con esa ingenuidad? Lucía llenó de nuevo su copa y se la tomó y continuó: Las amenazas siguieron, constantes, pero yo ya no les prestaba atención, incluso le confieso que me hacían sentir importante, creía que si me estaban amenazando era porque estaba haciendo un trabajo transcendental y eso me impulsó a continuar y a publicarlo, ya no me importaba la tesis ni nada, me sentía la mejor investigadora del país, qué va, del mundo, incluso pensaba que iba a publicar un libro con mi investigación e iba a denunciar a todo el mundo… qué pendeja. Miranda, que conocía todo el proceso de cerca, me dijo en cuanto vio el texto que borrara todo eso de mi computador y me olvidara del asunto si no quería acabar muerta y yo me le emputé, le dije envidiosa y cobarde y tuvimos una pelea horrible en la que afloraron cosas feas y mezquinas de nuestra relación —lo que pasa cuando el amor se desgasta, que cualquier oportunidad de oprobio escala a la revelación de las fisuras de la relación y el mínimo estímulo muestra el odio y las rabias acumuladas durante el tiempo—; yo salí de la casa masticando bilis y me dirigí a donde esa mujer a la que usted quiere ayudar, la amiga suya del cementerio, de quien me había hecho muy cercana allá en la comuna porque ella dirigía o estaba entre las dirigentes de un grupo de personas que le reclamaba al Gobierno por sus muertos y del cual la echaron cuando perdió la razón, pero en esa época ella nos acogió, nos indicó cómo era el trabajo allá y nos presentó a todo el mundo, y la gente la respetaba y la quería y como yo no conocía a casi nadie aquí en la ciudad y no quería volver a nada a donde mi familia, me fui para donde ella y le

conté todo lo que sabía y la pelea con Miranda y ella, que parecía tan comprensiva, lo que estaba era afilando el oído para lo que le interesaba, porque distorsionando mis palabras se fue al día siguiente, cuando yo me devolví para la casa, a un canal de televisión y le afirmó a una periodista de mierda ahí que yo, con mi nombre y foto, sabía dónde estaban un montón de desaparecidos y, peor aún, que yo tenía pruebas de quiénes los habían puesto ahí, con nombres propios también. A mí se me cayó el mundo encima cuando esa nota salió al mediodía, me reventaron el teléfono y el correo con llamadas y mensajes y Miranda, que no estaba cuando yo llegué, se devolvió de donde fuera y abrazándome me dijo que nos habíamos montado en la hijueputa y así fue. Yo en medio de la confusión y muerta de rabia más que de miedo porque se me había tirado el trabajo de mucho tiempo llamé a esta mujer y le reclamé por qué había hecho semejante barbaridad y me contestó que para ver si yo me animaba a contarle la verdad, ya que no tenía nada que perder, porque sus hijos no estaban donde yo le había dicho, sino en este cementerio porque ellos se lo habían dicho en un sueño y que yo no quería contarle a ella ni a nadie toda la verdad. La insulté y le dije que la hacía responsable de todo lo que me pasara y ella serena pero con la voz de la locura que le nació o yo le descubrí ese día me contestó A usted no le va a pasar nada porque usted está cubierta por los mismos que desaparecieron a mis hijos y, si le pasa, bien merecido se lo tiene por alcahueta de esa infamia y me colgó, y de alguna manera tenía razón: a mí no me pasó nada físicamente, pero a Miranda sí. Después de sortear como pude el mar de llamadas y mensajes devenidos de esa noticia, nos sentamos en la cama a pensar qué hacer, cuando me entró una llamada de mi mamá, con

quien no hablaba hacía tiempo, y me dijo que me fuera para allá, que era una orden de mi papá y que necesitaban cuadrar todo para sacarme del país, yo le dije cualquier cosa y le colgué, entonces me llamó mi papá para ordenarme que me subiera para la casa inmediatamente, que él me iba a enviar a Estados Unidos mientras se calmaba todo, tenía una voz de preocupación que no le conocía, lo que reforzaba la gravedad de las cosas porque sentí que no estaba enojado —un estado y un tono de voz que me sabía de memoria—, sino triste y ansioso, pero le dije que yo estaba con Miranda y cuando me contestó que no importaba, que nos ayudaría a las dos, ya no solo era alarmante sino seriamente peligroso porque en mi casa la rechazaban completamente y desaprobaban nuestra relación, entonces le respondí que cuadraba unas cosas y al otro día subía y hablábamos, y él me dijo que no, que teníamos que irnos al instante, pero no le hice caso —otro de los errores que repaso cada día—, en vez de eso, empacamos dos mudas de ropa y nos fuimos para una finca en Girardota donde vivían unos amigos de Miranda que estaban de viaje y a donde íbamos regularmente cuando nos queríamos desconectar del mundo porque ella tenía llaves; allá estaríamos resguardadas de periodistas e inquisidores y definiríamos mejor qué hacer, pero cuando salimos, nos encontramos con que afuera de la urbanización había periodistas y fotógrafos esperándonos, los esquivamos y nos largamos, yo estaba aturdida, seguía preguntándome por qué esa mujer había hecho eso y Miranda conduciendo me dijo que no la culpara, que no era mala intención, al menos no contra mí directamente, que la impotencia de esa pobre mujer tomó la cara de una de las múltiples formas que nos obliga este país: la del rencor contra todo lo que provenga del

Estado: en este caso, yo representaba la clase que ella consideraba era la misma de los que manejan el Estado asesino que le mató a sus hijos y que como tal no solo los mató y desapareció, sino que ahora se —y por ende me— negaba a informarle de su paradero, que ella había preferido matar al mensajero por considerarlo parte del mecanismo que aceptar el mensaje, y llorando de la rabia, casi a los gritos, le dije Pero si le dije la verdad de dónde están sus hijos, y ella con tono conciliador me dijo En este caso no importa la verdad, sino lo que ella cree que es verdad: la realidad de este país y quienes lo manejan la llevaron tanto al extremo que necesitó crearse otra realidad paralela en la que sus hijos son inencontrables para poderlos mantener vivos en su cabeza a través de su búsqueda y así prefirió enloquecerse buscando que encontrar la verdad: que se los mataron y se los emparedaron en un túmulo de desperdicios, no la culpés a ella… ¿Entonces a quién?, le grité, entonces ella me dijo que, si necesitaba encontrar un quién, ella me recomendaba el plural, porque los culpables somos todos los que avalamos directa o tangencialmente este estado de cosas, ellos con su mentalidad asesina y corrupta y nosotros con nuestra indiferencia insolente y amañada, cuando no amangualada, que no hemos hecho ni hacemos nada para impedirlo, y que debía estar pensando, porque conocía mi ingenuidad buenista y bienintencionada, que nosotras develando sus secretos estábamos haciendo algo pero no, investigar lo que investigamos solo nos sirvió para quedar bien y tranquilas con nosotras mismas e incrementar nuestra vanidad, que es lo mismo que intenta hacer usted con su supuesta ayuda, así que, como le dije ahora, denunciar no cura el daño, ni siquiera previene daños futuros, tan solo alivia un poco la culpa del denunciante cuando se

siente tan culpable como nosotras, pero no ataja al malvado porque no es uno solo, la maldad también es plural, entonces no busque culpables que le alivien lo que está sintiendo, que eso no sirve para nada, ni siquiera para aliviar eso… Y yo pensé que la maldad es un cuerpo de múltiples cabezas que, como la hidra, en cuanto cortas una, aparecen otras porque la maldad no está en esa sola cabeza sino en el pensamiento del cuerpo que las reproduce y del cual todos hacemos parte, entonces ella interrumpió mis pensamientos: Miranda y yo no hablamos más durante el trayecto y muy poco en la finca, yo me tiré en una cama y ella cocinó algo que no pude comer y nos acostamos abrazadas y así nos dormimos sin saber que esa sería la última noche que pasaríamos juntas, porque a las tres de la mañana me despertó una mano sofocándome el cuello y al terror del ahogo se sumó la confusión de la realidad, una partida de hombres armados y encapuchados nos sacaron apercolladas y a estrujones de la cama, gritando que nos iban a matar por metidas, sapas y cacorras, nos tiraron bocabajo en el patio y, sin darnos tiempo de pensar siquiera, dispararon una ráfaga de fusil. Yo sentí que me moría, que ese era el final, y el pánico de la muerte nos ahogó los gritos porque, aunque mis recuerdos de esa noche son borrosos, sí recuerdo que ninguna de las dos gritó, después del estallido y de sentir que seguía viva solo retengo las risas malignas que estridaban en retirada gritando Perras hijueputas, no sigan buscando lo que no se les ha perdido, la próxima no va a ser de advertencia, y dispararon otra ráfaga, yo agaché la cabeza hasta que percibí a lo lejos el ruido de los motores marchándose y volteé a ver a Miranda y la vi tratando de incorporarse a medias, bañada en sangre y muda de espanto, me le acerqué gritándole que no se muriera y ella con

los ojos extraviados me señalaba su pierna izquierda, la sacudí para que reaccionara y ella boqueando y con esfuerzo me dijo La pierna, la pierna, llévame al hospital, que me estoy muriendo, me paré y fui corriendo por el teléfono y llamé a una ambulancia y volví a donde Miranda, que intentaba sobarse la pierna, y pude contemplar que la tenía destrozada por los balazos, llegamos al hospital con ella inconsciente y después de varias horas de cirugía el médico me dijo que había sido imposible salvarle la pierna y que habían tenido que amputársela… E interrumpió abruptamente el relato escondiendo la cara entre las manos, cuando volvió la mirada, vi que se le había desolado el gesto y guardamos silencio durante un momento que se me hizo muy largo, pero no era capaz de proponer una continuación, ella notó también la incomodidad y sacudiendo la cabeza de lado a lado como si quisiera ahuyentar el recuerdo me dijo Esto a palo seco es muy berraco, pidamos otra media de ron, y yo asentí sin pensarlo y ella llamó al camarero y encargó el pedido, seguimos sin hablarnos, solo encendió cada uno su cigarrillo, y cuando el mesero trajo la media de ron, nos servimos dos tragos y tomándoselo de golpe me dijo Nunca había hablado de esto con nadie y menos con un desconocido, pero se sintió bien sacarlo, además ya no me importa lo que pueda pasar, ya pasó lo peor, usted haga lo que le dé la gana, igual hace parte de esto, dijo señalando en dirección al cementerio, y empezó a repetir mirando al piso, como si yo no estuviera presente, ya no me importa, ya no me importa, hasta que levantó la cabeza y, mirándome, concluyó No sé qué hacer con mi vida. No sé por qué vine aquí, si solo quiero que me dejen en paz, y terminé contándole todo a usted porque llevo callando mucho tiempo y las palabras me apretaban, me estaban estrangulando de

adentro para afuera porque hablar sola no sirve, no desahoga; antes atrae la locura, créame, desde que pasó eso siento que me estoy enloqueciendo, no me hallo, me la paso hablando sola como si hablara con Miranda y, aunque sé que no está, me hago la loca y le cuento cosas y a veces me río y otras lloro inconsolable. Sirvió otros dos tragos que nos tomamos en cuanto cayeron a las copas y yo le pregunté ¿Qué pasó con ella? No sé, dijo, porque solo pude verla dormida por la anestesia con la pierna amputada y no fui capaz de esperar a que se despertara, sentía pánico de enfrentarme a ella, aproveché que mis papás habían ido al hospital y me fui con ellos y no volví a visitarla ni contesté sus llamadas; no sabía qué decirle, entonces me escondí con mis padres y les prohibí que me hablaran de ella o de lo sucedido: al principio me llamó muchas veces, imagino que extrañada por mi repentina ausencia, pero pronto desistió, supongo que cuando entendió mi cobardía y su desengaño se encargó del resto. A los meses supe por un amigo en común que se había ido del país con sus padres y, mejor, yo no soy quien ella creía ni a quien ella quería, desde que hui me di cuenta de que, por más que luchemos contra lo que somos, la vida se encarga de ponernos en nuestro sitio, y la verdad es que yo no soy más que una niña rica que se las dio de rebelde y atrevida hasta que se materializó lo que implicaba esa rebeldía, entonces me devolví corriendo asustada a la cuna de la que pretendía salir con mi insurrección, aun sabiendo que de esa cuna provenía todo el mal que juraba combatir… Volvió al silencio y sirvió otros dos tragos, agarró su copa contemplando el contenido sin beberlo y siguió: Hay dos tipos de personas chocantes en el mundo: los que creen que el mundo les debe algo y los que creen que le deben algo al mundo;

los primeros arrebatan con soberbia todo a su alrededor porque se sienten con derecho a hacerlo aunque no hayan hecho nada para merecerlo y los segundos son salvadores profesionales, en todo y en todos ven una oportunidad de redención porque sienten que son capaces de equilibrar con su prestancia y presencia el desequilibrio y la injusticia del universo que les otorgó el plato privilegiado de la balanza, pero del que nunca se quieren bajar y mucho menos pasarse al plato de al lado. Ambos son ególatras insoportables, los primeros, cuando no reciben lo que creen merecer, se vuelven resentidos y envidiosos, los segundos, cuando no logran la redención, se vuelven frustrados y viles, y yo pertenezco a los segundos o al menos pertenecía, porque ya no pertenezco a nada, y se tomó el trago, yo me tomé la mitad del mío y dije, por mantener la conversación y que no sirviera más ron, pues ya me estaba sintiendo prendido, lo que me incitó a tutearla: ¿Y por qué no la buscaste después o en este momento?, entonces me miró con una mezcla de rabia y lástima y, suspirando, me dijo Por lo mismo que no la esperé después de la cirugía y no la busqué en ese momento, porque no aguantaría su juicio, cuando las personas nos enamoramos mostramos nuestra mejor versión porque en el fondo lo que buscamos realmente es un testigo de lo grandes, hermosos, inteligentes y maravillosos que somos, pero esa versión es falsa o cuando menos transitoria, entonces al pasar el tiempo dejamos colar de a poco nuestra verdadera estampa y las sonrisas se vuelven silencios y los pedidos se hacen reclamos y el aspecto se va desluciendo hasta quedar en los huesos de lo que somos, pero ya el testigo está enamorado hasta de nuestros defectos e inventa atributos donde solo hay deficiencias para componer la imagen que

guarda de nuestro esplendor, así ya no la pueda atestiguar porque nuestros yerros le han quitado el rango de testigo y lo han degradado al de simple espectador de nuestras miserias; ahí es cuando todo se empieza a ir al traste, aunque todavía esté a un nivel tolerable, pero cuando el egoísmo y la cobardía son tan grandes como los míos, la persona que uno escogió para que fuera su testigo se convierte inevitablemente en su juez y, a pesar de que la amaba y la amo, eso sí no lo puede tolerar nadie, al menos yo no soy capaz de aguantarlo, como las ganas de mear que tengo en este momento y se levantó de prisa y fue al baño. Al regresar la vi cojeando, se sentó y seguimos tomando en silencio, cuando menos pensé nos habíamos terminado la media, entonces Lucía ordenó otra, y yo con el calor subiéndoseme a la cara le dije Nos vamos a emborrachar en un volión, ella hizo como si no me escuchara y continuó mirando su copa vacía, mientras se acercaba el nuevo pedido, le pregunté manteniendo el tuteo intencional que ella no parecía percibir ¿Y por qué no te hicieron nada ese día?, ¿por qué los tiros se los pegaron solo a ella? Ella esperó a que el mesero se retirara para contestarme Porque querían asustarme a mí, no matarme y porque mis papás son mis papás y los de ella son los de ella, ¿Cómo así?, ella haciendo un gesto achispado que delataba su embriaguez me dijo Usted sí es bien güevón y no entiende nada, yo la interrumpí Ah, ya pasamos de bobo a güevón, y ella con sonrisa lela de borracha dijo Es que ya pasamos las dos medias de ron y se rio con ganas, era la primera vez que la veía reír durante toda nuestra charla y la risa le salía bien, le lucía y se lo dije, pero ignoró mi comentario y volviendo a su gesto sombrío continuó: Pues que los padres de ella son ricos, pero no peligrosos, los míos, en cambio, son ricos y además peligrosos…

Y sirvió otra vez mientras escuchábamos que subían el volumen de la música anunciando con eso que el negocio se transformaba en discoteca perentoriamente en ese momento, cosa que me hizo pensar que después de tanto tiempo sigo sin comprender nuestras estridencias, esa exagerada necesidad de anunciar la felicidad a los gritos o con decibeles insoportables en la música, como si la felicidad necesitara anuncio: debe ser porque no la tenemos y opera eso de «dime de qué presumes y te diré de qué careces» porque la felicidad cuando se presenta y es genuina no necesita alardes ni fechas especiales, no se instala por decreto, ocurre y ya y es silenciosa y se disfruta en silencio mientras dura, porque también es pasajera y esquiva y tal vez por esas condiciones es que aquí necesitamos impostarla todo el tiempo con estridencias y jolgorios inventados e impuestos, que simulan el estado de bienestar que la felicidad otorga naturalmente, pero como cualquier otro simulacro termina convertido en un remedo torpe la mayoría de las veces, cuando no directamente en su opuesto, un estado de malestar mal maquillado eternamente, acunando violencias, aturdimientos y ebriedades que posan de fantásticas cuando son el nido de nuestros miedos y culpas amordazados y el germen de nuestra más brutal y perfecta infelicidad, por eso nuestras tristes fiestas no demuestran felicidad sino la búsqueda perpetua e infructuosa de ella… Lucía hizo un gesto de desagrado por el intempestivo bullicio y me dijo Vámonos de aquí, yo saliendo de mi introspección le pregunté ¿Y para dónde nos vamos?, ella afanada me dijo Para donde sea, pero lejos de aquí, entonces impulsado por la prenda y las ganas de seguir bebiendo y hablando con ella la invité a mi casa en la que podríamos conversar sin interrupciones y sin ruido y al tiempo que terminé de pronunciar

las últimas palabras pensé en lo inadecuado de mi propuesta, pero era muy tarde para retractarme y ella no pareció percibir ningún despropósito en mi invitación y terciándose el bolso me dijo Vámonos ya, pero antes paramos a comprar más trago y cigarrillos: parecía otra persona en cuanto bajamos a la acera, más jovial y desenvuelta, hasta me tomó de gancho para ayudarse a caminar y disimular su embriaguez y la cojera que le había notado en su ida al baño, que ahora era ostensible, por lo que le pregunté cuando paramos a esperar el taxi: ¿Por qué estás cojeando?, ¿te aporreaste con algo?, encendiendo un cigarrillo y sin mirarme me contestó A veces no soporto la pierna, como en este momento, empezó hace algún tiempo, me despertó una noche un dolor intenso a la altura de la rodilla como si me la estuvieran cortando y se incrementa al asentar el pie, un dolor fantasma lo llaman los médicos, que han buscado por todas partes el motivo y no han encontrado nada, al parecer todo está en orden por lo que dicen que debe ser psicológico, pero inventado o no, es insoportable cuando aparece y me obliga a estar medicada a veces, yo le observé la pierna con atención y contestó lo que insinuaba mi silencio y que no me atreví a preguntar: Sí, es la misma pierna que le cortaron a ella, la izquierda, por eso creo que no han encontrado nada, porque lo que me duele es la culpa y esa se esconde mejor y más hondo que los desaparecidos de este país, que son otro dolor fantasma: desde que me dijeron el nombre lo sentí apropiado, y, como ella no puede espantarme, me espanta su dolor en mi pierna, como si su parte muerta viniera a espantar la misma parte viva mía para recordarme lo mezquina y maldita que soy, porque hay dolores que espantan y el de la culpa es el peor de todos, le dio otra calada a su cigarrillo y

estiró la mano para detener un taxi… Cuando desperté y vi entrecortado el techo de mi casa, me palpitaban los ojos y cada latido agrandaba la imagen para luego achicarla; me restregué la cara un par de segundos mientras trataba de enfocar mi mente y recuperar de a poco mi sentido de realidad: estaba en mi cama, indudablemente, y solo, tragué saliva y el regusto agrio y rancio me fue devolviendo imágenes de la noche anterior… Recordé a Lucía y su recuerdo activó mi cabeza hasta el momento en que llegamos a casa después de parar en un estanquillo a comprar dos botellas de ron y cuatro paquetes de cigarrillos que ella pagó sacando efectivo de su bolso; luego, estábamos en la sala de mi casa conversando y brindamos por los amores idos, pero después no alcanzo a configurar qué pasó, no recuerdo nada del brindis en adelante ni lo que hablamos, ni cuándo se fue, ni cómo llegué hasta mi cama, ni por qué amanecí en calzoncillos y camiseta. Me incorporé para ir al baño y la pieza tambaleante me confirmó que seguía prendido, volví del baño y me senté en la cama, tratando de recordar qué había sucedido, fue inútil, busqué mi teléfono y le marqué a Lucía, pero en cuanto repicaba se colgaba como si rechazara la llamada o lo tuviera apagado. Miré a mi alrededor y vi que no había mayor desorden, por lo que deduje que había sido una farra mesurada, revisé la cama palmo a palmo buscando alguna huella que me diera pistas de lo que quería encontrar, que había pasado algo entre Lucía y yo, pero nada delataba la mínima traza de encuentro, ni siquiera parecía que hubiera dormido ahí, desterré entonces esa idea de mi mente pensando que mejor se lo preguntaba directamente cuando nos viéramos y encendí un cigarrillo que fumé y, cuando me encontré la botella de ron empezada el día anterior, sin pensarlo mucho me

tomé dos tragos largos directamente del pico y me recosté consciente de que con esos dos rones había comenzado una vez más la espiral decadente de mi debacle alcohólica y, como venía ocurriendo las últimas veces en que empezaba a beber, como si algo sobrenatural se lo avisara, me llamó mi madre al teléfono. Al darse cuenta de lo que ocurría por mi voz lerda y alterada, me ordenó que bajara inmediatamente a su casa, entonces colgué, me puse una pantaloneta y unos tenis y me acabé de tomar lo que quedaba de la botella mientras me dirigía a donde ella, al vernos me reconvino Te vas a tirar también este trabajo y tu vida, mirá que hace menos de dos meses te emborrachaste mal, ya cada vez son más frecuentes, mijo, hasta que te quedes sin estómago o sin vida, ¿esta vez con quién o por quién o por qué estás bebiendo? Sin saber muy bien cómo contestar esas preguntas, pues esas eran las mismas que yo llevaba haciéndome muchos años —los porqués de mis ingestas desaforadas de alcohol—, pero todas las respuestas que encontraba terminaban siendo excusas para mantenerme aturdido cada vez que la realidad se me hacía intolerable, cosa que, como decía mi madre refiriéndose a la borrachera, sí ocurría cada vez con mayor frecuencia, le dije la evasiva más socorrida que usaba últimamente: Má, la verdad es que yo dejé de beber hace quince años, solo que llevo también quince años recayendo, pero esta no va a ser como las otras veces, ya paré y por eso vine porque no quiero tomar más hoy, y por el trabajo no te preocupés, que el lunes voy a ir, pero yo creo a renunciar, entonces mi mamá puso cara de decepción para hablarle directamente a mi flaqueza: ¿Renunciar otra vez? Vos creés que todo se soluciona renunciando, yo entiendo que lo tuyo es un problema, pero tampoco veo que hagás nada por solucionarlo distinto a

renunciar a los trabajos cada vez que te coge ventaja el trago, o ¿fue que ya te echaron? No, má, le dije, no me han echado, es que ese trabajo es muy boleta y entre más sé de él, más jodido me parece y más inútil me siento y todo allá es enredado y duro y le conté por encima la historia de Lucía y lo que había conversado con ella. Mi madre escuchó interesada y al final me dijo Ay, mijo, mucho cuidado con esa muchacha, que por como habla de ella se nota que le gusta, pero no creo que usted le guste a ella, al menos no como usted quisiera y no lo digo porque tuviera una relación con otra muchacha sino porque todavía la tiene, ella todavía está enamorada de esa muchacha o lo que es peor: está enamorada de lo que era ella cuando estaba enamorada de esa muchacha y ahora que sabe quién es ella se desenamoró de ella misma, pero no de la otra muchacha, es decir —a ver si no fue muy enredado lo que dije—: sigue enamorada, pero para el amor se necesitan dos y en esa relación ella quiere mucho a la otra, pero no se quiere a ella misma, por eso, mucho cuidado, que esa muchacha se quebró y apenas está bregando a juntar los pedazos rotos y las personas remendadas se vuelven a quebrar al menor golpecito y usted es muy brusco; ahora sobre el trabajo, cosas duras nos pasan a todos y gente podrida y con poder es lo que ha habido, vea le cuento mientras le hago una aguasal de huevo para ese guayabo otra historia de espantos que no son tan espantos o bueno sí, pero que también habla de una pierna mocha y de gente puerca y con poder, la de la porquería esa del Patasola y de cómo finalmente murió, pero sobre todo de quién lo mató.

La Patasola

> «¿Por qué tu vista se obstina en contemplar ahí abajo esas sombras tristes y mutiladas?».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto XXIX, v. 46

«La puercada de Mario tenía de aparición el sobrenombre y que asustaba más que cualquier fantasma porque era malo como carne pasada: le decían Patasola, ese fue el que había perdido una pierna cuando el Guasca le pegó unos tiros después de una pelea, que la verdad fue más un accidente desafortunado de esos que en este barrio son tan comunes y terminan acabando hasta con el nido de la perra. Yo lo conocí poco antes de perder la pata, cuando vino a contratar a tu papá para un trasteo porque se iba de la cuadra para más abajo y ahí también fue que conocí a su esposa, aunque nomás la vi de lejos porque ese diablo no la dejaba asomar a la calle y todos sabíamos que le pegaba sus muendas y la trataba muy mal. Solo un par de meses después de que mataran a su marido pude hablar con ella, cuando venció el silencio resignado al que la tenía sometida y supe por su boca tantas cosas de Mario que ahora te puedo decir, porque vos no te acordás de él antes de ser Patasola, ¿cierto?, pero en esa época ni ella ni él se mostraban mucho por aquí, ella encerrada y él sí callejeaba, pero nunca por acá; salía temprano, volvía tarde en la noche y nunca saludaba ni hablaba con

nadie. Yo lo sentí pesado desde que lo vi, como una fatiga; tenía una figura maligna que daba miedo, o más bien era una mezcla rara de asombro y espanto, porque era distinto a toda la gente de por aquí y es que él no era de por estos lados; según supe después había venido de un pueblo en donde había ejercido de policía y debía ser verdad porque cuando se volvió lo que se volvió a esos muchachos que le servían los trataba como a cadetes: los entrenaba, les gritaba y los manejaba como si estuvieran en instrucción, al punto que muchos se le torcieron para el lado del Guasca porque no aguantaron su régimen y decían que, si quisieran ser maltratados, se habrían metido a la Policía de verdad o quedado al lado de sus padres porque, digámonos la verdad, papás responsables y de buenos tratos como el de ustedes no abundaban, diga si no; por aquí nos acostumbramos a maltratar y a hacer todo a la brava, por eso no fue raro que tanto muchacho terminara de bandido y el resto alcahueteándolos o cuando menos haciéndonos los de la vista gorda, porque una comunidad a la que no le abren la puerta de la sociedad después de mucho insistir por las buenas termina tirándola abajo a las patadas para poder participar y si ahora en estos barrios seguimos siendo restringidos imaginate en esa época, en que hasta en la geografía de verdad éramos los bordes y el rechazo era total… De manera que relegados como estábamos aprendimos a hacer todo con la rabia, que trae consigo la humillación constante y el repudio diario, desde conseguir el sustento hasta criar a los hijos», yo la interrumpí diciéndole Má, yo creo que la rabia es el sentimiento que impera en la entraña de este país; unos la portan de frente y la manifiestan en rabiosos actos —asesinan, roban, violan con y por rabia—, otros, que somos la mayoría, la cargamos igual de poderosa

pero agazapada, escondida entre los pliegues de la cotidianidad pero siempre punzante, asomándose furiosamente en nuestras jornadas de supervivencia: por eso se trabaja con rabia, se estudia con rabia, se come, se bebe, se vive y hasta se ama con rabia. País iracundo y brusco, que ante el mínimo estímulo ebulle de rabia y aun así hay gente que nos dice resentidos, descalificándonos, pues claro que lo somos si hemos sentido tantas veces lo mismo. Mi mamá me dijo «Tenés razón y la prueba viviente de eso que decís fue Mario: él encarnaba como nadie esa rabia, se lo veía furioso, mirando fosco a toda hora, agrio en el trato con nosotros y con su esposa. Te acordás que te conté cuando llegaron Leticia y Genaro que todos nos unimos para hacerles una cama, pues así éramos con todo el mundo, como fueron también con nosotros cuando aparecimos por aquí, gente de enojos duros pero amables en sus modales y solidarios, porque así hacíamos llevadera tanta rabia, dosificándola, sintiéndola de a poquitos entre todos, partiéndola en porciones pequeñas que cada uno pudiera soportar, sin acapararla porque quien acapara la rabia termina destruyéndolo todo, incluso, y sobre todo, a sí mismo; en cambio, por cuotas la rabia motiva, impulsa y a veces hasta resuelve y sus daños también son distribuidos y compartidos, y así intentamos acercarnos a Patasola y a su esposa, pero el tipo sí monopolizaba la rabia para él solo y no lo permitió nunca; si uno lo saludaba, le dejaba colgado el saludo en la jeta, si iba a la tienda o a coger el bus, pasaba empujando y objetando y jamás ofreció una disculpa, en vez de eso, si uno chistaba, le contestaba mal, refunfuñando y con algún insulto, que fue lo que pasó con Leticia y provocó la ira mala del Guasca, lo que desencadenó el tiroteo en el que perdió la pierna y por ahí derecho

su nombre, pero ahí mismo ganó su vocación y encontró su destino, y con este, el de mucha gente en este barrio que se llevaron esos dos por delante con su cruenta guerra. La cosa fue que Leticia, toda despistada, como vivía en esa época en que ya había empezado su naufragio, tomó el paquete que el revueltero le había empacado a Mario creyendo que era el suyo y salió con él en la mano para su casa, cuando fue alcanzada por ese zafio que percibió el error y le arrebató la bolsa diciéndole vieja loca y estrujándola y como Leticia era un suspirito andante se fue al suelo con el restregón y se raspó una rodilla, aunque no fue gran cosa, así que se levantó y ni siquiera se enojó porque todos sabíamos de los malos modos de ese bellaco, pero en un barrio de chismosos en donde medio mundo está pendiente de lo que hace el otro medio y, con mayor razón, si en esa mitad está la mamá de un bandido reconocido, pues algún lenguón vio la escena y se la trasmitió engrandecida al Guasca, que hirvió de rabia y ahí fue Troya, se vino ese muchacho poseído buscando al agresor para cobrarle a tiros la afrenta y lo encontró dirigiéndose a la esquina, pero, como entre víboras se entienden, Mario supo ver en el gesto del Guasca que su objetivo era él y haciéndole una finta logró esquivarle el primer ataque y devolverse para su casa, pero la atolondrada de su mujer no alcanzó a abrirle la puerta de inmediato, muerta del susto con el martilleo de los tiros y los gritos del marido en su entrada, entonces tardó unos segundos que Mario se demoró en entrar y cuando lo hizo ya le habían pegado como diez tiros en la pierna, lo último que resguardó, y así herido y arrastrándose fue por una metralleta que tenía y les respondió también a balazos en una refriega sonora y violenta que duró un par de minutos y trastocó la quietud aparente de un jueves cualquiera en el barrio, que después

de eso se volvió un campo de batalla sin cuartel, con muertos de lado y lado, porque después del tiroteo cada uno cogió y nutrió un bando para desplegar una ofensiva brutal contra el otro, y nos dejaron sumidos en una trinchera inverosímil que continuó durante unos meses brutales y que recuerdo como una época negra de azares y miedos constantes, pero ese día, cuando se calmó la disparazón, el Guasca se fue a reforzarse para volver a rematar a Mario, pero este o la mujer había llamado a un poco de hombres que en menos de veinte minutos llegaron por él en un carro grandote en el que lo montaron entre dos, bañado en sangre, mientras otros tres custodiaban el entorno, pistolas en mano y miradas azoradas de hienas en un corral de leones, mijo, esos tipos observaban como aguardando pero también buscando, como se mira al cielo en los aguaceros, como miran los policías y los sicarios… Y es que con el tiempo supimos que eran las dos cosas esa gente que nunca habíamos visto por el barrio, entonces cuando el Guasca regresó apertrechado hasta las ñatas encontró esa casa vacía porque con Mario también se llevaron a su mujer y creímos que ese había sido el fin del conflicto y del hombre, porque a decir verdad por el sangrerío y las condiciones en que lo sacaron parecía más muerto que vivo, pero qué va, la maleza es difícil de erradicar y si se arranca ahí mismito vuelve a crecer más fuerte y empecinada, que fue lo que hizo ese hombre; después supe que se lo habían llevado para un hospital militar porque resultó que sí era un veterano de la Policía, al igual que esos señores que vinieron por él, y que allá estuvo metido como dos meses, porque a pesar del estrépito de la sangre el día que lo trasladaron, todos los tiros del Guasca le pegaron solo en la pierna, que bregaron a salvar sin éxito, hasta que

tuvieron que amputársela. Me contaba la mujer que cada día hablaba de cómo se iba a vengar de ese muchacho y del barrio, porque nos cogió la mala a todos, bueno, en la mala ya nos tenía, pero ahora quería imponerse. El Guasca, al ver la casa abandonada, la tomó para sí y su séquito, se apoderó de los enseres y montó un centro de operaciones y una plaza de vicio en donde hacía regularmente unas fiestas estridentes y frenéticas que nos pusieron a trasnochar y a vivir en desvelo constante —por el ruido y el miedo cebado— y ansiosos por la inminencia de una desgracia; se volvió de una vez por todas el amo del barrio, pero le duró poco el reinado, porque a los dos meses se materializó el espanto recóndito que sentíamos cuando apareció Mario convertido en Patasola, andando con muletas y con el ñoco colgando, secundado por una horda de asesinos idénticos a él para reclamar su propiedad y el trono del barrio. Llegaron de madrugada, montados en un par de camionetas iguales a la que lo había recogido y armados hasta los calzones, disparando contra los que estaban en su casa: dicen que mataron a cinco muchachos a los que después desaparecieron y Patasola anunció a todo pulmón, entrecalando su voz con disparos al aire, que había vuelto para vengarse del Guasca y a poner orden en la cuadra y el barrio… Es llamativo cómo todos los que desordenan lo hacen arguyendo un orden, ¿no, mijo?, un supuesto orden que resulta ser todo lo contrario y que destruye un acomodo intuitivo y funcional que, aunque tambaleante, opera y permite cierto desarrollo, que fue precisamente lo que desarregló el supuesto nuevo orden de Patasola, pues dedicó sus días y esfuerzos a cazar al Guasca, al que no pudo matar el día de su arribo porque este se cuidaba de no permanecer mucho tiempo en esa vivienda y de no

amanecer nunca, incluso en las farras que hacían era el primero en irse, intuyendo, supongo, el posible desenlace que terminó dándose, porque entre fieras se conocen sus mañas, de manera que el patimocho habló con enemigos históricos del Guasca y otros nuevos que habían sido despreciados o golpeados por el hijo de Leticia y que aprovechando el establecimiento del nuevo regente temporal de la cuadra entraron en disidencia directa. En poco tiempo conformó un combo nutrido y temible con el que emprendió una voraz cetrería de su enemigo, quien, a su vez, invirtió lo que tenía en armas, con las que ejecutó nuevos robos que le dieron más poder y dinero, que supo repartir y con eso organizar otro bando igual de espantoso que su contrario: las balaceras y los enfrentamientos se nos hicieron habituales y los muertos caían de uno y otro lado. Solo en cabezas enfermas como las de ese par se puede creer que una matazón de vecinos en la flor de la juventud representa algún tipo de victoria, porque nosotros no veíamos sino derrotas; cada que un muchacho era asesinado, la familia o la cuadra asumían los daños, porque había que ver a esas mamás tiritando de dolor en cada entierro y a las que quedábamos, angustiadas, insomnes y espantadas a toda hora, pensando que en cualquier momento los tiros que sonaban alcanzaban a alguno de nuestros hijos, y no hablo solo de los que estaban metidos en la vuelta, sino de cualquiera, porque sus refriegas se daban en cualquier momento sin importar la hora ni el lugar y a cualquiera podían coger, es que ni siquiera tenían que estar en la calle, como le pasó a la hija de doña Vicky, a la que mató una bala perdida mientras estaba encerrada en el clóset de su casa, en el que la metía la mamá cada que empezaban las balaceras, diciéndole que era un juego de escondidijo para resguardarla —hasta el papá le

construyó una sillita mínima y una mesita chiquitica que cabían en su guarida para que jugara durante sus constantes cautiverios— y allá la alcanzó la muerte sentada jugando al té. La cosa se puso de verdad siniestra cuando Patasola, desesperado por no poder agarrar al Guasca y a sus más cercanos, empezó a capturar a los familiares para torturarlos y sacarles información y eso sí le valió el repudio general de todos nosotros, porque una cosa eran las maldades de ellos, y otra, que se metieran con la gente sana. Ese enfrentamiento llevó a que mucha gente del barrio huyera sin tener para dónde: desesperados por proteger a sus hijos, se iban de arrimados donde algún familiar o retornaban a sus lugares de origen, pueblos también invadidos de violencia que los recibían a las patadas cuando les iba bien o a balazos cuando ya tenían dolientes las tierras y casas que habían abandonado, que fue lo mismo que ocurrió con sus posesiones aquí en el barrio en cuanto se fueron: Patasola y el Guasca, cada uno por su lado, se fueron apoderando de un montón de viviendas que la gente dejaba desahuciadas y montaron en ellas plazas de vicio, parqueaderos y guaridas que después de sus muertes nunca retornaron a sus dueños. Para nosotros era muy jodido porque no había nada que hacer con eso. Después de vivir aterrorizados durante casi un año, cuando desapareció el Guasca estoy segura de que todos sentimos un alivio y aún más cuando el verraquito del Duende, en un acto de temeridad pero sobre todo de locura, mató a la puercada esa de Patasola y todos respiramos desahogados pero en silencio. En una de esas casas terminó viviendo Berenice, su viuda, pero los sucesores del marido la sacaron de la casa grande para montar en ella la plaza más nutrida del barrio y la metieron a un cucurucho chiquitico y derruido, en donde habían

matado dizque por sapos a una pareja de ancianos; ahí fue que nos hicimos amigas porque la necesidad la obligó a salir; la recuerdo muy bien yendo a la tienda por víveres sin saber mercar porque el esposo era el que la surtía, miraba todo y a todos desde abajo con recelo, tocaba las frutas en las canastas para luego devolverlas sin poderlas pagar, lo mismo hacía con la carne, preguntaba los precios de todas las raciones para decidirse al final por media libra de mortadela que era todo lo que podía pagar con los tres pesos que le dejó Mario por toda herencia, aunque dejarle es mucho decir, porque fue ella quien después de su muerte se los encontró esculcando una caleta que él tenía en el espaldar de la cama y que venía tasando desde su muerte, entonces hacía rendir esa plata hasta lo inadmisible, matándose de hambre en una agonía larga de arroces y untados de huevo y mortadela barata que ya veía aproximándose a un fin. Todos intuíamos su situación, pero ninguno se atrevía a abordarla por el recuerdo de su esposo y por su misma actitud recelosa y tímida como de ratoncito asustado, hasta que un día en que la vi repetir su rutina de miradas deseosas y preguntas redundantes en la tienda me le arrimé por detrás en el mostrador y aprovechando que tu papá me había dado lo del mercado semanal le dije al carnicero que le entregara una libra de tabla de res a mi cuenta: la mujer volteó y me miró destapando una mirada que no le conocía; se quedó pasmada cuando le entregué la carne y sin saber qué decir; como vi en sus ojos el estupor, poniéndole una mano en el hombro, le dije Tranquila, mija, que aquí la carne es escasa para todos y cuando la tenemos la compartimos, ella titubeó al recibírmela y me dijo gagueando Gracias, y con esa librita de carne tumbamos años de recelo y silencio que nos separaban como muros

infames y empezamos a hablar casi todos los días; nos veíamos en la tienda o en cualquiera de las casas, al principio la invité a nuestro hogar y se negó aduciendo pena —última herencia de su vida encerrada de casada en la que no podía salir ni intimar con nadie—, entonces yo me autoinvité a su casa, también porque tenía curiosidad por ver cómo vivía y si le podía ayudar de alguna manera y ahí descubrí que estaba tan en la inmunda como me imaginaba, pero mantenía cierta dignidad, pues su casa estaba limpísima y ordenada. En esa primera visita me enteré de que ella y Mario eran de Sonsón y que además habían sido primos segundos y habían estudiado juntos, que fue cuando se volvieron cercanos, y luego del colegio él se había ido a prestar servicio militar y ella lo esperó devotamente hasta que terminó y se matriculó en la Policía y ahí se casaron, después nos despedimos, pero como dejamos las historias empezadas —yo algo le conté de cómo fue que llegamos con su papá al barrio— le dije que las termináramos al otro día en la casa, que la invitaba a tomar el algo y como vio que nos entendimos aceptó y llegó como a las cuatro con unos panes de bolsa que sabrá Dios cómo hizo para comprar y que le recibí por decencia y por su esfuerzo y que, además, sirvieron para poner el tema que a mí me urgía y que ella necesitaba, el de su pobreza: le pregunté, tanteando, que si estaba trabajando y ella me dijo que no, que no sabía hacer nada, y yo le dije Mija, eso cuándo ha sido problema en este país para conseguir trabajo, si no mire nomás a los políticos, que más ineptos, inútiles y majaderos que esos no hay y ahí están dizque dirigiendo nuestros destinos, esos sí que son una caterva de buenos para nada, de manera que no se aflija y dígame más bien qué le gustaría hacer, en qué es buena o al menos qué no le choca,

que es lo mínimo que uno le pide a un trabajo: que no le disguste, entonces ella se quedó pensando y luego de un rato me dijo Yo creo que soy buena cocinando y además me gusta, al menos cuando hay con qué, yo le dije No se diga más, desde mañana mismo buscamos un sitio donde pueda cocinar y con eso solventamos lo del apuro económico y el desocupe, que eso nunca es bueno, mija, eso cierra la puerta de la confianza en uno y abre la de los pensamientos nocivos, la hace a una sentir que no sirve para nada y que depende de un hombre para todo, termina una viendo cosas de una misma y de los demás que no son, apenas dije esta última frase ella bajó la cabeza y cuando la levantó traía una mirada distinta, de intimidad abierta mezclada con gratitud, como si hubiera estado esperando el momento propicio para mostrar algo y esas palabras se lo hubieran dado, así que me dijo Ay, doña Luz, ya que hablamos de eso, yo creo que Mario se me está apareciendo, que me está espantando: casi desde el mismo momento en que lo estaban matando, le juro por Dios, que lo vengo sintiendo… Ese día, fue una sombra que se me atravesó en el patio y luego el sonido de las llaves con que anunciaba su llegada, seguido de su característico cojeo, un paso fuerte con su única pata y otro suave de sus muletas, los tenía tan escuchados que hasta sabía cuántos eran de la puerta a la cocina —diecinueve sin falta— y ese día los escuché y los conté igual que hacía siempre, incluso volteé para decirle cualquier cosa y me quedé helada cuando no lo vi: me fui corriendo hasta la puerta, lo busqué por todas partes a ver si era que se había escondido o qué, cuando tocaron la puerta para decirme que lo habían matado. Con los trajines que siguieron no volví a pensar en espantos ni nada y, cuando al fin lo hice, creí que había sido un presagio o una

premonición, que he escuchado que le pasa a gente cercana al muerto cuando lo van a matar y eso me tranquilizó, pero después del entierro me siguió pasando, dos o tres veces al día escucho ese sonido de las llaves seguido del traqueteo de sus pisadas disparejas y también he visto muchas veces una sombra que se desplaza por la casa como queriendo insinuarme algo, no ve que así descubrí la caleta que tenía detrás de la cama, porque ahí se perdía la sombra, y que es con lo que he estado viviendo este tiempo, pero nunca más me volvió a indicar nada, cada que se me aparece la persigo y esculco en donde se desvanece pero no encuentro nada, también pensé que era por la casa y por eso hasta me alegré cuando esos dizque amigos suyos me sacaron de allá, incluso deseé que se les apareciera a ellos y no los dejara disfrutar de esa casa, pero al parecer el espanto me quiere joder es a mí, como lo hizo en vida y me persiguió hasta este rancho y me sigue atormentando con su cojera y su rastro humoso… ¿Será que me quiere decir algo, doña Luz? Será que ese berraco necesita algo mío para descansar en paz, aunque yo creo que ese nunca va a poder descansar tranquilo con lo malo que fue. Yo le escuché toda la historia y le contesté Ay, mija bendita, hay gente que ni muerta deja de joder, que pareciera que su misión en esta tierra y en la otra es impedir la tranquilidad de los demás y entre más cerca los tenemos mayor la infelicidad, ella me interrumpió para preguntarme Pero usted me cree, ¿cierto? Y le respondí Le creo, mija, y además estoy segura de que la quiere atormentar y que necesitamos ahuyentar esa presencia para que usted pueda rehacer su vida y vivir en paz, porque yo estoy de acuerdo en que alguien como su marido no puede y no debe alcanzar la paz nunca porque fue mucho el daño que hizo, ella puso

la mirada arrodillada como pidiendo perdón en nombre propio y de su difunto, sabedora de lo real de mi afirmación, y dijo pasito Sí, doña Luz, Mario fue muy malo, pero no siempre fue así: antes del Ejército era un muchacho amable, conversador y creo que hasta noble, de buenas intenciones, me miraba con ternura y en cada visita me llevaba un regalito, panderos, chocolatinas, bobadas pero para un muchacho sin papá que se mantenía trabajando haciendo mandados eran un esfuerzo enorme y yo se lo agradecí enamorándome de él, nos hicimos uno y, como además estudiábamos en el mismo grupo, nos manteníamos todo el tiempo juntos y fundamos una relación bonita que me permitió conocerlo a fondo y saber su historia familiar, que fue terrible: no sé si ya le conté que su papá y mi mamá son primos, por lo tanto nosotros también en segundo grado y, por esa cercanía, mi mamá ya me había relatado parte de su historia: que el taita de su papá, es decir su abuelo, era una bestia que les daba unas tundas con pringamoza mojada a los hijos y hasta a la esposa y solo les hablaba a los gritos para transmitirles esa bestialidad que supieron recibirla y engrandecerla con odio hacia él y con el resentimiento propio que los obligaba a cobrarse las ofensas recibidas por el padre en los hijos cuando los tuvieron, por eso Mario solo recordaba de su padre las palizas y gritos que fueron alimentando su propio rencor desde niño, hasta que lo mató la guerrilla y ese rencor se transfirió a los asesinos a pesar de que lo lógico habría sido que la muerte de su padre le hubiera dado tranquilidad y sosiego de sus palizas y malos tratos, pero el odio no entiende de lógicas y contrario a esto su muerte lo inundó de más rabia y aborrecimiento por todo lo que representaban, odio que mantenía escondido en la vida cotidiana

conmigo, pero que aparecía cada que los mencionaban: se transfiguraba con la sola mención de la guerrilla al punto de descomponerse cada que oía algún rumor de su presencia cercana al pueblo, por eso, apenas tuvo la edad se enlistó, aunque sería mejor decir que se regaló al Ejército, con una sola idea fija en la cabeza, tal como me la dijo en nuestra despedida: Matar hasta el último de esos hijueputas. Durante los dos años en que estuvo en el Ejército mantuvimos una correspondencia fluida, le mostraría las cartas que guardé mucho tiempo porque eran bonitas, hasta que un día él me las descubrió y las rompió con rabia como si estuviera celoso de su yo del pasado; en ellas me decía que me extrañaba, que soñaba conmigo y otro montón de dulzuras, y que apenas saliera nos casaríamos, como en efecto sucedió, pero el hombre que salió de la guarnición y con quien me casé no era el mismo del que me había enamorado: en cuanto nos dieron la bendición se transfiguró en el Patasola que ustedes conocieron y mi amor infinito se transformó en pánico total. En el cuartel lo obligaron a hacer atrocidades que él me contaba afligido en las pocas treguas que le daba al maltrato, cuando se emborrachaba para aplacar su necesidad de herir a quien tuviera alrededor; era un caso raro el suyo, contrario a su padre y su abuelo, que cada que bebían lastimaban y por eso se mantenían borrachos, Mario, en cambio, cuando bebía era manso y, si no dulce, al menos más sereno que de costumbre, y a medida que se embriagaba iba entrando en terrenos de confidencia con intimidad y ternezas que no se permitía de ordinario, hasta que caía en la nostalgia rotunda y me contaba sus cosas negras, como él las llamaba, y yo lo sentía cercano al hombre del que me había enamorado, por esas noches supe de sus entrenamientos en los que

florecía un sentimiento de humillación, con el que cargaba desde niño por cuenta de su padre, que lo sometió a tratos brutales e inhumanos, recuerdo cuando me contó que siendo muy chico se consiguió un perrito de mascota: que un día que salió a hacer un mandado el animalito se le pegó con esa facilidad que tienen los necesitados de encontrar iguales e identificar carencias gemelas y que es como los pobres nos hacemos a mascotas y los solitarios a compañía y Mario era las dos cosas, se hicieron amigos, y, como conocía la brutalidad de su padre, se las ingenió para esconder al perrito en el solar y llevarle comida que rapaba de la cocina y sacarlo solo en las noches, tarde, cuando su papá estaba durmiendo o cuando estaba en la calle hasta que un día fue sorprendido por el viejo, que regresó temprano de sus correrías y medio borracho, y pensando que lo acabaría a palos de la rabia que supo verle en la mirada alcoholizada corrió a esconderse detrás de la poceta desde donde contempló cómo su padre agarraba al perro con una mano y levantándolo al aire le descargó tres martillazos en la cabeza con la herramienta que había agarrado a su paso y que el animal apenas alcanzó a replicar con un leve chillido antes de ser fulminado por los golpes, después de lo cual su papá fue hasta donde estaba escondido y sin mediar palabra le arrojó a su mascota a los pies y se adentró en la casa, mientras Mario pugnaba por no desatarse en llanto frente a su amigo muerto y no provocar una ira peor del asesino, que sospechaba se habría traducido en una paliza fenomenal, eso, haber conocido el odio, el sometimiento y la impotencia de esa manera lo cambió, no ve que yo que viví con él y le conocí sus honduras, le digo que no había nada peor para él que se le acercara la sensación de humillación, la posibilidad de

repetición de ese sentimiento le creó una inquina tal que era capaz de presentirla y reaccionaba mal, con ira, con violencia, porque hay gente que no sabe vivir abajo ni en bajada y él por no dejarse bajoniar se imponía con fuerza y fiereza… No lo estoy defendiendo porque era un maligno, un malo de verdad, con ganas, pero se lo cuento porque no sé qué hacer con mis pensamientos con respecto a él, pero yo creo, mi señora, que el día del asesinato del perro Mario se volvió un monstruo sin saberlo, que convivir con la monstruosidad de su padre lo monstruorizó a él; era eso, someter, brutalizar o vivir sometido y, como le tocaba vivir subyugado por su padre, aborregado en su dominio, se impuso sobre el resto del mundo, pues no conocía otra manera de vincularse distinta a la rabia, ni siquiera conmigo; al principio yo lo sentía incómodo cuando manifestaba sus dulzuras y creía que era falta de costumbre al empalago, pero en realidad nuestro noviazgo fue corto porque rápidamente se fue al Ejército y la relación a distancia era de extrañar y desear de manera que no supe bien quién era él hasta estar casada y ahí fue que fui descubriendo que su molestia con la ternura no era incomodidad y desacostumbre, como pensaba, sino incapacidad, por eso supe que me quería, a pesar de todo, porque se esforzaba por calar en una horma que no le iba, se intentaba acomodar, pero era como verlo medirse un traje diez tallas mayor, hasta que un día dejó de intentarlo y simplemente se acopló a su medida y carácter y dejó fluir su monstruosidad aun conmigo, aunque después de un tiempo cambió ese aun conmigo por el sobre todo conmigo, y ya no me quedaron de él sino los untados que salían en las borracheras. Sé que no fui capaz de dejarlo por miedo, pero todavía en las noches antes de dormirme me pregunto si ese

miedo no era la forma más cómoda de excusar el amor que le tenía y que quizás es lo que verdaderamente me obligaba a permanecer a su lado, vaya una a saber; el amor es una cosa tan rara e impredecible que, si no lo hubieran matado, estaría con él y sus malos modos… La conversa ese día estaba buena y me reveló algunas cosas de esa pareja tan dispareja, porque Berenice por lo que dejaba ver era una mujer tranquila, pero no parecía sumisa, así siempre hubiera estado sometida a su esposo. Era raro: no cabía duda de que una mujer que manifestaba entereza y una amabilidad sorprendente en el trato fuera a la vez la misma que se dejaba encerrar y domeñar por ese hombre; yo había creído que me iba a encontrar con una persona sin estima y avasallada, no con la vital y curiosa mujer de la que me hice amiga y más ahora que yo estaba picada por la curiosidad de conocer a fondo su historia y por ahí derecho la de Mario, entonces, apenas se fue de la casa, hablé con las vecinas para conseguirle trabajo donde Yogui, un familiar de doña Lía que tenía una cafetería-restaurante en San Cayetano y conseguimos emplearla, pero no como cocinera, sino como mesera, que no era lo ideal pero era lo que había y que ella aceptó encantada, porque me dijo que con eso no solo solventaba sus penurias económicas sino que además salía de su casa e intentaba reanudar la vida que había interrumpido cuando se casó a los veinte años, al principio tuvo que esforzarse mucho porque trastear almuerzos requiere su destreza, pero la adquirió a los pocos días y, como era vivaz y amable con los clientes, pronto se ganó la estima de estos y, con ella, la del jefe, que le fue delegando otras funciones en el manejo de la caja menor y la negociación con los proveedores. Durante ese tiempo nos veíamos poco y de afán pero yo seguía

picada por la intriga y quería que me siguiera contando de su vida y por eso la convoqué a un algo uno de sus días de descanso, aprovechando que tu papá se había ido de viaje y se los había llevado a ustedes dos con él, dejándome solo al niño, con el que me bandeaba a las mil maravillas. Llegó pasadas las cuatro y, después de comernos unos bizcochos y pan con quesito que ella había traído, nos sentamos a hacer lo que más nos gustaba y nos unía: recordar el pasado para volverlo pisado, como dice el dicho, aunque eso no se consiga nunca porque el pasado es lo que nos sostiene este presente, le inquirí sobre su esposo donde lo habíamos dejado la vez pasada y me dijo Se me insinúa porque lo sigue haciendo y yo ya me estoy acostumbrando a esa como presencia, a ese rumor que constantemente me acompaña e incluso algunas veces ya hasta le hablo… ¿Será que me estoy volviendo loca?, yo le dije que nada de eso y ella continuó: Como le digo, a veces pienso en él con rabia, pero a medida que pasa el tiempo creo que lo que más me producen su recuerdo y su historia es pesar; él sufrió mucho desde niño y más cuando ingresó al Ejército, donde encontró a otros tan malvados como él o quizás más y su tendencia al mal se potenció. Me contaba en sus cartas dulces que sus superiores eran hombres horribles que gozaban con el sufrimiento ajeno y encontraron en los novicios el objetivo realizable de su perversidad: los sometían a entrenamientos infames que remataban en golpizas y castigos espantosos ante la mínima equivocación; los ponían a sostener pesadas piedras con los brazos extendidos al sol canicular del mediodía en Puerto Berrío, que ya es un infierno sin entrenamiento, entonces figúreselo así; eso me lo decía entre frases llenas de cariño y a mí me daba tanto pesar que me daban ganas de ir por él y arrancárselo a esos desgraciados,

por eso cuando volvió lo quería más que cuando se fue, pero, como vine a saberlo después, no era amor sino pesar y ternura lo que me despertaba, aunque quien regresó ya era otro, a mí no me importó e intenté quererlo bien, teniendo en cuenta los traumas que deducía de sus cartas, pero se fue transformando en ese ser hosco e intratable; al principio solo fueron gritos e insultos hasta que llegó a lo físico; no solo me estrujaba cada tanto sino que nuestra vida sexual pasó de un descubrimiento amoroso y sensual intenso que a mí me gustaba, con una intensidad que se volvía brusca y era rica, a un punto en que más que un encuentro sexual parecía un enfrentamiento o incluso una agresión, porque yo no participaba de los ataques, solo los recibía. Por esa época quedé en embarazo y ahí sí que se complicó todo, porque la idea de ser padre le cayó remal, y yo ya estaba sometida y era poco lo que me permitía preguntarle, por eso me volví experta en interpretar sus gestos y en suponer sus opiniones; yo creo que de tanto estudiarlo puedo decirle que le tenía pánico a la paternidad, porque su molestia no era de desagrado sino de susto y en eso de alguna manera lo compadezco; me figuro que no quería repetir su crianza en otro, y lo creo también porque una vez borracho, mucho tiempo después de perder al bebé por una hemorragia que me dio sin motivo aparente —porque en esos días no me golpeó, ni hice ningún esfuerzo, ni hubo ningún incidente que lo propiciara, simplemente se me vino el niño y ni los médicos pudieron encontrar causa alguna, pero ahora que lo pienso creo que, como dicen, las cosas pasan como tienen que pasar—, esa noche que le cuento me dijo llorando Yo sí habría querido conocer una pinta mía, a la final eso me habría quitado tanta rabia que mantengo por dentro, yo lo habría querido y tratado bien para que no le pasara

nada y para que me quisiera desde chiquito y nunca sintiera rabia, miedo, ni odio por mí, pero la realidad fue que cuando supo que íbamos a ser padres se puso horrible, más de lo que ya era, hay quienes no saben enfrentar ningún sentimiento que los haga vulnerables, y prefieren transformarlo en el que tengan más a la mano o con el que se sientan más cómodos y el suyo indudablemente era el odio, y su manifestación más palpable, la rabia, a toda hora estaba malacaroso y sin hablarme; si antes hablábamos poco en ese momento sí fue cuando reinó el silencio y desde ahí empezó a quedarse hasta tarde en la calle, tanto que el día que me dio la hemorragia casi me muero porque cuando llegó yo llevaba más de tres horas tendida en el suelo del baño desangrándome y sin un aliento, y me salvé de milagro… Pero vamos a tener que dejar la historia hasta aquí porque, aunque estoy en día de descanso, la esposa de mi jefe me pidió que fuera a arreglarle las uñas y pues no puedo negármele, y además ella es querida y me da una liguita que nunca cae mal. Nos despedimos prometiéndonos reanudar la conversa, lo que conseguimos casi un mes después, afuera en la acera de la casa, cuando salió un día temprano del trabajo: esa vez entre tinto y tinto me contó que Mario se le había sentado en la cama, que al principio creyó que era otra sugestión de las tantas que mantenía desde su muerte, pero esta vez la curiosidad le ganó al miedo y, en vez de arroparse hasta la cabeza como hacía cada que sentía su presencia o su olor tarde en la noche, resolvió prender el foco y acostarse de nuevo y vio cómo el borde de la cama se hundía idéntico a cuando se sienta alguien de carne y hueso; al principio sintió algo de espanto, pero ganada por la curiosidad como estaba y cansada de tener miedo toda la vida

decidió hablarle: le dijo Mario, si necesitás algo mío, hacémelo saber, buscate la manera de comunicármelo que yo te ayudo para que podás descansar. No encontró respuesta verbal alguna, pero me dijo que sintió un frío abrigador por todo el cuerpo y que por primera vez en su vida hubo paz, una serenidad nunca antes experimentada, casi una plenitud y con eso perdió todo temor, y que desde esa noche venía percibiéndolo más cerca, incluso estaba más cercana a él de lo que estuvo en toda su vida conjunta; le gustaba tenerlo cerquita y tranquilo, yo le dije que me alegraba de que ya no tuviera miedo y al notar Bere que yo le hablaba normal me confesó que tenía prevención de contármelo por temor a que la considerara loca, y aprovechó para relatarme otra de las confesiones que Patasola le hiciera en una de sus borracheras: me dijo que un día había llegado pasado de tragos y que apenas traspasada la puerta de la casa se había emperrado a llorar y no paraba de repetir que había visto al niño, ella acercándosele con un pañuelo de papel para limpiarlo le preguntó que cuál niño, imaginando que se refería a una proyección de su recién malogrado embarazo y quería escuchar cómo se imaginaba el hombre a un hijo suyo, él se congestionó aún más en llanto, pero era un llanto nutrido como si quisiera vencer su mal interior llorando, yo creo que como deben llorar los malvados cuando nadie los ve, ella lo dejó estar hasta que sintió que puso un dique a su derrame y sirviéndole el último trago de la media que traía consigo escuchó que le dijo quedito Vi otra vez al niño, ella aguardó la confesión que él continuó después de ingerir el guaro: El niño que maté a patadas, lo miraba ensangrentado y con ojos fijos sin decirle nada, aunque él sabía que se lo estaba diciendo todo, ella pensó que era un delirio producido por el alcohol pero viendo su gesto vencido

y la hondura de su tristeza propició el relato preguntándole ¿Y dónde lo viste? En todas partes y a toda hora, yo creo que vive dentro de mí y quiere enloquecerme para cobrarme la muerte que le di, estaba chiquito y yo no quería matarlo, pero era él o yo porque, si no cumplía la orden, seguro me mataban y no fui capaz de incumplir, fui un cobarde ¿Y cuándo lo mataste?, le preguntó, Ayer u hoy, no recuerdo, en el Ejército, contestó él meneándose la cabeza como si quisiera sacudirse el recuerdo y la confusión, ella no sabía qué pensar, si era la locura del trago o si era un recuerdo genuino, después de un rato de silencio dijo al aire, mirando a la nada, Yo creo que cada día lo mato y vuelve a revivir para no dejarme en paz, y yo vuelvo y lo remato y él vuelve a renacer, yo creo que quiere molestarme, enloquecerme: esa es su venganza y quizás debo matarme para poder matarlo definitivamente, ella dejó que hablara sin volver a intervenir, él bajó la cabeza y cuando abrió los ojos de nuevo los tenía inyectados de rabia que dirigió a ella tratándola de puta y mala mujer, nunca le acabó de contar la muerte del niño, que ella fue deduciendo a pedazos, y como lo mortificaba tanto, debió de ser una muerte atroz, pero me dijo ese día que estaba segura de que esa fue una más de las monstruosidades que hizo en el Ejército, y aunque a él le gustaba decir que lo habían obligado, ella creía que lo que pasó fue que le impulsaron su maldad, encontró gente idéntica a él y por eso cuando acabó el servicio se metió de policía, para continuar ejerciendo su perversidad legalmente, es que, mijo, qué puede haber mejor en la vida que poder vivir de la propia corrupción, encontrar un trabajo en el que lo que toda la vida le han dicho que es malo sea bien visto y además que lo alienten a ser todo lo crápula que se quiera y, como si fuera poco, le paguen por eso, de

ahí que su vida se viniera abajo cuando tuvieron que huir del pueblo y dejó la institución, tampoco supo bien qué fue lo que los hizo irse —y fue juntando piezas del rompecabezas que fue su vida—; un día llegó embarrado de sangre hasta la cara y con movimientos desesperados le indicó que se vistiera rápido y que echara en una maleta dos chiros, que se largaban, y ella le decía entre los afanes que le explicara qué había pasado, que para dónde iban y él solo la apuraba más hasta que se plantó y le dijo que sin saber para dónde ni por qué ella no arrancaba y el agarrándola fuerte del brazo le dijo Para donde sea pero ya, porque nos van a matar, y así fue como llegaron aquí, huyendo; aunque él recibía dinero cada mes quién sabe de dónde, demás que de los mismos que después vinieron a juntársele cuando lo de ese muchacho el Guasca, pues eran un montón de militares matones similares a él… Entonces, aprovechando la mención del hijo de Leticia, le pregunté a boca de jarro: Oíste, Bere, ¿qué pasó con ese muchacho? ¿Cierto que Patasola lo mató y lo desapareció? Pues, doña Luz, contestó ella, usted sabe que yo no conocí bien nada de la vida de ese hombre y que a duras penas me sé los retazos y lo conozco más ahora muerto que cuando viví con él, pero nada raro, mi señora, lo único que le puedo decir es que él sí le tenía mucho miedo y lo odiaba a muerte, tanto que cuando empezó la trifulca en serio y él salió del hospital empezó a tirar perico duro para ahuyentar el miedo que le producía ese muchacho y cada que se periquiaba cambiaba el terror de sus fantasmas que lo atormentaban con el trago por una sobradez fingida con la que era valiente y no le tenía miedo al Guasca, pero apenas se le bajaba caía en una especie de paranoia y temor que solo lo vi así con ese pelao, y por eso mandó a venir a todos esos

matones, porque supo que solo no le podía y por eso me imagino que, amangualado con ellos, en cuanto tuvo oportunidad lo mató y lo desapareció, y sabe qué, aprovechando que hablamos de eso, yo creo que ahí fue que Mario se descocó del todo; cuando se le mezclaron tantas cosas, los fantasmas de su pasado, la maldad de su presente, el miedo a su enemigo y la rabia por todo, si a eso le suma el consumo de cuanta cosa le cabía, que lo ponía en estados que variaban de la euforia a la congoja profunda en un segundo, le digo que se había vuelto una bomba de tiempo; cuando lo mató el Duende estaba a punto de colapsar, estaba errático y malhumorado y cuando desapareció el Guasca, que una pensaría que se iba a tranquilizar, fue todo lo contrario: se volvió peor, como si se le hubiera acabado el impulso que lo mantenía cuerdo, ahí sí se tiró a la farra dizque celebrando, pero yo que lo viví sé que lo que estaba era embolatando a todo el mundo para que no se le notara la locura y podérsela achacar al trago y al vicio, pero andaba remal, desvariaba y alucinaba constantemente, vivía en otro mundo que debía ser terrible porque decía ver al niño ese y luego lo confundía con nuestro hijo no nacido y después hablaba del papá y lo mezclaba con el Guasca y los insultaba o les pedía perdón; estaba loco de verdad y, además, esos tipos que vinieron dizque a ayudarlo rapidito se le insinuaron como competencia y querían quitarlo de en medio, o eso era lo que él decía, pero como estaba tan paranoico, vaya uno a saber, pero decía que le querían quitar la plata y las cosas, como en efecto ocurrió cuando murió, pero igual eran plata y cosas que él le había quitado a otra gente y esa sí gente buena, no como él, que todo lo que tuvo lo consiguió a la mala, incluso a mí. Yo creo que, si no lo mata el Duende, lo habrían matado sus

compinches o él mismo, porque nadie resiste tanta demencia punzándolo a diario a uno porque el problema suyo no tenía que ver con su posición y cargo del presente, ni con su futuro que, como el de todos los que se dedican a lo suyo, es incierto y sobre todo corto, sino con su pasado y ese sí era jodido. Jodido, mija, recuerdo que le contesté, ¿no cree, mijo?, que el pasado para muchos es como tener una cadena atada al pie; por mucho que intenten correr, si no logran romperla, no pueden avanzar, antes bien se quedan en su sitio, pero en vez de adelantar se hunden, es como una carga pesadísima que lo va hundiendo a uno y, por más esfuerzos que se hagan por salir, lo único que se consigue es ahondar en el hueco. El pasado es estar atado a una viga con un bulto de cemento encima y con una cadena atada al pie y cada avance que uno cree dar no es sino una perforación más honda hasta que lo tapa a uno y aprende uno maneras de avanzar hacia abajo… Sabe qué, doña Luz, acabo de recordar que me dijo ella: ahora que le digo a usted lo de las cadenas, últimamente se me aparece su sonido arrastrando unas cadenas, al principio logró asustarme; me la pasé buscando el origen del sonido porque a su presencia ya estaba acostumbrada, pero no supe relacionar las dos cosas de una y creí que se me habían metido a la casa, pero luego entendí que era él mismo quien las arrastraba y me tranquilicé, usted debe pensar que yo estoy loca, yo le dije Ay, mija, dígame quién en este barrio no lo está, y si su locura es por percibir un fantasma que además era su marido, pues déjeme decirle que usted es la más cuerda de todas las locas que conozco, incluso que las que nunca han visto un fantasma, ella se quedó mirándome y me dijo Es que ¿sabe qué? Ahora lo siento como más cercano, como si en la muerte se hubiera mejorado, como si al fin

tuviera la paz y la serenidad que le faltaban en vida y yo mal que bien me casé enamorada y creo que de alguna manera lo sigo estando y más ahora que todo lo que me disgustaba de él, que era su vida, ya no está, hasta se me está mejorando en el recuerdo porque he decidido solo mantener conmigo los pocos momentos buenos que tuvimos, pero esto solo se lo cuento a usted porque creo que comprende, parece que lo estoy limpiando o indultando, pero no es eso, además, que no creo que nadie pueda hacer eso y menos delante de tanta gente que dañó, y de verdad que era malo, pero eso es lo peor de uno vivir con un maligno, que sus actos son tales que no hay manera de sacar lo bueno de esa persona quizás porque no tengan nada o porque su conducta es tan atroz que borra a cada instante cualquier acto de benevolencia; yo porque sé que está tan muerto como el ayer y necesité de esa certeza para poder verlo con ojos más indulgentes, porque sé que no puede volver a seguir dañando, pero de verdad que desde su muerte no me he vuelto a sentir sola como me sentía en su vida, y diciendo eso se quedó callada un rato al cabo del cual se despidió y, aunque nos seguimos viendo de vez en cuando, nunca volvimos a tratar el tema a profundidad, cuando más una mención sin importancia, sin embargo, cuando la vi retirarse me quedé pensando en cómo esa mujer logró finalmente ganarle la partida al siniestro de su marido que, pese a lo que ella sostenía, yo estaba segura de que se había quedado espantándola para atormentarla, porque hay seres tan siniestros que ni siquiera la muerte ennoblece, pero ella sí, con nobleza verdadera, logró vencer la perfidia de esa puercada que por más que se hubiera esforzado con los recursos que tenga en su mundo fantasmal no consiguió instalar en ella el terror como forma

de sometimiento, la única manera que tuvo siempre de relacionarse con ella, y ella, sin saberlo, logró finalmente su liberación a través del amor infinito, que hace que perciba cualquier envión perverso de él ahora como un acto de afecto, y ahí sí se jodió él, porque dio con una mujer impermeable a su perversidad, al menos a la que puede ejercer desde su muerte: le va a tocar aterrarse a sí mismo para siempre. Ese debe ser el fin último de todos los canallas, cargar eternamente con su infamia a cuestas, arrastrando las cadenas de su siniestro pasado, espantándose con su infernal chirrido, aterrándose a sí mismos por ser ellos mismos, hasta el fin de los tiempos». Con ese remate de la historia mi madre logró distraer mi necesidad de alcohol y la incertidumbre por Lucía que me venían atacando y como no quería pensar en eso le pregunté para mantener mi mente atajada: Má, ¿cómo fue que mataron a Patasola?

El Duende

> «Blasfemaban de Dios y de sus padres, y de la especie, y del lugar y el tiempo, de la simiente de que habían nacido».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto III, v. 120-123

Hay familias de muchos tipos, conformadas de maneras diferentes: están las naturales, que se dan por la sangre, simplemente se nace en ella y por ontogénesis se comparten atributos y ADN; están las que se crean por vínculos férreos como el de la amistad, que requieren trabajo y dedicación para mantenerse; y están las que se forman aleatoriamente, casi sin querer, obligadas por la convivencia, y, por lo tanto, sus vínculos son endebles y su permanencia transitoria, porque ante el menor estímulo se desbaratan, cuando alguno de sus miembros decide formar una familia de sangre o encuentra mejor otro grupo humano en el que hacerse gregario. La de Daniel, el Duende, era de estas últimas, al menos en apariencia, porque con el tiempo y los sucesos que acontecieron se demostraría que nada es fijo y que no hay vínculo más férreo e importante que el que los seres humanos logramos imponer por la fuerza del afecto y la voluntad. Después de terminar la historia de Patasola y ante mi pregunta por su muerte, que su relato dejaba en punta, siguió mi mamá: «Detrás de las mangas del liceo, había un callejón que conducía a un lote bordeando una quebrada que se fue poblando

como invasión por gentes desplazadas del campo y que todos conocíamos como la Vecindad, por el programa del Chavo del 8, pues era similar al patio que veíamos por televisión en su constitución y aspecto, casas y piezas desperdigadas y pobres, en las que se hacinaban familias irregulares y personas solas que huían de la violencia, con la calamidad pisándoles los talones, y llegaban a instalarse al garete en habitáculos que se sostenían de milagro porque mi Dios es muy grande. A ese tierrero desprolijo llegó Daniel, a quien, por su aspecto, desde que entró por el callejón apodaron el Duende, porque de verdad se parecía a uno, al menos a la idea que se tiene de ellos, chatos y feos, gruesos y con las facciones como talladas por la mano de un artesano inexperto y descuidado, pero sobre todo pequeños, y Daniel sí que lo era, era casi un enano; aunque sus miembros eran proporcionados, eran demasiado reducidos, sus manitas parecían de esos bonsáis de cactus: eran pequeñas, espinosas y rudas y sus pies apenas si cabían en unas zapatillitas de primera comunión, que conseguía en almacenes especiales del centro en los que también compraba sus pantalones y camisas, por lo que parecía siempre un viejo preadolescente el día de su sacramento, con decirte que solo le faltaba el cirio pascual, dando una impresión contradictoria porque su atuendo era de niño sacramental, pero su cara y su actitud eran las de un viejo zorro curtido en tratos. Arribó solo y arisco, sin hablarle a nadie y como teniendo sabido lo que debía hacer; se instaló al fondo del callejón en un terrenito cerquitica de la quebrada y de inmediato levantó cambuche con cuatro palos y dos plásticos que consiguió entre los que serían sus vecinos, a quienes había anunciado con su voz infantil y ronca, como de niño resfriado, Este va a ser mi terreno y

no quiero problemas con nadie, y sacando una navaja abierta del bolsillo continuó: Pero, si alguien los quiere, es mejor que sea de una vez, porque no me voy a dejar sacar de aquí, como todos los que habitaban esa posesión estaban en similar situación y era una época jodida en que la gente entendió que por la mala se conseguían más fácilmente las cosas y todos se habían adueñado de sus lotes de forma análoga, nadie le dijo nada y antes le brindaron los palos y el plástico con que levantó su toldo. Como todo el mundo, aprendió a abastecerse con agua de la quebrada que arriaba en una caneca medio partida recuperada de un basural y se alumbraba con velas, pero así, precario y todo, fue montando un rancho que con los meses y la ayuda de los vecinos se fue transformando en casa, de tablas y zinc durante los primeros años y luego, cuando prosperó un poco su negocio de lectura de cartas, tabaco y manipulación de yerbas, de material que le fue metiendo hasta que la levantó fuerte y bonita con servicios de agua y luz eléctrica. Casi desde el momento mismo de su arribo empezó a trabajar: cuando entre las conversaciones desprevenidas de recién llegado con los vecinos se enteró de la enfermedad de Nandito, el hijo menor de don Chepe y doña Marta, que padecía un asma atroz y terca que lo mantenía amoratado y rasguñando aires que se le hacían esquivos, Daniel fue a verlo y fue él mismo a conseguir eucalipto, tomillo, llantén mayor, malva y una raíz de regaliz con los que compuso una bebida con miel y una cucharada de ron que aliviaron al niño y le otorgaron a su benefactor un oficio y respeto entre la comunidad, de la que empezó a hacer parte activa, pues los vecinos quedaron deslumbrados por su conocimiento y prodigalidad para compartirlo, y él, aprovechando su recién adquirido rango, se

promocionó con toda como yerbatero, brujo y adivino y montó negocio, que pronto le otorgó fama y una nutrida clientela de pobres y dolientes, porque en un barrio de menesterosos como este no hay negocio mejor que aquel que venda un poco de esperanza así sea en forma de potingue milagrero o de rezo empecinado, porque ante la falta de soluciones reales uno necesita creer en prodigios que ayuden a soportar el hecho de haber nacido pobres y aniquilados. A Daniel nadie le conoció el pasado porque nunca habló de él y tampoco se le conoció familia distinta a la que fue formando con los vecinos de su terruño, que cada vez lo apreciaban más, aunque siendo sincera era un aprecio como de lejos porque con él todo era así, a la distancia; era un hombrecillo extraño, como guardado de ser completamente él, como a medio camino de todo, no solo su cuerpito diminuto sino también sus obrares, entonces hablaba poco y sin profundizar en nada, trataba a la gente como de afán siempre, puntual, al grano y lo mismo con los sentimientos, se notaba que quería a la gente de la vecindad y ellos a él, como me contó doña Miriam que fue su vecina de enfrente, pero era un amor como rudo, sobre todo con los niños, a los que regañaba constantemente por sus trastadas, eso sí, no toleraba que nadie fuera de sus padres les hablara mal o les pegaran: fue famosa la vez que cascó a un maestro de la escuela porque le había pegado un reglazo por desobediente a uno de los niños de la vecindad, entonces el Duende lo esperó a la salida y, sin que el profesor se percatara de su ínfima presencia, le saltó a la espalda y lo puñeteó desde ahí trepado, como un morral justiciero; el pobre hombre no sabía ni cómo defenderse de la arremetida de golpes que salían de su espalda, hasta que cayó al suelo, en donde Daniel le surtió un par de patadas

mientras le decía una de sus famosas ironías antes de arrancar corriendo: Eso es para que aprendás a meterte con gente de tu tamaño, perro hijueputa, si volvés a reglear a un muchachito, tené por seguro que te mato, hijueputa, la gente no dijo nada y nadie se rio por pesar del maestro, pero fue bastante cómico ver al Duende ahí trepado surtiendo a ese señor como un monito tití rabioso. Con Daniel la vecindad llegó al límite de su capacidad, pero si algo caracteriza la escasez, paradójicamente, es el desborde. Después de él llegaron otras tres familias a instalarse al pie de la cañada y estas fueron recibidas con hostilidad creciente; la primera era de una pareja embarazada, huida de Peque, que levantó recelo entre la comunidad, que no quería más gente estrechando lo ceñido, pero fueron tolerados por la condición de la mujer, sin embargo, cuando llegaron las otras dos familias, emigradas de una vereda de Tarazá y con un total de tres hijos entre las dos, con el agravante de tener un acento distinto y un color de piel más retostado, los vecinos montaron en descontento…», yo seguí la cuerda del cuento de mi mamá en mi pensamiento porque no hay nada que encumbre más a un miserable que la contemplación de otros que estén un poquito más abajo que él, aunque el escalón sea ínfimo, aunque los que los mantienen ahí no lo vean y los agrupen como iguales, para este, que sí nota el desnivel, esa pequeña escala es la piedra del Peñol y encuentra en su salvaguardia el motivo imperioso para ejercer el odio contenido que acompaña su condición de miserable, y creyéndose el enmendador de las injusticias generales ataca con fuerza al que está por debajo, sin comprender que ese no es otra cosa que un escalafón un poco inferior en la escalera enmierdada por el desagüe de los que están por encima y de la que también él

hace parte, entonces mi mamá siguió narrando: «Ay, mijo, a los pobres nos queda más fácil odiarnos entre nosotros que juntarnos para odiar en conjunto a los que nos hicieron odiarnos, por eso siempre ganan los mismos las elecciones. Así que, cuando las cosas estaban a punto de llegar a lo físico y en la mirada de los vecinos se traslucía el odio en todo su esplendor, y en la de los arrimados se manifestaba ese mismo sentimiento acompañado de otro más peligroso que vuelve cualquier situación límite, el miedo, apareció el Duende con su figura poquita, colándose entra las piernas de los agresores y con su voz de flauta ahumada dijo A ver pues, cuál es la maricada, esta pobre gente no tiene pa dónde ir, porque los echaron de lo suyo, y ¿nosotros, que llegamos igual y por los mismos motivos, los vamos a tratar así?, ¡no jodan! Y diciendo esto se hizo del lado de los recién llegados, plantándose frente a sus amigos, quienes viéndolo así rebajaron la agresividad y relajaron la mirada de esmeril, y sin embargo, la situación se mantenía tensa hasta que don Efrem, que comandaba la acometida, le dijo Hombre, Daniel, usted tiene razón, esta gente está jodida, pero nosotros no somos hermanitas de la caridad y como usted bien lo sabe aquí no hay espacio o ¿dónde se van a instalar, ah? El Duende ripostó de inmediato Eso es lo de menos, don Efrem, si el problema es dónde, que se instalen en mi casa mientras tanto, que a mí me sobra una pieza. La multitud, al escuchar la solución que planteaba el yerbatero y que él creyó transitoria, solo para disolver el problema —pero que los días y luego los meses y después los años la demostrarían permanente—, y viendo que un problema que consideraban de todos el Duende lo había comprado solo para él, aflojó la tensión y todos resguardaron el odio para después y se

dispersaron retornando a sus casas y oficios, dejando al benefactor con diez personas a su cargo y sin saber qué hacer con ellas ni dónde meterlas. Se los llevó para su vivienda y les dijo que se instalaran en la pieza de atrás, que él utilizaba como depósito de hierbas y cachivaches; en medio día y entre todos la desocuparon e intentaron instalarse, pero, por más que quisieron, las dimensiones eran imposibles: lograron acomodar tres colchonetas en las que cabían máximo seis personas, así que los otros cuatro por disposición de Daniel se tomaron una esquina de la sala donde apostaron dos colchonetas viejas. De un momento a otro, la casa otrora holgada para una sola persona se veía en calzas prietas para acomodar tamaña multiplicación de gente y portes. El hombrecito no dijo nada porque su corazón, a diferencia de su cuerpo, era grande y amplio, pero sí sintió la estrechez como un desacomodo que lo llevó a retirarse de su casa antes de que la asfixia que sentía bullendo en su pecho le cortara la respiración, pretextando comprar algo para el almuerzo salió a la carrera para la calle y fue a la tienda de Lucio en donde, antes que nada, pidió una cerveza para aclarar la garganta y su mente y poder pensar con claridad el lío en que se había metido; a esta le siguieron otras dos y luego un par de guaros que, contrario a su intención primaria, no aclararon su mente, antes bien engordaron la nebulosa de sus pensamientos, haciéndolos aún más confusos. En esa borrachera fue que lo conocí bien, aunque yo ya lo había visto, pero nunca habíamos hablado. Aquel día fui como siempre a comprar lo del almuerzo y lo vi con la mirada absurda de los bebedores, bamboleando sus piernas recortadas que no alcanzaban el piso, montado en una silla del mostrador demasiado alta para él, como si lo hubieran puesto ahí, y, cuando me dirigí al

revueltero para pedirle cilantro, el Duende me dijo con una sonrisa Cámbielo por perejil, misiá, que es mejor para la visión y para el crecimiento, yo sé por qué se lo digo, yo nunca comí perejil pero sí mucho cilantro y vea cómo quedé, y los dos nos reímos; yo había escuchado de sus conocimientos sobre hierbas y que era muy consultado, pero me daban miedo esas cosas aunque también una curiosidad la berraca y viendo que él me había conversado aproveché para preguntarle un par de bobadas sobre la suerte y el futuro y él ni corto ni perezoso —bueno, corto sí pero no perezoso— se soltó a conversar; debió ser el licor porque luego de ese encuentro sus pláticas fueron lacónicas y parcas, pero ese día fue como si hubiera estado represando las palabras para luego dejarlas salir en tropel; me contó de su familia antes del barrio, pues era oriundo de Segovia y su madre había sido una yerbatera de renombre en la zona que lo había malparido después de intentar abortarlo múltiples veces y decía que por eso había nacido pequeño y maltrecho, que siendo muy niño lo dejó al cuidado de unos vecinos mientras hacía una vuelta en Medellín y nunca regresó por él, y que se volvió un estorbo para esos señores que lo trataban como tal, haciéndole sentir que no valía nada y que por su tamaño y edad no servía ni para jornalero, por lo que con seis años decidió devolverse para su casa y vivir solo, y ahí fue que encontró unos libros de su mamá y un montón de agendas de esas que regalan en las empresas a los empleados garrapateadas de dibujos mal hechos de plantas y con apuntes temblorosos de su madre, por lo que se empecinó en aprender a leer porque creía que interpretando esos signos quizás descifraría la incógnita del abandono y podría entender sus porqués, así que él mismo fue a la escuela del pueblo y pidió

admisión; la rectora se compadeció y lo recibió y fue quien lo amparó durante su niñez… Se llamaba Orfa y era una señora muy mayor y, según sus palabras, tal vez la única persona a la que realmente había querido; le enseñó a leer y escribir y lo mantuvo en su escuela hasta que murió, cuando él terminaba quinto de primaria, grado máximo que pudo alcanzar en la academia, pero que le bastó para su cometido: poder leer los libros y las anotaciones de su mamá y ahí supo a qué se dedicaba ella, se internó tanto en su lectura que pronto adquirió el conocimiento que cifraría su destino y le permitió sobrevivir, porque la gente supo de su pericia como yerbatero y además confiaban en la herencia de poderes y como con la fuga de su madre el pueblo quedó huérfano de prodigios y sortilegios, que es como los pobres solventamos la esperanza y mantenemos el mínimo optimismo que la realidad se empecina en contradecir, le cayó encima su profesión: empezó a recetar menjunjes y a hacer rezos, que aprendió de memoria de tanto repasarlos en las hojas desgastadas de las agendas y, como al parecer eran efectivos o al menos sustituían o aplazaban calamidades con placebos —porque a veces lo único que la gente tiene para mantenerse en pie es una mentira y se aferra a ella con tanto anhelo que la verdad verdadera se destiñe a su lado y pierde relevancia, pues lo importante no es la verdad sino la fe que logra que otorguemos a un afuera arcano lo que siempre estuvo adentro de nosotros mismos cubierto por capas y capas de ignorancia y superstición—, en poco tiempo reemplazó a su madre en oficio y jerarquía en la región, hasta que como todos los pueblos de este país el suyo fue objetivo militar de los pérfidos que en esta tierra abundan y fue tomado primero por la guerrilla, que estuvo apostada

matando y mandando diez días, sin que nadie hiciera o tan siquiera dijera algo, tiempo durante el cual para divertirse consultaron al enano hechicero y este no tuvo más remedio que atenderlos sin adivinar, pese a sus poderes, que esas intimaciones definirían su futuro, porque al mes de que se fueron los guerrilleros, entraron sus enemigos, los paramilitares, que eran igual de dañinos o más y se resolvieron por acabar con cualquier auxiliador de sus contrarios y, como él había sido el nigromante oficial de aquellos, no faltó la jeta envidiosa o simplemente mala que lo sapeó y, si no es porque uno de ellos que había estudiado con él cuando niños y fue quien lo bautizó con el remoquete de El Chirringo, como le decían en su pueblo, le avisó que lo iban a matar, no nos habría salvado el Duende de la Patasola, pues una vez enterado, Daniel cogió los trapos y los dos pesos que tenía y se fugó para al final enterarse de que el amigo que le había avisado era el mismo que se había quedado con las cuatro paredes endebles y mal levantadas que eran la casa que le había dejado su madre y su única posesión en el mundo. Vagó por muchos pueblos intentando hacerse a la vida y entablarse con su oficio, pero siempre e inevitablemente terminaba huyendo asediado por los paramilitares, que emprendieron una correría de muerte, sangre y desplazamientos en todo el departamento, hasta que cansado de huir se decidió a venirse a la ciudad y meterse a donde y como fuera, y si le tocaba por la fuerza, pues tendría que ejercerla, y así fue como llegó a la vecindad sin proponérselo, pues supuso que, si bordeaba el río, encontraría algún sitio en el que viviera gente similar a él, en necesidad mas no en apariencia, lo que consideraba una paradoja, pues su tamaño lo salvaguardaba de ser detectado fácilmente, pero una vez lo notaban

nunca lo olvidaban, que fue lo que nos pasó a nosotros en el barrio, y por su figura y sus destrezas teúrgicas y hechiceriles se volvió un personaje particular del barrio y, a su manera, querido. Ese día, aprovechando que tu papá estaba de viaje y que ustedes habían desayunado tardecito, me quedé hablando con el Duende un rato largo y nos hicimos amigos, por eso supe cómo se desarrolló su vida de ahí en adelante; vos te debés acordar de él porque venía mucho a la casa y con el tiempo se hizo amigo de tu papá; era muy charro verlo al lado de Reinaldo porque parecía como un apéndice, pues no se alzaba más que Alquívar, que por esa época tenía como diez años. Ese día luego de nuestra charla lo vi irse zigzagueante para la que no sabía si era todavía su casa, con la mirada clavada royendo el piso, y encontró un caos de gente y trebejos que lo desesperó y, dejando una bolsa con revuelto en la cocina, se encerró en su alcoba y se quedó dormido hasta el otro día, cuando la resaca lo levantó con las sienes palpitándole de dolor; acudió a la cocina por un vaso de agua y vio que entre la vocinglería de niños y adultos, el tono suave de Mirta, la esposa de una de las familias, lo convidaba: Siquiera despertó, don Daniel, ya estábamos preocupados, venga que ya está listo el desayuno, el Duende se sorprendió: nunca nadie lo había llamado don y menos le habían cocinado gratis y ni siquiera habían sido amables con él; cuando se sentó en su mesa vio que todas las caras que lo rodeaban estaban sonrientes y con miradas frescas que lo bañaban de gratitud, sentimiento este que nunca había experimentado y, antes de darse el primer bocado, Sigi, el niño pequeño de Mirta, se le montó en las piernas y lo abrazó, produciéndole tal conturbación y extrañeza por tanto cariño inédito que tuvo que abandonar la mesa, dejó a las familias igual de

turbadas y se encerró de nuevo en su pieza; luego me contó que estuvo a punto de llorar, que también era un impulso nuevo, porque tantas emociones que desconocía lo descolocaron, pero poco a poco se fue adaptando a su estrenada condición de pariente de unas familias que se hicieron a la brava de ellos mismos. En el menor tiempo instalaron una dinámica cotidiana que mejoró ostensiblemente la convivencia; las familias terminaron tomándose, además de la pieza de rebujo, la sala, el cuarto segundario y la cocina, a la que no lo dejaban entrar porque entre las dos esposas y la hija más grande se encargaban del alimento y los quehaceres diarios, pronto los dos esposos consiguieron trabajo de cartoneros y se mantenían fuera de la casa y el dueño, viendo que cada uno ocupaba su puesto en esta nueva repartija de espacios y funciones, se quedó con la pieza principal y con ayuda de las señoras y los niños encerró con tablas lo que había fungido de comedor, montó su consultorio, al que nadie podía entrar, y retornó a su oficio, que ejercía a diario y dependiendo de los clientes. Los niños empezaron a decirle tío Daniel, que a él no le gustaba porque sentía forzada la filiación, hasta que por su propia iniciativa terminó en tío Duende, remoquete más cómodo, pues el apodo disimulaba un poco el parentesco falso. Como su horario y clientela eran variables, pasaba mucho tiempo con los niños, que miraban con asombro elemental y ojos llenos de curiosidad los brebajes mientras lo bombardeaban con preguntas por tales y cuales plantas, así que cuando menos pensó se sorprendió viviendo la mayor parte de su tiempo rodeado de niños casi de su tamaño, ansiosos de conocimientos que él lograba saciar o al menos se inventaba llenuras transitorias para calmarlos mientras encontraba las respuestas verdaderas en sus libros o en

otros que precisó consultar en las secciones de botánica y farmacología de la biblioteca pública del centro, de la que se hizo miembro solo por cumplirles a sus sobrinos, como lo escuché llamarlos de un momento a otro, con lo que sin proponérselo y casi sin comprenderlo se volvió un curandero de verdad, ya que los conocimientos adquiridos suplieron las argucias y fraudes que su madre había dejado compilados en sus libretas y que a lo sumo servían para instalar convicciones falaces y esperanzas espurias y simulaciones en los padecientes, convirtiendo su labor en legítima, valiosa y sobre todo efectiva, aumentando su clientela y su fama; eso es el cariño cuando es verdadero y sin intereses, una fuerza que nos impulsa a ser mejores para nosotros y para los otros y por rebote mejora la vida que nos rodea, así fue como las filas de sufrientes se situaban afuera de la casa esperando a ser atendidos, pero el Duende, que disfrutaba cada vez más y mejor la compañía de los niños, decidió atender solo urgencias y apenas dos o tres pacientes por día para tener tiempo de estar con sus sobrinos, así pasaron los meses y luego los años y el Duende no decaía en cariño ni en sabiduría y consiguió colectar algún dinero que le permitió expandir sus dominios comprándoles la casa a sus vecinos, a donde trasladó su consultorio y montó una sala de espera y un laboratorio en el solar y luego la habitación en su alcoba principal, dejando la antigua casa para las familias, a quienes ayudó a construir un segundo piso y así quedaron cada una habitando una planta, aunque la comida la seguían haciendo para todos, y las tres propiedades se comunicaban por escaleras y corredores creando una suerte de pequeña vecindad dentro de la vecindad. Las cosas estaban fluyendo, las familias hacían parte de la comunidad y nadie

recordaba la época de extrema escasez y desprecio; los dos hombres habían montado una chatarrería y el Duende trabajaba a su ritmo, por lo que se podría decir que vivían cómodamente para los estándares de un barrio modesto como este, pero con el paso del tiempo la relativa calma que reinaba en la vecindad se trastocó con el asesinato de uno de los vecinos en la época de enfrentamientos entre el Guasca y Patasola, Ruderico, que en un mal día decidió esconder al Guasca en su casa, noticia que en poco tiempo llegó a oídos de su enemigo, quien entró con su combo una noche a la vecindad en su procura y al no encontrarlo mató al dueño de la vivienda como advertencia para quienes apoyaran al fugitivo; el asesinato atrajo a la policía y alteró el orden cotidiano de una gente que parecía vivir al margen de las cosas del barrio, resguardados por su ubicación cismática… Pero más jodido que esto fue que mostró a los muchachos de la vecindad, entre ellos a los sobrinos del Duende y especialmente a Sigifredo, que era la luz de sus ojos, una forma de vida que había estado cubierta por sus paredes y protegida por el cariño entusiasta que se prodigaban los miembros de esta particular familia, pero ver el accionar de los pillos y desearlo fue una sola cosa para el niño, como tozudamente llamaban sus familiares a Sigi, aunque hacía muchos años había dejado de serlo. Desde esa noche, Sigi empezó a desbordar los límites de su vecindad buscando acercamientos al mundo malandrín y, como este siempre estaba necesitado de afiliados, en poco tiempo encontró lo que buscaba y fue aceptado como aspirante a bandido en el combo de la esquina, el que lideraba el maldito ese del Patasola, quien vio en este muchacho un buen prospecto de espía por si al Guasca le daba por esconderse allá de nuevo, además un satélite favorable para

expandir sus dominios sobre un rincón del barrio que no había sido permeado por su mefítica influencia, así que le encargó el manejo y la distribución de vicio en su perímetro intramural, alentando en Sigi un sentimiento de superioridad dentro del combo al que creyó entrar pisando duro, porque no había tenido que hacer el obligatorio periplo del nuevo, que va de cantonero pasando por recadero, lamesuelas, guarda de armas, hasta llegar a ser un pillo en toda ley y ejercer labores propias del oficio: robar, matar, distribuir droga e imponer respeto entre sus pares, escalones que él se había saltado de un tajo por ser de donde era y por los intereses de Patasola. De manera que, de repente, el niño se volvió el primer bandido de la vecindad y quiso imponerse como todos ellos por la bravuconada; cambió su forma de mirar, de hablar y de vestir y les hizo saber a todos los de su comarca quién era él; pasaba braveando y mirando con ojos de buril buscando camorra con el gesto bruñido de las reiteradas visitas al espejo en que se repetía mentalmente lo grande y malo que era, discurso con que soliviantaba las inseguridades propias de la adolescencia; a fuerza de repetírselo lograba vestirse de pillo y salir a la calle, pero era como quien viste con ropa de un difunto mayor; ese traje de malandrín le quedaba grande por más que intentara casarlo, aunque sí sabía impostar su actitud hasta hacerla creíble para otros muchachos que como él veían en la esquina la máxima ambición, muchachos que además fueron sus primeros clientes y a quienes enseñó a fumar mariguana sin él tenerlo aprendido, solo para que fueran sus clientes y le ayudaran a difundir su negocio y así cumplir las metas impuestas por Patasola y congraciarse con su nuevo ídolo y patrón, solo que todo en este barrio tarde o temprano se sabe. El Duende que, como el lorito del

míster era callado pero ponía mucho cuidado, se enteró de las andanzas de su sobrino y se enfurruñó; una rabia sorda se apoderó de él cuando les averiguó a los padres de Sigi por sus lances y estos, agachando la cabeza como todos los padres de esa generación, que hicimos del silencio una manta con que tapamos los gritos que producían nuestros hijos, no supieron o no quisieron responderle lo que ellos tampoco querían enfrentar: que su hijo se había vuelto un bandido, como tampoco quisieron contarle que había sido plata salida del bolsillo de Sigi la que había mercado ese mes y pagado la luz que el Duende costeaba desde siempre y que los padres se encaletaron taimadamente para ellos en una complicidad corrupta bien parecida al soborno. El Duende atrapó el mutismo que reinaba en la escena y trajeado con esa mudez más elocuente que los gritos que no pudo prorrumpir salió en busca de Sigi, con quien habría de vérselas; se lo encontró al fondo del callejón principal que desembocaba en la cañada, rodeado de sus nuevos compinches en medio de una traba altanera, se le acercó mínimo esquivando las piernas de sus acompañantes y le dijo a quemarropa, con su voz de pitufo, Oíste vos, venite ya mismo para la casa, que necesitamos hablar de un asunto, a lo que el adolescente contestó, sorprendidos los ojos y lerda la mirada burlona por la traba, Oigan a este, el Duende se puso rojo como un tomatico cherry y con sus movimientos esforzados se le arrimó, intentando asirlo, pero Sigi lo esquivó haciéndole un regate que dejó al Duende tirado en el piso cubierto por la burla de la bola de mariguaneros que secundaban a Sigi. Como pudo se recuperó e intentó volver sobre su sobrino, pero este lo empujó de nuevo, mientras le decía, con la indolencia propia del que ha descubierto su dureza, Dejame tranquilo, Chirringo

hijueputa, que vos no me mandás ni sos nada mío, el Duende en el piso, humillado porque Sigi además de la insolencia en la acción había desentrañado un secreto que en mala hora le había transmitido en una noche confesional de afecto, el apodo con que había crecido y odiaba, entendió que ese muchacho a quien había ayudado a criar y al que quería con el alma se había dejado seducir por el poder y el desborde de la esquina. Lo miró con un rencor que pronto mudó en lástima pensando que no era su culpa, que lo habían engañado y que debía salvarlo y se retiró vencido… Perro viejo como era en derrotas supo que había perdido esta batalla, pero confiaba en ganar la guerra, y que el muchacho era apenas una pieza mínima del gran motor que se estaba construyendo en el barrio pero que el dueño de las herramientas y primer ingeniero de todo era el maldito del Patasola; pensó en hablar con él y reclamarle de nuevo a su sobrino, pero, como sabía que ese sinvergüenza era un tipo duro y no conocía diálogos distintos a los monólogos sin réplica que entablaba con sus lacayos o con sus muertos a través de la boca fría de sus fierros, decidió apertrecharse con las únicas armas que conocía antes de enfrentarlo; se encerró en su estudio a conjurar a sus santos, invocando espíritus protectores con rezos arcanos que solo él conocía y a bañarse con una mezcla robusta de ruda, salvia blanca, palo santo, lavanda, ron blanco y tabaco para que no le entraran los males, cualesquiera que fueran, luego sumergió una foto de Sigi en la colada para atraer igual efecto mientras lo encomendaba a espíritus amigos de la justicia y a muertos conocidos y salió en procura de Patasola; lo que no sabía era que mientras él buscaba el beneficio del muchacho este pensaba en su daño y sabedor de las artimañas del Duende y conociéndolo

como lo conocía sabía que iría donde su patrón y decidió adelantársele: luego del incidente dejó a sus amigos trabados a cargo del negocio y se dirigió malintencionado como un arma a hablar con su jefe; el patrón, que por serlo se había enterado de la pelea con su tío, al verlo llegar se le adelantó a sus propósitos al decirle No me digás que venís a hablarme mal del Duende, porque con el enano nada, dejalo tranquilo y seguí con lo tuyo, que los problemas de tu casa no me pueden joder el negocio, Sigi, que no esperaba esa reacción de su capitán, intentó balbucear unas palabras, pero fue detenido en seco por la voz estertórea de Patasola: Mejor dicho, abrite de aquí a camellar o decí si te quedó grande el trabajo para buscarte reemplazo, pero al enano lo dejás sano, así que Sigi agachando la cabeza tuvo que devolver sus pasos cargando el regaño por sus vivezas y la frustración de ser un nadie, desconocedor de que el Duende le hacía trabajos de protección a Patasola y que por eso todos los tiros que le había dado el Guasca habían acertado solo su pierna, porque el Duende lo tenía cruzado y rezado, y que sus más cercanos decían que hasta le tenía miedo al enano y por eso reprendió de esa manera al muchacho. Mientras tanto Daniel, que no logró cauterizar la herida que le había zanjado en el alma el sobrino con su desprecio, se cocinaba en iras malas contra quien él pensaba era el verdadero culpable de su desdicha y la perdición de su muchacho, entonces, con la ceguera propia del que ama, que lanza inquinas en todas las direcciones posibles con tal de evitar la diana obvia que se niega a contemplar, arribó a la sede de Patasola tan bermejo de rabia que acrecentó con la tonalidad su tamaño, produciendo en quienes lo vieron un respeto inédito que cuarteó la guardia del jefe, quien lo recibió levantando la

vista e intentó anticipar el ataque relajando el gesto y, saliéndole al paso con una broma, ofreciéndole una copa, le dijo Hombre, Duende, cómo estás de colorao, ¿qué querés, tomate?, contempló al pigmeo de frente, notándole los ojos en llamas anunciadores de trifulca, y entendió lo inoportuno de su comentario; el pequeño le dijo con las palabras remascadas y casi ininteligibles: No quiero nada de bogar, vengo es por otro asunto, a pedirle, no, a exigirle que dejés en paz a Sigifredo y a toda su familia o, mejor dicho, que nos dejés en paz a toda la gente de la vecindad, que nosotros nunca nos hemos metido con vos y tus cosas ni con nadie de este barrio, a no ser para ayudarlos, o si no te las vas a tener que ver conmigo. Al expolicía, que mantenía su régimen a punta de terror y no permitía discrepancia alguna, se le notó el enojo, pero por alguna razón —que sus lugartenientes acostumbrados a la reacción inmediata y mala comentan hasta hoy con extrañeza— quiso suavizar las cosas y le contestó Mirá, Duende, yo no quiero molestar a tu familia y menos a vos, pero mantené tus problemas atajados en tu casa y no vengás a bravearme, que yo a ese muchacho no lo estoy obligando a nada, ni siquiera fui yo el que le ofreció el trabajo; él solito vino y me pidió camello, de manera que, si no querés que me meta con tu familia, deciles a ellos que no se metan conmigo y te digo que mejor te abrás de aquí, que no me gusta ese tonito y ya me molestó tu presencia, el ambiente se espesó y los que rodeaban a Patasola se alertaron como gatos en cacería y se hizo un silencio hondo como bolsillo roto; todas las miradas se concentraban en el ser recogido que parecía iba a estallar de un momento a otro de lo puro rojo que estaba, que, entendiendo que algo de razón había en las palabras de su contrincante, le dijo Puede que sea cierto que él te haya pedido

camello, pero ese trabajo tuyo, y se detuvo para afianzar bien las palabras y vigorizar la lengua que empezaba a tremolar y quería enfatizar lo que seguía, ese trabajo tuyo va a acabar con la vecindad y con mi casa, además de que no es trabajo ni es nada provechoso, es otra vagabundería viciosa y maligna como todo lo tuyo, so gran hijueputa, y si nadie ha tenido las pelotas para decírtelo y menos para detenerte, es por el pánico que te tienen, pero yo no te temo y te digo que si Sigi no abandona esa vida, yo te hago abandonar esta, bellaco hijueputa, y se aprestó a salir cuando el patrón, a quien la rabia, que es el único sentimiento que vence al miedo aunque sea transitoriamente, se le había instalado en el gesto y el cuerpo, le dijo Ve, gran malparido enano, agradecé que ya almorcé, si no haría con vos un hijueputa sancocho, cómo se te ocurre venir a amenazarme de muerte, chichón de piso hijueputa, porque alguna vez me hiciste un favor te voy a dar tres días para que te vayás del barrio con tu familia, si no los mato a todos delante de vos y después te pico, tachuelita hijueputa, y dirigiéndose a sus trabajadores les dijo Y saquen de aquí a esta alverjita carechimbita, y cuando los bandidos iban por el Duende para sacarlo a las patadas el patrón de nuevo alzó la voz para decirle por entre sus hombres Y poné cuidado, minipony, que ese consentido tuyo estuvo aquí antes que vos y me pidió que te matara, no me hagás caso y verás que se le cumple el deseo, pero antes de matarte a vos por güevón, lo mato a él por traicionero, Daniel escuchó acrecentando la rabia que lo dominaba mientras dos de los pillos lo empujaban, y se fue a la vecindad pensando en su sobrino, no lo creía capaz de haberle pedido eso al villano y, si era cierto, qué tanto conocía entonces a Sigi, por qué querría su muerte… ¿acaso había vivido engañado y su sobrino era

una mala persona a la que él no había sabido leer?, cavilaciones que pronto devinieron en tristezas cuando al arribar a la vecindad no quiso entrar por la puerta del frente sino por detrás para alargar la caminada a ver si se le bajaba la rabia que traía incrustada entre las ropas, y vio cómo Mirta, la mamá de Sigi, esculcaba entre sus cosas y abría cajones de aquí y de allá, tirando al piso sus cuadernos con apuntes y sus libros y revolcando las hierbas en busca de algo; pensó en hablarle para ver qué quería, puesto que no era común que ella ni ninguno de su familia entrara a su casa y menos a su despacho sin su permiso, pero se contuvo más intrigado que molesto. Contemplando la escena le surgieron nuevas consultas sobre la familia, pues nunca había tenido una y las ganas de mantenerla le habían llevado a supuestos y malas interpretaciones: tal vez necesitaba algo urgente y no pudo esperar a que él volviera, o le habría pasado algo a su muchacho, cuando vio que en la cara de la mujer se insinuó una sonrisa de triunfo al descubrir el tarro de galletas que el Duende escondía en una repisa recóndita, detrás de unos frascos que contenían fetos de ratones en formol y huesos molidos, y en el que guardaba el dinero ahorrado en muchos años de ejercer su oficio; la mujer le estaba robando, era claro, pero con qué propósito, si tan solo bastaba con que le comentara sobre cualquier necesidad para que él la supliera como siempre había hecho, pero cuando la vio salir con el dinero encaletado entre los brasieres y encontrarse con su marido y su hijo, que la esperaban en su casa, donde tenían amontonadas a la brava sus cosas, con cajas desarmadas en el suelo y la ansiedad en la mirada como si tuvieran afán por irse, las cosas se le aclararon: estaban huyendo, pero por qué hacerlo de esa manera abrupta y robándole plata. Aunque tenía

al frente la evidencia, prefirió obedecer a su rabia y dirigió su encono al único que creía culpable de todo: Patasola. Se empecinó en su cabeza la idea de matarlo, que cada vez se hacía más urgente, y pensaba como piensan los desesperados: que con su muerte se acabarían sus problemas y que Sigi volvería a ser el muchacho dócil que él había conocido y su vida volvería a ser blandita y buena, pero entendía que la rabia no era buena consejera y que actuar bajo su influjo atraería el fracaso a su empresa, además, no podía ingresar a su laboratorio ni a su casa sin alertar a sus vecinos y sobreavisarlos de sus propósitos, por eso decidió irse a nuestra casa. Cuando lo vi, estaba congestionado con una rabia grande pero cubierta de tristura, le regalé un tinto y no lo molesté, a veces lo único que necesita una persona es unos ojos que no la juzguen, una boca que no la increpe y unos oídos neutrales, y yo tenía las tres cosas, así que lo dejé estar en sus cavilaciones mientras yo terminaba de hacer la comida con que lo convidé pero él no estaba para pitanzas; dejó el plato intacto, imbuido en sus pensamientos que, a diferencia de su presencia, eran enormes. Por suerte ustedes se habían ido de viaje con su papá y pudimos habitar a gusto el silencio, sin ser importunados por nadie, después de un rato de mutismo se regó como un incendio con la congoja más honda que le conocí instalada en el gesto: Vida hijueputa, la gente no sabe lo que es vivir sin familia, mendigando cariño a los forasteros que se parezcan a los taitas de uno porque estos no lo quisieron; yo a mi papá no lo conocí y mi mamá nunca me quiso, incluso supe después que trató de abortarme con cuanta hierba y menjurje se sabía, pero al parecer fui empecinado en imposibles desde antes de nacer y me le quedé metido en la panza hasta que pudo zafarse de mí, porque desde el

mismísimo primer día en que vi la luz sentí primero su desprecio y luego su abandono… Dicen que uno no recuerda sus primeros días de vida y es cierto, no los recuerda vívidamente, pero sí hay algo más poderoso que la imagen que persiste en uno, una impresión, como una fotografía sentimental que queda estampada en el alma, la sensación de ser desquerido, repudiado, alejado por quienes deberían quererlo a uno cerca, nunca tuve una novia y menos una mujer ni hijos porque con esta migajita de estampa que me tocó la gente casi no me nota y cuando lo hacen es para extrañarse o reírse, como si fuera una cosa mala o un espantajo y en eso me he convertido, por eso fui un cusumbosolo desde siempre, aunque hubiera querido tener esos vínculos de afecto que me negó la sangre, por eso después de mucho vagar y bregar aterricé aquí solo, hasta cuando esta gente llegó a la vecindad y les abrí mi casa y ellos a mí sus corazones y creí de verdad, con el alma, que eran la prole que había deseado aunque no nos emparentara el linaje, estaba convencido de que el cariño era más poderoso que la sangre en eso de los vínculos, y sus comportamientos recíprocos me indicaban que estaba en lo cierto…», en cuanto mi madre narró esa soledad recordé al pobre Duende, de quien conservaba una imagen brumosa, como uno de esos amigos que uno habría querido tener porque los amigos son otra familia, y pensé que el apego en la mala es más fuerte, porque se aprende a querer en falta, con carencias y entre miedos y que las penas compartidas se suavizan, porque el aire insuficiente de los ahogados, aunque respirado a gatas y de a poquitos, infla más que la bocanada holgada del despejado que cree que el aliento lo regalan, y que el enano sintió eso con esa familia apócrifa que ellos le brindaron: la protección del desprotegido que

valora cada cosa como a una casa, que ve manos en las uñas y por eso se aferra con furor a todo, porque cree que cualquier cosa, por ínfima que sea, es lo último a lo que se puede asir y tal vez lo único que ataje la irremediable caída que es su vida… Mi madre continuó: «Yo lo escuchaba hablar y sentía pesar porque aunque no fui tan cercana a esos que él sentía como familia me parecía que solo él los veía como tales pero que ellos a él no, pero, mijo, qué sabemos nosotros de las internas de nadie si a duras penas les dejamos ver nuestros contornos a quienes viven pegados de nosotros, mucho menos a gente que a lo sumo nos topamos al descuido en la calle; y mientras yo pensaba en sus palabras, él continuó: Por eso no entiendo, misiá Luz, qué necesidad tienen de hacer lo que están haciendo, si yo les di la confianza y a mi manera les abrí también las puertas no solo de mi casa sino de toda mi vida; yo sé que soy receloso y callado, pero con ellos fui distinto, créamelo, misiá, distinto de verdad, y yo no supe qué contestarle o siquiera si tenía que hacerlo y él tampoco quiso continuar, y se hizo un nuevo silencio. Al rato y de pronto, como si hubiera recordado algo urgente que había olvidado hacer, se levantó y me anunció que tenía que irse; yo estaba juagando unos trapos en la poceta y le dije adiós con la mano desde lejos viendo su insignificante estampa hacerse más pequeña con la partida y me entretuve con los oficios sin pensar más en el pequeño Duende y sus grandes dramas, hasta que al otro día estalló el escándalo: que el Duende había matado a Patasola, que le había pegado tres puñaladas en la madrugada y se había desaparecido, junto con la gente de su casa, que la esquina estaba de duelo y furiosa, pero todas eran historias a medias, versiones cortadas y mucho chisme hasta que doña Amparo, la mamá de los

gatos que atendían el expendio de vicio, nos contó a todos los que estábamos armando corrillo y bochinche en la tienda de Lucio al mediodía la versión real, porque ella desde la ventana de su casa vio todo: el Duende salió a la una de la mañana de la tienda en donde había estado bebiendo desde temprano y se enflechó directo a donde estaba Patasola con sus muchachos haciendo lo mismo; cuando lo vieron llegar todos se quedaron callados y se detuvo la música que estaban oyendo, y por eso pudo escuchar lo que se dijeron, el Patrón le dijo A ver qué se te perdió, nigua hijueputa, no te dije que te fueras desde temprano o querés que te haga ir ya mismo, a lo que el Duende respondió con un tono aún más infantil que de ordinario Hombre, Mario, mirá que yo no quiero problemas, antes venía a pedirte perdón por el malentendido y a rogarte que me dejés quedar, ve, home, que yo no tengo pa dónde irme y ya sé que me equivoqué con vos, el Patasola lo miró como lo miraba todo el mundo —por encima del hombro—, pero en su atisbo había algo de pesar y le dijo con superioridad pero más calmado Home, Duende hijueputa, y remató sonriendo, yo no puedo matar a esta pulga hijueputica, vení y te tomás un trago conmigo. Cuando el Duende se le arrimó a recibir el trago sacó del bolsillo un cuchillo grande que tenía escondido y le gritó Pero yo sí puedo matarte a vos, perro hijueputa, y le dio tres cuchillazos feroces en el cuello. Todo se quedó en silencio y como quieto porque Patasola intentó hablar pero no fue capaz; solo se le veía la sangre entre las manos con las que trató de agarrarse el cuello, sus hombres se quedaron como pasmados durante un par de segundos, sin entender bien las cosas hasta que cayeron en cuenta de la realidad de lo que pasaba y buscaron unos ayudar a su jefe mientras otros intentaban agarrar al

Duende, que logró escabullírseles entre el bololói, sin embargo, uno de ellos le alcanzó a dar una puñalada con el mismo cuchillo que había quedado tirado en el piso y que nadie sabía, y menos Amparo, que era el de mi cocina, que Daniel había tomado en un descuido mío en la visita de la tarde y que resultó siendo el arma asesina, antes de que se les perdiera; después nadie supo qué se hizo, porque decían que los pillos habían ido a cazarlo al momentico y ya no había nadie en su casa, que había desaparecido junto con su familia y que lo único que pudieron hacer fue destrozarle el taller, que estaba intacto, y esperar a ver si de pronto regresaban para matarlos, que además estaban ofreciendo mucha plata al que lo encontrara o al que diera información de dónde estaba, pero nadie sabía nada de él ni de su gente. Las especulaciones no cesaban; que lo había planeado todo milimétricamente y que un camión lo estaba esperando, que había mudado a su familia desde el día anterior y él los iba a encontrar después, que se había desaparecido por arte de magia y por eso los pillos no pudieron agarrarlo, aunque lo persiguieron casi de inmediato, que como era brujo se había transformado en perro o en gato negro y algunos dijeron que en pulga y un sinnúmero de sandeces que trascendieron en el tiempo y llegaron hasta ustedes, no te acordás que todavía se dice que un enano hechicero mató al santo putas del barrio de ese entonces con brujería, pero qué brujería ni qué pan caliente, lo mató a punta de güevas, que era lo que tenía ese Duende, y no se le arrugaron cuando tuvo que hacer lo que hizo, no como al resto del barrio que dizque muy machos y muy berracos y en cuanto veían a Patasola o al Guasca se miaban en la ropa del susto, pero ese maldingo Duende no le tenía miedo a nada o, lo que es peor, era capaz de actuar con

miedo y esos son los más peligrosos, acordate de tu tío Martín, porque el susto ampara aunque cree cobardes, empero para muchos es mejor vivir amilanados que no vivir, mejor sufrir la vergüenza que la muerte, pero a mí todas las historias sobre el Duende no me cuadraban porque un tipo que fue capaz de jugársela a todo o nada como lo hizo para matar a esa víbora del Patasola no era un tipo de huidas, pero tuve que tragármelas porque nunca más supimos del Duende, y yo a veces me acordaba de él pero ni el rastro frío y, como nadie supo nunca nada de su pasado y en el fondo a todos nos asustaba el patimocho ese, su figura y su recuerdo se fueron difuminando parejos con el tiempo, quedando apenas un pálido reflejo de su existencia en el inconsciente del barrio que lo transformó en leyenda. Muchos años después, cuando bajé al centro a dar la cara por una instancia de la Fiscalía, que quería que las madres de algunos muchachos muertos en los noventa por hacer parte de la guerra del cartel con el Estado los reconociéramos y reclamáramos un subsidio como víctimas, y yo me sorprendí primero y luego me molesté y fui y les dije que no jugaran con la gente así, les dije que mi hijo me iba a doler toda la vida y que su muerte no se la deseo a nadie pero que era un irrespeto con las verdaderas víctimas hacer pasar como tales a muchachos que habían escogido hacer el mal, por voluntad propia, que si bien era cierto que fueron víctimas de muchas cosas —de la falta de oportunidades, del desgobierno, de la mala cabeza de los taitas y de tantas vainas—, no era justo que ahora nos indemnizaran por ser unas alcahuetas y por no haberlos sabido frenar a tiempo, que eso era lo que pasaba en este país, que no solo nadie quería hacerse responsable de los daños que entre todos creamos, cosechamos, propagamos y encubrimos

sino que nadie pierde la oportunidad de hacerse pasar por lo que no es para arañar algo que no le pertenecía, dejando a los verdaderos merecedores de reparación y recompensa sin oportunidad y somos tan crápulas que los denigramos y les negamos su verdadero derecho a reclamar, llamándolos vagos, mantenidos o cualquier sandez similar, así que allá me planté y les dije que hicieran lo que les diera la gana, pero que conmigo no contaran y salí emberracada, echándoles pestes hasta que tres cuadras más allá me serené y para pasar el mal sabor de boca entré a una cafetería en donde vi a Mirta, la mamá de Sigi sentada en una mesa, y me le enfleté y la encaré, y ella me contempló con recelo, después respiró y arrellanándose en el asiento me contó todo desde esa trágica noche y así vinimos a enterarnos de la suerte del Duende, cuando ya hacía años había muerto. Desde la noche anterior, cuando el Duende les reclamó a ella y a su marido por los comportamientos del hijo y los llamó alcahuetas antes de salir para la calle, ella se quedó maluca, pensando en cuánta razón tenía su benefactor; ellos no habían hecho nada para detener a Sigi cuando lo vieron comenzar sus devaneos por la esquina y menos cuando empezó a llegar con ropas nuevas y con plata, tal vez deslumbrados por los dos pesos de más que les daba y con los que compraba además de su silencio su consentimiento; es cosa berraca la pobreza, se acostumbra tanto uno a ella que distorsiona la realidad y nos hace percibir riquezas y sus sinónimos en cualquier miserableza de más, pero después del regaño del enano, le cayó encima todo el peso de la culpa y su impudicia al amparar los accionares de su hijo y sentó a su marido, a quien recriminó por la complicidad compartida diciéndole que era urgente hacer algo, que habían llegado muy lejos en su

alcahuetazgo hasta hacerlo degradación y deshonra, entre los dos decidieron que tenían que irse del barrio antes de que mataran a su hijo o este matara a alguien si era que no lo había hecho ya, decisión que coincidió con la llegada de Sigi, alterado después del encuentro con Patasola y de que un amigo lo alcanzara y le transmitiera lo que el jefe había dicho sobre matarlo a él por traicionero; llegó afanado diciéndoles a sus padres que tenían que huir de inmediato y que todo era culpa del Duende, lo que incitó a una discusión en la que sus padres le decían malagradecido con Daniel y desconsiderado con ellos y él les enrostraba su condescendencia hasta que por motivos distintos llegaron a la misma conclusión: necesitaban irse rápidamente y el único recurso para hacerlo era el dinero del Duende que todos sabían dónde estaba; la madre tuvo la poco agradable tarea de sustraerlo, después empacaron de afán lo más que pudieron y contrataron un camioncito que hicieron parquear una cuadra debajo de la vecindad donde no levantara sospechas mientras ellos discretamente iban acarreando cajitas y bolsas, dejando lo más vistoso y pesado para la noche y la madrugada, cuando los ojos avizores estuvieran dormidos; trastearon lo más gravoso y necesario como la nevera, la lavadora y un par de camas de a poco y en silencio, cuidándose de no ser descubiertos. Cuando tuvieron lo preciso para empezar de nuevo en otra parte, la mujer se devolvió por su bolso, en el que tenía parte de lo hurtado, y Daniel, que estaba herido de muerte en medio de su huida sin rumbo fijo, pudo verla que bajaba por detrás de la vecindad y la siguió, cuando la vio acercarse al camión y abordarlo en la parte delantera con su familia, como pudo se trepó en la carrocería y se escondió entre las cajas en el momento de

arrancar. La mujer contó que sin tener otro destino que su antiguo pueblo del que habían huido hacía tanto tiempo decidieron devolverse, esperando que con el paso de los años los daños de quienes los hicieron fugarse hubieran desaparecido o cuando menos disminuido, sin sospechar que los mismos que los habían desterrado reinaban ni que en su reino no toleraban advenedizos y de nuevo los obligaron a marcharse, pero debieron pagar con su hijo el impuesto por la osadía dejándolo enrolado en sus filas, aunque, según me contó su madre ese día, Sigi se quedó por gusto, cómodo en su maldad recién adquirida y seguro de poder ejercerla a su antojo en ese su nuevo oficio y destino. Nunca más supieron de él, pero lo primero fue cuando intentaron descargar el camión, antes de que llegaran las fieras a intimidarlos con sus armas y sus modos, vieron una hebra de sangre que destilaba la carrocería y, cuando la siguieron, descubrieron al Duende ladeado entre dos cajas…», yo seguí su relato pensando que los lazos que nos unen en la vida son frágiles, pero en toda soga hay un hilo empecinado que resiste mucho más que el resto, como si hubiera sido confeccionado con un material más tozudo que los otros, y en esa familia de lazos endebles ese obstinado hilo fue el Duende, y mamá concluyó: «Cuando lo vieron tenía un color verdeazulado, dificultuoso, como de muerte, y poniendo todo lo que sentía en su cara, sus contradicciones, sus añoranzas, sus tristezas, sus cariños y sus miedos, emitió con voz quedita una pregunta que más parecía un lamento: ¿No nos estábamos pues pasando? Y volteando su cabecita hacia un lado cerró sus ojitos para siempre».

Indolencia

> «Dentro del fuego están los espíritus, cada uno revestido de la llama que le abrasa».
> Dante Alighieri, *Infierno*, Canto XXVI, v. 46-48

Después de escuchar las historias de mi madre y dormir en su casa, me levanté temprano y maluco y mi mamá, que andaba trajinando en la casa desde el amanecer, me llevó un tinto que me supo a mierda porque lo que yo quería y requería era seguir bebiendo, me lo tomé y me despedí apurado para devolverme a mi casa con la intención de llamar a Lucía: quería desenredar lo que había pasado al final de la noche y acostarme un rato para tener tiempo de recomponerme en la tarde y el siguiente día ir a trabajar o decidir con cabeza fría si de verdad iba a renunciar, pero en cuanto empecé a subir la cuesta que comunica las dos viviendas, vi un estanquillo abierto con gente amanecida afuera bebiendo y sentí la ansiedad del adicto que precede a las mentiras a sí mismo con que se justifica el consumo, me dije Home, compremos media para equilibrar y la tasamos de a traguitos durante el día para amanecer bien mañana e ir a trabajar, sin embargo, al acercarme al mostrador pedí una botella y cuando el dependiente me la iba a despachar me corregí y ordené un litro, pensando que era más fácil transportar una caja que un envase de vidrio. Llegué a mi casa sudoroso por la caminata y la

ansiedad y destapé el tetrapak con los dientes, llené medio vaso que bebí de inmediato y me volvió la sonrisa, la tranquilidad y el pulso para marcarle de nuevo a Lucía; al recibir la misma respuesta del día anterior, decidí redactarle un mensaje de texto preguntándole cómo estaba y si había la posibilidad de una nueva entrevista o al menos que me dijera por qué no contestaba, si estaba bien o si no quería volverme a ver. A medida que avanzaba el día y los tragos iban haciendo efecto, repetí ese ejercicio no sé cuántas veces, poniéndome más intenso con cada nuevo mensaje hasta hacerme patético y lastimero, antes de quedarme dormido con un cigarrillo en una mano y el celular en la otra, en medio de la más absoluta borrachera. Me desperté con las sienes tremolando pulsos y me pasé el resto del día esquivando las ansias constantes de bebida, tomando de a poco, pequeños tragos de lo que quedaba del litro hasta que me lo acabé; luego seguí con un six pack de cerveza y lo fui tasando hasta que entrada la noche las terminé y me pasé a otra botellita, aunque compré dos como respaldo para esquivar la agonía de ver mermar el trago en la madrugada en una suerte de condena de intranquilidad que no me dejaría beber en paz, preso de la angustia por que se acabara y me quedara varado en medio del insomnio, obligándome a salir tarde en la noche a conseguir trago donde y como fuera, como me ha pasado antes, cuando he enloquecido al encontrar todas las tiendas, bares y estancos cerrados y he tenido que buscar un taxi para ir hasta el centro a surtirme las dosis suficientes para llegar borracho y cuerdo al siguiente día. Durante un rato no quise escribirle a Lucía; era claro que no quería hablar conmigo, entonces me llené de un orgullo de mentiras y dije al aire Que coma mierda, y me puse a escuchar a Tom Waits y Randy

Newman, que son buenos compañeros de tragos, hasta que amaneció y volví al acucioso y angustiante ciclo de revisar el reloj cada minuto para descontar segundos hasta que llegara la hora de ir a trabajar y el repaso de posibles excusas que podía inventar y esgrimir para evitar hacerlo; cerca de las nueve de la mañana, cuando ya el rizo revisionista de pretextos y evasivas se hacía insoportable, tomándome el penúltimo trago de la segunda botella me levanté y me metí al baño diciéndome Ya qué hijueputas, vamos a trabajar o a renunciar, pero vamos, me bañé de afán y fui a hacerme un tinto, cuando vi cómo el agua de un reguero de la noche anterior había delineado un perfecto mapa de Antioquia en el poyo de la cocina; parecía irreal pero era cierto, lo registré en medio de la prenda y descubrí que era como si lo hubieran calcado: seguí absorto mirándolo y, en vez de recoger el agua para hacer el tinto, me retiré impresionado y volví al nochero, me serví el último trago de guaro en el vaso que había dejado al lado de la botella, me lo tomé de un tirón y retorné a la cocina para contemplar el reguero cartográfico y exacto que en ese lapso había perdido un poco de consistencia y ahora se deslizaba hacia el sur abarcando el Viejo Caldas o Antioquia la grande, hasta que alcanzó el borde del poyo a la altura de Supía y se despeñó: estaba abstraído viendo cómo se precipitaba en gotas mi departamento e interrumpí su caída con un dedo desencantado mientras pensaba que todo se estaba yendo para el suelo y volví a mi cama, desde donde agarré la botella que sabía vacía e intenté escurrir las últimas gotas; encendí un cigarrillo y pensé con la lucidez meridiana del enguayabado que como un funámbulo se tambalea en la cuerda floja entre disimular la incipiente borrachera, tomarse un tinto, bañarse e intentar pasar

desapercibido en el trabajo o dejarse caer de lleno en la embriaguez y mandar todo al carajo como tantas veces. Sin profundizar en el pensamiento llevé de nuevo la botella vacía a mi boca y succionando un aire inane afirmé mi decantación por la caída, revisé el celular en busca de un mensaje de Lucía, pero lo encontré mudo como había estado desde la mañana en que se había ido —o tal vez había huido en la noche, no lo sé con certeza—. Volví insistente a la botella yerma y sentí de nuevo la ansiedad quemándome las entrañas, como cuando algo adentro de mí me recupera del declive y me empuja a levantarme antes de que el amure me lo impida del todo, así que puse agua en el fogón sin fijarme en qué iba el desplome acuoso de mi departamento; mientras me vestí hirvió el agua, hice un tinto que consumí de afán y me quemó la garganta y el estómago y tomé un taxi al cementerio, adonde llegué maluquísimo por el mareo y las ganas de seguir bebiendo, cuando vi a la Llorona en la entrada; su cara denunciaba que hacía muchas horas no conocía la calma, me miró desorbitada y como si no me conociera me dijo ¡¡¡Devuélvame a mis hijos!!!, y yo extrañado seguí mi camino, ella insistió con rabia: Usted es otro hijueputa sinvergüenza, apuesto a que ya se enfiló con esa malnacida y con todos para quedarse con mis hijos e ignorarme, pero aguarden y verán, parranda de malparidos, y gritó más fuerte ¡¡¡Devuélvanme a mis hijos, sinvergüenzas!!! Yo seguí de largo, a punto de vomitarme, y dije pasito Coma mierda, loca hijueputa, y con la saliva espesa y el estómago turbio entré a mi oficina sin saludar y me encerré en el baño a trasbocar, procurando hacer el menor ruido posible, después de varias arcadas con las que expulsé parte del guaro ingerido, mezclado con una sustancia amarilla y amarga que mi madre llama

bilis, me levanté y me mojé la cara repetidas veces frente a un diminuto espejo que había pegado a la pared y me vi los ojos cansados y enrojecidos y el rostro marchito e hinchado; no me gustaba lo que veía y quité rápidamente mi imagen del frente y salí con suma cautela para no llamar la atención, sin embargo, apenas abrí la puerta vi la figura de mi jefe con los brazos cruzados, y acuciante me preguntó ¿Está enfermo o qué le pasó?, que lo escuché vomitando, y yo, tomando asiento, le dije desganado No es nada, el estómago, que me sigue molestando, él sentándose frente a mí dijo La vaina es que esa molestia en el estómago huele mucho a guaro, ¿se le alargó la farra?, tráguese un Alka-Seltzer o algo porque claramente lo está matando el guayabo o tómese el día, que está como un papel, y mañana hablamos, usted al fin y al cabo es contratista y esa es una de las ventajas en estos trabajos de mierda; agachando la cabeza por la vergüenza de sentirme descubierto y sin opciones de componer una excusa válida le contesté entre dientes Fresco, que enseguida me tomo un tinto y me repongo, levantando los hombros en señal de desidia me contestó Como quiera pero en serio que se ve muy mal, recompóngase porque necesito que hablemos de algo, se levantó de la silla y abandonó mi oficina dejándome con la sensación de derrota que tiene el animal cazado que va agonizante entre las fauces del depredador, mezclada con una ansiedad creciente y un malestar absoluto que sabía que solo se me aplacaría tomando más trago. Es caprichoso el vicio; instala una necesidad tan grande de consumo en la mente y el cuerpo que todo se vuelve ansia por otra dosis pero en cuanto se aplica destruye toda capacidad del cuerpo y la mente. Sometido a su lógica, jodido si bebía y jodido si no lo hacía, sumido en un vaivén de culpa y

malestar, pasé una hora intranquila de temblores y nerviosismo, en la que disimulé mi inquietud yendo del escritorio al baño, bebiendo pequeños sorbos de agua que me caían como yunques al estómago y navegando entre archivos en el computador, mirando el reloj con ojos apurados, intentando adelantar su paso, al cabo de la cual no aguanté más y saliendo de la oficina sin mirar a mi jefe le dije Ya vuelvo, voy a la tienda, y continué raudo, pero al llegar a la puerta escuché que me dijo Espere, lo acompaño y aprovecho para fumar y para que hablemos de algo, yo me detuve sin ganas pensando en que debería devolverme a redactar la renuncia y tirársela en la cara para irme a mi casa a encerrarme a beber tranquilo y sin esa sensación de fracaso que sentía como un bulto en mi espalda y que creció cuando arrimó mi jefe, pero no hice ni dije nada, bajé la cabeza y continué caminando con él al lado, hicimos el trayecto hasta la entrada en silencio y al llegar al portón nos encontramos con la figura famélica de la mujer reclamante que nos increpaba con sus ojos y su voz ¡¡¡¡Devuélvanme a mis hijos, hijueputas!!!! Estaba violenta y desencajada, se movía con rabia cuidando de no interponérsenos, gritando más fuerte que de costumbre y agitando las manos al aire mientras repetía su cantinela acompañada de insultos para nosotros. Mi jefe me empujó suavemente para que avanzara diciéndome Vámonos rápido, que hoy está en un mal día, vamos a una tienda allí más adelante para que no nos vea, ¿o está muy maluco para caminar? Apurando el paso y sintiendo un sudor frío en la espalda por la abstinencia, el sistema nervioso alterado, la inquietud por los gritos de la mujer o todos juntos me sacudí con escalofrío y le contesté Nada, vamos mejor sí más lejitos, hoy no estoy para tropeles, yo también tengo un mal día. Llegamos a la

tienda y con cara de complicidad mi jefe ordenó dos cervezas, le agradecí el detalle y nos sentamos en las mesas del quicio donde pudiéramos fumar sin molestar a nadie; el primer trago me hizo bien, como una primera bocanada de aire para quien ha estado encerrado mucho tiempo, y me tomé la cerveza en tres sorbos, y pedí otra que consumí con idéntica celeridad y logré reponerme con estas más que con la vomitada. Mi jefe me ofreció un cigarrillo de los suyos y me dijo Nada mejor que unas polas para nivelar, tratando de mantener la conversación en un tono ligero y de camaradería que yo deshice diciéndole Hombre sí, nivelan un poco, pero la verdad es que mi nivel está desnivelado como me imagino que ya sabés, soy un alcohólico rematado, aunque la verdad dejé de beber hace quince años, solo que llevo quince años recayendo y esta vez va a ser otra de esas recaídas, por eso creo que lo mejor es que después de estas polas y uno que otro guaro vayamos a la oficina y le entrego mi carta de renuncia, mi jefe endureció el gesto y tomándose un trago dijo No, home, qué renunciar ni qué mierdas, ¿vos sos güevón?, y menos por una borrachera, nada, tómese un par de días y luego hablamos, No es por la borrachera, continué, o bueno, no es solo por eso, es que la verdad, hombre, no sé bien qué hago aquí, cada día es más complicado, hay más enredos y yo me vengo sintiendo demasiado inútil, no sé qué hacer, ni por dónde empezar, ni siquiera sé qué carajos hago en ese puesto, que debería tenerlo alguien que al menos sepa algo de investigación judicial, de ciencia forense, de derecho o de cualquier mierda, menos yo, mire, nomás con esta señora de la entrada, he tratado de hablar con ella, entiendo su drama y su dolor, pero no tengo la más mínima puta idea de cómo puedo ayudarla y antes cada que le paro bolas e indago algo me

encuentro con otras historias igual de imposibles y la verdad a mí no me está dando para esto, para cargar con tanta incompetencia, mi jefe, rascándose la cabeza, me dijo Sí ve, ese es su problema, preocuparse por eso, por lo que puede o debe hacer, no haga nada y con eso hace mucho, y por la loca hijueputa esa no se joda la cabeza que yo hablé con ella temprano, antes de que usted llegara y le dije que lo dejara en paz, que no se metiera más con usted y por eso está tan agresiva, porque le dije que si lo volvía a molestar la iba a sacar por las malas, le iba a echar la policía y fue como si le hubiera mentado la madre porque desde ese momento no ha dejado de insultarme cada que me ve, como pudo comprobarlo ahorita, yo me sentí indefenso y apocado, como cuando me braveaban en la escuela y mi hermano tenía que apersonarse de la situación y bravear a quien me había braveado y me molestó esa sensación y que hubiera hecho algo que yo no le pedí que hiciera, pero por la maluquera y la desidia que estaba sintiendo por ese trabajo no le dije nada, solo rendí la cabeza de nuevo, como venía haciendo desde que llegué y pedí otras dos cervezas que mi jefe replicó diciéndome Pero después de estas dos pedimos el almuerzo, vea, hombre, relájese que todos hemos tenido problemas alguna vez con el traguito y eso no es mal de morirse, yo mismo tuve una época en que bebía mucho… Yo le sentía la condescendencia en el tono y tomando ánimo de la cerveza recién traída le dije Lo que no entiendo, hermano, es por qué usted quiere ayudarme, por qué se empeña en mantenerme en un trabajo que ni le va ni le viene, que para lo que usted hace da lo mismo si yo estoy o si no, recíbame la renuncia y consiga a alguien que le aporte más que yo, a lo bien, o le da el cargo a alguien del equipo que no han contratado, él

acentuando el gesto me respondió Home, usted sí no, está como el goterero, pegao y quejándose, no crea que es solo por simpatía, aunque usted me cae bien, las cosas no las decido yo, la gente que lo metió aquí quiere que siga y no me pregunte, que no sé por qué, y como yo no pregunto, solo obedezco, pues hace tiempo entendí que es como me mantengo tranquilo y me evito problemas, entonces lo hago y punto, ¿Y quién es esa gente y por qué me quieren mantener aquí?, pregunté, y él con gesto sobrado me dijo Home, pues si quiere saber la verdad, quiénes son, usted lo debe saber mejor que yo y por qué, pues porque usted llegó siendo otro bobo hijueputa sin importancia para nadie, amigo de cualquier político, que venía a cumplir una cuota y por ponerse a hacer bobadas y a hablar con esa mujer Lucía y salir con ella se volvió un bobo hijueputa amigo de cualquier politiquito de mierda al que se le puede echar la culpa de muchas cosas, así que mejor quédese calladito, emborráchese y obedezca las vainas que le piden, como quedarse aquí, pero eso sí, no haga nada de nada, ni por ella, ni por esta loca, ni por nadie, que vea en las que nos pone, apuesto a que no sabía que ahí está esa muchacha Lucía desaparecida, ¿cómo la ve?, me levanté de un salto y casi gritando le dije ¿Cómo así que desaparecida? ¿Cuándo?, ¿y yo qué tengo que ver?, y moviéndome de un lado a otro pensé que me tenía que ir, mientras desesperado le repetía ¿Cómo que desaparecida, cómo así? Tranquilo, hombre, siéntese, es más, pida media que yo lo invito y se la toma mientras yo almuerzo y después se va a descansar, pero pues eso parece, yo que he atendido tanta desaparición, seguro es que no quiere que la encuentren y más tratándose de ella; las personas de su clase no desaparecen más que cuando quieren o necesitan hacerlo, entonces

relájese, que no estamos hablando del mismo tipo de desaparición que conocemos bien en este sitio, yo me senté repitiéndome ¿Cómo así?, y, cogiéndome la cabeza mientras encendía un nuevo cigarrillo y mi jefe pedía la media para mí, continuó él: Vea, home, yo porque no estaba cuando esa mujer llegó a hablar con usted, si hubiera estado, no lo dejo hablar con ella nunca; esa mujer es sinónimo de problemas, todo el que se le arrima pierde feo, usted agradezca que solo estuvo con ella un día y vea que ya le trajo problemas, si la deja más tiempo lo jode para siempre, ella es una de esas personas que son intocables, pero tocan a todo el mundo para joderlo, porque los que la quieren tocar al no poder hacerlo tocan a todo el que ella haya tocado para molestarla, a ver si deja de tocar cosas que son más intocables que ella, yo lo miré molesto y desconcertado, él con sobradez en la voz prosiguió: Usted sí es bien güevón, y no coge ni media y, además de güevón, regüevón porque recibe trabajos y no sabe ni quién se los da, esa muchacha es la hija revoltosa del político dueño de la universidad donde usted estudió, el mismo tío de su amigo y por ende quien le dio su trabajo, todo un personaje, y a la pendeja esa le da por investigar, desordenar, revolver y revelar las cosas que el papá y los amigos se han encargado de esconder toda la vida, hay rebeldías muy maricas de verdad, parecida a la suya queriendo trabajar en un trabajo que lo único que le pide es que no trabaje, a la final harían buena pareja ustedes dos, un par de güevones… Lo suyo al menos se soluciona fácil, pero lo de ella sí es más enredado porque ahora la mantienen ahí aquietada tratándola como a una loca, pero es una loca peligrosa porque en cualquier momento explota y jode al que no tiene que joder, y hablando de locas… ese es otro tema: la mujer de la entrada, y se interrumpió

para ordenar su almuerzo; yo estaba pasmado, Lucía era prima de Jorgito, por eso se me hacía familiar su imagen, e hija de ese señor que todo el mundo sabía que era el hombre detrás de la cortina de latrocinios, prebendas y corrupciones de todo tipo, amén de un par de masacres en las que se mencionaba su nombre como autor intelectual o cuando menos su patrocinador, y por qué no me lo había contado, o tal vez lo había hecho y yo no lo recordaba por la borrachera, pero no, aunque yo había borrado casete, antes de la llegada a mi casa ella no lo había mencionado y después no lo creía posible porque habíamos hablado de cosas menos virulentas o al menos eso recordaba vagamente, y ¿cómo que estaba desaparecida? ¿Sería como decía mi jefe que no quería que la encontraran o estaba desaparecida de verdad? Y cuando el mesero se retiró después de dejar un plato de sopa para él y media de guaro para mí, se lo pregunté de nuevo: ¿Usted por qué dice que no está desaparecida desaparecida, sino que no quiere que la encuentren? Mi jefe sorbiendo el contenido de una cuchara me miró levantando los ojos y chasqueando la boca en señal de desaprobación y dijo Home, usted es que está muy borracho ya o es que de verdad es muy güevón, como le digo para que me entienda: ella hace parte de la clase que desaparece gente, no de los desaparecidos, ¿usted cree que si estuviera desaparecida de verdad el papá no habría volteado esta ciudad patas arriba buscándola y no habría salido en primera plana de todos los periódicos y noticieros y no estaría usted metido en la triple hijueputa, detenido y torturado y no aquí tomando guaro?, y, además, ¿si no le hicieron nada cuando investigó al papá y sus compinches le van a hacer ahora porque habló con usted que ni siquiera sabía de quién era hija?, no sea tan

bobo, home, en este país solo desaparecen a los que ya estaban desaparecidos desde que nacieron, los campesinos, los desechables, los indios, los negros, los maricas y sobre todo los pobres, ah, y los pobres güevones como usted y yo, no desaparece una niña bien y rica como ella, esos a lo sumo se pierden o se desvían del camino unos diítas, hasta que al papá o a alguno de su clase les dé por buscarlos y ahí mismo aparecen, en cambio, si a nosotros nos desaparecen, por más que nos busquen no aparecemos jamás, si no, vea a su otra amiga la loca, lleva buscando tanto tiempo que más fácil se enloqueció ella que encontrarlos, porque quienes se los escondieron hicieron tan bien su trabajo que se aseguraron de que por más que indague, por más que rebluje no va a hallar nada y cuando cree que derribó una pared se encuentra con que esta solo era el revoque de una muralla y, si logra agrietar esa, será solo para ver que es la entrada a una fortaleza inexpugnable donde viven los que desaparecen gente, que se entretienen viendo desde el balcón cómo los buscadores tumban y tumban paredes, esos mismos que nos pusieron aquí para también ser muritos de contención de esas búsquedas… Con la prenda avivada por los guaros yo seguía repitiendo mecánicamente ¿Cómo así? Y mi jefe creyendo que no comprendía sus palabras siguió diciendo Pues claro, marica, ¿usted por qué cree que no quieren que hagamos nada?, que es lo que he tratado de explicarle todo el tiempo, porque el día que nos dé por ser creativos, diligentes o al menos entusiastas como usted quiere, pailas, nos mandan para el carajo, yo levantando la frente repiqué Pues a mí no tienen que mandarme para allá, que yo me voy solito, y él vaciando el plato de sopa dijo con la boca llena Cómo se nota que usted desconoce dónde queda el carajo; que lo echen es lo de

menos, por algo no lo han echado, el carajo está mucho más abajo y tiene mucha tierra encima y ese es el carajo bueno; hay otro tal vez peor, en el que he visto despeñarse a más de uno: la locura, pero no la asumida o atribuida como la de su amiguita sino la real como la de su otra amiga, la que disloca, confunde y crea otras realidades porque en la que se habita no da para respirar, ¿o usted cree que lo que hace y dice esa señora es normal, que soñó con que sus hijos están aquí? Eso es locura pura y dura y no le nació de gratis; se la alumbramos nosotros, porque ella, pobre, hizo todo lo que tenía que hacer y de hecho más, se lo digo yo tal vez por esas cervezas que me he tomado, pero qué mujer para insistir, yo no he visto a nadie tan insistente, la mayoría de la gente se da por vencida cuando se tropieza con el primer muro, muy pocos avanzan hasta la muralla, pero ella creyó que era capaz de colarse en la fortaleza, así fuera por el sótano que somos nosotros y este cementerio, pero no pudo ni podrá… Si usted supiera lo que ha hecho, eso fue y hostigó a la Fiscalía hasta que se mamaron y la tiraron a Medicina Legal y se echó medio año buscando registros y señas de sus hijos hasta que un patólogo al que tenía seco, no sé si por clemencia o por desembarazarse de ella, le dijo que por las fechas en que ella buscaba sí habían tenido dos cuerpos de edades y rasgos similares a los de sus hijos que habían terminado aquí y con eso nos la ganamos nosotros y hasta el sol de hoy, y se sirvió un guaro que tomó entre la sopa y el seco, diciéndome Ya qué hijueputas, venga lo acompaño, yo tomándome uno también le pregunté ¿O sea que entonces sí están aquí sus hijos? Ordenando una cerveza de sobremesa y pasante a la vez me dijo Pues de pronto, pero usted ya ha visto cómo es esto aquí, como le dije alguna vez, puede que sí y,

si no son ellos, al menos unos muy parecidos, pero y esto se lo digo aquí entre nos: es imposible encontrarlos, porque la boleta que nos daría alguna pista yo mismo la quemé, junto con otras tantas, para abrirles camino a los muertos nuevos, por orden de arriba; cuando necesitamos mostrar resultados porque alguien del gobierno de turno le da por hacerse el efectivo y revisa cómo vamos, entonces nos mandan a hacer exhumaciones en los terrenos que hace años no se remueven para sacar huesos que a nadie le importan porque murieron hace mucho tiempo o fueron enterrados de caridad y desconociendo la identidad, para que esos lotes queden limpios y se puedan volver a usar, pero, como esto nunca ha tenido un orden, lo que empezamos haciendo juiciosamente, siguiendo la línea de antigüedad, se fue para la mierda en muy poco tiempo porque nos dimos cuenta de que los cuerpos no coincidían, que no estaban completos o que estaban mezclados, entonces empezamos a limpiar huesos, esto sin orden y sin cuidado, empaquetamos cuerpos más o menos completos en las bodegas de atrás y el resto de huesos sueltos los metimos en costales, agrupándolos por tamaño, pero en esas bodegas en menos de un año eso se lo comió la humedad y se hizo tan imposible conservarlos por la hedentina y la putrefacción que decidimos quemarlos y hacerlo pasar como un accidente y para que quedara completo el disimulo yo mismo quemé las boletas de registro que había de esas zonas entre las cuales cayeron las de los supuestos hijos de la loca hijueputa… Eso pasó antes de que ella llegara con su reclamo, es decir, lo hice sin intención de dañarla específicamente a ella, solo por obedecer órdenes, que es por lo que me pagan, pero sabe qué es lo peor, que si no lo hubiera hecho en ese tiempo cuando no sabíamos nada de ella, hoy que sí sé y

conozco su reclamo también tendría que hacerlo, ahí sí con intención de entorpecerla, y lo haría, porque los de arriba mandan y yo obedezco, ese ha sido el orden desde que el mundo es mundo y es lo que garantiza que yo mantenga mi puesto y lo que vos deberías hacer; nosotros no vamos a salvar el mundo, que además ni existe, o bueno, existe como concepto, pero no como realidad, y yo transitando de la prenda a la borrachera me dejé llevar pensando: hasta razón tiene este marica porque ¿qué es el mundo?, ¿es el planeta, que es lo que defienden los ecologistas?, ¿es el país, la nación, la patria, que es lo que defienden los nacionalistas y patrioteros?, ¿o qué es? A mí me parece que el mundo que importa es reducido, es uno y los suyos, sus cosas y sus gentes y esas son pocas, tanto las cosas como las gentes, y ahí, solo ahí, puede uno ayudar y, no solo eso, incluso mejorar y hacer que cambien vainas realmente, pero solo ahí, el resto es demagogia y de la peor, porque es de la que uno mismo se cree y no hace un culo por quien tiene al lado por andar pensando en hacer algo para salvar el mundo; ninguna revolución que no tenga como origen el cambio de uno mismo, que no parta del interior, me interesa, el resto es faramalla y se puede ir para el mismísimo infierno; la revolución es en pequeño, nunca en grande, para volver al hilo de su deliberado discurso y juntarlo con lo que estaba pensando le dije Pues por eso le digo que yo quiero ayudar a esa mujer en pequeño, una pobre madre vieja a la que no le queda nadie en el mundo, y que quizás lo único que persigue en su vida es el cuerpo de sus hijos para poder morir tranquila y en paz, sintiendo que hizo algo, que ganó al menos una vez, que no vivió en vano y tal vez lo que es más importante: que sus hijos no murieron de gratis, y yo quisiera ayudarle a recuperar

un poco de dignidad, no solo la de ella sino —y sobre todo— la mía, porque una cosa es sentirme un inútil como sé que soy pero otra es sentirme cómplice, que es en lo que me estoy convirtiendo, eso creo que contribuye a cambiar las cosas en pequeño, que es el cambio que me interesa y ¿qué puede ser más pequeño en el mundo que una vieja loca y sola que busca a un par de hijos que a nadie más le importan?, tomándose otro trago entre bocados me contestó No sea ingenuo, home, y no confunda; esos muchachos sí murieron de gratis y en balde porque ese balde es amplio y ahí meten todo lo que necesitan botar los que manejan esta vaina, desde cifras, nombres y documentos hasta muchachos, porque usted confunde la pequeñez con la insignificancia, esa mujer es el mundo en pequeño porque ella y su historia son pequeñas, pero lo que busca no es insignificante ya que toca a los que manejan el mundo, al menos en este país en grande, y eso sí es inmenso, y yo tomando un trago de la media mientras ordenaba la siguiente le dije Usted me dice ingenuo y seguramente lo soy porque no sé quiénes ni cómo manejan ese mundo en grande que usted menciona, pero prefiero ser un güevón que quiere ayudar a esa mujer y no un indolente como usted, ¿Indolencia?, contestó sonriendo con ironía, no seás tan pendejo, lo que vos llamás indolencia no es nada más que realismo, y ni vos, ni yo, ni nadie le puede ayudar a esa mujer, si yo también intenté ayudarla cuando empezó a venir pensando lo mismo que vos, que qué pesar, que sus hijos, hasta que me di cuenta de que el que la había cagado era yo quemándole esa boleta y de que lo había hecho sin intención, solo porque así funciona el sistema y que confesarle eso era confundirla más y meterme en un lío el hijueputa yo mismo, porque tenía que asumir yo solo, otro pobre güevón como

yo, los fallos del sistema, y ella iba a seguir sin encontrar a sus hijos, entonces hice lo más sensato que pude hacer y que es lo mismo que te digo a vos que hagás: hacerme el güevón e ignorarla como la loca que es, porque así al menos tiene un propósito, no la nada que le sigue a la verdad cuando la encuentre o la acepte, porque de encontrarla ya la encontró, su amiga se la dijo, al menos una verdad más parecida a la verdad porque lo que ella cree que es verdad es la simpleza de un forense que no se la aguantó más y le dijo que unos muchachos con características similares a sus hijos estaban aquí y no se imaginó que eso para ella era decirle todo, pero fue solo eso, una ligereza para sacársela de encima, la verdad más cercana a la verdad inencontrable de ella es la que le dijo esa niña Lucía, que a sus hijos no los va a encontrar nunca, pero ella se niega a aceptarlo y eso que parece una derrota es un triunfo, porque al menos la salva de la nada que sería aceptar la verdad de este país: que aquí desaparecer es muy fácil pero encontrar a un desaparecido es prácticamente imposible; mientras la mayoría prefiere una mentira cómoda que la verdad, ella se empecina en encontrar su verdad y eso es grave, porque la verdad que ella busca no existe, se quemó o mejor la quemé yo, pero eso tampoco es cierto porque no sé si esos cuerpos realmente eran de sus hijos o de otros, pues desaparecidos es lo que sobra y tal vez sus hijos sí estén en esa escombrera como le dijo su amiga, de todas formas, aquí o allá, no hay caso: por más que busque no los va a encontrar, por eso no es indolencia, es realismo, más indolente es darle esperanza como lo estás haciendo vos, que le estás quitando lo único que la mantiene viva y algo cuerda: el odio y la rabia, porque nadie quiere ser odiado así sea por un desconocido, entonces pretendés ayudarle pero lo hacés por vos,

no por ella, porque ni siquiera podés, ni tenés cómo, eso sí es indolencia y además mucha vanidad la tuya: lo mío es realismo, repito, o a lo sumo pragmatismo, porque prefiero obedecer y callarme y cobrar el sueldo que darle esperanzas, que es lo que haría confesándole la verdad de las boletas que quemé porque ella revolcaría este sitio para descubrir que no eran y yo me meto en la hijueputa y de pronto en ese desbarajuste mueve huesos que sí importan y desajusta a quien no debería y terminan desapareciéndola a ella y a mí y a vos y a cualquiera que haya tenido algo que ver con eso, entonces mi supuesta indolencia no es más que sensatez; es mejor tener a una loca y a dos empleados modelo que a tres desaparecidos más, dijo eso masticando con fuerza, casi con furia, un pedazo de carne, como un gallinazo empecinado en su carroña, y ver esa imagen mientras decía lo que decía me dio ganas de vomitar y tuve que mandarme un guaro doble; algo en mi cuerpo debió mostrarle mi fastidio porque continuó, ahora suavizando el tono con voz medio arrastrada por los guaros, Estamos de acuerdo en que esa mujer es una pobre vieja, pero así, vieja y loca, puede hacernos mucho daño, insisto: detrás de su reclamo hay historias muy jodidas que nadie quiere revelar, de verdad se lo digo, eso de hacernos los héroes no es para nosotros, al revés, mi superpoder es ser invisible y debería ser el suyo. Todo el mundo quiere figurar y nosotros no podemos ni debemos figurar, nosotros también debemos desaparecer de alguna manera si no queremos desaparecer realmente, y a ella dejémosla enloquecer en paz y a su ritmo que por lo que veo ya se está acelerando y no le dé más esperanzas, por favor, que de todas maneras la locura de esa pobre mujer la construimos nosotros; cada uno de nosotros trabajó

un peldaño que ella subió agarrada de la esperanza y que ahora, cuando está viendo que no conducen a nada, se va a despeñar, entonces no la encumbre más y sírvase otro guaro mejor, yo me estaba sintiendo peor por el guaro, la charla y en general por todo lo que estaba pasando desde que decidí aceptar este trabajo de mierda, y sirviendo dos tragos más dije Vea, hermano, le agradezco que quiera mantenerme aquí a toda costa, pero yo no tengo el cuero para esto ni para vivir sintiéndome mal todo el tiempo, tomémonos esto, vamos y le entrego mi renuncia y así nos libramos los dos de cosas más malucas, yo de tanta incertidumbre y molestias y usted de mí, sigámonos haciendo los güevones usted con todo lo que sabe y yo con no saber nada y así es mejor, brindando al aire respondió Hágale, acabemos este guaro y vamos, que yo también me voy a tomar el resto de día, que ya estoy prendo y voy a aprovechar para encontrarme con una amiguita que tengo y mantener la farrita, y usted tómese dos o tres días y luego hablamos, pero entremos al cementerio rapidito por las cosas para no dar más papaya y que no nos vean más por aquí bebiendo, y vi con alivio que quedaba poco de la media y serví dos guaros dobles hasta rebosar las copas y me tomé a pico de botella el cuncho que quedaba, quería irme rápido para mi casa, estar solo, pensar, intentar comunicarme con Lucía y beber en paz y lejos de todo lo de este cementerio y de este jefe de mierda; terminamos los tragos y nos devolvimos en silencio hacia la entrada. A medida que avanzábamos se incrementaba mi maluquera, pero no era el típico malestar del borracho, era otra cosa, como un peso en la espalda que me empujaba hacia abajo con cada paso, haciéndome espeso el andar, y se combinaba con un frío vesicante en la panza que se agudizaba con el movimiento, sentía

unas náuseas al revés, como si necesitara vomitar para adentro, una sensación inédita en mi larga travesía alcohólica; caminando a rastras doblamos la esquina y desde ahí la vimos en la entrada, como siempre, con su cuerpo enjuto como una espada de lado a la que se le adivina el filo, no alcanzábamos a verle los ojos, pero sentía su mirada severa y filosa también; continuamos avanzando hasta que nos tocó su corte; una mirada que dolía de oscura, que vista de frente huía como si en esos ojos se hubiera muerto la muerte. Adelantamos despacio con la dificultad de sabernos atrapados por sus ojos de odio, cuando sentí un olor picante y dulzón que braveaba mi nariz, y que en principio confundí con el del combustible quemado que expelían los buses que pasaban por la calle contigua, acometimos otros pasos encogidos, tratando de esquivar el mordisco de sus ojos sin conseguirlo, cuando se me reveló que el olor salía de su cuerpo. Confundido, oliéndola de frente, vi su cara sáxea y la mirada honda y duple que sentía cada uno, con ojos tan fieros que se le tragaban el rostro y en los que residía el castigo; traté de decir algo pero me detuvo su voz firme y calma pulimentada en el rencor más puro y absoluto que alguien pueda sentir y con una sonrisa solemne que desbordaba su cara nos dijo despacio, saboreando las palabras: Los estaba esperando, malditos: les deseo todo el dolor del mundo, todos los putos días de su asquerosa vida, y activó el clic de una candela que tenía en la mano izquierda y se prendió fuego, las llamas la abrasaron de inmediato. Yo no podía creer lo que tenía al frente ni era capaz de apartar la vista del espeluznante espectáculo, y en un acto reflejo intenté acercarme a la masa ardiente en que se había transformado, cuando el brazo de mi jefe me jaló hacia atrás mientras gritaba por

ayuda, sus gritos se juntaron a los de la gente que nos rodeó atraída por la llamarada humana de la Llorona; no supe qué hacer e inmovilizado de terror, en medio del escándalo, sentí cómo el frío que se insinuaba en mi vientre me tomaba todo, contradiciendo el calor abrasivo de la mujer quemándose frente a nosotros. Empecé a temblar sin control, las piernas trémulas traicionaron mi firmeza y caí de rodillas como si algo adentro de mí obligara a mi cuerpo a reclamar su indulgencia con una postura contrita, arrodillado por el terror, el pesar y la culpa, y desde ahí contemplé cómo entre las flamas que desfiguraban su gesto se mantenía su sonrisa altanera y enfática con la que me negaba su perdón. La vi extinguirse impávido de miedo, soportando el hedor a carne quemada que se me quedó pegado a la memoria olfativa como recordatorio de la infamia que este país obliga y de la que hago parte. Después de no sé cuánto tiempo en que estuve sin moverme, sin sentir y casi sin pensar, abstraído únicamente en el olor a piel abrasada, entre el barullo de gente, policías y agentes de la Fiscalía, el CTI y la morgue que se habían arremolinado a nuestro alrededor, mi jefe me rescató y entre él y algunos agentes conocidos suyos me introdujeron al cementerio para guarecerme de los ojos curiosos de algunos periodistas noveleros que atraídos por la truculencia habían concurrido a la escena, aunque en realidad y por lo que les escuché conversar, estaban más preocupados por que no se nos notara mucho la borrachera o por que me diera por hablarles a los periodistas de las cosas que habíamos conversado, aunque yo ya no estaba borracho y nunca me ha gustado hablar con extraños sobre lo que la gente me confía y menos si son periodistas, no me dio el ánimo ni para contestarle que no tenía de qué preocuparse; me hice el que nada

había escuchado y seguí pensando sin pensar en la Llorona, recordando su mirada abismal y su sonrisa triunfal rezagada entre las llamas, por eso tampoco dije nada cuando mi jefe envió a uno de ellos por media de guaro que me hicieron tragar en tres tragos argumentando que era lo mejor para los nervios, aunque yo tampoco estaba nervioso: tenía rabia y miedo pero no de ellos ni de sus secretos, sino de la Llorona, de su rencor y su impotencia que la habían llevado al extremo al que llegó y que estaba seguro que me perseguirían a mí para siempre porque el odio, además de oscuro, cerrado y cerril, es jabonoso y cuando se extiende todos terminamos deslizándonos con él y cayendo por su culpa. Acepté los tragos gustoso porque quería largarme de ahí, por eso al terminar anuncié que me iba para mi casa, que había sido suficiente por ese día, y mi jefe, con un gesto macizo, ordenó a dos de sus acompañantes que me escoltaran hasta la calle por la salida trasera y con eso evitar la entrada, donde levantaban los restos del cuerpo de ella, y no pude dejar de pensar en que eso mismo había hecho en vida: darle la espalda a su reclamo y, con ese peso allanado en mi espinazo, volteé la mirada para despedirme para siempre de la Llorona y de ese cementerio, cuando las vi asomarse, fulgurando con rabia, a las luces de siempre que ahora destellaban rencores con intensidad superlativa para despedir chillando visos a la Llorona igual que a mi inepta presencia y a mi inoperante ejercicio devenido en insolencia que redundó en la deflagración de ella. Me monté a un taxi con el corazón oprimido y el alma en mengua y así llegué donde mi madre, porque necesitaba verla y hablarle, pero no quise llegar alterado y espeso como estaba y por eso me detuve en la tienda de enfrente para pedir media de guaro que me tomé ahí mismo para diluirme un

poco antes de entrar y contarle todo lo que acababa de suceder. Fue ahí cuando recordé el gesto rotundo de mi jefe a sus hombres y su acatamiento inmediato como de perros regañados y entendí su poder y lo involucrado que estaba en todo esto y que su verdadero papel era vigilarme, y por eso su actitud amistosa y de camaradería, y comprendí que en realidad yo era un tonto y que necesitaba alejarme de todo, incluso de mí y mis torpezas, y necesitaba un sitio muelle y cálido en el que asentarme como los brazos de mi madre, quien me recibió recelosa porque supo percibirme y sobre todo olerme la borrachera, pero viéndome el gesto borrascoso y el ánimo en ruinas, en vez de reconvenirme, me acunó en un abrazo. Mi madre es pequeña en tamaño y robusta, siempre lo fue, pero con los años se ha ido encogiendo cada vez más hasta hacerse minúscula pero compacta, como un baúl antiguo en el que se guarda lo más preciado de la existencia; toda la bondad, el cariño y la dulzura que quedan en el mundo se compactan en mi madre y su abrazo consigue aplacar el mal que yo tenga y restaurar mis escombros internos. La siento y me pregunto cómo esa mujer tan pequeña y vieja puede brindar un consuelo tan grande, y no es solo conmigo, en donde ella esté hay paz y calma; ella ilumina, por eso no es raro que se llame Luz. Mujer suave, cálida y clara, supo por mi silencio que troqué rápidamente en sollozo que algo grave había pasado, después de sobarme un rato, tuve fuerzas para narrarle lo que había visto y sentido. Cuando llegué a la parte de la quema vi a mi madre lacrar el gesto y dejó escapar entre suspiros lágrimas que avecinaron de nuevo las mías y entre el llanto de ambos terminé de describirle la escena y sus corolarios. Al final mi madre, acariciándome la mano, me dijo Pobre mujer, ojalá muerta pueda encontrar algo de paz o al

menos el sustituto inferior de esta que es el desquite, ay, mijo, a algunos la vida los trata tan mal que ni muriendo logran restituirse; ni siquiera la muerte consigue compensar lo que la vida les quitó y se pasan la eternidad vagando en busca de esa recompensa, ojalá que ella con ese acto de extrema desesperación haya podido sentirse indemnizada un poco, porque, si no, quedará varada eternamente en el odio y ese es el peor de los castigos, no curarse nunca del odio y, por lo que me has contado, ella no se merece una perpetuidad así. Más que un deseo es una esperanza porque, si no, vos serás uno de los objetos de ese odio y te perseguirá por siempre y tal vez, solo tal vez, si le rezas con humildad y fervor, pidiéndole clemencia y perdón, logres que no te persiga, porque la persecución de un espanto rabioso es muy berraca, mijo; los muertos que no pueden descansar por la rabia que les causaron los vivos se dedican a intranquilizarlos para que se mueran de rabia o terror, pero tenés que dejar de beber y vestirte de humildad, porque yo te conozco y sé que esto te suena a inguandias de vieja loca, pero hay cosas que hay que creer con el corazón y no con el cerebro; yo sé por qué te lo digo, yo soy tu mamá y, si no querés creer con la cabeza, creé con el corazón por mí… Si querés yo te ayudo a rezar, No, má, le dije, no me da, vos me conocés, es cierto y por eso mismo sabés que si me pongo a rezar es por darte gusto, pero que sería muy hipócrita y eso en vez de ayudar antes perjudica, dejá yo me compro media, que estoy muy inquieto, y me la tomo con vos antes de irme, y aunque no crea en nada, vos sí y yo creo en vos, entonces rezá por nosotros y por ella para que me perdone a mí y a todo el puto y maligno mundo que la llevó a hacer lo que hizo y sobre todo para que no sufra, y rezá por mí para que no me devoren la tristeza y la desazón

que tengo y sobre todo para que no me gane para sí la indolencia. Mi madre bajó los ojos derrotada: nunca le había gustado verme bebiendo y creo que para impedirme que fuera por trago me dijo Ahorita vas, vení para la cocina, tomate un tinto mientras te cuento otra historia de gente quemada; yo entendí su intención y aguantándome las ganas de beber le contesté Camine pues, má. Sí, mijo, gente quemada, unos por la vida, otros por el fracaso y otros… literalmente, dijo.

La Mechuda

> «Oh, alma que llegasteis a contemplar el deshonesto estrago que me ha despojado de mis hojas».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto III, v. 152-153

«Carlina la Mechuda era una enciclopedia de la maldad, pero no de esa vistosa a la que estamos acostumbrados nosotros sino de una más íntima, más pequeña, que solo quien tuviera los ojos para verla podía hacerlo. A ustedes les tocó una época brava en este barrio cuando se llenó de pillos y malhechores, en la que la maldad se hizo cotidiana, y ejercerla, la manera más fácil de conseguir el éxito y sobre todo el reconocimiento, y por eso creen que antes no había nada peor y tal vez tengan razón porque su momento fue verdaderamente terrible, pero maldad y quien la ejerza han existido siempre, mijo. La prehistoria de los pillos fueron los camajanes que habitaron estas mismas calles; se paseaban de arriba abajo, de día y de noche, sin oficio aparente, ocupados en lucir su pinta impecable, pantalón de Terlete, camisa de seda fría abierta hasta más abajo del pecho y zapatos de charol blancos o los populares cocacolos bicolor —blancos y negros o blancos y vinotinto—, incluso hay una canción que habla de eso porque el nombre de los zapatos les dio nombre a sus dueños, porque muchos les decían a los camajanes "cocacolos". Eran tipos de labia fácil y persuasiva, bailarines de música tropical en

los bailaderos y bebedores de tango en las cantinas, además, muchos de ellos empezaban a coquetearle a la mariguana, lo que los hizo temibles en el barrio en una época tan sana que cualquier vecindad con el vicio era sinónimo absoluto de perversidad, como te conté alguna vez: tan ingenuos, cuánto diéramos hoy en día para que hubiera más mariguaneros que asesinos y más camajanes que bandidos, porque estos eran muy visajosos y mariguaneritos pero inofensivos, solo que eran raros dentro de la sanidad de la época, y todo el mundo cree que la maldad son los otros, los raros, hasta que conoce realmente a los malvados; nadie supo bien de qué vivían, y bien pudo ser del aire porque aunque no trabajaban siempre se los veía bien puestos y gastando en sus pintas y sus parrandas; yo creo que vivían de su bacanidad, de ese saberse estar en el mundo, muchos seguro vivían de lo que les arañaban a sus familias, porque unos eran solterones empedernidos que se gastaban lo que sus padres trabajaron duramente y otros eran mantenidos por sus esposas, a quienes veíamos deslomarse como cocineras y dentroderas en casas de ricos para que sus hombres tuvieran con qué vivir y beber bien. John Fredy era uno de ellos; recién llegados lo conocimos cuando se regaló para trastear el acarreo mínimo que trajimos tu papá y yo y no es que hiciera mucho porque mucho no había para hacer pero sí trasteó ahí un par de taburetes y unas ollas tiznadas que traíamos y sirvió para que nos envolviera con su cháchara amena y efectiva. En un volión nos contó a grandes rasgos la historia del barrio y de la cuadra y nos señaló quién era quién y cómo y dónde se conseguían las cosas del diario, para luego evaporarse igual que había aparecido, dejando en el aire solo su olor, un tapiz empalagoso de loción Lapidus, que era la que usaban

todos los hombres en esa época, de olor dulcete y penetrante, y a la que yo me tuve que acostumbrar cuando tu hermano y vos se empeñaron en usarla y terminaron contagiando a tu papá, que me la llevó a la cama y a la vida y que hasta hoy me perfuma los pensamientos de ustedes cada que la siento, como cuando vos llegás; es jodido esto del recordar porque la coge a una desprevenida, entonces me veo evocando cosas dulces con ustedes de cuenta de ese perfume, sin pedirme permiso y sin que pueda detenerlo, y eso es bueno, lo malo es cuando al momentico esos recuerdos se vuelven negros y malos porque recuerdo que esos ustedes de la memoria ya no están, tu papá y Alquívar porque murieron y tu hermanito y vos porque crecieron. John Fredy era un buen tipo, muy recargado en sus formas y vestimenta pero buena papa, solidario, servicial y galantoso, siempre hablaba como conquistando y no solo con las mujeres sino con todo el mundo, era de esos entradores que para mucha gente pasan por sobradores o confianzudos, pero él sabía llevar su charla y sus modos hasta el límite sin sobrepasarse; todo el tiempo lo veíamos por la cuadra pero era raro: su figura era como vaporosa porque ora estaba aquí ora allá, era como si estuviera en todas partes sin estar completamente en ninguna, por eso todos supimos de sus amoríos con Roxana, una mujer bien bonita y coqueta que vivía en la cuadra de abajo y que trabajaba en un bar de Barrio Triste como copera, que era como les decían a las meseras en sitios de reputación endeble, denominación peyorativa que indicaba un estado cercano a la prostitución, pues estas mujeres sin ejercer directamente el oficio sí estaban prestas al acoso constante de los clientes, que eran hombres en su totalidad, y además que el bar estaba situado en un barrio que históricamente

se conocía como zona roja, así que la gente de por aquí con esa particularidad que tenemos de simplificar a las personas por su apariencia y entorno asumimos que esa mujer era una prostituta, por eso todo el mundo vio con buenos ojos la relación con John Fredy, porque ambos eran marginales dentro de nuestra exclusión general», yo escuchándola pensé que ya desde esos tiempos se veía venir el artificio progre que hoy es la narrativa oficial del biempensamiento; ellos fueron una pareja de esas que se toleran y hasta se patrocinan porque nos hacen sentir superiores moral y socialmente y además nos otorgan un gradito de liberalismo y progresismo que más nos encumbra en la cresta de lo políticamente correcto, pero que es enclenque como cervatillo recién nacido porque en cuanto tenemos que otorgarles los derechos que reclamamos para nosotros en igualdad de condiciones ahí sí nos parecen despreciables, pecaminosos e inferiores y la inclusión que pregonamos muestra su verdadera faz, que no es otra que la del menosprecio y ahí sí se nos hacen objeto de vilipendio e insulto: tanta arrogancia y altanería disfrazada de deferencia… Irrespetuosos solapados es lo que éramos y somos, pero antes de seguir hundiéndome en la divagación, mi madre prosiguió: «El caso es que todos dimos por sentado que eran novios, aunque entre ellos el trato era de suma cordialidad, nunca les vimos las confianzas y cariños que se tienen los novios; no salían juntos tomados de la mano, ni se besaban en público, ni hacían nada diferente a visitarse afuera de la casa de ella, y nadie los vio nunca adentrarse al domicilio y menos dormir juntos, pero de alguna manera ese gesto reiterativo les otorgó el grado de novios entre todos los vecinos; por eso fue un poco extraño verle los ojos a John Fredy cuando contempló a Carlina

el día en que llegó a la cuadra; a todos nos pareció una mujer bonita, sin duda, con una cabellera que atraía, lacia, negra y larga hasta la cintura y que llamaba la atención por su brillo y hermosura, pero en él su aparición obró un regocijo parecido a la felicidad; eso no fue sino verla y aterrizarle encima, que hola mi amor, que cómo se llamaba, que de dónde provenía y un sinnúmero de preguntas que, si no fuera por las maneras hechiceras y su agraciado encanto, se hubieran tomado por un acoso directo, sin embargo, era otra época más tolerante o quizás más pendeja con los pendejos y ella, una mujer del campo, se derritió en ojitos frente a la labia entradora y persuasiva del lisonjero que la dejó rendida casi de inmediato. A la semana vimos con sorpresa cómo las visitas del camaján se mudaron de dirección y ahora era la casa de Carlina la que exhibía su estampa todas las noches, sin decírnoslo, todos pensamos en Roxana, cuya casa veíamos huérfana de visitador, y a ella se la notaba cabizbaja y entristecida cuando salía para el trabajo y daba una vuelta por detrás del colegio para no pasar por la cuadra y todos dedujimos que era por no encontrar la sombría postal de John Fredy emplazado en la acera de la nueva vecina. De alguna manera su despecho nos cobijaba por haber sido testigos del encuentro y también del cambio que la tenía arrastrando una pena tan extensa como una cola de novia abandonada en el altar. Los días pasaron y nos fuimos acostumbrando a la cercanía de la nueva pareja, que cada día exhibía con mayor desparpajo su amor; John Fredy sí salía con Carlina colgada del brazo y se sentaban tardes enteras en las bancas del parque a comer helado, luego los veíamos tirados en alguna manga y él perdido de encanto, sobándole la luenga cabellera a su amada mientras ella lo miraba con ojos de amor

nuevecito, como las ventanas de una casa recién construida, y a mí y supongo que a todos los que hemos conocido el desprecio de alguien a quien quisimos nos daba rabia tanta melosería, no porque incomodara sino porque en el fondo nos sentíamos emparentados con el duelo de Roxana, a la que seguíamos viendo dar la vuelta larga como su pena de ida y de venida de su trabajo, cada vez más descolorida y atristada, sin hablar con nadie, como guardándose para sí solita el dolor, mezquinándoselo; a muchos la pena los enturbia y los encoge, impidiéndoles compartirla, que es lo que ayuda a no consumirse de dolor: expresar las penas permite aliviarlas, guardárselas, es desparramarlas dentro de uno, como una metástasis, rellenándolo todo de ellas, hasta que lo colman y estallan y se vuelve uno supuro de pena, y uno la va dejando regada por donde pasa, untando todo lo que toca de ella, y así veíamos a esa pobre mujer, rociando todo con su aflicción, las calles por donde pasaba, la gente a la que miraba, las hojas de los árboles se le marchitaban encima, las luces de los faroles se apagaban a su paso, no no no, avemaría, era una pena ambulante, y me imagino que si eso notábamos nosotros cómo sería de duro para ella ser ella misma y tener que cargar con su pena a todos lados, en los sueños y en las vigilias, en su casa y en su trabajo, de día y de noche, al sol y a la sombra, hasta que no pudo más con ella y la transformó en daño para tramitarla antes de que acabara con ella; prefirió volverla perjuicio a los otros y, entre todos los otros, la primera en su lista de destrozos fue la nueva novia de su antiguo amante: hacia ella enfiló su perfidia, ustedes conocieron una práctica que se hizo corriente entre las peladas en la época de los pillos que llamaban dizque el gorro de sacol, lo hacían sobre todo las mujeres para cobrarse

ofensas o por envidias o por dañar a otras mujeres que les miraban los novios o que se metían con ellos, todo hay que decirlo. Rellenaban con sacol una pelota de carey partida a la mitad y se la aplastaban en el pelo a la enemiga, quien no tenía más remedio que raparse porque ese pegante no se lo sacaba nadie, recuerdo que se lo hicieron a esa niña Sindy por haberse metido con el Burro y a la hermana de Denis porque le envidiaban el porte y la ropa, pero lo que desconocen ustedes es su origen: quien inventó ese nefando procedimiento fue el despecho de Roxana. Las mujeres desde siempre hemos tenido un vínculo especial con el cabello: en él fijamos una parte importante de nuestra belleza, nada hay para nosotras que merezca mayor atención y consuma tanto tiempo y cuidado como el pelo, nos esmeramos por que esté brillante y sedoso y las fortunas que gastamos en productos no tienen ni cuándo imaginarlo ustedes, ahí está la sensualidad, la coquetería y hasta los modos que usamos para la seducción, por eso al paso que envejecemos lo vamos cortando como si necesitáramos rebajar nuestro erotismo a medida que avanzamos en edad, como si el placer solo pudiera sentirse y demostrarse en la juventud y entre gente joven, es hasta ridículo eso, ¿no, mijo?, si a todos nos gusta el placer y todos somos vanidosos toda la vida, lo que pasa es que quienes trazaron esos criterios lo hicieron en su juventud y creyeron como creímos todos en esa época de la vida que esta iba a durar para siempre, pero esa es tan pasajera como el sol del invierno y a todos se nos acaba, contrario a lo que ocurre con el deseo, que dura para siempre, y por esa misma condición tuvimos que obligarnos a frenarlo o cuando menos a corromperlo, denigrándolo cuando se sale de los límites grotescos de la edad y la lozanía propios de la

mocedad, y el cabello alcahuetea esos límites porque nada delata más la pérdida de pasión y erotismo que la dejadez del pelo, olvidarse de su cuidado es lo mismo que decir ya no me interesa la sensualidad, que es otra forma de renunciar a la vida, porque todo lo que tiene de vivible es sensual, no solo el sexo, que es su manifestación más simple, también la alegría, la fiesta, el baile, el gusto y las ganas de hacer las cosas son eróticas y además no nos digamos bobadas, mijo, a todo el mundo atrae un cabello hermoso, y Carlina tenía el más bello que habíamos visto nunca por estos lados y fue la soga en que se colgaron los deseos de John Fredy y eso atrajo el reemplazo de Roxana y los celos devenidos en rabia fecunda y agazapada de esta, transformada en fiera venganza; un día —se nota que había estudiado sus movimientos y rutinas—, Carlina salió al solar de su casa en donde cada tres días se lavaba su maravillosa cabellera con aceite de ricino y un champú de sábila para el brillo y zumo de azahar para el olor y luego se sentaba en una mecedora largo rato a dejárselo secar naturalmente mientras leía revistas con chismes de los famosos: era un ritual simple pero efectivo que mantenía su pelo como tendal de ofrendas en una iglesia, hasta que ese día, imbuida en la lectura, no se percató de una figura minúscula que se había colado por detrás en el solar de su casa y mientras ojeaba las fotos de los famosos le estampó en la cabeza una totuma cargada de sacol, que le dejó puesta como sombrero sobre su esplendente cabello, y se fugó entre el rastrojo de su solar con una velocidad de espanto, sin permitirle distinguir completamente quién era ni lo que había sucedido: tuvieron que pasar un par de segundos para que comprendiera la dimensión del daño, cuando intentó despegar la totuma de su cabeza y sintió el

chasquido gelatinoso despegándose de su cabello; en principio creyó que se trataba de una trastada de algún chiquillo travieso del vecindario hasta que sintió el olor penetrante que el pegante despedía del recipiente en sus manos y pudo ver con claridad la dimensión de su perjuicio. A los gritos corrió al tanque de agua que tenía a un costado y zambulló su cabeza, pero peor: el agua ayudó a solidificar el engrudo y pasmada veía cómo la mano con que intentaba atajar el desmadre se le devolvía embrollada de cadejos de pelo y pega que arrancaba con espanto y rabia, como si ella misma se estuviera mechoniando, así estuvo un rato hasta que sus manos no eran más que dos manojos de cabello estropeado imposibles de retirar, se desmadejó al lado del lavadero, mirando sus manos y llorando desprecio, y así permaneció cerca de dos horas en las que estoy segura de que le nació, desarrolló y acendró su odio, dejándolo listo y purificado para bañar con él todas las acciones de su vida y cobrarle al mundo el ataque que había sufrido. Se limpió con las manos peludas las últimas lágrimas que derramaría en su vida y se levantó serena, fue hasta la cocina por unas tijeras y se motiló a tarascazos y de memoria: no quiso contemplarse al espejo hasta que sintió que solo le quedaban algunas pelusas desordenadas sobre el cráneo. Cuando el espejo le devolvió la imagen mutilada, se sonrió alelada y rencorosa y salió a la calle en busca de una cuchilla de afeitar para terminar de raparse y fue cuando todos la vimos desfilar hacia la tienda como un verdugo que va al patíbulo, con el odio puro y total instalado en la mirada y figura, observando al frente con la cabeza erguida, exhibiendo sus mechones destrozados como estandarte de batalla. Desde el siguiente día percibimos a otra mujer, no solo en su apariencia, que sin ser fea era cuando menos

rara, una mujer con la cabeza pelada como bola de billar, además porque no se esforzó nunca por ocultar su desgracia, como ocurría con la gente que por un tratamiento o un accidente perdía el cabello y salía a la calle de sombrero, gorra o cualquier artículo que disimulara lo obvio, haciéndolo, quizás, más llamativo; ella, en cambio, parecía disfrutar exhibiendo al mundo su cabeza desnuda, como queriendo recordarnos constantemente a todos su afrenta, pero había un cambio tal vez más significativo aunque menos ostensible y eran su mirada y actitud, que la gente no notaba atraída por su calvicie, pero que yo, que me intereso en miradas, supe verle: los ojos se le aceraron, oscurecieron de la pupila para atrás, como si cerraran una puerta adentro de ella, lo que se correspondía con su actitud, de vivaz y sonriente que era pasó a ser maliciosa y lesiva, solo que era sutil, porque mantenía la sonrisa instalada a perpetuidad en el rostro, pero una sonrisa triste, opaca como de una boca sin dientes, una sonrisa de estatua, muy diferente de la brillosa y alumbradora que tenía antaño. Todos le seguimos la pista porque lo que le pasó fue un acontecimiento mayúsculo para nosotros tan acostumbrados a la serenidad de un tiempo en que hasta la música sonaba pasito, y la gente vivía con quietudes largas, con rutinas fijas sin mucha novedad; una época en que los sucesos sensacionales no ocurrían a diario como les tocó a ustedes, y por eso pudimos ver cómo su trato cambió con todos pero en especial con John Fredy. Después de que todos supiéramos de su agresión y la viéramos acudir por la cuchilla de afeitar, se corrió el rumor y empezaron las especulaciones sobre su autor o autora, porque sin mencionarla directamente todos teníamos instalada en la cabeza la imagen de Roxana, pero nadie decía nada porque no teníamos pistas para

imputarla ni pruebas para condenarla y su novio ese día no sé por qué no estaba merodeando en la esquina, que era su centro de operaciones de las nadas que hacía, y no se enteró ni vio la procesión de su novia hasta la tienda, se enteró fue tarde del suceso y corrió a visitarla, pero ella no quiso abrirle, le habló desde adentro y fue enfática al decirle que no quería ningún trato con él, que dieran por terminada su relación y que no quería verlo nunca más; el hombre insistió frente a su puerta toda la noche, hablándole dulzuras que se estrellaban contra el umbral cerrado… Daba hasta pena verlo, porque la escena se repitió todos los días de la semana con sus noches; se lo veía mirando a la puerta cerrada como una vaca en un potrero, manso y triste, hablándole lo mismo en diferentes tonos, pasando de la ternura a la rabia, y encontrando idénticas respuestas, todas las formas del *no* que repetía la mujer empecinada en su desprecio. Al principio entendimos que era lógico que no quisiera verlo por su apariencia; ninguna mujer quiere que la persona que una quiere la vea en las malas y más si las malas son tan evidentes como las suyas e instaladas en el centro gravitacional de su belleza, pero después fuimos viendo que no era ese el motivo, porque ese, cuando hay amor, como sea se tramita; una se acostumbra a transformar su belleza o a trasmutar su centro y si antes estaba en el pelo entonces se maquilla una más para resaltar los ojos o se sonríe constantemente para que se le noten los dientes, y si el otro la quiere a una pues es porque toda una le parecía bella y no solo un poquito y aprende a ver bellezas donde antes solo había hábito, como en los gestos y las posturas, que es lo mismo que nos pasa con la vejez cuando se va perdiendo la lozanía de la juventud y con esta la hermosura, se empieza a ver hermoso

todo el conjunto y se hermosea el todo, no ve que toda vejez como cualquier corrupción es fea, salvo si se mira con los ojos del amor, que están más allá de las cuencas y miran más adentro de la piel, por ejemplo, yo a tu papá lo vi hermoso siempre, pero no de la misma hermosura: joven, era su porte y su pinta, luego a medida que se le acentuaron los rasgos daba era esa impresión de entereza y fuerza que tuvo y que a mí me enloquecía y después en su vejez… ¿sabés qué era lo que más me gustaba de él?, me parecía divina la forma en que caminaba y entre más encorvado y viejo más hermoso me parecía, porque cuando arrancaba le ponía tanto donaire al acto de trasladarse que adquiría porte y nobleza… Así cada etapa trae bellezas nuevas cuando se miran con el amor infinito como el que nos teníamos Reinaldo y yo, pero en Carlina germinó un sentimiento distinto a la vergüenza simple y llana, y completamente distinto al amor: el odio, y este como es sabido y por definición contradice al afecto y atrae sentimientos complementarios, como la rabia, la desidia y el fastidio, que fue lo que le demostró con creces a su novio de ahí en adelante, aunque no fue solo a él; ella luego del suceso desterró de sí cualquier traza afectiva y se dedicó a odiar en serio a todo el mundo y a actuar en consecuencia con su sentimiento, pero claro que el primero en verse afectado por esa nueva emoción fue John Fredy; parecía como si con el pelo le hubieran arrancado el cariño que le tenía y le hubieran puesto en vez el rencor, porque la manera en que lo despreciaba era la de alguien que odia desde siempre, no la del que amó y dejó de hacerlo. Al principio solo fue dejarlo plantado hablándole a la luna en su puerta, pero finalmente se vieron después de ocho días en que parecían jugando al gato y al ratón porque ella esperaba a que a él

lo venciera el sueño entrada la mañana para salir a hacer las compras, que hacía de afán antes de volverse a encerrar y trancar para que cuando él regresara no tuviera que salir a nada, hasta que él entendió esa dinámica y adelantó el sueño y la esperó en la mañanitica y cuando abandonó su casa le salió al paso y pudo verla; la notó rara, lo que era de esperarse porque nunca la había visto calva, que fue lo mismo que nos pasó a todos, y por estar pendiente de la testa no le vio la mirada, que era la que de verdad y a fondo había cambiado y que fue la que lo recibió a golpes de pupila que herían más que los puños para decirle mientras lo miraba con rotundidad Vea, John Fredy, yo no sé qué es lo que usted busca con esta visitadera que más parece una acechanza, pero le pido el favor de que no lo haga más, yo a usted no lo quiero en mi vida, aléjese del todo y déjeme tranquila, que gracias a esto que me pasó me puse a pensar que yo a usted nunca lo he querido, me parecía gracioso, formal y disfrutaba pasar tiempo con usted, pero eso no es amor, al menos no del tipo de amor que yo requiero, de manera que ábrase, que me tiene atosigada, y no vuelva a mi casa, que yo por no ser grosera no le he dicho nada, pero si vuelve a aparecer le juro que llamo a la policía; él la escuchó impávido y cuando intentó hablar un taco le nació en la garganta y le imposibilitó el habla, y lo que quería decirle se lo lloró porque no pudo articular palabra impedido por el taco y el llanto, hasta que ella despectiva en su gesto se cansó de verlo llorar y haciéndolo a un lado lo dejó en mitad de la calle: en efecto, como el hombre empecinado no dejó de visitarla, al otro día le mandó la policía como se lo había anunciado y, después de pasar la noche en permanencia, volvió a clavarse en la puerta, de donde fue sacado de nuevo por la policía y conducido a la

inspección, circuito que repitió sin cansarse durante una semana hasta que se encontró con una caución que ella le había interpuesto y que lo obligaba a mantenerse alejado a más de trescientos metros de su amor so pena de volver a parar a la cárcel ya de manera definitiva, de ahí en más su vida fue una caída en picada cuesta abajo por el despeñadero del desamor, cuyo fondo solo conocen los que no regresan de él. Desde ese día sus caminatas, antes sonrientes y saludadoras, se hicieron sosas y lúgubres; se lo veía paseando su pena por todas las esquinas, más parecido a un espanto él que ella, que fue la que terminó espantando; fue triste verlo caer, abandonó sus cuidados y se entregó de lleno a la bebida, al principio parecía la respuesta lógica que todo el mundo tiene frente al despecho: emborracharse para olvidar, lo que es una tontería porque no hay nada que atraiga más el recuerdo que los tragos, todo borracho es una máquina memorística de rencores y de dolores, vos lo sabés y por eso no entiendo bien tu afán de matarte bebiendo o de pronto sí lo entiendo y me hago la boba porque tus dolores también me incluyen y tus rencores deben ser también contra mí…», y yo la interrumpí para decirle Cómo se te ocurre, má, si solo por vos es que la vida es favorable y buena, vos y mi papá son lo mejor que me dio la vida, si yo pudiera escoger de vuelta de quién ser hijo los escogería a ustedes siempre en esta y todas las vidas posibles; no digás bobadas, que yo ya ni sé por qué bebo, o tal vez bebo porque no vivo, al menos no como debería vivir, y a veces me cuesta encontrarme, ella volviendo a su dulzura cándida, fingiendo un puchero de rabia continuó: «En fin, los tragos hacen que se sientan con mayor intensidad las ausencias pero sobre todo las culpas y como no se tiene la sujeción natural del orgullo, que es

lo único que impide que uno se entregue por completo al extrañamiento y la añoranza, entonces uno se entrega, se deja llevar hasta el fondo por esos sentimientos hasta que no queda de uno más que pesar por lo perdido y se vuelve uno una pena en carne viva, pensando a toda hora en los porqués que no existen, sudando evocaciones que solo conducen al aislamiento, porque todas las voces estorban cuando se busca el sonido de quien nos dejó en silencio… Pobre hombre, se volvió un solitario y un borracho pero rotundo; sus días se le iban en tomar y llorar solo por las esquinas y en los lugares más apartados hasta que cayó a las mangas donde templaban todos los bazuqueros y viciosos iniciales y aunque nunca le jaló al bazuco sí parecía un vicioso; se hizo casi un gamín, él, tan bien puesto, se descuidó por completo y vivía en harapos porque todo lo que tenía se lo metía en trago y como a esas mangas no iba nadie se sentía cómodo allá entre viciosos, aunque después los que sí consumían me contaron que se metía por allá en un rincón con su botella de chirrinchi malo y se quedaba lelo mirando a la nada, tomando de a poquito ese trago mal hecho, sin hablar con nadie y sin moverse siquiera hasta que se le acababa el trago y se levantaba para ir por más, que era cuando lo veíamos pasear su herrumbre por el barrio, flaco y acabado y como un ente rastrillando la mirada en el piso hasta gastarlo; otras veces bebía hasta que se quedaba dormido en el mismo rincón de la manga que fue donde se murió o mejor decir donde lo mataron, porque a él lo mataron malamente. La cosa fue así: una mañana nos despertó el escándalo de que habían quemado a John Fredy en las mangas, de manera que todos fuimos a ver lo que había pasado y resultó que alguien, aprovechando la rasca que lo tenía privado hasta la médula, se le

arrimó y le vació encima media botella de pegante sobre la cabeza y parte del cuerpo y luego le prendieron fuego, y él se dejó quemar; la gente decía que por la borrachera ni se inmutó, otros hablaban de que habían sido los mismos gamines que se agazapaban allá, que eran quienes consumían pegante, pero yo me imagino otra cosa que no tengo cómo probar pero de la que no tengo dudas, y más sabiendo que el producto con que lo quemaron fue el mismo que le habían echado a Carlina en el pelo… Supongo que él sí supo quién fue, que alcanzó a verla y por más borracho que estuviera fue consciente de que ella lo había ido a visitar y tal vez hablaron las últimas palabras, en las que me imagino que ella lo increpó y le echó la culpa de su desgracia, antes de vaciarle el tarro de pegante y luego le prendió fuego y él se dejó quemar mansamente… El amor es raro y jodido; tal vez, se dejó convencer de que era su culpa que ella terminara calva y él, borracho y triste, y prefirió morirse que cargar con una culpa que no era suya pero él creía que sí era. Lo velamos con cajón sellado esa noche y lo enterramos de caridad en el Cementerio General al otro día y ni en la noche ni a la mañana la vimos aparecer, nadie dijo nada pero todos estábamos esperando el encuentro entre esas dos mujeres porque la que sí veló y custodió el cuerpo de John Fredy todo el tiempo sin despegársele un momento fue Roxana, que se pegó a ese cajón como una lapa, con una tristeza honda y sincera en el rostro que no se le quitó en los siguientes seis meses, que fue el tiempo que tardó en consumirse y morir seca como un charco en verano, porque de verdad así quedó: la piel se le fue pegando a los huesos y se fue tarjando… La gente decía que era la tristeza por la ausencia del hombre y su muerte, pero a mí se me hace que algo malo le hicieron, que estaba

trabajada, porque no hay tristeza en este mundo que acabe de esa manera, aunque vos sabés que la gente dice que yo veo brujería en todas partes, pero esa manera de consumirse sí era muy rara, pero bueno eso nunca lo sabremos, lo que sí se supo fue que Carlina no acudió al entierro ni al velorio y que nunca más la vimos en el barrio porque cuando regresamos del cementerio encontramos su casa vacía; decían los vecinos que se había trasteado —y ahora que te cuento veo que este trasteo también fue de madrugada, que es la hora en que salen los espantos— y nadie sabía para dónde; vino como se fue, pero dejó una estela de incertidumbre que mezclada a la perplejidad de la muerte de John Fredy nos sumió en un malestar cercano a la desazón; nadie lo mencionaba pero había algo en el ambiente que nos dictaba que esas cosas estaban relacionadas, pero el tiempo pasó y nuevos apuros y muertes nos fueron trayendo el olvido, que es como nos acostumbramos a zanjar lo inexplicable y no volvimos a hablar de ese trío, hasta que pasados siete meses se murió Roxana y de nuevo se nos vino a la cabeza: verla deambular por el barrio los primeros meses era ver un cuerpo internarse en la decadencia, como te dije adelgazó muchísimo como si se estuviera comiendo a sí misma desde adentro y la piel se le enflaqueció también; se le hizo de papel pergamino, como trasparente, y se le cayeron los dientes: estaba enferma, sin duda, pero era una dolencia distinta, pues nadie se consume así de un día para otro, verla era ver una carrera contra la muerte que con seguridad iba perdiendo, hasta que la rebasó tanto que la dejó del todo en el camino y no volvió a salir porque no tenía fuerzas, y una mañana ocurrió lo que todo el mundo estaba esperando que ocurriera sin quererlo decir: doña Marta, que era la única que soportaba su olor de los últimos

días cuando ya no era más que un costalado de huesos pútridos, por haberse habituado a la podredumbre cuando bregó a su marido al que un cáncer de colon lo carió por dentro antes de matarlo, y que se había encargado en los últimos tiempos de hacerle los mandados a la pobre Roxana y cocinarle alguna sopita, que era lo único que pasaba, entró a su casa para darle vuelta y encontró su cuerpo mínimo y hediondo, que parecía un esqueleto recubierto de un velo infame, como los huesos ruñidos que quedan en las hojas de un tamal después de que han pasado una semana guardados en la nevera, tirado al lado de la cama como si la muerte al final hubiera decidido no solo matarla sino humillarla, dejando solo un hedor y unos huesos descompuestos que no quiso arrastrar al más allá. De nuevo nos tocó encargarnos de todo: el velorio y el entierro, y ahora que lo digo pienso en cuánta gente sola y desquerida nos ha tocado enterrar en este barrio… Es que la soledad es muy bellaca y aquí parece que vinieron a templar los solitarios del mundo, como si hubieran sabido que entrar aquí era el final de su búsqueda, pues encontraron compañía siempre, aunque también hallaron la muerte, como si las dos cosas no pudieran estar juntas: ella fue la segunda fallecida de esa trilogía, aunque nadie relacionó directamente su muerte con la tríada que habían conformado con John Fredy y Carlina, de quien no habíamos vuelto a hablar. A mí había algo en esta muerte que me recordaba a aquella, no sé bien por qué en su defunción encontraba los trazos de la mano de Carlina, pero era más como un presentimiento, algo que me decía adentro mío, como un mal augurio, como una premonición sin sustento, pero que estaba ahí; no se lo quise contar a nadie y creo que esta es la primera vez que hablo de esto, pero yo estoy segura de que esa maldita tuvo

todo que ver con esas dos muertes, así no hubiera manera de probarlo y el solo mencionarlo me habría atraído la ponderación de locura, así que mejor callé, solo que muy adentro mío seguía pensando en eso y pensándola a ella, y más cuando al poquitísimo tiempo empezaron los asesinatos de gente del barrio con un método similar al utilizado con John Fredy, del que sí estaba segura de que ella era la autora. El siguiente fue Nandiño, un lavacarros muy amigo del finado camaján, que apareció muerto en las mismas mangas que aquel y también quemado: se acostó en una manga a dormir la bazuquiada que tenía y lo despertó el olor a carne quemada y, cuando sintió que era la suya, salió de esa manga dando alaridos que despertaron a medio barrio porque fue en la madrugada, pero cuando la gente alcanzó a salir solo vieron una bola de fuego que daba vueltas en la calle, intentando apagarse sin éxito, mientras gritaba que la Mechuda lo había quemado; fue triste esa muerte por lo largo de la agonía y la impotencia con que lo vimos morir; un señor, don Adán, un mecánico de ahí a la vuelta le echó una manta encima, pero, en vez de apagarlo, incentivó más el fuego, al punto de hacer imposible el auxilio; murió entre gritos que todavía nos retumban en las orejas antiguas de los más viejos de este barrio como el chillido de la muerte entrando en estos predios para quedarse; lo peor fue después de que se apagó el olor infecto de carne quemada y quedó la sospecha convertida en especulación de todos de que lo había matado un grupo de limpieza social, que en esa época apenas se insinuaban y hacían parte de la mitología ciudadana y que después se hicieron una hórrida realidad, pero como toda mitología urbana estaba hecha de retazos de historias: que eran ricos que salían a cazar indigentes por la noche y como en

realidad John Fredy y Nandiño no eran indigentes pero sí lo parecían cuando se cogían esas trabas y borracheras que los hacían olvidarse por completo hasta de sí mismos, esa idea empezó a calar como cierta, luego, alguien más dijo que era un grupo de bandidos que entrenaban a sus aspirantes a matones con gente desechable…», y yo que estaba cada minuto más ansioso por la falta de licor intervine apresurado: Desechables, má, qué gente hijueputa somos decirle así a una persona solo por ser bordera; los consideramos de tercera categoría solo porque no se inscriben en el ideal de progreso que preconizó la élite y que nos heredó como aspiración al resto, yo creí que en esa época esa idea era imposible de concebir, una idea tan macabra, aunque el tiempo nos demostró que apenas era la punta del iceberg de destrucción y maldad que fueron los combos de pillos que poblaron este y otros barrios, y repito: qué gente hijueputa hemos sido desde siempre, y mi madre dijo: «Sí, mijo, maldad ha habido siempre, como te he dicho, de todas maneras para seguir con la historia… en esas estábamos especulando para conjurar el pánico que sentíamos por esas dos muertes tan atroces, hasta que alguien repitió como posibilidad lo que anunciaban los gritos del muerto, que había sido la Mechuda, y nos miramos llenos de terror porque todos creemos en espantos por haberlos visto y fue como si supiéramos que esa versión era la verdadera, porque, aunque ninguno la había visto, todos tuvimos la certeza en el alma y en el cuerpo de que había sido ella, solo que, mientras los vecinos crearon la imagen del espanto que nos estaba asesinando taimadamente a la medida de sus miedos, algunos le pusieron colmillos, un tamaño descomunal, un olor sulfúrico y una maldad demoniaca, pero yo solo pude coincidir con ellos en este último atributo que demostró

rotundamente en sus formas de matar, porque para mí ese espanto maligno tenía la figura de Carlina, pero sin importar la imagen que cada uno tuviera del espanto desde ese día llamamos a esa asesina silenciosa y artera la Mechuda y empezamos a temerle con fuerza; las mangas detrás del colegio se vaciaron de viciosos, quienes tuvieron que volver sus trabas escapes solitarios hacia adentro de sus casas porque el miedo les quitó el afuera, al igual que a nosotros, que nos encerró de espanto ese espanto, recordá, mijo, que fue anterior a los pillos, cuando el miedo no tenía las formas de la época de estos en que se hizo tan efectivo y atroz que terminamos acostumbrándonos a sus bestialidades y barbaries; en ese entonces ni siquiera se sospechaban esas violencias y nuestro miedo era hasta simple, ahora que lo pienso; era a la muerte simple porque no podíamos concebir que además de la calamidad de la muerte esta atrajera tan espeluznantes brutalidades y por eso que alguien utilizara una forma tan sugestiva de muerte, como quemar vivas a sus víctimas, nos inundó de terror, pues se nos hacía inhumano y por eso le otorgamos la categoría de espanto sin vacilaciones, además, porque fue muy hábil —todo hay que decirlo— y supo atacar al descuido a sus víctimas, quienes además eran personajes tenues que vivían entre las sombras sin mostrarse mucho, y porque supo aprovechar nuestro descuido, pero con la segunda muerte cundieron las alarmas y el barrio se puso alerta, lo que creo la obligó a perfeccionar su acción y dejó pasar un tiempo, casi seis meses, en los cuales supongo que se dedicó a planear con calma y cautela su siguiente jugada y cuando el barrio daba casi por sentado que el espanto se había espantado o cansado de nosotros vino la tercera víctima que de nuevo nos tomó desprevenidos —es

que ese es otro de nuestros males, que se nos olvida rápido el daño —. Se trató de Nachito, el nieto de doña Maruja, a quien le prendieron fuego en el solar de su casa. Lo llamábamos por el diminutivo no porque fuera un niño sino por pequeño, era un hombre de casi cuarenta años, bueno para nada y muy mariguanero que se mantenía con Nandiño en las mangas fumando cuanto vicio se les atravesara y que luego de la muerte de aquel, ante la inminencia de un ataque, trasladó el centro de consumo al solar de su casa, amparado por su abuela, una señora muy adulta que había tenido que encargarse de su crianza luego de que sus padres murieran en un accidente de tránsito y a quien este bribón mangoneaba como le daba la gana, haciendo que incluso ella misma le procurara el vicio, lo que molestaba a todo el mundo, que veíamos a doña Maruja encorvada salir de su casa hasta el expendedero a surtir al sinvergüenza de su nieto, lo odiábamos todos en secreto, pero una cosa era odiarlo por desvergonzado y otra muy distinta desearle el mal o hacerle daño, por eso, cuando pasó lo que pasó, todos nos quedamos fríos. Por un lado, así fuera un caradura era el único familiar que tenía la doña y su muerte la dejaba a la vera, completamente sola y desamparada en el mundo y, por otro lado, renovaba el temor del barrio, que ya no tenía duda alguna sobre la condición espectral de la asesina, porque acceder a las mangas del Alzate era pilado, pero meterse al solar de una casa que quedaba resguardado por otras casas vecinas desde donde se podía ver fácilmente al atacante y trepar y bajar esos muros del solar de entrada y de salida era un trabajo arduo y peligroso para cualquiera que no tuviera una destreza superior, lo que ningún conocido tenía y eso por descarte nos confirmaba su condición de espanto asesino.

Nos hicimos escaldados al máximo, trancábamos bien las puertas y nos encerrábamos temprano, sacamos y afilamos machetes y muchos se proveyeron de agua bendita y rosarios por si se les aparecía la Mechuda, nunca se había sentido el barrio tan silencioso; a nosotros que nos destacamos por bullosos, el silencio nos asusta porque se parece a la muerte, lo mismo que su calma, por eso nos mantenemos en movimiento, ajetreados y bulliciosos y así espantamos a la muerte, pero este espanto logró lo que también años después lograrían los pillos: encerrarnos y acallarnos de terror. Las noches eran largas y silentes, con una calma maligna que rumoraba sospecha, con decirte que hasta los perros se extrañaron y empezaron a aullar; se volvieron noches espesas, de pesadillas, que es a donde uno traslada sus miedos, por eso dejamos de dormir y solo dormitábamos lo mínimo para no caer desmayados; vivíamos noches de taquicardias y arritmias, lo que nos hizo iracundos en el día y entre nosotros, porque la impotencia en la gente crea rabias y distancia entre quienes deberían estar unidos…», yo le dije Por eso somos presas fáciles del abuso y de los enemigos, eso lo saben bien los políticos y lo ejercen cotidianamente, parece que se lo hubieran aprendido a los espantos, má, hacernos recelar entre nosotros para no combatirlos en conjunto, y mi mamá, que me miraba recelando mi inquietud, siguió: «La Mechuda nos desunió y así dispersos logró dañarnos, pero con el cuarto intento llegó su debacle porque, como todo malo, al final se confió y descuidó su hacer, yo creo que para ese momento ya no tenía en la mira a quienes la habían herido, sino al barrio entero: nos odiaba por haber sido testigos de su desplome, aunque no hubiéramos tenido nada que ver, eso fue pelea entre mujeres y por un hombre; antes hicimos lo que pudimos, que es lo

que una dice cuando no hace nada, y nada hicimos por ella para ser justos, pero llegar al asesinato ya es otra cosa y mientras sus ataques fueron contra personas turbias, como habían sido los anteriores, lo despreciamos y nos asustó en serio, pero el último lo hizo contra Marlon, el hijo de doña Tina, una señora que nunca se metió con nadie ni su esposo y mucho menos su hijo, que era casi un niño: tenía unos doce o trece añitos. Se quedó solo un domingo mientras sus papás iban a misa de siete y no lo llevaron porque andaba con fiebre; yo la verdad no creo que ella lo fuera a matar como a los otros, aunque el mal es tan jodido que va escalando en las mentes de las personas como una enredadera en una pared, que cuando una menos se piensa ya es maleza, pero yo creo que ella lo que quería era distraer a la gente con un incendio para azararnos o para llamar nuestra atención mientras ella iba y mataba a algún otro y por eso creo que dirigió su atención a la casa de doña Tina, a quien seguramente andaba pisteando y le conocía las rutinas y como ella y su familia no faltaban a misa ningún domingo, así les estuviera lloviendo mierda del cielo, seguro dio por sentado que ese día también se habían llevado a su hijo y se confió o quién sabe, solo ella sabrá qué pasó, pero algo pasó para que se descuidara tanto; el caso es que, pasadas las siete y con la casa a media luz porque así la dejaron sus dueños y como el niño estaba acostado enfermo tampoco hizo nada que delatara su presencia, me imagino que ella amparada en la oscuridad se deslizó por el solar y regó la gasolina desde afuera y le prendió fuego sin contar con que esa era una de esas casas viejas hechas de bahareque que todavía quedaban en la cuadra y que en cuanto sintió la presencia del fuego se incendió toda, rápido y pareja sin dar mucho tiempo a la escapada, además,

está la mala suerte, que cuando se ensaña con una no hay cómo atajarla, aunque la verdad es que lo que para ella fue mala suerte para el niño fue lo contrario y su salvación, porque quiso el destino que tu papá y sus amigotes con los que bebía en ese entonces hubieran empezado a tomar desde mediodía y a la hora del incendio ya estaban más que prendidos, que es cuando los borrachos más valientes se sienten, y vieron las lenguas de fuego alzarse en esa casa, casi al mismo tiempo en que se suscitaron, y alguno cayó en la cuenta de que el pelao estaba allá, seguro por haber visto salir a los taitas sin él o porque en el desocupe del barrio una de las cosas que más hacemos es fijarnos en lo que hacen los demás, incluso como forma de matar la aburrición, y observamos cosas sin querer que se nos quedan en la retina y uno no sabe que sabe hasta que no pasa una cosa como esa, y ese conocimiento por alguna extraña razón logra desembocar en la deducción precisa que nos permite hilar los cabos sueltos y a veces, como en este caso, salvar una o varias vidas, de manera que alguno dijo que el muchacho estaba en la casa y todos corrieron a auxiliarlo, pero como el fuego venía apropiándose de la vivienda desde el interior, pensaron en su borrachera que lo mejor era entrar por detrás para no topárselo de frente e intentar el rescate del pelao, que dormía en la última pieza y así fue como sin quererlo le taponaron la vía de escape a la Mechuda, que por no verse sorprendida en su retirada decidió esconderse en dirección hacia donde avanzaba el fuego y se metió al baño, que fue al que primero entraron los borrachines para surtirse de agua con que aplacar las llamas, y ella tuvo que esconderse y taparse con la cortina de la ducha cuando ellos entraron, y si bien no la vieron en medio del afán, dejaron trancada la puerta desde afuera

y ella cuando intentó salirse de esa trampa ardiente se encontró con que estaba encerrada, cómo me gustaría saber qué pensó cuando entendió que ese era su fin, que en ese miserable baño de una casa pobre que ella misma había convertido en un horno estaba su desenlace, que de ahí no iba a salir, me la figuro mirándose la cara en el espejo resignada al ver su última figura real, quitándose la peluca frente a su reflejo para contemplarse desnuda de imposturas, calva y mala, antes de ser desfigurada y consumida por las llamas que ella misma había encendido; yo creo que murió sin una queja y con menos dolor del que había prodigado, pero de lo que sí estoy segura es de que era ella, de que era Carlina, aunque nadie pudo confirmarlo porque, cuando llegaron los bomberos tarde en la noche, y ya la casa no era más que un esqueleto humeante que se caía a pedazos y el niño Marlon estaba a buen recaudo, rescataron del baño un cuerpo de mujer calcinado en que no encontraron ningún trazo identificable y del que nadie nunca conoció su identidad y que sobre todo para los dueños de la vivienda fue siempre un misterio, no pudieron resolver quién era, de dónde había salido, qué hacía en el baño de su casa… preguntas que quedaron flotando en el aire; algunos vecinos dijeron que era una señora que había intentado salvar al niño y quedó atrapada; otros más sórdidos y desocupados decían que era la abuela del niño, la mamá de doña Tina, a la que mantenían encerrada en el baño por una enfermedad contagiosa y que por eso nunca la habíamos visto; los borrachos que la dejaron encerrada decían que habían cazado al espanto y volvieron esto una proeza casi épica; otros combinaban estas dos historias y que la abuela era el espanto; la mayoría callábamos por no poder explicar lo inexplicable de su presencia y muerte, aunque en el fondo

creíamos que sí era el espanto, aunque no del todo porque todos habíamos visto espantos, pero ninguno hasta ese día había visto a uno muerto y con esto se nos distorsionaba la imagen que teníamos de ellos y nos obligaba a no temerles por considerarlos mortales, y la verdad es que nosotros necesitábamos el temor, se nos hacía más llevadero; la gente sin miedo es indomable, porque el terror doma y somete y habría sido mejor seguir temiendo al horror que domesticarlo con esa muerte, que fue lo que hicimos; al final todos pactamos en secreto que la verdad era lo que decían los borrachos, que habían vencido al espanto, porque era más fácil vivir con eso; era una versión más cómoda que imaginar que alguien de este mundo y con características similares a las nuestras, que vivió entre nosotros y fue nuestra amiga, nos atacara de esa manera, lo que como le digo unos añitos después fue costumbre cuando llegaron los pillos, personas como nosotros, vecinos e hijos de vecinos con penas y vidas idénticas a las nuestras que nos atacaron de esa y otras formas peores en lo pérfidas y dañinas, y sus enemigos los policías y los entes del Gobierno que terminaron siendo tan iguales, que más parecía que fueran amigos, porque ambos nos atacaron fue a nosotros, sin embargo, y pese a que en público como todo el mundo yo acepté esa irreverente versión, en el fondo, en privado, yo estoy segura, no me preguntés por qué, de que ese cadáver achicharrado era el de Carlina la Mechuda». Al terminar mi madre se quedó mirándome y notó que tenía la ansiedad a flor de piel y que no le había parado muchas bolas abstraído en mis pensamientos, que iban de la sonrisa de la Llorona a la necesidad de beber, y me preguntó ¿Estás muy maluco?, su voz me trajo de donde estaba y le dije Un poquito, má, pero ahí se me va pasando, me voy, que mejor me

acuesto a descansar un rato, y ella con la mirada cansada sabedora de mis adentros por haberlos esculcado siempre me dijo Cuál descansar, vos no tenés cuándo descansar de esa pensadera, lo que querés es irte a beber, no se te olvide que yo te parí y te conozco, dejate de bobadas que si querés descansar aquí podés dormir y antes me acompañás, y puso la cara que usaba para convencerme de cualquier cosa que quisiera, ante la cual siempre me rendía y terminé diciéndole Bueno, má, yo me quedo otro rato, pero dejá yo bajo a comprar cigarrillos y ya vuelvo, endureciendo el mohín que mantenía un regusto de dulzura en su mirada, me dijo impostando severidad Yo sé cuáles son tus cigarrillos, pero andá y tomate tu trago a ver si por lo menos cogés ánimo para escuchar otra historia triste sobre el alcohol en este barrio, aunque no tan triste como esa bebedera tuya que me mortifica tanto y no te demorés que los insomnios son más llevaderos en compañía y si te vas yo tampoco voy a dormir pensando en vos, entonces mejor no dormimos juntos contándonos historias, yo, en efecto, como lo anunció mi madre fui a la tienda y pedí dos paquetes de cigarrillos y un cuarto de guaro, que era lo que podía tomarme rápidamente, antes de que mi madre se asomara al balcón a convocarme, como hacía cuando era un niño y me quedaba hasta tarde jugando fútbol con los amigos de la cuadra, logré mi cometido bogándome el cuarto en veinte minutos y cuando cruzaba para su casa vi que su figura encorvada por los años se insinuaba en el balcón, pero al verme se devolvió. Entré y me recibió diciendo Espero que tus cigarrillos te hayan calmado un poco; venga le hago un tinto mientras le voy contando la historia de la bendita barbacoa de su papá y Wence.

La barbacoa del muerto

> «Así perdido donde me ves estoy, y así vestido, mientras voy caminando, me lamento».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto XXVII, v. 145-147

«Lo del Guano empezó casi como un chiste, improvisando formas para mantenernos a flote en medio de la pobreza. Este es el único espanto inventado por nosotros para joder y resistir el asedio del Estado, pero terminó espantando más que los de verdad cuando los pillos lo tomaron para ellos. Todo empezó con tu papá y Wence en la época de más amistad de ellos, que es como decir la época de más bebida de ellos, cuando montaron un alambique para poder beber a sus anchas y convidar a todo el mundo en la cuadra. Wence estaba loco, pero era muy inteligente y tu papá ni se diga, aunque ambos eran inteligentes a su manera porque eran gente sin estudios pero muy vividos; gente superinteligente aunque bruta en sus formas, y un día Wence le dijo a Rey Oíste, por qué no montamos un mico, yo sé cómo se hace, y tu papá, que por esos días andaba sin carro porque lo tenía varado en el taller, le paró bolas y en un par de días montaron el serpentín, pero, como todo lo de ellos, tosco y a la brava: unos tanques viejos del camión sirvieron para la ebullición y unas canecas sucias para el enfriamiento, eso se veía todo feo y rústico pero funcionaba, aunque al principio lo que sacaron apestaba

a gasolina en poco tiempo limpiaron hasta el cansancio los tanques para que el olor desapareciera y perfeccionaron el método, con lo que consiguieron un destilado aceptable y emborrachador, que era lo que ambos querían: beber y vivir más fácil. Como necesitaban ver que el producto funcionara bien, en diferentes tiempos de cocción y con materiales diversos, ellos mismos fueron sus propios conejillos de indias, hasta que tu papá se enfermó de tanto jartar y además que a mí el invento no me estaba gustando mucho porque eso de tenerlo borracho todas las noches y enguayabado para morirse todos los días me estaba hartando y se lo dije pero sin pelear porque nosotros siempre nos dijimos las cosas sin broncas, entonces tuvo que parar pero no abandonó a Wence, que siguió, y tu papá le dijo que le ayudaba por la amistad y por el desocupe, aunque sin probar ni una gota porque el estómago se le había vuelto nada y los últimos vómitos que tuvo fueron con sangre y lo asustaron mucho, no como vos que ni trasbocando el hígado dejás esa bebedera, en todo caso, el trago era casi tan bueno como el que vendían en la calle, pero costaba menos de la mitad hacerlo y tu papá, que a todo le veía una oportunidad de negocio, le dijo a Wence que se lo vendieran a don Marcos y a varios tenderos del barrio para el menudeo a ver si gustaba y así lo hicieron y estaba funcionando a las mil maravillas: a los borrachos del barrio les gustó el sabor y sobre todo el precio, y empezaron a producir y vender parejo, incluso de algunos barrios vecinos a los que llegó el chisme encargaron su dote de tapetusa y los dos inventores estaban felices, o al menos ocupados en algo que les gustaba hacer y en lo que sentían que eran buenos, que si eso no es la felicidad es algo muy parecido, pero como todo lo que atrae ganancia y éxito, aunque sea mínimo como el de un barrio, atrae

también la envidia, que, aun siendo ínfima como la de este barrio, es igual de dañina a la del universo entero, algún malqueriente y celoso cualquier día los sapeó con la policía, que para eso sí están listos siempre: para joder al pobre que tuvo la osadía de no depender de las migajas del Estado, y fue así que cuando menos pensaron les cayeron y les decomisaron los tarros y el producido y de milagro no se los llevaron a ellos porque dieron los cuatro pesos que habían juntado con la venta. Los dos quedaron aburridos y rabiosos y esos dos sentimientos tan dañinos, que causan catástrofes en muchos, en otros atraen la enjundia y la astucia para contrarrestar la impotencia del vencido que siente que su desventaja es producto del aparato de su oponente, no de su debilidad, y ahí fue cuando a tu papá se le ocurrió renovar una práctica de los tiempos de la Violencia que le había tocado en su niñez y le dijo a Wence Sigamos con el negocio, pero volvámoslo un espanto, el otro le preguntó sonriendo ¿Cómo así?, y Rey le dijo Vea, produzcamos encaletados, sin decirle a nadie ni hacer escándalo y para distribuirlo nos montamos La Barbacoa del Muerto, ante la oscuridad por la incomprensión en la mirada del otro sobre el término tu papá le relató cómo en su pueblo, cuando la Violencia hizo intransitables los caminos y aterró la soledad obligando la compañía —aunque fuera para morir en hatajo—, imponiendo toques de queda, silencios diurnos y felonías nocturnas, tasando vecinos, señalando blancos conocidos y asignando sospechas a diestra y siniestra, su padre, es decir tu abuelo, y unos amigos se inventaron una parihuela siniestra para transportar alcohol de contrabando sin levantar sospechas; elevando temores, combatieron el horror con terror, utilizando el miedo popular que anidaba en la conciencia colectiva de un pueblo supersticioso. A la

medianoche se encontraban en un claro del bosque cercano a sus casas y armaban la barbacoa, que consistía en encajar sobre una sábana montada en dos largueros de madera los matalotajes alcohólicos que cada quien había destilado en su casa así como hacían ellos; canecas pequeñas de chicha y botelladas de guarapo eran acomodadas de tal forma que dieran la idea de un difunto y para mayor estupor las tapaban con otro trapo desgastado que tinturaban con achiote diluido imitando la sangre, y cuando tenían todo en su sitio se ataviaban con hábitos largos y negros con capuchas cerradas que sus esposas habían confeccionado y cuatro de ellos portaban el guano mientras los demás se enfilaban detrás y agarraban camino susurrando bajito e inundando de terror las trochas que cruzaban, porque en cuanto se encontraban a algún transeúnte desprevenido, para disipar suspicacias alguno le decía con voz cavernosa Meta el hombro, compañero, invitación que producía espanto en el indagado, que corría despavorido como alma que lleva el diablo cuando no era que caía fulminado al instante del pasmo en el sitio, convencido de haber presenciado un encuentro maligno, mientras los protagonistas del timo continuaban la marcha entre carcajadas y tragos. El espanto hizo carrera y logró su cometido porque pudieron burlar la vigilancia de pájaros y cachiporros y crear una farfolla creíble y operativa con la que pudieron mantener el negocio y la tomatina en los tiempos de escasez de trago y de ideas, apenas tu papá terminó el cuento notó en la cara de Wence el encanto, cuando le contestó Pues claro, Rey, hagámoslo de una, le comentaron la idea a otros cuatro vecinos igual de borrachos, desocupados y alcahuetas que ellos y en ocho días volvieron a montar el mico en el solar de doña Marta, la mamá

de los Calle, un par de solterones borrachines y vagos a quienes nunca se les conoció oficio notable o decente y que en cuanto supieron de la charada se aplicaron como nunca en sus vidas a hacerla funcionar: consiguieron los enseres y la materia prima con unos familiares que trabajaban el aluminio y tu papá y Wence dirigieron la fabricación, que dio como resultado un licor ahora sí idéntico al oficial, del mismo color, consistencia y casi igual sabor; cuando probaron la primera tanda uno de los Calle dijo Y si mejor piratiamos el guaro, yo sé dónde conseguir botellas etiquetadas y el otro saltó diciendo Y yo sé cómo taparlas con máquina; la idea fue aprobada por todo el grupo y cuando menos pensaron habían montado una fábrica de guaro que inundaría el barrio y sus alrededores del mejor trago pirata que se ha dado en estos lares y posiblemente mejor que el de todas las hijuemil destilerías chuecas que vinieron después. Cuando tuvieron lista la primera tanda grande les llegó la hora de poner a prueba el invento mayor: el sainete para la distribución. Siguiendo lo aprendido del abuelo, se encontraron donde doña Marta a la medianoche y montaron la Barbacoa del Muerto, de verdad que aterrorizaban, yo misma le hice el traje a tu papá y doña Marta les alcahueteó los de los hijos y Wence y los otros se hicieron los suyos; cuatro de ellos cogieron el guano y tu papá y el resto hicieron la cola, dizque leyendo un libro viejo que Wence prestó, porque el berraco quería que fuera la Biblia, pero ahí sí yo me opuse, y para mayor efecto encendieron cirios pascuales con los que alumbraban la lectura. Ahora que me acuerdo me da risa pero verlos daba pánico, en serio parecían un espanto, esperaron que fueran las dos y media para salir porque querían ser vistos cerca de las tres de la mañana, que según la creencia es la hora en que

aparece el diablo. En la primera excursión lograron su objetivo, trasportar el pedido de guaro pirata sin ser detectados por la policía, pero causaron tal estupor en la gente del barrio que se hicieron famosos, al otro día se regó el chisme del espanto y en todas partes se hablaba del guano que transitaba tarde en la noche por las calles desiertas buscando almas perdidas para el redil infernal: todos decían haberlo visto y más de uno se inventó encuentros solo para alardear valentías que no poseía; decían que eran trece portadores y veinte enfilados para un total de treinta y tres ánimas, que era la edad de Cristo al morir y por lo tanto un número cabalístico; otros aseguraban distinguir a alguno de los cargadores identificándolo como uno de los muchos muertos ilustres del vecindario y no faltó el que aseguraba haber hablado con el espectro; para gente como nosotros, tan acostumbrados a la desidia de todos, cualquier novedad por diminuta que sea se nos vuelve ilusión porque vemos en ella la oportunidad de sobresalir y desde el siguiente día se formaron escuadrones para cazar el espanto o al menos para verlo, tu papá y su combo no podían creer tamaña celebridad, y lo que en principio les causó carcajadas y gracia se tornó un problema cuando vieron que el impulso popular era en serio y que convoyes de vecinos se congregaban en las esquinas y cuadras por donde habían hecho el recorrido, apertrechados de Cristos, Biblias y agua bendita, dispuestos a combatir el fantasma, por lo que decidieron guardar la mercancía y cualquier rastro del invento esperando que el tiempo lograra aplacar la curiosidad que despertó la aparición, pero hay gente que nace para alumbrar de a poquito, como las instalaciones navideñas baratas que duran tan solo las festividades pero su brillo por tenue que sea logra conmover la opacidad del entorno, y la

luminaria de tu padre y sus amigos se oscureció apenas encendida porque, contrario a lo que ellos pensaban, después de una semana de vigilancia celosa y habladurías esmeradas de los vecinos, el comadreo llegó a oídos del cura de San Isidro que vio en este suceso la oportunidad de demostrar contundencia como defensor del bien supremo e infalibilidad de combatiente del maligno y planeó un encuentro con el espanto que fue secundado por los ansiosos vigilantes, llevando a la cancelación absoluta del proyecto etílico-espiritista de los muchachos, sin embargo, y pese a que el encontronazo con el cura nunca se concretó, en un barrio como el nuestro mantener un secreto es cosa espinosa y casi imposible, y después de aplacarse el furor cazafantasma, los pillos de la esquina, que siempre fueron los primeros en enterarse de todo, descubrieron a los autores del timo, pero se guardaron de mantener ocultos sus nombres cuando vieron una oportunidad de sacar réditos del ensalmo y una noche en que tu papá, Wence y los Calle estaban tomando trago en la acera escuchando tangos, gastándose los remanentes del producido propio, vieron aparecer al primer mandamás del barrio antes del Guasca y de los Riscos, con dos subalternos que luego de saludarlos con esa euforia fingida que portan los malvados para disimular sus intenciones, les dijo a boca de jarro Qué, amigos, desenterrando muertos para bebérselos ¿o qué? La frase aludía inevitablemente al secreto que guardaban y que quedaba revelado con la sola insinuación, a lo que Wence, que siempre fue el más canchero, contestó No, hombre, cómo se le ocurre, nosotros a los muertos ya los dejamos descansar en paz, y como era obvio que habían sido descubiertos mejor se adelantó en el mismo tono jocoso y continuó Con tanta alharaca no pudimos

seguir embotellando espíritus y las pocas almas que logramos destilar es para bebérnoslas nosotros, ¿se toma uno, mi señor?, el patrón recibiendo el trago con esa sonrisa filosa que tenía le dijo Vean ustedes que a eso justamente vengo, a decirles que tenemos que seguir produciendo, y se mandó el trago de un golpe para continuar, porque no podemos privar a la comunidad de un producto tan bueno como este, tu papá y su amigo, que siempre supieron anticiparse al peligro, se miraron desconfiados, sospechando por dónde corría el agua al molino, contestaron casi en coro No, hombre, para nosotros esas bregas se acabaron, y Wence remató El palo no está pa cucharas, hombre, el patrón arremetió de nuevo Pues para eso estoy yo, para ahuyentarles las bregas y brindarles la seguridad que necesitan para fabricar el trago con tranquilidad, vea, señores, sin darle más vueltas, ustedes producen el licor y nosotros nos encargamos de embotellarlo y distribuirlo sin espantos ni maricadas, que en esta ciudad nosotros espantamos más y mejor que cualquier fantasma, y partimos las ganancias, la propuesta, que más parecía un anuncio, les causó a los cuatro amigos esa mezcla maligna de sorpresa y temor que produce en las personas simples dos tipos de respuesta: la huida o la adhesión, y exactamente esto fue lo que ocurrió en proporción exacta: tu papá y Wence, con toda la diplomacia que les cupo, escurrieron el bulto argumentando que les daba miedo la cárcel y todo lo que tuviera que ver con el delito, que la iniciativa había sido más un juego que cualquier cosa, pero que esta propuesta formalizaba un negocio que ellos no estaban en condición de asumir, y como ambos eran tenidos en el barrio como personas trabajadoras y decentes sin vínculos con la ilegalidad o en palabras de los pillos como “sanos”, el patrón les respetó su decisión

con la condición de que no se entrometieran y de que no le montaran competencia ni siquiera para el consumo personal y ambos aceptaron los términos, mientras los Calle, más atraídos al proyecto desde el principio por la parte ilegal contable que por la aventura, aceptaron el envite y, como ya conocían el proceso y tenían los aparatos e insumos en su casa, se volvieron los destiladores oficiales del trago pirata con que los bandidos inundaron las cantinas, tiendas y bares de todo el barrio y sus alrededores, convirtiéndolo en uno de sus negocios más rentables, porque si algo no ha faltado en este barrio, esta ciudad y este mundo son personas necesitadas de cantidades ingentes de alcohol para emborrachar las emociones buenas y malas del trasegar cotidiano, sobre todo las malas, que siempre son más, porque para la gente de abajo las alegrías son esquivas y cuando se dan, por estar tan habituados a las calamidades, no se distinguen o, lo que es peor, se distinguen tanto de sus contrarias que terminan pareciéndoseles o provocándolas, por eso se festejan tristemente, con alharacas y borracheras inmundas, con pólvora y bala, que por lo general terminan en peleas y accidentes u homicidios, como los entierros de los pobres, que más parecen una fiesta llena de dolor, porque es tan poco lo que tenemos para exaltar que la muerte por ser mucha se celebra, pero ahí no quedó la cosa, esta fue apenas la parte espectacular del trago pirata que tenía la barbacoa, porque lo verdaderamente tétrico y tenebroso fue la parte teatral del negocio, de la que también se apropiaron los pillos muchos años después. Luego de que mataran a mi Alquívar y a los patrones en el 91 —año horrible por donde se lo mire, con la muerte instalada en este terreno como ama y señora de todo, porque si bien siempre reinó

por estos predios ese año estaba hambreada y se embutió a medio barrio y los muertos caían como frutos fermentados de los árboles a los pies de las vírgenes que proliferaban en las esquinas, como testigos pétreos de la inmolación de los hijos de otras madres malogradas—, fue tal la matazón que en el 92 el Gobierno, que nunca apareció por aquí para brindar oportunidades, ni para ser garante de los derechos básicos y la equidad, ni para incluirnos en nada bueno, volvió a asomarse como siempre que lo hizo para imponer por la fuerza lo que no hizo por la inclusión, la participación y las vías de hecho y le dio por intervenir militarmente el barrio para restituir el orden, aplicando el desorden, a la brava o mejor a la bruta como todo lo castrense: al mediodía de un martes de agosto entraron por la calle principal del barrio decenas de camiones cargados de soldados aplomados y aburridos con cara de necesidad, se instalaron en la escuela Simona Duque, que tomaron como cuartel y cárcel después de despedir a los estudiantes —quienes acogieron la orden contentos— para la casa, vos te debés de acordar de esos días porque a ustedes en el colegio también los mandaron para la casa porque nadie, incluidos los profesores, podía entrar ni salir del barrio y desde el mismo momento en que se instalaron comenzaron a hacer destrozos; vaciaron de sillas los salones y tomaron la rectoría como despacho, mientras los profesores de esa escuela atribulados trataban de recuperar sus pertenencias de las salas de reunión y eran despedidos a empellones y putazos por los uniformados, pero esto fue solo el principio; al caer la tarde salieron con aire de grandeza a recorrer las calles del barrio deteniendo con grosería y con las armas en vilo a la gente para raquetearla y pedirle papeles, pero no creás que fueron a los parches del combo o a las

casas de vicio que estaban deshabitados ambos, porque los patrones habían sido avisados con antelación, seguramente por los mismos militares que tenían en nómina y todos se escondieron o se quedaron en sus casas de otros barrios a buen resguardo; fue a la gente de a pie, a nosotros a quienes increpaban con insultos y requisaban a la mala, a los obreros que venían del trabajo y a los que vivían del rebusque diario, latoneros, carpinteros y tenderos fueron braveados y sus negocios desbaratados dizque buscando drogas y armas, cuando todo el mundo sabía dónde estaban las caletas y lo lejos que estaban de hallarlas, teniendo en cuenta que todos veíamos que quienes dirigían las operaciones desviaban las pesquisas de esas direcciones. Fueron días duros y noches crueles; impusieron un toque de queda obligatorio a las nueve de la noche, lo que desordenó por completo nuestras rutinas porque la mayoría de la gente trabajaba por su cuenta y no tenía horarios fijos, como tu papá, que llegaba de viaje a cualquier hora y por eso lo detuvieron cuando intentó atravesar el barrio con su camión para dormir en la casa después de una jornada; lo pararon y luego de husmearle todo el carro se lo mandaron para los patios del tránsito y a él lo metieron en la guandoca que habían montado en el patio de la escuela, a donde fui a rescatarlo después de armarles un escándalo de padre y señor mío en el que me acolitaron doña Luz, doña Marta Calle, doña Lía y otras cuatro señoras que merodeaban por el sitio atemorizadas por los militares, pero que en cuanto vieron nuestra protesta se nos unieron de inmediato para reclamar a sus familiares que también habían sido apresados injustamente, a nosotras no nos detuvieron porque no tenían dónde meternos y éramos señoras mayores, si la menor era yo, que tenía casi

cincuenta, pero ganas no les faltaban; nos miraban con odio y nos insultaban pasito diciéndonos Viejas hijueputas, paridoras de asesinos y alcahuetas de bandidos y nosotras que ni los mirábamos, altivas, haciendo que nos resbalaran los insultos, lo que más rabia les daba, hasta que tuvieron que llamar al general a cargo, que nos observó con rostro adusto y descompuesto por nuestra presencia y terminó ordenándoles con tono despectivo y marcial que soltaran a nuestros hombres, que salieron cabizbajos y entumidos, además de mojados porque uno de los mayores placeres de esa parranda de criminales de uniforme era mojar a los cautivos con baldados de agua para que se aterieran de frío durante el tiempo que estuvieran retenidos, cosa que propició la pulmonía que mantuvo en el hospital y seguramente adelantó la muerte de don Ruderico, el latonero, el papá de Tajada, que se murió como al año, y al que habían detenido en la batida con que inauguraron su prohibición horaria que dizque por desobediente, porque estaba trabajándole a un carro afuera de su casa después de las nueve de la noche, y como era viudo y su hijo un bandido, nadie fue a reclamarlo a la escuela y permaneció allá los doce días que duró el acuartelamiento, pobre viejo, en fin, esa es la historia del canazo de tu papá, que él con los años contaba muerto de risa y con algo de orgullo, pero que en su momento lo que le dio fue una rabia mala, al igual que a todos nosotros: salió de esa escuela puteando para adentro a los soldados y mirando para el piso sin decir palabra hasta que entramos a la casa y me dijo Mija, muchos hijueputas estos soldados, porque eso de mojar, insultar y mortificar ancianos no lo había visto yo nunca aquí en la ciudad, mi taita decía que en la Violencia sí pasaba, pero a mí no me tocó tan berraco y aquí ni siquiera a los bandidos he visto hacer eso,

desgraciados dizque defienden al pueblo y lo que hacen es detenernos y humillarnos, valiente gracia, y luego se bañó para madrugarse por el camión a los patios y lo tuvieron volteando como una semana antes de entregárselo, misma que pasó furioso en la casa denigrando de la soldadesca y sus métodos que cada día traía un nuevo abuso: intimidación a señoras, detención de muchachos sanos y —como si hiciera falta algo— acoso a las peladas, hasta que todo el barrio les cogió la mala y por donde pasaban apenas se escuchaba el rumor desaprobatorio de la gente; unos chistaban, otros puteaban anónimamente y algunos pocos se encerraban temprano obedientes y apagaban las luces. Hasta que después de doce días calamitosos de encarcelamientos a gente sana y decomisos insustanciales y absurdos, como el que le hicieron a la tienda de Lucio, en el que incautaron una escopeta vieja que tenía de adorno en el local y que, luego de ser detenido y liberado, nos contó que no funcionaba y ni gatillo tenía, o la de las dos polvorerías del barrio en las que confiscaron dos mil papeletas, cincuenta pacas de voladores y tres cajas de chispitas Mariposa, se retiraron con la misma solemnidad con que habían llegado, dejando al barrio en ascuas y con una desconfianza parecida al odio por toda forma de autoridad e institucionalidad gubernamental. A los dos días la barriada volvió a retomar su dinámica bulliciosa, malandrina y acechante de siempre, pero la incursión militar dejó un azoramiento precavido en los bandidos, que tuvieron un breve periodo de cautela en sus procederes, por lo que volvió a aparecer la Barbacoa como forma de resguardar sus acciones de chismosos y sapos. Durante la embestida militar la muerte descansó, es cierto, pero no porque estuviera llena, sino porque los asesinos se resguardaron o huyeron,

pero en cuanto se retiraron los militares esta volvió ávida, con las fauces más voraces que nunca; ahora, además de la apetencia cotidiana, tenía hambre de traidores después de la hibernación que le habían obligado, pero se hizo cauta; nunca supimos de quién fue la idea o quién recordó la práctica, debió haber sido el nuevo patrón, que tenía una viveza fatal y una necesidad de reconocimiento crecida, como todo el que estrena puesto, además de una agudeza de pícaro que les es tan funcional a personas y oficios como el suyo, pero a la semana mataron al viejo Roberto, del que se decía era uno de los delatores que habían traído los soldados al barrio y que todo el mundo había visto conversando con los militares y, aunque los tiros se escucharon en su casa, su cuerpo apareció al otro día a la vera del río, unas diez cuadras distante del lugar de su ejecución y envuelto en una sábana ensangrentada que los ojos avizores del barrio, que husmean todo desde las sombras y lo reproducen con la rapidez de la peste, aseguraban había sido depositado allí por una gavilla de ánimas que ondeaban en el aire portando un Guano que descargaron en el canto del río entre murmullos malignos que atraían con su voz miedos antiguos y develaban secretos sórdidos de maldiciones atroces para quien revelara su aparición o el contenido del cobertizo. A esas alturas ya nadie creía en apariciones distintas a las de carne y hueso que habitaban las esquinas, atrayendo espanto con su sed constante de sangre, pero nadie se atrevía a nombrarlos directamente: preferíamos encubrir con ensalmos absurdos nuestra complicidad con el crimen y nuestro terror adiestrado, que aunque terrible era nuestro y no impuesto por foráneos igual o peor de canallas y terríficos que los propios. Para todos nosotros la práctica se nos hizo común y hasta cercana, porque pintoresqueaba la

muerte odiosa y en blanco y negro de todos los días…», mi madre se detuvo para hacerme otro tinto y yo me puse a pensar que esos ensalmos, como les decía ella a esas formas privativas de ornamentar la muerte, eran muy de nosotros, que siempre queremos esquivar lo inhumano, lo inmundo y lo sórdido, rebajándole sordidez con cualquier patraña que nos permita indultar nuestra culpa general; idéntico mecanismo aplicamos al lenguaje con los eufemismos que pululan en nuestra narrativa cotidiana, y la muerte pintoresquiada que decía mi madre, aunque siga siendo horrenda, incisiva y odiosa hasta la náusea con esta folclorización, se nos antoja menos ruin, así sea otro artificio nuestro para validar lo invalidable, para hacernos los locos con nuestra realidad, que es la única manera de no enloquecer realmente en esta sociedad demencial en la que la muerte nos entrenó para convivir con ella como si fuera un incidente cuando es una hecatombe, y tal vez esa sea nuestra verdadera tragedia nacional: la indolencia, acostumbrarnos a que la muerte nos ronde mientras no sea la nuestra ni la de los nuestros, sin entender que cualquier tipo de muerte que condescendamos sin decir nada nos acerca irremediablemente a la propia y a la de los propios, como nos viene pasando: siempre creímos que la muerte y el mal eran cosas ajenas, que les pasaban a otros y algunos no solo las admitimos sino que hasta las consentimos, buscándole justificación a lo injustificable y con esto, de alguna manera, la aupamos y la provocamos hasta que se nos metió en la cocina y se nos metió con los nuestros y ahí sí le vimos la cara fiera que no quisimos verle en la cara ajena —ese rostro que le volvimos portable y soportable— y cuando quisimos reclamarle por los nuestros se nos rio en la cara y con toda razón, ya

que esa mueca que se nos hacía filosa y extraña era la misma que todos los días exhibía sin reparos frente a nuestro propio espejo, y mi madre, poniéndome adelante el pocillo humeante de café recién hecho, como si supiera en qué estaba pensando dijo: «Así que todos nos hicimos de nuevo los bobos con la práctica de la Barbacoa y la hicimos un cuento más del chismerío diario, menos tu papá que cada que escuchaba del sainete del espanto y su espantoso desenlace con un nuevo muerto botado en el río se pegaba una descompuesta tremenda que yo sabía descubrirle en la manera en la que escuchaba el reporte; haciendo una mueca sutil con un lado de la boca, como entrecerrándola de arriba abajo, y mirando en otra dirección hasta que se retraía en sí mismo y no volvía a hablar por un rato, molesto. Las primeras veces lo dejé pasar, sabedora de su desagrado, respetando su aflicción porque yo sabía que sentía como propio el duelo del muerto, ya que de alguna manera se atribuía el embeleco del Guano. Después de ocho muertos y ocho retiros de tu padre, lo seguí a la pieza y lo encaré diciéndole que no se sintiera culpable de nada, que lo que ellos hacían con el espanto no tenía nada que ver con él ni con los motivos suyos y de Wence y sus amigos cuando lo inventaron, y mirándome fijo como solo lo hacía cuando tratábamos un tema verdaderamente serio se cogió la cabeza entre las manos y bajando la mirada me dijo Ay, mija, el mal sí encuentra la forma de corromper todo, cómo nos ponemos de creativos en un mundo como este en que cualquier pendejada ingeniosa encuentra quién la transforme en instrumento de su maldad, y entró de nuevo en un silencio hondo como el costal de un codicioso en el que nunca lo había visto caer y del que no salió del todo nunca más; desde ahí empezó a bajonearse con la cuadra, es

que ni siquiera la muerte de tu hermano había conseguido desbastar su vínculo con ella, con todo y que eso le trastocó la vida, lo arrugó por dentro, le mutiló su parte mejor, pero así incompleto y todo seguía manteniendo una ligazón esencial con la calle, pero con la apropiación de la Barbacoa para los quehaceres malandros de los pillos por primera vez vi que ese nudo cedía, hasta desatarse del todo el día en que estando quebrados otra vez por un nuevo choque del camión y con los servicios cortados me dijo regurgitando el desgano en cada palabra Vámonos para otra casa, mija, que esta cuadra nos trae mala suerte, a las dos semanas nos trasteamos para la casa de doña Olga a media cuadra del alto y empezamos de nuevo. Tu papá se volvió taxista y siguió adorando al barrio, pero no volvió a la cuadra nunca, cada que se veía forzado a pasar por allí hacía todo tipo de piruetas para esquivarla, como cuando íbamos a misa a San Isidro, que prefería dar la vuelta a la manzana larga que pisar la cuadra, quién sabe qué cosas se le removían en su interior y yo nunca lo azucé con eso, ni quise investigarle más a profundidad, porque a veces las personas lo único que queremos es cavar un hoyo cuya finalidad última es caer en él, solo por experimentar el vacío y el éxito de una buena compañía, como fue nuestro matrimonio: yo creo que en últimas se trata de saber acompañar al otro en sus descensos sin juzgar el establecimiento de sus abismos, recuperándolo de sus fondos sin indagar por qué cavó el hueco; lo curioso fue que, casi a la par de nuestra marcha de la cuadra, la práctica de botar cadáveres en el río usando la Barbacoa del Muerto llegó a su fin. Nunca supe por qué, tal vez se les hacía demasiado dispendioso o quizás lo encontraron innecesario luego del tendal de muertos que sirvió de advertencia a posibles soplones y

disconformes que tuvieron que mantener guardada su inconformidad y arropar sus quejas y resentimientos con un definitivo y rotundo silencio, que garantizaba su permanencia en el barrio y en la vida, o porque al final asumieron que ellos siendo simplemente ellos —como el viejo patrón se lo advirtió alguna noche a los muchachos— asustaban más que cualquier espanto y volvieron a matar sin empacho a cualquier hora de cualquier día y a la vista de todo el barrio, que de nuevo volvió a tolerar lo intolerable haciéndonos todos los bobos». Yo estuve oyendo y aguantándome las ganas de trago, que era lo que más me afanaba, y por eso no escuché bien el final de la historia, que solo entendí como tal cuando se prolongó el silencio y, cayendo en cuenta, le sonreí a mi mamá como pude y le dije ¿Se acabaron las historias de espantos, má? Ella poniendo toda la tristeza del mundo en sus ojos y su voz me dijo No, mijo, tal vez por hoy, porque mientras haya muerte siempre habrá muertos inconformes que se transforman en espantos, y además hay cosas que espantan más que los espantos, como la cantidad de desaparecidos de este país y el saber que te vas a morir de tanto beber, y ahí la que se va a volver espanto soy yo pero de tanta tristeza.

Delirium tremens

> «Así también mi ánimo, que aún huyendo seguía, hacia atrás vuelto, contempló el paraje del que nadie salió antes con vida».
> Dante Alighieri, *Infierno*, canto I, v. 30

La conversación no fue más lejos con mi madre porque, apenas terminada la segunda historia, mis apuros interiores me llevaron a dejarla sorbiendo preocupación junto con la aguapanela de una taza para correr en busca de una botella de guaro que consideraba era lo único que podía amainar mi desasosiego y, pese a que mi desazón era real, sabía que funcionaba como la excusa perfecta para atarugarme de trago, que era lo que mi cuerpo y mi mente reclamaban con urgencia. Siguiendo la lógica mezquina del adicto trataba de convencerme de que el licor era la vía de escape que requería para poder pensar con calma y repasar lo que había sido de mi vida los últimos días, aunque después me atacaba la culpa increpándome por mi urgencia, de la que sabía que en el fondo estaba asociada a mi adicción y que los sucesos vividos solo incrementaban la absurda necesidad de aplazamiento que he mantenido toda mi vida: creía que estando solo y bebiendo podía darme espacio para pensar en la Llorona y en Lucía, pero solo quería huir con el trago de ellas, de ese cementerio, de su imagen ígnea, de mi realidad y hasta de mi madre y sus historias de espanto;

beber como forma de partir, así fuera partiéndome, beber hasta perder la razón, hasta encontrar un sendero por el cual fugarme, así fuera perdiéndome, y aunque esta vez las razones fueran auténticas, palpables y hasta hedibles, para efectos concretos no se diferenciaban mucho de las inventadas que había fraguado cada vez que mi cabeza caía en el pozo oscuro de la desdicha y la sinrazón que me apremiaban a beber. Me sentí un miserable por comparar mi angustia alcohólica, que a estas alturas no sabía si era producto del exceso de trago o si este era producido por aquella, con las tragedias reales de gente sufriente de verdad y supe lo vano que era, pero nunca he sido bueno mirándome adentro sin piedad y necesito la condescendencia que me da el trago para poder contemplarme, pues es la única manera en que tolero la mirada propia; a través de una mirada borracha, complaciente y permisiva, me crucé a la tienda a comprar una botella de guaro que troqué por un litro frente al dependiente y me despedí con la mano de mi madre, que me miraba desconsolada desde el balcón, moviendo la cabeza de un lado al otro en señal de reproche, y con el tetrapak bajo el brazo me dirigí hasta mi casa y comencé como siempre otro incendio; el mío hacia adentro, una quema feraz de todo que empieza poniéndome en orden: bebiendo dos o tres vasos que contienen mis nervios, me quitan la tembladera y me aplazan las ansias, otorgándome la estabilidad necesaria para pensar en algo distinto al siguiente trago, aunque duran poco porque acortan la intermitencia de las dosis y en poco tiempo necesitaré más y caeré irremediablemente en la borrachera que nubla todo pensamiento y vuelve a distorsionarme las ideas, entonces tengo que aprovechar esos trances entre amure y borrachera para pensar en lo que debo

pensar, pero esta vez no sé por dónde empezar, y el pensamiento se me vuelve un cúmulo de recuerdos inconexos que no logro hilvanar, entre los cuales se cuela la imagen de Lucía: ¿estará perdida de verdad o solo escondida?, ¿sabrá ya del desenlace de la Llorona?, ¿debería contárselo? Agarro el teléfono y marco su número y una voz robótica de mujer me contesta inmediatamente que el usuario no está disponible, vuelvo a marcar sabiendo que pasará lo mismo, cuelgo sin dejar terminar el mensaje, y me tomo otro trago, ¿qué pasará conmigo? Me pregunto y un retortijón de asco se me insinúa en el vientre, qué mierda de sensación es esta; una mezcla de miedo y asco, pero no es miedo de lo que me pueda pasar, porque finalmente, aunque mi jefe diga que me puedo volver peligroso, yo a lo más que llegué fue a escuchar un montón de historias desatinadas e inverosímiles que no inculpan directamente a nadie y que de seguir por ese camino me volverían más un loco que un riesgo; si algo tienen los que manejan el poder es que saben catalogar sus amenazas y yo no llego ni a embestida para ellos, vuelvo a pensar en Lucía y en cómo tenía razón; yo soy tan solo un bobo, no, mi miedo no es a lo que hagan en contra de mí, sino a descubrir la verdad verdadera, a saber en manos de quién estamos, porque se puede vivir con la hipótesis de la miserableza que nos manipula, pero no con su tesis y su certidumbre; me sacudo la cabeza y vuelvo a mi jefe, quizás todo el supuesto peligro es solo un invento suyo para no hacer su trabajo y seguir devengando sin mover un dedo: ¿de qué hace parte además de la estupidez general del mundo y la insolencia de la vida? Y su imagen me da un asco que se convierte en escalofrío al recordar su última mirada cuando salí del cementerio acompañado por sus esbirros y lo que pensé

aquella vez se me solidifica en certeza; él es uno de quienes manejan los hilos, o les sirve directamente, y su papel en el cementerio es vigilar que nunca se destape nada de lo que allí se tapa, que se mantenga enterrada cualquier cosa, papel o persona que lo vincule a él o a alguno de los que lo pusieron allí; reviso su mirada angulosa y estricta y lo insulto en voz alta Perro pirobo hijueputa y vuelvo a beber y retorno a Lucía, pero pienso que tampoco sé si quiero hablarle… Quería que me contestara para comprobar que estaba viva, pero de ahí en adelante no tengo nada claro, supongo que otra charla nuestra terminaría como la anterior, con un montón de promesas de nadas, historias inconclusas, supuestos y miedos infundados, parecida a las charlas con mi jefe, que eran un chantaje pasivo-agresivo lleno de vacíos e intimidaciones sofisticadas: no busqués, no hagás, no jodás, no revolqués… Quién les diría que yo tengo ganas de buscar, reblujar o joder, si lo único que he querido desde hace un tiempo es beber porque estoy agotado de realidad, porque a veces siento que no la soporto ni me soporto, y apenas me alcanzó la humanidad para hacer a un lado mi mierda y querer ayudar a esa pobre mujer y terminó como terminó. Yo no estaba preparado para ese puesto ni para nada y si no lo dejé antes fue justamente por ella, porque me conmovió su historia, su tragedia y su búsqueda y por mi cobardía y creí que ayudándola a encontrar el cuerpo de sus hijos ella descansaría, y con ella, yo, porque estaba proyectando mi cansancio en su búsqueda, pero no hice nada; antes de empezar ya estaba vencido, me vencieron la vida y el sistema que siempre ganan, aunque esta vez ganaron por W y de antemano; un sistema que está hecho para volvernos locos o desidiosos, un sistema hecho para

desaparecer cosas, plata y gente, nunca para encontrarlos, y una vida que «es simplemente una nada llena de muertes entre otras dos muertes: la de antes de nacer y la propia», como leí alguna vez en un libro por ahí y ahora esa mujer está muerta, Lucía y Eugenia locas y yo vencido, un borracho sin importancia, lleno el vaso de nuevo y miro su contenido en el que veo languidecer irisados los reflejos del farol de la calle que entran por la ventana y me traen a la cabeza las luces y me recorre otro escalofrío, como si las estuviera viendo, y pienso que trasladaron su amedrentamiento al vaso en el que bebo para atormentarme a domicilio y en minúsculo, pero destierro esa idea antes de embutírmelo, veo de nuevo la mirada de mi jefe y pienso Quizás vengan por mí, quizás me persigan, quizás hasta me maten o, lo que sería más irónico, quizás me desaparezcan y me vuelvan una cifra más; es lo que pasa en este país, a casi nadie le importan las personas, pero todos enloquecen con las cifras y divulgan, presumen y hasta gobiernan con ellas, como si eso significara algo, como si no fueran un algoritmo vacuo que nos algebrizó el alma, sumándoles a nuestra natural desidia y nuestro endémico desinterés y nuestra cotidiana insolencia la frialdad, una deshumanización sincronizada, que nos hiela la mirada y el pulso, y a este lo entrena y lo afila para que mate, robe y esconda sin titubeos y a la primera la apaga para que no miremos lo que hizo el segundo; quizás ese sea mi destino: volverme una cifra hueca, en un cuaderno olvidado en alguna oficina oscura, como les pasó a los hijos de mi Llorona, al marido de Euge, al amor de Lucía, empero eso no me da miedo: me llena de desconfianza y tristeza imaginarme que con eso acabarían a mi madre, que se convertiría en otro objeto buscón porque los buscones y sus desaparecidos

nunca han sido los sujetos de la historia, tan solo sus objetos, y a ella que ha sabido sortear tantas muertes rotundas no le queda fuerza para resistir tamaña incertidumbre, y eso sí que no me lo perdonaría ni en esta vida ni en la otra, porque soy capaz de cargar con cualquier cosa que me hagan, pero no con nada que le rebote a ella y ella lo sabe, por eso me dice lo que me dice cada que bebo y por eso he querido dejar de hacerlo, para que ella tan propensa a sus historias de espantos no se espante de un hijo que se está convirtiendo en espanto de tanto beber. Y mientras algo de eso pasa, que deje de beber o que vengan por mí, voy a servirme de nuevo para que el alcohol me borre todos los recuerdos, la sonrisa de la Llorona, su olor a carne quemada, la cara de Lucía y su mueca que ya no sé si era de rencor o de espanto, la cabeza del negro de Eugenia flotando en alcohol, las historias de mi madre, todo lo que me recuerde mi nefando paso por ese cementerio, apuro lo que queda en el litro y me quedo dormido o lo que creo es un sueño porque el alcohol no solo emborrona el presente, sino que también engaña el pasado y nos hace ver lo que no vimos y nos recuerda cosas que no estamos seguros si existieron, pero como aparecen en los sueños ebrios nos completan la historia, al menos la amañada y tolerable con que nos gusta vestirnos o la insufrible y real que no admitimos en la vigilia, y hacia allá tiran mis sueños, hacia la ciénaga farragosa de lo que no hice, de las cosas que vi pasar por mi lado y por encima sin inmutarme, de los llamados de atención de los vivos y de los muertos que ignoré y que ahora vienen a cobrarme en sueños esa desidia, como preferí beber que enfrentar, los gritos de los muertos se vuelven aullidos en mis pesadillas, traspasan su umbral para atormentarme en delirios cariados de espantos, los que

escuché y los que vi, se entremezclan imágenes de vivos y muertos, de vivos que ahora están muertos, de personas que no sé si están vivas o muertas con las figuras de los espantos de mi mamá, voces atropelladas y gritonas para reclamar su olvido, creando imágenes borrascosas en las que se confunden los cuerpos y los odios, los miedos con los rostros, las lágrimas con la sangre y el sudor con el veneno; enfebrecido sudando a mares me revuelco espantado viviendo el horror en carne viva, mi mamá aparece con la cara de su Llorona y de la mía superpuestas, amalgamadas, fundidas, buscándome entre fosas pobladas de moscas y ratas, invocando a un dios sordo a su ruego, siento el olor a tierra mojada en mixtura con carne podrida y quemada, nunca había tenido un recuerdo tan vívido de los olores en mi sueño y sin embargo aquí estoy, oliendo a podre y a carne abrasada, corro huyéndole al olor y solo veo llanuras oscuras alumbradas tenuemente por la intermitencia de las luces, siento el cansancio en mis miembros y temor de avanzar, pero no puedo detenerme hasta que no apaguen su fulgor esas luciérnagas maléficas y cese su brillo y el olor maldito, la llanura se agota y aparece un pantano que busca engullirme, con fango en los ojos contemplo la cara de un negro flotando en el lodo y sé por su gesto que es él, el marido de ella, mientras suena a lo lejos un bolero silbado que se destiempla en el silbo y veo el sonido derritiéndose en ondas hasta volverse puntos que gotean y cada gota suena como si fuera una pisada de una sola pata que me persigue y por más que corra no cesa su andar demediado que me acecha y siento que el pecho se me agota y me falta el aire pero lo que siento es terror de ser alcanzado por el sonido y el hedor, por lo que esconden el mefítico vaho y su paso amputado, y el miedo avanza pero yo no,

traspaso lentamente una sombra y me veo acostado en mi cama, pero aunque sé que soy yo no me reconozco, tengo los ojos cerrados y presiento que estoy muerto, porque aunque me parezco carezco de brillo, pero no del que ilumina y delata la mirada, sino de un brillo más opaco, interno e intermitente que solo da la alegría y entiendo que estar vivo es estar feliz, y siento más miedo de sentirme perseguido que de estar muerto, porque el perseguido no deja de temer ni estando muerto, porque veo que morir no es un descanso y yo lo que estoy es cansado, y para descansar hay que estar en paz, no muerto, y por eso hay tantos muertos que no descansan, porque no murieron en paz y se quedan vagando transformados en espantos, como dice mi madre, agotándose eternamente como esos focos que ya no iluminan pero siguen encendiendo, empecinados en alumbrar aunque ya no lo logren, esto debe ser el infierno: vivir agotado de agotarse perpetuamente, la cama se transforma en un ataúd que gotea sangre y cuando me asomo para registrar su contenido lo encuentro vacío, de pronto no hay nadie, solo cuatro cirios gigantes custodian el féretro y la sangre vertida se vuelve una cabellera infinita que recorre el salón tomándose las paredes como una enredadera que me acaricia los pies y va subiendo y a medida que avanza me aprieta hasta estrangularme y no puedo moverme y siento que puedo morirme adentro de la muerte y ya no tengo miedo y en cuanto llega la paz me despierto, para descubrir que en efecto no estoy muerto, solo borracho, tendido en la cama de siempre a oscuras y juagado en sudor, siento una opresión en el pecho similar a la del sueño y creo que no he despertado, que sigo metido en ese bucle onírico de gritos rojos y rostros rotundos, hasta que veo el vaso a medio llenar

en el nochero y me tomo de un trago lo que queda, noto que es la última gota de licor y siento avecinarse la ansiedad que me levanta de la cama y me instala de nuevo en la realidad. Tengo que conseguir trago antes de que el amure me haga retorcer las manos y el gesto y no sea capaz de controlar el temblor, debo apurarme porque la energía que me gastaré en el desplazamiento es la última que me queda, entonces, antes de que no sea capaz de moverme, me pongo una pantaloneta, me calzo y cojo la billetera y las llaves; solo al salir a la calle me percato de que tengo un zapato distinto en cada pie, pero no me detengo en nimiedades y avanzo buscando el estanquillo más próximo; no puedo pensar en nada distinto a agenciarme el siguiente trago, cómo llegar lo más pronto y con el mínimo esfuerzo al estanco, esquivando los sitios concurridos, porque a lo que más teme un borracho es a ser descubierto por la gente conocida cuando está atravesando uno de sus episodios, nadie quiere ser registrado en su estado más lamentable y vulnerable y menos un borracho, alguien tomado del todo por el vicio, porque quien padece un amure no es dueño de sí mismo, tan solo una marioneta de la ansiedad que obedece los rigurosos dictámenes de la incertidumbre y el nerviosismo producidos por la falta de trago, su descompensación, la angustia de no poder conseguirlo; los pasos se alargan, el trayecto que en sano juicio es una pequeñez se hace luengo y sinuoso, cada paso cuesta, las esquinas asustan, en cualquiera puede aparecer un carro, una moto o una cara conocida; aunque no sé qué hora es, por el color sé que es temprano, que apenas se está levantando aperezado el amanecer, de nuevo la angustia de que no haya quien despache en el estanquillo cercano y esa nueva sospecha se vuelve realidad cuando a lo lejos veo la reja

cerrada; el siguiente sitio es una tienda tres cuadras más arriba, pero no sé si tengo fuerzas, me digo que puedo y acelero los pasos trémulos, una, dos cuadras y me tengo que sentar, enciendo un cigarrillo y no resisto las náuseas que me produce el humo en la boca seca, vomito disimuladamente y acometo el último tramo, la cuadra se alarga y se curva como en una caricatura hasta que logro llegar a la tienda donde la dueña con cara de recién levantada me sonríe y me dice A la orden, vecino, le digo que por favor me venda media de guaro y me dice que se le acabó, que solo tiene ron, le digo que está bien, pero que antes me venda un trago doble de lo que tenga menudeado ahí mismo, aguantando las arcadas que ella nota con extrañeza, ella me mira desconcertada, sé que en sus ojos guarda la pena del que contempla a un animal enjaulado pero no dice nada, se va con sus pasos lerdos detrás del mostrador y en su andar hay algo que me recuerda a mi madre y me remuerde pensar en ella, la veo salir de detrás de un biombo con una copa minúscula tambaleándose entre las manos temblorosas y solo puedo pensar que no es un trago doble, pero por el momento sirve, casi se lo arrebato y me lo engullo de un tirón, en cuanto pasa de la lengua a mi garganta siento un descanso, algo adentro se rearma y el calor en el estómago va tomando forma de alivio que se riega por todo el cuerpo; el ron me aviva como el agua a una planta seca, enterrando las raíces en el infierno, más apaciguado le pido otra dosis y ella repite la sinuosa tarea sonriendo con lástima, pero ya puedo esperarla; en cuanto me tomo el segundo recupero el semblante y se aquieta mi mente hasta poder conversar un par de minutos con ella mientras me empaca una botella de ron que es todo lo que tiene en su inventario y que destapo ahí mismo y me meto dos tragos

seguidos a pico de botella, le compro tres paquetes de cigarrillos y pago el pedido que me dará ánimo y tiempo de pensar otro rato hasta que lo vea agotarse y vuelva el amure, pero para esa hora ya habrá sitios abiertos más cerca de casa; doy media vuelta y regreso sonriendo a mi guarida, que en cuanto entro se convierte de nuevo en el cementerio, los muertos, Lucía, los espantos, todo junto y en tropel, pero ya tengo fuerzas para aguantar pensar en ellos, voy al PC, que estaba encendido, y pongo a sonar el «Canto a la muerte» de Rubén Blades para aquietar los meneos de los muertos en mi cabeza; la fórmula funciona los cuatro minutos que dura la canción y no vuelve a pasar por mucho que la repita, después de la segunda estrofa mi cabeza se fuga a la sonrisa incandescente de mi Llorona, a la mirada borracha de Lucía, a la voz de Eugenia que se agolpan en un mismo reclamo, y bebiéndome un vaso largo de ron, que se demora en bajar por mi garganta, pienso en qué tan distinto soy yo a los miserables de ese cementerio que desatendieron a esa mujer todo el tiempo, que prefirieron enloquecerla y dar por sentada su locura que prestarle atención, que no era nada diferente a hacer su trabajo, ¿por qué me creo mejor que ellos?, si yo tampoco hice nada, o sí hice, darle esperanza, contribuyendo con eso a incrementar su locura y propiciar su muerte, lo que me hace más miserable que mi jefe y que todos los que tuvieron que ver con ella, esa mujer no se quemó, la quemamos nosotros, qué digo, la quemé yo con mi actitud superior y arrogante que posaba de condescendiente porque vi en ella la fuerza que no tengo, pero en el fondo no hice nada no porque no supiera qué hacer ni tuviera los medios, que es lo que me gusta pensar para escudarme en disculpas funcionales a mi lógica mañosa y biempensante y que sirve para

ocultar la verdad verdadera que me aparece estando solo y medio ebrio: no hice nada porque me importaba muy poco, me gustaban su historia y su drama, como historia y drama pero no me importaban, de haberme importado habría hecho algo distinto a mirar y contar su historia y su drama aunque solo fuera apoyarla en el grito, habría compartido su reclamo y finalmente ardido con ella, pero no, ella está muerta y yo aquí encerrado bebiendo, guardándome de sus llamas y de quienes propiciaron su quema en el alcohol, que me gusta pensar en medio de mi borrasca que también flamea mis infiernos interiores, pero eso es solo una metáfora desafortunada, no la realidad de la quemazón de gente y de cosas que literalmente ardieron por mi culpa y la de otros majaderos como yo que nos las damos de conscientes y empáticos pero no somos más que un rimero de zánganos acomodados y cínicos, a los que nos encanta ver arder a la gente desde la tribuna, para poder recorrer el ruedo pisoteando arena y taponar el charco de sangre que vimos verter y mirar con superioridad a los que no bajaron, diciéndonos ufanos que nosotros somos la conciencia moral de esta sociedad decadente que apoya la muerte como espectáculo, lo que nos hace doblemente hijueputas por indolentes y por insolentes, qué me hace diferente de la gente de este barrio y este país que prefiere volver historias de espantos la vida de personas apenadas y desconsoladas, entristecidas por sus pérdidas y sus destrozos, personas que tan solo querían ser escuchadas, abrazadas o solo acompañadas en sus penas en silencio para no estar tan solas arrastrando sus cadenas, y escogimos volver leyenda la pena que nos habita, porque así quedamos eximidos de la parte de culpa que tenemos en sus estragos, volviéndolos espantos evadimos nuestra

responsabilidad en su abandono y excusamos nuestra negligencia; de ese tamaño son nuestras soberbia e indiferencia, país engreído en el que impera el culto al yo, manifestado de maneras absurdas, decimos todo el tiempo que queremos ayudar pero lo que en realidad queremos es que nos vean ayudando, estamos a nada de volver leyendas de espantos a nuestros desaparecidos, porque el crimen compartido en masa se indulta fácilmente al hacerlo folclor, ya pasó con los narcos y sus delitos ahora siguen los desaparecidos y sus buscones, por eso aquí hasta los que no creemos terminamos creyendo en espantos porque es más fácil creer en ellos que hacernos cargo de las cosas que tenemos al lado en la realidad y espanta más que haya gente que desaparece sin dejar rastro y otra que borra esos rastros. Recuerdo la leyenda irlandesa de los *gremlins*, aquellos seres mitológicos a los que se les atribuye la desaparición de objetos sin explicación aparente, los que esconden las llaves y el calzado que se dejó relegado debajo de la mesa, trascolados a nuestro folclor como los duendes, pequeños seres encargados de perder borrachos, señoritas casaderas y niños desobedientes que usaban las abuelas para aterrar nuestras noches de infancia, pero que al crecer se hicieron brutalmente sustantivos, atrozmente reales, escondiendo gente con nombre y apellido, perdiendo vidas de carne y hueso; país de *gremlins*, de grandes duendes victimarios, hacedores de víctimas y de cómplices, quienes manejan todo desde las sombras, porque aquí nos enlistamos como víctimas o como cómplices o como víctimas transformadas en cómplices, cuya complicidad es la peor porque avala el obrar destructivo de los victimarios destruyendo la vida y el alma de aquellas víctimas que se niegan a la complicidad, como mi Llorona, a

quien los duendes transformaron en espanto enloquecido para invalidar su reclamo y yo ahora, cínico borracho, contribuyo a su anulación convirtiéndola en espanto de mi ebriedad, quitándole ellos y yo la categoría de persona inclaudicable en su lucha, denigrándola a espectro patético, como hicimos con Leticia, con Eugenia, con Daniel el Duende y con tantas personas como luces abisales y ateridas hay en ese cementerio y en este país en el que nos acostumbramos a domesticar el horror para apaciguar la culpa que nos corroe pero que no queremos aceptar, preferimos llamarla maleficio, hechicería, maldición, brujería o cualquier otra superchería que nos condone; reemplazamos nuestra natural tendencia al daño y la indiferencia por creencias emocionales que nos permiten encontrar la culpa afuera de nosotros, en lo metafísico, lo mágico, lo animista, lo oscuro, cuando siempre ha estado adentro, país agorero e impúdico, que se lava las manos con sahumerio para absolverse a sí mismo, me tomo dos vasos de ron haciendo apenas la pausa obligatoria que me exige la rudeza del trago entre la boca y la garganta y sirvo más, sintiendo la disminución del peso en la botella; pronto tendré que salir de nuevo pero estoy muy cansado, un cansancio antiguo que trasciende lo físico, un desaliento espiritual que me fija pensamientos que no logro movilizar, los recuerdos son quietos como las ideas, amontonadas y estáticas, me da pereza servir y tomo de la botella antes de abismarme en un sueño espeso en el que continúo sentado en mi casa, en la misma posición, pero siendo consciente de que estoy en un sueño, y en cuanto tomo entidad onírica veo las paredes tatuarse con arabescos que se extienden por toda la casa y contemplo su recorrido sin poderme mover hasta que dan la vuelta y se transforman de nuevo en

luengos cabellos que quieren asirme; yo trato de repelerlos con las manos pero estas no me responden, intento con los dientes dando tarascazos al aire como un perro amarrado que se siente en peligro, al fin logra tomarme para hundirme en el sofá, que de pronto se vuelve una caída agónica sin principio ni final, solo vacío, y siento que estoy cayendo adentro de mí, donde todo es oscuro y turbio, me siento agotado y pesado y caigo y caigo sin fin hasta que siento que no puedo caer más y con el ahogo abro los ojos; la realidad se tarda en tomar consistencia, con el sudor entrándome a los ojos me sacudo para retornar al lado despierto del sueño y pienso que tal vez mi vida entera sea eso: una pesadilla ebria, y veo que queda muy poco de la botella y no quiero estar más en mi casa, siento un agobio entre las mismas paredes parecido al del sueño, me tomo lo que queda de licor y me levanto, me cambio de ropa con lo primero que saco del clóset, agarro una chaqueta, las llaves, cigarrillos y mi billetera y salgo a la calle; la tarde se anuncia y mientras camino a la tienda para comprar más trago me surge la idea de irme al mirador, entonces compro una botella de guaro que me entra más suave que el ron y tomo un taxi hasta el alto de San Félix. Después de cuarenta minutos en los que bebo en silencio contestando con interjecciones y monosílabos los primeros envites de conversación del conductor, que desistió en cuanto percibió mi desinterés y la botella de guaro en mi mano, llego al mirador y pido otra media y busco el rincón más apartado y solo que encuentro, desde donde miro la ciudad mientras bebo en silencio, sin poder despegarme de las mismas imágenes que han poblado mi mente desde que vi arder a esa mujer y con ella todo lo que tenía de certezas en mi vida, que ya venían siendo certidumbres tambaleantes que se desplomaron del todo, cuando de

pronto por esa extraña sensación que nos alerta cuando tenemos cerca el peligro volteo a mirar a la entrada del mirador y veo descender a mi jefe con los dos lacayos que me acompañaron a la salida mi último día en el cementerio, y veo de nuevo su mirada asesina en su forma real y pura, como si hubieran abierto las esclusas de un dique por el que vertieron toda la malignidad del mundo. Vacío el agua con hielo que me habían traído como pasante y lleno hasta el borde el vaso de guaro y me lo tomo de golpe, volteo de nuevo a ver la ciudad dejando que avanzaran a mis espaldas, creo que escucho sus pasos, no tengo miedo, estoy cansado y observo las luces que se van encendiendo de a poco, titilantes como las luces del cementerio que me espantaron durante este mes y, en medio de mi borrachera y el rumor de diciembre que aquí empezamos a celebrar dos meses antes, pienso que son las mismas, porque Medellín entero es un cementerio lleno de muertos desaparecidos que nos miran desde la soledad de su muerte para recordarnos nuestro olvido y su abandono, y recuerdo que Lucía me dijo algo parecido y hoy posiblemente una luz de esas sea ella y mañana tal vez yo sea otra; ojalá nadie me busque, ojalá mi luz nazca apagada, porque nadie merece la condena del buscón, nadie merece pasarse la vida reblujando entre el cielo y la tierra sin hallar nunca, aunque para quien busca eternamente a un desaparecido el reverso del cielo no es esta tierra de desaparecedores: es el infierno.

Agradecimientos

A mi mamá, mi papá, mi abuela y mis hermanos Alquívar y Ronald. A Nataly por sus ojos, a Juliana Restrepo Santamaria por su cariño bueno y noble, a Juana por su amor lunático como la luna de Ciudad Bolívar, a Salomé Cohen que guía y corrige mis desaciertos, a Julián Gaviria por su talento maestro, a Jesús Ovallos por su amistad y su visión, a Z de Zapata por su mano maestra, a Mango por sus aportes, a Chavo, Gordete, Mafe, Gambeta, Kaztro, Fazeta, la Bruja y toda la familia AZ, Garro, Fredo, Arbey, Dieguito, David Molano, Beatriz Acosta, Juan Diego, Sebastián Estrada, Gabriel y Natalia Iriarte, Sabina, Familia Pemberty Londoño, Pablo Gallego, Mauricio A. Amariles y Natalia, Alejo Villa y Lida, Lázaro Mesa y Valentina, Laurin y Jorge, Lianna, Luis Miguel Rivas, Pablo Montoya, Santiago Gamboa, Carlos Mario Aguirre y Cristina Toro, Dany Hoyos, John, Jean Paul, Diony, Chiquilladas y Kristhian, Cathe, Isabel, Karol, Gaby, Ana, Héctor, Sara Kapkin, Luis Fernando González y Lili, Pipe Muñoz, Tavo Mesa, Joaquín Kco Builes y Latina Estéreo, Lokillo, La Guama, Cusca, Santiago y Juliana, Luisa, la mona Paola, Chepe, Mario Escobar, Rubén Blades, David Betancourt, Fito Páez, Vivi, Eliza, Guty, Heidy, Gloria, Emilio Restrepo, Luis Felipe Núñez, a las chicas de Ratón de biblioteca, Lina Alonso, Manuela, Mario y Nico Viana, Daniel Jara, Camilín, Augusto, Tatiana, a mis estudiantes, a la literatura, a toda la gente de Penguin Random House, siempre a *La cuadrita* y *Aranjuez* y a todos los desaparecidos y sus madres.



«Gilmer Mesa es el gran descubrimiento de la literatura colombiana de los últimos años. Tiene un estilo propio, una prosa desgarradora y rebelde que logra darle encanto a la tristeza, el abandono y la injusticia que son los espantos trágicos de los colombianos. Esta novela narra el germen doloroso de la identidad de nuestro país: los desaparecidos, los olvidados y el amor iracundo que los impulsa a sobrevivir».

Dany Hoyos

«Se diría que el que se va no vuelve, pero en este reguero de pesadillas que es Colombia, Mesa logra sin que le tiemble la mano, como cualquier Dante de barriada, entrar a saco en las entrañas del miedo, desenterrar a punta de gran literatura el horror, jalarnos las patas y recordarnos que más allá de ese vacío, de ese descenso al *maelström*, todo es infierno en este paraíso».

Carlos Mario Aguirre, de El Águila Descalza

«Aranjuez, el barrio narrado por Gilmer Mesa, vuelve en esta novela para hablar de sus espantos, de esos lamentos que se oyen desde las ventanas del manicomio vecino, abandonado como el barrio, como la cuadra, como la esquina, como el cementerio en el que se extravía la memoria de los muertos. Un tránsito dantesco por infiernos habitados por Lloronas contemporáneas deja constancia de todo lo que esta sociedad a la deriva ha callado, porque no lo puede decir, porque nada pasa si lo dice».

Cristina Toro, de El Águila Descalza



GILMER MESA

Nació en 1978 en Medellín, Colombia, donde ha vivido siempre. Es licenciado en Filosofía y Letras y magíster en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y ha sido y es profesor en varias universidades de la ciudad. Es autor de *La cuadra* (Random House, 2016), ganadora del Premio de la Cámara de Comercio de Medellín y considerada uno de los debuts más deslumbrantes de la literatura colombiana en las últimas décadas, de *Las Travesías* (Random House, 2021) y *Aranjuez* (Random House, 2023), asimismo celebradas por la crítica, y de *Los espantos de mamá*, su más reciente y esperada novela.

Fotografía del autor: Julián Gaviria ©eldelasfotos



Título: *Los espantos de mamá*
Primera edición en Random House: septiembre de 2025

© 2025, Gilmer Mesa
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial /
Imagen de cubierta: Dirección de arte: Julián Gaviria ©eldelasfotos
Ilustración: Gustavo Zapata @zdezapata
Fotografía del autor: Julián Gaviria ©eldelasfotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna

manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN 978-628-7811-16-4

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Los espantos de mamá
Dedicatoria
El primer día
Las luces
Huesos
La Llorona
Sin música
La Silbona
El cura sin cabeza
Dolor fantasma
La Patasola
El Duende
Indolencia
La Mechuda
La barbacoa del muerto
Delirium tremens
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Los espantos de mamá
Dedicatoria
El primer día
Las luces
Huesos
La Llorona
Sin música
La Silbona
El cura sin cabeza
Dolor fantasma
La Patasola
El Duende
Indolencia
La Mechuda
La barbacoa del muerto
Delirium tremens
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos